

**ANTOLOGÍA
DE NOVELAS
DE ESPIONAJE**
TERCERA SELECCIÓN

* * *



J. B. CAYEUX. — El agente especial en las antípodas.

ALAIN PAGE. — Y Calone venció...

MICHAEL CARNAL. — El Capitán.

Lectulandia

Antología de novelas de espionaje

Tercera selección

Selección de JOSÉ A. LLORENS BORRAS

Versión española de JOSÉ M.^a AROCA

Títulos originales:

L'agent special aux antipodes

Et Calone vint...

Le Capitaine

© EDITIONS FLEUVE NOIR, 1967

EDICIONES ACERVO, BARCELONA

Lectulandia

AA. VV.

**Antología de novelas de
espionaje - Tercera selección**

Antología de novelas de espionaje - 3

ePub r1.0

Titivillus 30.07.2019

Título original: *Antología de novelas de espionaje - Tercera selección*

AA. VV., 1967

Traducción: José María Aroca

Selección: José A. Llorens Borrás

Diseño: Piolin

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Antología de novelas de espionaje. Tercera selección](#)

[Antología de novelas de espionaje - Tercera selección](#)

[Cubierta libro 1](#)

[EL AGENTE ESPECIAL EN LOS ANTÍPODAS](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Cubierta libro 2](#)

[Y CALONE VENCIÓ...](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Cubierta libro 3](#)

[EL CAPITÁN](#)

[Capítulo primero](#)

[Capítulo II](#)

[Capítulo III](#)

[Capítulo IV](#)

[Capítulo V](#)

[Capítulo VI](#)

[Capítulo VII](#)

[Capítulo VIII](#)

[Capítulo IX](#)

[Capítulo X](#)

[Capítulo XI](#)

[Capítulo XII](#)

[Capítulo XIII](#)

[Capítulo XIV](#)

[Capítulo XV](#)

[Capítulo XVI](#)

[Capítulo XVII](#)

[Capítulo XVIII](#)

[Capítulo XIX](#)

[Capítulo XX](#)

[Notas](#)

ESPIONNAGE

J.B. CAYEUX



**L'AGENT SPÉCIAL
AUX ANTIPODES**

Editions "FLEUVE NOIR"

EL AGENTE ESPECIAL EN LOS ANTÍPODAS

J. B. Cayeux

*La llave que abre las puertas del futuro está en el ruedo.
¿Quién sabrá apoderarse de ella? ¿Utilizarla?*

(Profesor Vacher de Lapouge —*Les Selections sociales*—. Curso libre de ciencias políticas explicado en la Universidad de Montpellier en 1888-89. París, 1896. —Citado por Jean Rostand).

No es probable que el nombre de Vasco Schoenwalter pase nunca a la posteridad y, de hecho, el excelente joven no alimentaba tan nobles ambiciones. Desde su más tierna infancia había luchado para subsistir. A los once años, degolló a un perro para apoderarse de su comida. A los diecisiete años conoció su noveno reformatorio. Desde Cerea hasta Algoäs, se había convertido en la pesadilla de los tribunales para menores. Luego pareció estabilizarse. Una joven prostituta de Natal le acogió bajo sus alas. Vasco descubrió con interés que era posible comer todos los días carne buena y jugosa hasta hartarse y beber excelentes vinos, sin necesidad de mancharse las manos ni de doblar el espinazo en unas tareas envilecedoras.

En aquella época murió su madre, y la noticia le dejó indiferente. Sin embargo, asistió a su entierro al volante de su Chevrolet, su primer automóvil, y el pueblo lamentó que la vieja Consompcion no pudiera admirar a su hijo, con su traje bien cortado, en el *cabriolet* color rosa bombón. Vasco había ido al pueblo para que todo el mundo se diera cuenta de que había triunfado, y pensaba marcharse la misma tarde. Pero la hija del posadero le puso los ojos tiernos, y prolongó su estancia cuarenta y ocho horas, convenció a la muchacha para que le siguiera a Natal, donde no tardó en dedicarse a la más antigua de las profesiones, amistosamente aconsejada por la amiguita de

Vasco. Sus dos mujeres le aseguraban una existencia cómoda, y el joven podía darse por satisfecho. Pero, a pesar de que no había conocido a su padre, Vasco tenía la impresión de que la sangre germana que corría por sus venas le destinaba a más altas empresas. A los que se asombraban de las consonancias poco latinas de su apellido, Vasco les contaba que era hijo único del general de las SS Conrad Schoenwalter, el cual le había hecho jurar que no renunciaría nunca a sus orígenes alemanes y que se mostraría siempre orgulloso de ellos.

En realidad, Conrad Schoenwalter, su padre, no había sido nunca general, ni siquiera simple SS. Era un campesino bávaro taciturno, bastante enclenque, que por una serie de circunstancias había llegado al Brasil, en 1944, como una especie de criado de algunos altos personajes nazis. Durante varias semanas, el cabo Schoenwalter había cargado con las maletas de aquellos caballeros, sombríos y silenciosos. En el momento en que se disponía a gozar de un merecido reposo, la enfermedad le aniquiló. Como era un hombre honrado y católico, en su lecho de muerte se casó con la criada brasileña con la cual convivía.

Sin embargo, a los veintiún años Vasco optó por la nacionalidad de su madre e inmediatamente se hizo licenciar por las autoridades militares brasileñas. Cuatro mujeres trabajaban ahora para él, dos de ellas en Recife, y Vasco pasaba la mayor parte del tiempo viajando entre Recife y Natal, para asegurar la protección de sus damas y para recoger la parte más sustancial de sus ingresos. Cuando hubo reunido el dinero suficiente, embarcó su harén en su nuevo Cadillac y puso proa al sur, hacia Río de Janeiro. Las jóvenes prorrumpieron en gritos de entusiasmo ante los esplendores de la bahía de Guanabara y se persignaron piadosamente ante la inmensa estatua, pero, después de unos días de felicidad en Copacabana, Vasco tuvo que desistir de sus pretensiones. La compra de una «casa» conveniente sobrepasaba sus posibilidades, y la competencia era demasiado viva, el mercado demasiado bien organizado para que el joven pudiera alimentar la idea de negociar clandestinamente los encantos de sus protegidas. Tuvo que asociarse con dos granujas portugueses e intercambiar aquellas damas contra una parte de su establecimiento. Sucedió lo que sucede a menudo en esa clase de negocios: Vasco creyó observar que el reparto de los beneficios no se efectuaba con una rigurosa imparcialidad, y una noche pidió explicaciones a sus asociados. Fue lo bastante afortunado como para salir de aquella explicación con una simple bala en el hombro. Sus dos socios murieron, ya que Vasco era un tirador excelente.

En el presidio de Porto-Esperança empezó a meditar sobre las vicisitudes de la existencia. Los guardianes se quedaban con los paquetes que sus cuatro novias confeccionaban amorosamente para él. Su abogado había dejado de interesarse por sus asuntos en cuanto hubo vendido sus últimas monedas de diez dólares. Vasco estaba amargado, y muy decepcionado, tanto más por cuanto no cabía pensar en fugarse de Porto-Esperança. Amargura y decepción que debían durar quince años, según había decidido el tribunal.

Entonces conoció a Domingo Ruiz. Domingo ocupaba el camastro contiguo al suyo. Era un convicto coriáceo y retorcido, cuyos favores se disputaban varios penados. Vasco no se mostró servil, ni siquiera respetuoso, y ello le valió el aprecio de Domingo. Gracias a la amistad de Domingo, Vasco conoció días mejores. Empezó a recibir sus paquetes y, a través de un misterioso conducto, una notable parte del dinero que le enviaban. También Domingo salió ganando. Los otros penados sintieron celos de aquella amistad, y Vasco tuvo que golpear a un par de ellos para que todo volviera a la normalidad.

Cierto día, Domingo informó a su amigo que esperaba su liberación para muy pronto. Procedente de cualquier otro penado, aquella afirmación hubiese hecho sonreír a Vasco. Pero Domingo no hablaba nunca a la ligera, y Vasco le escuchó con atención. Así se enteró de que, en una época anterior, Domingo había tenido ocasión de hacerle un favor a un revolucionario cubano en el exilio, el cual ocupaba ahora un cargo importante en el gobierno de Fidel Castro. Le había prometido devolverle el favor. En realidad, el gobierno cubano había formulado una demanda de extradición a los brasileños, y Domingo estaba citado para comparecer ante el tribunal de La Habana por ataque a mano armada, asesinato y otros pecadillos.

—La historia es falsa de punta a punta —le confió Domingo—. Desde luego, en el curso del proceso resplandecerá mi inocencia y seré absuelto.

—Pero tendrán que devolverte aquí... —objetó Vasco.

—No —sonrió Domingo—. Entretanto, por decreto especial, habré recibido la nacionalidad cubana. Y entonces podré ocuparme de ti.

En efecto, cuatro meses después de aquella conversación, vestido con un traje de buena tela, Vasco tomaba a su vez el avión de La Habana. Formaba parte de un intercambio con un funcionario brasileño de la embajada sospechoso de espionaje. Domingo le esperaba en el aeropuerto, al volante de un coche oficial escoltado por dos motoristas armados. Se había dejado crecer la barba. Los dos antiguos forzados se sonrieron.

—Veo que no te van mal las cosas... —comentó Vasco, con una punta de envidia.

—No me quejo. Y, si me haces caso, también tú harás fortuna.

En aquel lapso de tiempo increíblemente corto, gracias a las poderosas protecciones de que disponía, y gracias también a las discutibles referencias que constituían su pasado de truhan, Domingo había ascendido, en efecto, numerosos escalones.

—Necesitaban un hombre de mi temple —confió un poco más tarde a su amigo—. En muchos aspectos, esos tipos son unos puritanos. Ciertas tareas les repugnan. Yo me encargo de ellas. Desde luego, se creen muy listos, y si cometo cualquier error piensan librarse de mí echándome a los perros con una virtuosa indignación. Sólo que, por mi parte, no permanezco inactivo.

Posteriormente se explicó con más claridad. Le había sido confiada cierta policía secreta. Se trataba de un organismo oficioso que dependía de la caja negra de la Presidencia y no figuraba en ningún presupuesto. La especial posición política de Cuba ante todo el continente americano planteaba cotidianamente una infinidad de problemas a sus dirigentes. Muchos de esos problemas sólo podían ser resueltos en la sombra, a fin de no provocar graves incidentes. Y era cierto que a los que rodeaban al «Barbudo» les repugnaban ciertas bajezas. Domingo no era el primero que había ocupado aquel cargo. Casi todos sus predecesores habían conocido un final trágico, o habían tenido que huir precipitadamente antes de que la policía oficial fuera a detenerles.

—Sin embargo —concluyó Domingo con una leve sonrisa—, yo tengo la pretensión de permanecer en el puesto todo el tiempo que me plazca, y de llenarme los bolsillos. Para ello, necesito un lugarteniente de confianza, con el cual me comprenda sin necesidad de muchas palabras. ¿Quieres ser ese hombre?

Aquel mismo día, Vasco dispuso de un alojamiento y de un trato confortables.

* * *

Vasco no tardó en revelarse especialmente dotado para la clase de trabajo que se esperaba de él.

En el caso del periodista occidental, por ejemplo, obró con un tacto y una discreción ejemplares. El periodista en cuestión fue encontrado muerto en el fondo de un barranco dentro de su automóvil calcinado, y la encuesta reveló que en el momento de abandonar el pueblo más próximo estaba borracho. La agencia suiza para la cual trabajaba objetó tímidamente que su corresponsal

tenía fama de ser un modelo de sobriedad. El gobierno, al tiempo que presentaba las condolencias de rigor, pudo contestar con una total sinceridad que el informe médico corroboraba los numerosos testimonios. «En el futuro —añadía la nota diplomática—, sería más prudente que los corresponsales extranjeros, en vez de vagar al azar por nuestras campiñas, se pusieran en contacto con nuestros organismos de información. En ellos tienen garantizadas la más cordial de las acogidas, una documentación completa y agradables condiciones de trabajo...»

Nadie, en las altas esferas, pensó en las notas tomadas por el periodista en el curso de su encuesta sobre «la miseria de las campiñas cubanas». Sin duda habían ardidado al mismo tiempo que él...

Vasco depositó aquellas notas sobre el escritorio de Domingo y, al día siguiente, al abrigo de miradas indiscretas, los dos hombres sacaron de ellas tres juegos de fotocopias. Veinticuatro horas más tarde, Vasco tomó el avión y fue a depositar las fotocopias en tres cajas fuertes que Domingo poseía en Mérida (Méjico), San Salvador y Tegucigalpa (Honduras). Domingo se declaró satisfecho y Vasco recibió una importante suma (en dólares U. S. A.) como recompensa por sus «buenos y leales servicios». Vasco había comprendido perfectamente lo que Domingo esperaba de él. Consiguió, rápidamente, introducirse en la nueva sociedad cubana. Descubrió, tal como había sospechado siempre, que no existían diferencias fundamentales entre una mujer de mundo y una cortesana. Además, nadie parecía estar convencido de que el régimen castrista tuviese que durar mucho, y los altos funcionarios se mostraban preocupados por cubrirse el futuro. Sus esposas les estimulaban en aquel sentido y, a espaldas suyas, trabajaban para no desagradar a nadie. Vasco estaba como pez en el agua: en el comercio de las damas, era maestro.

Bajo la admirativa mirada de Domingo, no tardó en tejer un inextricable laberinto de intrigas de las cuales estaba continuamente informado por una u otra de sus conquistas. La máquina de policopiar funcionaba a buen ritmo, y Vasco se dirigía todas las semanas al continente para depositar copias de cartas, de cheques o de fotografías edificantes...

La policía oficial, por su parte, no veía con buenos ojos la creciente influencia de Domingo sobre los medios gubernamentales. Domingo esperaba un contraataque. En consecuencia, no le sorprendió verse citado por el ministro de Justicia. La entrevista duró más de dos horas. Domingo salió de ella muy excitado. El ministro, por su parte, estaba pálido y deshecho. Aprovechó un reajuste ministerial para presentar la dimisión, unas semanas más tarde, y fue a terminar sus días a Venezuela. Domingo estudió el

expediente que había reunido contra él el jefe de la policía. Vasco y él convinieron en que su enemigo había sido un poco severo. Vasco le mató limpiamente, de un balazo entre los ojos, con la ayuda de un fusil provisto de mira telescópica. Domingo rindió visita de cortesía a su sucesor, asegurándole su simpatía y su devoción. Al mismo tiempo, le refrescó discretamente la memoria: ¿recordaba el funcionario aquel interesante establecimiento de Maracaibo donde una joven prostituta había muerto, hacía unos años, a consecuencia de las magulladuras que le habían infligido unos juerguistas de costumbres demasiado «refinadas»? No, el jefe de la policía no recordaba aquella historia, y era deseable, dijo, que nadie volviera a recordarla... Domingo se mostró de acuerdo y se marchó, muy satisfecho.

Desde entonces, ciudadela dentro del Estado, Domingo no tenía ya gran cosa que temer, mucho más por cuanto el ex forzado sabía limitar sus ambiciones. El bloqueo norteamericano había favorecido el desarrollo de un importante tráfico de contrabando. Domingo y Vasco lo controlaron rápidamente. Mejor aún: organizaron el paso de los refugiados políticos en uno y otro sentido, previo pago en especies. Los dos poseían, en su más alto grado, el arte sutil de dar apariencias de virtud al acto más criminal. En las altas esferas privaba el convencimiento de que las actividades «paralelas» del servicio sólo constituían una nueva habilidad. Les felicitaron por haber sabido «desenmascarar las redes imperialistas». Pero Domingo se limitaba a dar unas informaciones muy vagas, queriendo, decía, «reservar el futuro para una amplia redada». Muchos funcionarios se abastecían en el mercado negro, del cual Domingo era el oculto organizador. Así les tenía mejor en la palma de la mano.

Todo marchaba viento en popa para nuestros dos héroes. Vasco había acumulado una respetable suma de dinero. A pesar de la opinión en contra de Domingo, estaba dispuesto a obtener la reapertura de las casas cerradas y a controlarlas todas. De momento, el gobierno popular se envolvía en los pliegues de un manto de pureza, pero Vasco era tenaz y no imaginaba que un país pudiera vivir sin prostitución.

Y luego, súbitamente, todo cambió. Un viento de inquietud sopló sobre la isla, sin que nuestros dos compadres le prestaran demasiada atención, al menos al principio. Cuando les rozó con su ala, quedaron repentinamente helados.

Decepcionado por las vacilaciones del aliado soviético, Castro se había vuelto hacia la China popular para obtener la ayuda militar y política que su país, en su aislamiento, necesitaba con toda urgencia. Se regateó sobre el

dinero, pero no sobre la doctrina, y no tardaron en desembarcar en la isla varias docenas de delegados políticos de ojos oblicuos, encargados de predicar la buena palabra de Mao en las mismas puertas del imperio capitalista enemigo. No tardó tampoco en comprobarse que aquellos celosos propagandistas no limitaban su apostolado a las reuniones ni a las escuelas nocturnas. Domingo y Vasco fueron de los primeros en darse cuenta.

Un día, Domingo y Vasco recibieron la visita del «subcomisario» Tao, el cual se presentó a ellos recomendado por algún ministro. Tao no correspondía al cliché habitual. Era alto y esbelto. No se confundía en sonrisas ni en reverencias. En su voz no había el menor rastro de deferencia. En realidad, se limitó a ser cortés, aunque dominaba —hecho raro en un amarillo— el idioma español.

—Son ustedes un par de bribones —dijo, sin más preámbulo—, y he recibido la orden de destruir su organización, al mismo tiempo que sus personas.

Domingo se había quedado con la boca abierta por la sorpresa. Más realista, Vasco había deshebillado su *holster*, la mano sobre la culata de su Colt. El amarillo no parpadeó.

—No dispare antes de haberme escuchado —dijo—. Mis hombres ocupan esta casa. Si no me ven reaparecer dentro de media hora, saltaremos todos juntos. Tales son las órdenes.

Domingo y Vasco no acababan de creerlo, pero tuvieron que rendirse a la evidencia. El equipo de gorilas encargados de asegurar su protección habían sido desarmados y atados por una pandilla de pequeños chinos silenciosos y eficientes surgidos de no se sabe dónde.

—Desde luego —continuó Tao—, su propio gobierno desaprueba mi acción. Altas personalidades responden de ustedes. No vamos a discutir sus motivos. Pero sin duda les interesará saber que hace varios meses que mi red se ocupa de sus actividades. Lo sabemos casi todo. Y tenemos el deber de destruirles. Unos hombres como ustedes corrompen esta revolución, que es un poco la nuestra. Su castigo, además, tendrá la categoría de ejemplo.

—No hablará usted en serio —dijo Domingo, sin demasiada convicción—. Ayudamos a la revolución con todas nuestras fuerzas. Nuestra lealtad...

—El que no habla en serio es usted —le interrumpió secamente el amarillo—. ¿Debo meterles bajo las narices las cifras de sus cuentas corrientes, los números de sus cajas fuertes?

Y añadió, como si leyera los pensamientos de los dos hombres:

—¿Qué nos importa a nosotros, que posean ustedes toda una documentación comprometedora para un buen número de altos funcionarios? Si estalla el escándalo, le haremos frente. Lejos de ocultarlo, lo airearemos. Los hombres pueden sustituirse, y no carecemos de aliados de buena voluntad... Es inútil que trate de jugar esa carta, señor Ruiz. Está quemada.

Domingo y Vasco se consultaron con la mirada. El chino esperaba.

—Tal vez podríamos entendernos —sugirió Vasco.

—Sí —se apresuró a decir Domingo—. Entre personas inteligentes, señor comisario...

El chino inclinó la cabeza.

—¿Qué es lo que quieren proponerme, caballeros?

* * *

Así fue cómo Vasco hizo su entrada en esta historia...

Resulta curioso que no tuviera nada que ver con ella, en apariencia. Y resulta más curioso aún que no hiciera más que entrar y salir, sin que ninguno de los otros personajes llegara a sospechar su existencia. Tal vez sólo merecía una mención, unas líneas, como máximo... Pero es posible que el autor no haya errado al pintar su retrato y narrado su aventura al detalle. Nuestro joven es, a su modo, una víctima de la guerra y, todavía más, de su amor a las damas, circunstancias que por regla general provocan la indulgencia de los jueces...

* * *

Vasco desembarcó en Orly un miércoles por la mañana. Estaba citado en un pequeño restaurante de la rue Calencourt, y Vasco, que no conocía París, se hizo conducir allí en taxi. Tomó tres vehículos distintos porque era un muchacho precavido y, al mismo tiempo, porque ardía en deseos de conocer la capital. Pigalle le decepcionó, aunque imaginó que, al hacerse de noche, el barrio adquiriría otro aspecto.

En el restaurante, esperó largo rato y empezaba a impacientarse cuando una guapa morena vino a sentarse a su mesa. La joven llevaba un periódico español debajo del brazo, que era la señal convenida. Le besó tiernamente, y los dos fingieron ser unos enamorados. París es el único lugar del mundo donde los enamorados pueden permitirse esas expansiones sin que la cosa escandalice a nadie. Vasco se tomó muy en serio su papel.

Después de almorzar, la joven le llevó al hotel. Cuando estuvieron atrincherados en su habitación, la morena le transmitió sus instrucciones.

Vasco la escuchó atentamente, pero cuando hubo grabado el mensaje en su cerebro, estranguló a la mensajera, de acuerdo con las órdenes que había recibido en La Habana.

En la consigna de la estación del Norte recuperó un paquete que contenía una buena automática y varios cargadores. Terminó apaciblemente su jornada en el cine, tal como le habían recomendado.

Por la noche, se dirigió a la dirección que le había dado la joven. Era una pequeña tienda de comestibles, situada en la esquina de un tortuoso callejón del viejo Montmartre. Entró por el pasillo y se encontró en la trastienda. Allí, dos hombres silenciosos le cachearon y le quitaron su Walther antes de introducirle en la habitación contigua. Sin saberlo, comparecía ante uno de los más importantes jefes de la red del gobierno de Pekín. El hombre se mantenía en la sombra.

—Siéntese, Schoenwalter... ¿Habla el alemán, como su padre?

—Sí —dijo Vasco—. Mejor que el francés, en todo caso.

—Entonces, hablemos en alemán —dijo el hombre.

Salió de la sombra. No era muy alto, pero Vasco conocía el tipo: un asesino, al mismo tiempo que un hombre frío, lúcido, de decisiones rápidas. Un jefe.

—¿Un cigarrillo?

Vasco encendió un rubio.

—¿Ha ejecutado usted las órdenes en lo que respecta a nuestro agente de enlace?

—Sí, señor.

—Enséñeme las manos.

Vasco sonrió y tendió sus manos. El otro las examinó rápidamente, frunció las cejas. Vasco explicó:

—Llevaba guantes. Los he tirado. También he borrado las huellas. Todas las huellas.

—Bien. Conoce su oficio, por lo que dice Tao. ¿Sabe lo que se espera de usted?

—No, señor.

—Mi equipo debe apoderarse de ciertos documentos contenidos en determinado cofre. Esa parte de la operación no le concierne directamente. Nos acompañará para cubrirnos las espaldas, sencillamente. Según la naturaleza de esos documentos, o en el caso de que nuestra misión fracase, es posible que tengamos que eliminar a su autor. Usted se encargará de ello. ¿De acuerdo?

—Sí.

—Si nos sucediera algo, a mis hombres o a mí, no puede usted fallar. ¿Comprendido?

—Sí, señor.

—Ese sabio es un personaje importante. Es probable que en estos momentos no se encuentre ya en París. Sabemos adónde se dirige: al otro extremo del mundo. Tendrá que darle alcance, liquidarle...

—De acuerdo.

—Su propia vida está en juego. Tao no le perdonaría un fracaso.

Consultó su reloj y continuó:

—Van a servirle la cena en esta habitación. Este sobre contiene todos los informes necesarios para el cumplimiento de su misión. Dispone de dos horas para aprenderse los datos de memoria. A las once, mis hombres le conducirán a la cita de esta noche. Yo estaré allí.

Se puso en pie, dando a entender que la entrevista había terminado.

Vasco se quedó solo.

Necesitó menos de una hora para almacenar en su cerebro el contenido del sobre. El servicio chino parecía estar muy bien organizado, pero, en su actual posición, el comprobarlo no inspiraba el menor consuelo al joven. Estaba obligado a triunfar. Era la única solución, y el tratar de huir sólo le conduciría, probablemente, a una muerte rápida.

Por lo tanto, si las circunstancias lo imponían, tenía que matar al profesor Delasalle. Vasco se consoló con la idea de que la misión, al menos en apariencia, era fácil. Delasalle no iba escoltado y, si los chinos no se equivocaban, ni siquiera estaría sobre aviso.

Además, se trataba de un intelectual poco acostumbrado al ejercicio físico. Su resistencia podía ser considerada de antemano como un elemento desdeñable.

En resumen, si el contentar al temible Tao no le exigía nada más, Vasco tenía motivos para sentirse satisfecho.

Cuando, a la hora fijada, siguió a sus dos compañeros del momento, Vasco se sentía francamente optimista.

* * *

La expedición fue un desastre. Los agentes especiales franceses hicieron irrupción en el preciso instante en que Zeller, el jefe, se disponía a abrir la caja fuerte. Zeller y uno de sus hombres resultaron muertos. El otro había sido capturado. El propio Vasco tuvo que huir, no sin haber intercambiado algunos

disparos con uno de los franceses. Las balas habían rozado sus orejas, una impresión de las más desagradables. Por su parte, creía haber alcanzado a su adversario, ya que la persecución cesó con mucha rapidez.

Se encontró, pues, en plena noche, perdido en un Saint-Cloud siniestro, silencioso, ignorando tanto el idioma como los lugares. Y, por primera vez en su vida, le invadió la desesperación. Realmente, su situación no tenía nada de envidiable, y empezaba a pensar en la posibilidad de entregarse a la policía cuando surgió un taxi providencial que depositó a un cliente a poca distancia de allí. Vasco tenía algún dinero y recordaba la dirección de la tienda de Montmartre. Se hizo conducir a ella.

Una vez en presencia del tendero, al cual le costó Dios y ayuda sacar de la cama, comprendió que había errado el camino. El hombre no era más que un simple comparsa que alquilaba a veces «*sus salones*» al servicio para alguna entrevista. No conocía a nadie y le advertían siempre por teléfono la noche que debía ir al cine.

Vasco experimentó la desagradable sensación de que el obeso tendero lamentaba haberse dejado embarcar en aquella historia. Al primer interrogatorio se derrumbaría, suponiendo que no acudiera él mismo a la policía; a la mañana siguiente, Vasco le mató. Le hundió entre los omoplatos el gran cuchillo normalmente destinado a cortar los embutidos. Luego registró la vivienda y tuvo la suerte de encontrar un pequeño fajo de billetes de cincuenta francos.

Una vez fuera, pensó en el chófer del taxi. Aunque le había hecho detenerse a un centenar de metros de la tienda, su acento habría puesto en guardia al individuo. Al día siguiente, una vez descubierto el crimen, la policía se enteraría de sus señas personales... Y no cabía pensar en localizar a aquel chófer. Vasco experimentó la sensación de que, desde hacía algún tiempo, un travieso diablillo se divertía complicándole la existencia. Pensó en la buena época pasada en La Habana con Domingo y, al pensar en su amigo, palideció. Domingo se encontraba en manos de Tao y su suerte dependía también de lo que él, Vasco, hiciera.

A partir de aquel momento, no vaciló. Consultó su reloj. Eran casi las cuatro. Los primeros aviones debían despegar de Orly al amanecer. Bajó a pie hasta la plaza Clichy donde se tomó un café con leche y unos «*croissants*» todavía calientes. Un poco más tarde, cuando las calles empezaban a animarse, alquiló otro taxi.

A las nueve había abandonado París, sin apenas haberlo visto. A las once, mientras el avión sobrevolaba el Atlántico, la azafata le entregó un telegrama

dirigido a su nombre, o, más exactamente, al que figuraba en su pasaporte. El texto era lacónico y, sin embargo, Vasco lo releyó tres veces para penetrarse bien de él:

«Bien. Stop. Continúe. Stop. Estaré escala Los Angeles. Stop. Domingo.»

Desde luego, Domingo no había tenido nada que ver con la redacción de aquel mensaje, y no estaría en Los Angeles. Pero Tao no podía expresarse con más claridad: se estaba al corriente, se apreciaba que hubiera conseguido huir, pero, dando por sentado que no había olvidado su objetivo, se le esperaba en Los Angeles para transmitirle nuevas consignas.

En el fondo, Vasco tenía un alma sencilla. Se sintió aliviado al saberse controlado de nuevo por los pequeños amarillos de Tao. De modo que durmió apaciblemente durante el resto del viaje.

* * *

Estaba como nuevo cuando desembarcó en Los Angeles, bajo la lluvia. El hombre que le esperaba en el aeropuerto no era Tao. También él llevaba un periódico español doblado bajo el brazo. Y los lazos quedaron reanudados.

—Su aparato reemprende el vuelo dentro de tres cuartos de hora —le dijo el chino.

Y añadió, con una amplia sonrisa:

—Parece que nuestra mala suerte ha terminado. El profesor Delasalle ha reservado plaza en ese avión. Dos filas delante de usted. Asiento cuarenta y siete...

Vasco abrió mucho los ojos, asombrado. El chino se explicó:

—El profesor llegó anoche en el avión regular. Pero no pudo resistir la tentación de ir a pasar una noche a Hollywood. Hizo reservar su plaza en el avión siguiente, el de usted... Divertido, ¿no es cierto? No tardará en llegar. Nuestro jefe Tao es partidario de que actúe usted en el curso de la escala en Papeete. Dispongo de una bolsita que contiene un veneno violento y rápido. ¿Lo quiere?

Vasco sacudió la cabeza.

—Preferiría un buen cuchillo.

—También tengo un cuchillo. Nuestro querido Tao sabe que es usted un excelente lanzador de cuchillos. La empuñadura está forrada de una goma especial que no conserva las huellas.

Vasco sonrió.

—Los cuchillos se lanzan por la hoja, *señor*. Y si el lanzador es diestro, las huellas de los dedos se borran por sí mismas al atravesar el blanco.

—No había pensado en ese detalle... En este vade, encontrará también un poco de dinero. Nuestro jefe Tao siente curiosidad por saber cómo se procuró usted el importe de su pasaje en el avión.

Vasco le contó el episodio del tendero, y el chino pareció satisfecho.

—Nuestro jefe estará contento, señor Vasco. Si se encuentra con alguna dificultad en Papeete, nuestro compatriota Minh, el vendedor de pájaros, le encontrará un escondrijo seguro hasta que vayamos a buscarle. Puede confiar en Minh. Está advertido. ¿Puedo hacer algo más por usted, señor Vasco?

—Creo que no.

—¿Puedo considerar que su misión va por buen camino?

—¡Desde luego! Tao puede dormir tranquilo. Pero, que no olvide su promesa: Domingo y yo quedaremos en libertad para expatriarnos a donde nos parezca y para llevarnos nuestro dinero, ¿eh?

—Nuestro jefe Tao es un hombre de honor, señor Vasco —aseguró el chino, con la más perfecta mala fe—. Buen viaje. No olvide su vade.

El asiento cuarenta y siete estaba ya ocupado cuando Vasco subió de nuevo al Boeing. Desde su propio asiento, el asesino distinguía un mechón de cabellos blancos.

Pero cuando el aparato empezó a rodar sobre la pista, el hombre que ocupaba el sillón cuarenta y siete se puso en pie y fue a instalarse cerca de un tragaluz. Era bajito y delgado y no correspondía en nada a las señas del profesor Delasalle. Vasco se enfureció hasta el punto de que sus uñas ensangrentaron las palmas de sus manos.

El aparato tomó altura.

* * *

Minh era un obeso individuo, sonriente y voluble. Aunque su profesión oficial era la de «vendedor de pájaros, loros y toda clase de aves de las islas», lo esencial de sus ingresos procedía de los préstamos usurarios que concedía a los polinesios indolentes y con dificultades económicas. Su casa estaba, pues, cómodamente amueblada. En honor de su huésped, expulsó a unas *vahinés* charlatanas y abrió una botella de excelente *whisky*.

—Ha sido un lamentable contratiempo —repitió—. Ese sabio empujó demasiado el codo. Pero le esperan en ese congreso y no puede tardar. La escala en Papeete es obligatoria.

Vasco alzó hacia él una mirada melancólica. Visiblemente, la fe no habitaba ya en nuestro héroe.

—En cierto sentido —aseguró Minh para consolarle—, la tarea resultará más fácil aquí. Si obramos con habilidad, nadie podrá sospechar de usted. Por otra parte, tengo una canoa rápida a su disposición. El mar está en calma. En muy pocas horas podrá llegar a una isla que le indicaré y en la cual estará a salvo hasta que yo mismo vaya a buscarle.

Vasco no respondió. El plan le parecía completamente estúpido, pero no se sentía con fuerzas para discutirlo. En realidad, su lasitud era tal que lo único que le importaba era la llegada del profesor Delasalle. Si le hubiesen pedido que fuera a apuñalarlo en medio del aeropuerto y de los gendarmes de la isla, en aquel momento, hubiera consentido en ello, sin preocuparse de las consecuencias.

Sin embargo, al día siguiente se había repuesto un poco, y Minh consintió en revisar su plan. Alrededor de mediodía, el chino recibió un mensaje que estudió largamente antes de descubrir su sentido. El profesor Delasalle había tomado el avión Boeing en Los Angeles. Llegaría el miércoles, a media mañana, acompañado del sobrino de un senador del cual convendría tal vez desconfiar.

—Nuestro jefe Tao —comentó Minh— no prohíbe que elimine usted también a ese americano, en caso necesario.

Entre dientes, Vasco vomitó una serie de insultos en español. Minh se limitó a sonreír: no le había traducido todo el mensaje.

* * *

Decididamente, el profesor Delasalle no parecía tener la menor prisa en llegar a Numea. Vasco había buscado en vano una ocasión de abordarle en el aeropuerto, pero renunció rápidamente a ello: el profesor y su cómplice norteamericano parecían dispuestos a pasárselo en grande. Refugiados en un café del puerto, habían proferido verdaderos gritos de alegría cuando el Boeing despegó sin ellos.

—Tendrán que pasar aquí tres días, como mínimo —le dijo Vasco a Minh—. Hay que esperar la ocasión realmente favorable, o crearla...

Los dos hombres elaboraron algunos planes pero, en definitiva, uno y otro se revelaron como pésimos estrategas. Vasco decidió dejarse llevar por la inspiración. Y entonces pensó en el veneno que le había dado el chino de Los Angeles.

Llegada la noche, pues, se enteró por Minh de que los dos juerguistas continuaban instalados en el puerto donde los indígenas, varones y hembras, les loaban sin reservas, tanta era su generosidad. Vasco se dirigió al café que le habían indicado.

Los dos compadres, en la barra, entonaban unas canciones típicas de Montmartre que la clientela, casi totalmente indígena, coreaba acompañándose de fantástico estrépito de cacerolas y de cucharas.

Vasco se acercó al mostrador y encargó un Gilbey's, lo mismo que el profesor. Si hubiera llevado el cuchillo encima, es probable que no hubiera resistido a la tentación de terminar de una vez para siempre. Se esforzó en cantar con los otros mientras sus dedos, hábilmente, desataban la bolsita. Tras haber bebido unos sorbos para que su líquido quedara al nivel del de su vecino, vertió el polvo en su propio vaso. Ahora le bastaba con efectuar la sustitución.

La ocasión se presentó casi inmediatamente. Delasalle se había vuelto. Daba la cara al público, marcando el compás con sus largos brazos. La canción hablaba de la Bastilla y Vasco, que no era completamente inculto, dedujo que se trataba de un canto revolucionario. Con aire absorto, acercó su vaso al otro y se apoderó rápidamente del de Delasalle. Nadie se dio cuenta, ni siquiera el norteamericano, borracho perdido. Vasco, aliviado, se acodó en el mostrador y cantó toda la canción con los demás. Luego estallaron los aplausos y el norteamericano encargó una nueva ronda. Delasalle se volvió, alargó la mano y... su rostro adquirió una expresión de sorpresa. Vasco se volvió a su vez y un chorro helado recorrió su espinazo: el vaso estaba vacío. Y el francés no podía habérselo bebido: Vasco no le había perdido de vista ni había cesado de oír su potente voz de barítono. Vasco paseó la mirada por su alrededor para detenerla finalmente sobre el dueño del café, derrumbado sobre su taburete, enfrente de la caja registradora, con una expresión de beatitud en el rostro. Le bastaba, en efecto, con alargar el brazo para alcanzar la mitad del mostrador.

Desalentado, Vasco se batió en retirada.

* * *

Al día siguiente, en medio de la más absoluta indiferencia, la isla se enteró del fallecimiento de Gassei, el tabernero. Todo el mundo le sabía cardíaco y, además, alcohólico. Como no iba a misa ni entregaba donativos a las sociedades deportivas, sólo algunos indígenas sentimentales derramaron unas lágrimas por su muerte. El médico atribuyó su fallecimiento a un paro del

corazón, con lo cual manifestaba mucha prudencia. Nadie le discutió aquel veredicto, y Vasco menos que nadie.

El desdichado joven estaba postrado, *knock-out*. Minh tuvo que sacudirle para exponerle el nuevo plan que había concebido en el curso de la noche. Vasco empezó a escucharle distraídamente, pero luego pensó que la idea no era tan mala. Desde el momento en que se trataba de utilizar el concurso de una mujer, el antiguo *souteneur* se sintió revigorizado.

Minh hizo venir a Puwannah, la bella *vahiné* que le debía una importante suma de dinero. La aleccionó largamente en presencia de Vasco. Para demostrar que había comprendido perfectamente lo que se esperaba de ella, repitió toda su lección sin equivocarse, hecho muy notable por parte de un polinesio, y todavía más de una polinesia.

Puwannah desapareció durante todo el día, y Vasco decidió dormir. Aún no se había adaptado a todos aquellos cambios de meridiano. En cuanto a Minh, se dedicó a su negocio.

Cuando se hizo de noche, el chino entró en la casa, satisfecho.

—Acabo de ver a Puwannah... Lo ha conseguido. El profesor acudirá a su cabaña esta noche, a las doce.

Vasco exhaló un suspiro de alivio y mostró su puñal con un gesto elocuente.

Le pareció que las saetas de su reloj se negaban a girar. A menudo lo sacudía para asegurarse de que no se había parado. Minh le observaba, silencioso, con rostro inexpresivo.

Finalmente, a medianoche, Vasco se levantó. Él, de ordinario tan tranquilo, aquella noche se sentía nervioso, preocupado.

—A la una menos cuarto en punto, Puwannah se las arreglará para dejarle solo en su cabaña —dijo el chino—. Dispondrás de cinco minutos, y...

—Ya lo sé, ya lo sé —le interrumpió bruscamente Vasco—. No me pongas más nervioso.

Bebió un largo trago de *whisky* de la misma botella y se secó los labios.

—Su cabaña —añadió el chino, imperturbable— es la última después de la capilla.

—¡Cállate de una vez! —estalló Vasco.

Ante aquel exabrupto, Minh supo que los nervios de su compañero estaban tensos como cuerdas de violín. Tal vez era menos capaz de lo que había supuesto Tao...

* * *

A la una menos cuarto, Puwannah salió de su cabaña. Medio minuto después Vasco entró en la choza y se lanzó sobre el largo cuerpo tendido en la sombra.

Por desgracia para él, que se jactaba de conocer a las mujeres, Vasco lo ignoraba todo acerca de esos encantadores pájaros que son las polinesias. A pesar de que había comprendido perfectamente la lección, Puwannah había sabido, por los latidos de su corazón, que era el norteamericano, y no el francés, el que deseaba llevar a su cabaña. Por añadidura, antes de ausentarse de la cabaña, había dado a entender al norteamericano que le amenazaba algún peligro. El norteamericano había deducido de sus palabras que algún marido celoso iba a buscarle querrela, y se mantenía en guardia. Ignoraba que no hay amante más filósofo y menos celoso que un marido polinesio.

Sea como fuere, Vasco experimentó una gran decepción. Su puñal se hundió en la alfombra de linóleo, la atravesó y se rompió a la altura del mango contra alguna piedra. Al mismo tiempo, el desdichado joven se encontró obsequiado con un uno-dos en la mandíbula que resonó hasta el fondo de su cerebelo. Al comprobar que acababa de escapar por muy poco a la muerte, el norteamericano se encolerizó. Y recordó haber ganado algunos permisos sobre el *ring*, cuando servía en el *Army Aviation*.

El combate fue muy desigual. Vasco, desarmado, no podía cederle veinticinco kilos a un joven atleta acostumbrado a todos los trucos del cuadrilátero. Recibió, pues, una memorable paliza.

* * *

Minh le cuidó durante toda la noche, porque empezaba a experimentar una especie de amistad por el joven.

Por la mañana, sin embargo, recibió un nuevo mensaje de Tao. En Numea habían sido tomadas otras medidas para interceptar al profesor. En cuanto al pobre Vasco, estaba decididamente de desgracia, mucho más de lo que él mismo imaginaba.

Minh esperó que se hiciera de noche. Entonces descorchó otra botella de *whisky*. Tendido en la cama, con el rostro cubierto de esparadrapo, los costados apretados por una faja de franela, Vasco se emborrachó de muerte. Cuando estuvo completamente ebrio, Minh se lo cargó sobre sus robustos hombros y le transportó a una laguna muy próxima. Con precauciones casi maternas, lo depositó en el fondo de la canoa. Luego puso el motor en marcha.

Más tarde, a algunas millas de distancia, cortó el gas, se inclinó sobre el cuerpo casi inanimado, lo sacudió.

—¿Cómo te sientes, Vasco?

—Estupendamente —eructó el joven—. Y todavía me sentiré... me sentiré mejor... mañana —concretó, con una beatífica sonrisa.

—Desde luego —aprobó el chino—. Mañana te sentirás mucho mejor, amiguito.

Agarrándole por los cabellos, apoyó la cabeza de Vasco sobre la borda y, de un solo golpe de cuchillo semicircular, le abrió la garganta de parte a parte. Mantuvo largamente la cabeza encima del agua para permitir que la sangre cayera directamente al mar. Cuando oyó el roce de las aletas debajo del casco de la canoa sonrió, satisfecho. Tiró el cadáver por la borda e, inmediatamente, el mar pareció bullir.

—Hay cuatro, como mínimo —dijo el chino en voz alta.

Y volvió a poner el motor en marcha.

* * *

Esa fue la historia personal de Vasco Schoenwalter.

Con respecto a la que va a seguir, y de la cual no es más que un breve episodio, demuestra claramente que en este mundo todo está relacionado. El triste destino de Vasco le fue impuesto, entre otros motivos, por la mala voluntad de Kruschew en ayudar a Fidel Castro. Y podría epilogarse largamente sobre ese tema.

No es ése mi propósito, y ya es hora de que volvamos al viaje del profesor Delasalle, del cual Vasco sólo fue un leve episodio. Y al profesor le importaba muy poco que Vasco fuera arrojado a los tiburones, que Domingo Ruiz resultara muerto en el momento en que intentaba fugarse, y que Minh comprara el café de Gassei a sus herederos.

Y le importaba mucho menos a Puwannah, la cual continúa paseando a sus enamorados, por la noche, desde su cabaña hasta el lago.

Capítulo primero

Kraus se despertó. E, inmediatamente, volvió a cerrar los ojos, cegado por el rayo de sol que caía a la altura de su rostro. El estómago le dolía y tenía la boca pastosa.

«Anoche debí cogerla de órdago», pensó, confusamente.

Se frotó el estómago. En aquel instante, a su lado, la muchacha se movió. En su sueño, balbució algo.

Kraus, sin abrir los ojos, frunció las cejas.

—¿Quién será esta pájara? —se interrogó en voz alta.

Sus recuerdos eran confusos. Recordaba haber bebido mucho y también haber bromeado con varias muchachas. Pero entre sus costumbres no figuraba la de traer sus conquistas a su apartamento. En realidad, por una serie de motivos que sólo le afectaban a él, Kraus no recibía prácticamente a nadie en su apartamento.

«Si se pone tonta —pensó—, le arrearé un par de tortas antes de echarla.»

Aquella perspectiva le reanimó. A Kraus le gustaba dar golpes. Le gustaba hacer daño. Le gustaba de un modo especial hacerle daño a una mujer, a determinadas horas.

Hizo pantalla con la mano y pudo examinar a su compañera. Esta, ahora, roncaba ligeramente, con la nariz hundida en la almohada. Lo primero que impresionó a Kraus fue lo enorme de sus dimensiones.

—¡Dioses vanos! —gruñó, asombrado—. Debí pescarla en la feria del Trono... ¡Es la mujer-ballena!

Él mismo era más bien bajito, y muy delgado.

Decidió que la mujer ya había dormido bastante y la pellizcó alegremente en lo más fuerte de sus rotundidades. La muchacha se sobresaltó y profirió algunas imprecaciones ahogadas por la almohada.

—¿Cómo te llamas, amor mío? —la interrogó Kraus, al oído.

La muchacha abrió los ojos y volvió hacia él un rostro mofletudo pero bastante joven. Sonrió.

—¡Vaya! —exclamó—. Mi pequeño notario... ¿Te encuentras mejor?

Kraus volvió a pellizcarle ferozmente, y ella aulló de dolor.

—¿Tu nombre, cariño?

—No seas bruto, querido, o te arreo una...

Su voz era amenazadora y, al contemplar sus enormes hombros, Kraus decidió aplazar la disputa.

—Dime cómo te llamas. Me horroriza acostarme con una nena sin conocer su nombre.

Ella hizo un mohín.

—Me llamo Juliette, querido. ¿Y tú?

—Romeo, desde luego... ¿Cuánto pesas?

—Lo que tú quieras, corazón.

—Debes de andar por los ciento cincuenta, ¿eh?

—No seas malo, pichón. Apenas el centenar...

—¡Y un cuerno! —exclamó Kraus—. Al menos ciento treinta y cinco... Dime, ¿dónde nos encontramos tú y yo?

—En el restaurante griego. En casa de Leónidas. Gracias por haber pagado mi cuenta, tesoro mío...

Kraus dedujo que debía estar espantosamente borracho, pero no lo dijo.

—¿Y después? —interrogó.

—Después, fuimos a dar una vuelta. Bebiste como un condenado. Y yo también. Y gastaste un montón de dinero. Tuve que traerte a casa. En taxi. Me costó muchísimo arrancarte la dirección. Y te subí hasta aquí...

¡Tres pisos! Kraus quedó como mortificado.

—¿Y después? —inquirió.

Juliette estalló en una carcajada.

—Te desnudé y te metí entre las sábanas. Yo me acosté a tu lado. Y hemos dormido.

Juliette tomó aliento. Luego explicó:

—Siempre duermo desnuda y sin taparme. No ha pasado nada, pichón... Tal vez podríamos enmendar el fallo ahora, ¿no?

Kraus la contempló. Vista de lado, parecía aún más enorme.

—Necesitaría una escalera —dijo.

Entonces le sucedió a Kraus algo fantástico, inconcebible. Una especie de farsa surrealista...

Juliette le asaltó.

* * *

—Lo ha pasado bien conmigo —me confió modestamente Juliette, enrojeciendo.

—Y yo que te tenía por una chica seria —dije.

—Una vez, de cuando en cuando, no viene mal. Estoy segura de que conservará un recuerdo imperecedero.

Juliette se secó una lágrima. En cuanto se reía, sus grandes lagrimales entraban en acción.

—La cosa no tiene importancia —continuó Juliette, cándidamente—. Y si he de esperar a encontrar hombres a mi medida, me pasaría la vida esperando. Pero he trabajado bien.

—Te escucho.

—Siguiendo tus instrucciones, he registrado su apartamento.

—Sí. ¿Y qué?

—La pesca no ha sido mala... Pero, desde el barco al pescatero, hay unos intermediarios...

Juliette se frotó la yema del pulgar con la del índice, un gesto elocuente milagrosamente entendido bajo todas las latitudes. Abrí el cajón de mi derecha y saqué un sobre. Juliette se apoderó de él y lo metió en su bolso sin abrirlo siquiera.

—Sé que no me engañas, mi pequeño Dan... Y es un placer trabajar para ti. Bueno, he aquí la historia...

Cuando hablaba en plan de trabajo, sus rasgos se modificaban. Su expresión se hacía áspera, dura, y recitaba su informe con una voz impersonal, glacial. Tomé algunas notas, le formulé algunas preguntas.

Nos separamos tan buenos amigos como siempre y la acompañé hasta el ascensor. A espaldas de Juliette, el ascensorista me dirigió una mirada dolorosa, con el dedo apoyado en la tablilla que señalaba el límite de peso. No parpadeé. De todos modos, el hombre consiguió introducirse en la cabina y cerró los ojos mientras pulsaba el botón de bajada: ésta fue lo suficientemente rápida para que el ascensorista escapara al aplastamiento.

Fui a llamar a la puerta del Viejo y le encontré sumido en la contemplación de un mapa de Francia desplegado sobre una de las paredes. Me saludó distraídamente, mientras su dedo índice recorría un misterioso itinerario. Encendí un Gauloise y me instalé en el sillón de costumbre, esperando pacientemente que el Viejo despertara de su ensueño.

Al cabo de unos minutos fue a sentarse en su escritorio, con aire preocupado.

—Los próximos meses se anuncian difíciles para el servicio, Dan. Tendremos un trabajo penoso y mal considerado, por añadidura. ¿Comprende lo que quiero decir?

Incliné la cabeza afirmativamente. Desde el caso Ben Barka, en el cual nuestro servicio no había estado mezclado, las «policías paralelas» no gozaban del favor del público ni de las autoridades oficiales. Al menor error (y, ¿cómo no cometerlos, en una guerra en la sombra en la que casi siempre actuamos a ciegas?), el escándalo y la cuchilla caerían sobre nuestras cabezas. Y, sin embargo, era necesario continuar la tarea.

—Los norteamericanos no tardarán en abandonar nuestro país, Dan. No lo harán sin rencor ni amargura. En estos momentos su presidente prepara su respuesta al nuestro. Puede estar seguro de que nuestros cofrades de la CIA le facilitarán argumentos. No se marcharán sin haber situado en los lugares convenientes a algunos «honorables corresponsales» hostiles al gobierno actual y decididos a rehacer la alianza franco-norteamericana. Y nosotros recibiremos la orden de asegurar el secreto de nuestra Defensa nacional... ¿Sabe adónde va a conducirnos eso?

Asentí silenciosamente. Una de las cualidades fundamentales del Viejo era aquella extraordinaria facultad de anticipar el acontecimiento y, desde hacía largos años, me había acostumbrado a dejarle soñar en voz alta delante de mí cuando nos encontrábamos en un momento delicado.

—Desde luego —continuó el Viejo—, Francia no abandonará la Alianza Atlántica, a menos que se vea obligada a ello por sus propios compañeros, lo cual parece improbable. De modo que Norteamérica continuará siendo nuestro principal aliado, y tendremos que realizar nuestra tarea en la más absoluta clandestinidad. Ni la prensa ni las autoridades oficiales deberán sospechar que, en la sombra, libramos una batalla implacable contra unas redes compuestas, todavía hoy, de algunos de nuestros mejores amigos. No auguro nada bueno para ese período, Dan... Si proyecta hacerse destinar a alguna de nuestras lejanas embajadas, estoy dispuesto a transmitir su petición con un informe favorable.

Sonreí.

—Sólo si usted viene conmigo...

—Ni pensarlo. Si tuviera que ceder el cargo, y sin prejuizar acerca de la competencia de mi sucesor, creo que iríamos rápidamente al caos. Usted, yo y algunos otros, podemos esperar, con la ayuda de nuestra experiencia y de nuestro conocimiento de los hombres, que la transición se efectuará sin que se produzcan demasiados estropicios. Un nuevo equipo será adiestrado rápidamente...

—¿Qué opina Barendson?

—Barendson dirige la sección francesa de la CIA, pero él no es toda la CIA. También él espera que se produzcan serias fricciones, pero tendrá que obedecer las órdenes que reciba... Mañana almuerzo con él. Espero que llegaremos a un *gentlemen's agreement*. Por lo menos, que mis hombres y los suyos no paguen los gastos de la operación... Pero, volvamos a los asuntos del día. ¿Qué novedades hay?

—Calma chicha, como todos los años en esta época. Beauval acaba de regresar de Indonesia y está redactando su informe. Nada nuevo en el Vietnam, donde la situación se pudre un poco más cada día... Del Este, los informes son buenos en vísperas del viaje de nuestro Presidente. Por lo demás, está usted más al corriente que yo... Queda únicamente ese Kraus.

—¡Ah, sí! ¿Qué pasa, finalmente, con ese tipo?

—He pegado a Juliette a sus talones.

—¿La gorda Juliette? ¿Continúa trabajando para una agencia de detectives?

—Y accesoriamente para nosotros, sí... Ha conseguido drogar a ese Kraus y entrar en su casa.

—¿Y qué?

—Lo que suponíamos: Kraus está mojado hasta las narices. Por desgracia, si le apretamos la cabeza, sólo se ahogará él...

—Explíquese.

—Juliette ha encontrado todo un arsenal en su casa. Armas modernas, eficaces. Armas de profesional, especialmente una Walther de veinte tiros que la ha dejado admirada.

—¿Una Walther? ¿No mataron a Werner con una Walther?

—Sí. Kraus posee también una suma bastante importante de dinero en billetes pequeños de distintos países. Juliette vio seis pasaportes diferentes y todos los juegos de documentación correspondientes. Hasta el punto de que somos completamente incapaces de establecer su verdadera identidad, si es que figura en el montón.

—¿Y en el fichero?

Me rasqué la barbilla antes de contestar.

—En el estado actual de nuestras relaciones con la D. S. T., prefiero no alertarles. Nuestro fichero es muy reducido.

—Comprendo.

Reflexionó en voz alta.

—Aparentemente (y la historia de la Walther no pasa de ser una suposición más), ese Kraus ha liquidado a Werner. Y todo indica que Kraus

es un profesional, aunque no sepamos para quién trabaja, ni si ha venido especialmente a París para matar a Werner.

—Exactamente.

—Bien. Pero ¿por qué no se ha marchado ya? ¿Por qué nos ha dejado tiempo para localizar su pista? ¿Espera nuevas instrucciones de sus jefes?

—Eso es lo que yo me he preguntado, también. Diríase que Kraus ignora que le hemos detectado y que está encargado de un segundo «*asunto*» en París.

El Viejo enarcó las cejas.

—Sí. Eso no es imposible. Pero esta historia no me acaba de gustar. Los tipos como Kraus son muy listos. Y, a mi modo de ver, se ha dejado drogar con demasiada facilidad por esa gorda... De todos modos, monte una «larga cuerda» a su alrededor. No quiero que se nos escape ninguno de sus gestos. Utilice al equipo Hermann. Y, por el amor de Dios, trate de ser discreto, Dan. Procure que ese Kraus no vaya a alertar a cualquier embajada que haya escogido para protestar que se atenta contra su vida o contra su libertad.

—Bueno —dije, hipócritamente—, siempre nos queda el recurso de devolver el caso a la D. S. T.

El Viejo gruñía aún cuando crucé la puerta, con el expediente debajo del brazo.

* * *

En el laboratorio fotográfico, Lambert, entre dos Cinzanos muy secos, me sacó una veintena de ampliaciones de la fotografía de Kraus tomada la víspera, con teleobjetivo, mientras cerraba la ventana antes de salir.

En los pasillos, los chicos de Hermann pasaron, transportando extraños aparatos muy parecidos, en su aspecto, a unos magnetófonos. En el garaje, los mecánicos se afanaban alrededor de los automóviles.

En la armería, Marchand me obligó a efectuar unas prácticas de tiro, buen pretexto para ganarme por un pelo una ronda de Dubonnet.

A media tarde estábamos preparados y, sin nada urgente que me retuviera en la oficina, decidí ir a pasar con mi equipo la primera noche de vela. Sentía una especial curiosidad por ver funcionar el nuevo material, ya que si bien es cierto que los progresos técnicos favorecen las empresas de los malhechores, es evidente que, en mayor medida aún, han transformado los métodos clásicos de la policía.

El Viejo se dignó aprobar mi iniciativa.

—No se pierda una ocasión de instruirse, Dan... Ver trabajar al equipo Hermann es un verdadero regalo para unos profesionales. Y, no olvide mi advertencia, Dan: discreción absoluta. ¿De acuerdo?

Capítulo II

Llegaron en varios días y en el aeropuerto nadie se fijó en ellos; eran semejantes a los otros viajeros, apenas un poco más apresurados, apenas un poco menos sensibles a los encantos de la isla. Nadie observó que, para ellos, las formalidades de aduana y de la policía se limitaron a la impresión de sus huellas dactilares sobre un celuloide; es cierto que la operación se desarrollaba en un salón privado del aeropuerto, en presencia de un alto personaje de la capital, sin que por otra parte se intercambiara una sola palabra.

Nadie observó tampoco que, a la salida del aeropuerto, cada uno de ellos era esperado por un joven atlético al volante de un cómodo automóvil de alquiler. Nadie, aparentemente, tuvo la idea de seguir a uno de aquellos automóviles, a excepción de un desconocido, cuyo cadáver, acribillado a balazos, fue encontrado en el fondo del Barranco de los Cerdos, cuyos cerdos habían devorado, extrañamente, su cabeza, su cartera y las marcas de su ropa interior, de modo que su identificación resultó imposible.

El hecho de que todos aquellos hombres fueran de raza y de nacionalidad distintas tampoco despertó la curiosidad. La isla se jactaba de mantener buenas relaciones con todos los continentes y, con la ayuda de su idílico clima, aquel liberalismo le valía una afluencia considerable de turistas de todas las lenguas y todos los colores. En la capital, por otra parte, florecían los restaurantes chinos, rusos, franceses, italianos, etc., los cuales mantenían un noble pugilato con los establecimientos consagrados a las especialidades locales.

A decir verdad, ninguno de aquellos extraños viajeros se detuvo en la capital para saborear las confituras de papayas ni los merengues de coco. Todos tomaron, tras unos raros rodeos, el camino de la Montaña Desnuda. Me refiero a la carretera superior y no a la que serpentea infinitamente al borde del océano, como aturdida por el canto de las olas sobre la fina arena. La carretera superior es poco frecuentada y está muy mal cuidada. Los vehículos pinchan con frecuencia en ella, pero los jóvenes atléticos llevaban varias ruedas de recambio en sus portaequipajes.

Algunas mujeres indígenas chismorrearon, por la noche, después de cenar (que es la hora en que las mujeres hablan y ríen más fuerte, y no sólo en la isla...). Contaron que el hotel Continental, construido casi encima del antiguo cráter, había vuelto a abrir sus puertas a pesar de lo temprano de la época, y que el nuevo personal se mostraba muy áspero con las mujeres curiosas...

Bajaban la voz para confiarse que los nuevos camareros estaban muy bien formados. Los maridos de oídos acerados que interceptaron aquellos comentarios se condujeron como hombres juiciosos: bostezaron y fueron a acostarse sin armar inútiles tremolinas.

Nuestros viajeros fueron reuniéndose en el hotel Continental, y parece ser que el hecho no se debió al azar.

Sus actitudes fueron de lo más curioso, a pesar de que no había nadie, lo repito, para observarles. Algunos, muy intimidados, parecían pegarse a las paredes a la vista de los ilustres ancianos, al modo de los nuevos pensionistas en la antigua Universidad. Otros, visiblemente, volvían a encontrarse después de una larga separación. Brotaban entonces gritos de chiquillos excitados, se sucedían los abrazos, las palmadas. Los jóvenes atléticos que aseguraban el servicio no podían evitar, a veces, el intercambiar una sonrisa.

En el hotel Continental, pues, se hablaban todos los idiomas, lo cual planteaba algunos problemas, ya que cada uno de los viajeros manejaba únicamente dos o tres idiomas, rara vez cuatro. Entonces, los ancianos caballeros (no eran todos muy viejos, pero los cuadragenarios constituían una pequeña minoría), los ancianos caballeros, pues, recurrían a extraños idiomas escritos. Intercambiaban febrilmente unas hojas de bloc cubiertas de letras o de cifras, y parecían experimentar un vivo placer con aquellas discusiones mudas y visiblemente desprovistas de sentido. Los jóvenes atléticos, pertenecientes también a todas las razas y de todos los colores, se enojaban a la vista de aquellos papeles. Ya que los ancianos caballeros se olvidaban normalmente de destruirlos, cosa que les valía unas severas reprimendas por parte de los mencionados jóvenes.

En la noche del tercer día, después de cenar, los ancianos caballeros se reunieron en el gran salón donde los jóvenes habían dispuesto un número suficiente de cómodos sillones y de mesitas plegables. Cada asiento estaba provisto de un par de auriculares, y varios de los jóvenes se habían colocado en el interior de unas pequeñas cabinas repartidas por toda la estancia, delante de otros tantos micrófonos.

A las nueve en punto, hora de aquel meridiano perdido cuyo uso exclusivo parece tener la isla, un hombrecillo alerta y sonriente trepó a lo alto de los peldaños donde normalmente se instalaba la orquesta del hotel. Estallaron algunos aplausos, pero el hombrecillo de los cabellos blancos los interrumpió con un gesto. Cuando se restableció el silencio, guiñó un ojo. Y todos los ancianos caballeros guiñaron el ojo.

Luego, guiñó el otro ojo, y todos los ancianos caballeros guiñaron también el otro ojo. Después, el hombrecillo se echó a reír, y la sala entera se echó a reír con él. Los únicos que no rieron fueron los jóvenes atléticos. Permanecían atentos, interesados, tranquilos.

El hombrecillo, con un gesto, restableció el silencio. En el fondo de la sala, el representante de Portugal hablaba en voz alta, y todo el mundo se volvió. El hombre era un poco sordo y se había olvidado de pulsar el botón de su aparato acústico. Se asombraba de no oír su propia voz. Su vecino le hizo callar, con un expresivo gesto. La calma renació.

El hombrecillo encargó a uno de los jóvenes atléticos que le procurase un sombrero. Hundió varias veces la mano en aquel sombrero, sacó cinco papeles, leyó cinco nombres. Los pronunció todos correctamente, ya que cada uno de los ancianos caballeros había escrito su nombre en fonética. Cada uno de los llamados vino a situarse, pues, sobre el segundo peldaño. El hombrecillo les estrechó la mano y fue a sentarse en uno de los lugares que habían quedado vacíos. Algunos incorregibles aplaudieron su salida.

Entre los cinco favorecidos por la suerte había dos amarillos y un negro. Uno de los dos blancos, el mejicano, tenía la piel muy cetrina.

Los cinco hombres intercambiaron algunas palabras, con más o menos dificultades, y el representante mejicano pasó a ocupar el estrado superior. Esta vez, la asamblea aplaudió por espacio de dos minutos. Cuando renació la calma, el presidente en funciones levantó las dos manos al aire, en un gesto relajado y amistoso. Toda la sala le imitó. Luego gritó, con todas las fuerzas de sus pulmones de robusto sexagenario. Un grito extraño, absurdo, que nunca ha significado nada, que nunca puede significar nada, en ningún idioma:

«¡Pugwash!», gritó.

«¡Pugwash!», respondió toda la sala.

El hombre repitió la extraña palabra dos veces más. Y, las dos veces, la sala le imitó. El último grito adquirió una resonancia asombrosamente grave. Sucedió que todos aquellos hombres conocían el origen de la palabra. Todos sabían que Pugwash es el nombre de una pequeña ciudad del Canadá inglés;

todos, pues, lo pronunciaban correctamente, a la inglesa, y al producirse el tercer grito la unanimidad fue perfecta: pronunciado por sesenta gargantas, el vocablo adquirió un singular hechizo, como de encantamiento pagano.

Algunos de los jóvenes parecieron emocionarse, pero la asamblea no les prestaba ya la menor atención.

Todos los rostros, súbitamente, se habían hecho serios, tensos. Los ancianos caballeros se ajustaban los cascos, regulaban el volumen sonoro sobre la señal que emitían las cabinas. Uno tras otro, levantaron la mano para significar que estaban preparados. Todos, secretamente, se alegraban de que la suerte hubiera designado al mejicano entre los cinco presidentes... El profesor Morelos, de la Universidad de Méjico, acaba de recibir el premio Nobel por sus trabajos de química biológica. Era, además, con Bertrand Russell, Einstein y algunos más, uno de los nueve fundadores de la asociación Pugwash. Era uno de los miembros más eminentes de la actual asamblea, y gozaba de la estima de todos.

El profesor Morelos empuñó el micrófono. Anunció que la Sexta Conferencia del Movimiento Pugwash quedaba abierta. Sesenta de los más formidables cerebros del planeta concentraban sus inteligencias...

Capítulo III

Kraus estaba de un pésimo humor. Había dormido todo el día y se despertó al atardecer con la cabeza pesada y una insoportable acidez en el estómago.

Se contempló en el espejo, el puño crispado en el hueco del estómago.

—Anoche debieron darme gasolina, en vez de *whisky*... Asquerosa gasolina... Seguro que si enciendo un cigarrillo voy a convertirme en una bengala... ¡La gorda del demonio! Si vuelvo a encontrarla, voy a...

Asaltado por una súbita sospecha, cogió su cartera, que estaba sobre la repisa de la chimenea y contó el dinero.

—Bueno, no me ha robado nada, al parecer. No es más que una cerda.

Sin embargo, para más tranquilidad, se inclinó, pasó la mano por el interior del marco del falso hogar y comprobó con satisfacción que su arsenal y sus billetes de banco continuaban allí. Luego consultó su reloj de pulsera.

—Tengo el tiempo justo para afeitarme.

Mientras la Sunbeam runroneaba sobre su mejilla, no conseguía apartar de su mente el recuerdo de su obesa compañera de la noche anterior.

—Doscientas ochenta libras, como mínimo —murmuró.

La loción que paseó sobre su rostro le proporcionó algún frescor. Se vistió rápidamente, recuperó su cartera.

Abajo, en la avenida, los faroles acababan de encenderse. El empleado de una lavandería bajaba un cesto de ropa de una camioneta. Kraus se dirigió a la parada de taxis más próxima.

* * *

—Es pan comido —dijo Hermann.

Al mismo tiempo, empuñó el micro y dio unas órdenes:

—Aquí, Pimprenelle. Aquí, Pimprenelle. Operación Verdura. En posición. Brigitte, Gina, Sophia, en marcha. Carole y Zenobie, *bulevard* Richard-Lenoir. Los otros quietos, esperando instrucciones. Repitan en el mismo orden para confirmación.

Mientras cada uno de los vehículos acusaba recibo, Hermann pulsó una tecla del pequeño transistor colgado del tablero de a bordo: se encendió una pantalla luminosa. Tras algunas oscilaciones, la imagen se fijó, suficientemente clara, y enmarcó un taxi Ariane bastante fatigado en el cual, por el vidrio trasero, pude reconocer el cráneo despoblado de nuestro cliente.

—O. K., Brigitte —comentó Hermann—. Recibo cinco sobre cinco. En la République, toma por Magente. Gina por Saint-Martin. Sophia en seguimiento. Confirmen.

Me explicó su técnica:

—Tu pimpollo no parece desconfiar, pero, dado que dispongo de un número suficiente de vehículos, prefiero actuar por medio de relevos sucesivos. Todos mis chóferes son antiguos taxistas que conocen perfectamente París. Gracias a las pantallas de televisión pueden participar en la persecución por otros itinerarios y reunirse con nosotros a la primera señal, con la ventaja de que entonces pueden utilizar sus sirenas para despegarse de los embotellamientos.

En la plaza de la République, el taxi optó por el bulevar Saint-Martin. Hermann, satisfecho, volvió a empuñar el micrófono.

—Sigue por Magente hasta el mercado de Saint-Quentin, y prepárate para unirme a nosotros por la calle Lafayette. Gina, controla la imagen hasta la Opera, si hay lugar. Sophia en reserva. Los otros que se reúnan rápidamente en Richelieu-Drouot por itinerarios libres.

Desconectó antes de observar:

—Tu pimpollo no se mueve. No se ha vuelto ni una sola vez. ¿Estás seguro de que tiene un peso en la conciencia?

Me encogí de hombros.

—Probablemente es el que se ha cargado a Werner.

—No ha sido una gran pérdida... Ese Werner comía en todos los pesebres, ¿no?

—Nos había facilitado algunas informaciones valiosas. El miércoles me llamó por teléfono para decirme que tenía algo «sensacional». No acudió a la cita que le di. Fui a su casa. Estaba muerto desde hacía varias horas: una bala en el corazón, otra en la nuca, a quemarropa...

—Una faena de profesional, ¿eh? Ese Kraus debe de ser un tipo más bien peligroso...

—Probablemente.

—¿Cómo habéis localizado su pista?

—Por unos números de teléfono que Werner había escrito en una pared de su casa y las comprobaciones rutinarias que se imponían.

El taxi continuaba su camino y Kraus no parecía preocuparse de vigilar su retaguardia. Hermann ahogó un bostezo de aburrimiento.

—Es pan comido —repitió—. Nosotros que queríamos hacerte una demostración...

Por mi parte, no comprendía demasiado la indiferencia del asesino.

En el semáforo del cruce Richelieu-Drouot, Hermann recuperó casi todos sus efectivos y la persecución continuó. El taxi enfiló el bulevar Haussmann. Nuestra camioneta le había cedido cierta ventaja y, de nuevo, le seguíamos por medio de los televisores de que estaba provisto cada uno de los vehículos del grupo. La imagen era captada por una cámara camuflada en algún tablero publicitario, en el techo. El taxista buscaba visiblemente unirse a la hilera de la derecha; Hermann alertó a sus hombres y, por una de esas intuiciones mágicas que nacen de la costumbre de aquella clase de trabajo, ordenó a dos de sus vehículos que «enmarcaran» la estación de Saint-Lazare.

Efectivamente, Kraus preparaba su dinero cuando el taxi penetró en el patio de Roma. Trepaba la escalera cuando, a nuestra vez, desembarcábamos de la camioneta. Varios hombres de Muller esperaban ya a nuestro cliente en la sala de los pasos perdidos. A aquella hora avanzada, la mayoría de los que viven en las afueras y trabajan en la capital habían regresado ya a sus ciudades-dormitorio. Kraus cruzó casi toda la sala en su sentido longitudinal y pasó sobre el andén por el pasillo reservado a las grandes líneas. Allí, sin la menor vacilación, giró a la derecha. Uno de los hombres de Hermann le precedía, por si acaso. Hermann fue el primero en adivinar:

—La consigna automática —susurró a mi oído.

—Es posible —dije—. Dile a uno de tus muchachos que se fije en el número de la caja.

Efectivamente, Kraus, al llegar al extremo del andén, se adentró por el pasillo que conducía a los armarios metálicos. Uno de los hombres de Hermann se había puesto decididamente a su altura.

—Esperemos aquí —dije—. Por el otro lado no hay ninguna salida.

Transcurrieron dos o tres minutos. Yo había encendido un Gauloise, preocupado, vagamente inquieto. Tenía la oscura sensación de que estaba perdiendo el tiempo, o de haber olvidado algún detalle esencial.

La explosión fue repentina, ensordecedora. Hermann y yo quedamos petrificados por espacio de varios segundos. Una nube de humo y de polvo surgía ahora del pasadizo. Bajo el gran *hall*, todo el mundo se había detenido,

lo mismo que nosotros. Luego, una mujer aulló, y su grito me liberó. Salí disparado hacia la consigna. Vi una sombra titubeante y reconocí al hombre de Hermann. Se cogía la cabeza con las dos manos. Hermann le sacudió.

—¿Martin! ¿Qué ha pasado? ¿Está usted herido?

—Creo que he perdido una oreja —dijo Martin, aturdido, contemplando su mano ensangrentada.

—¿Y Kraus? —pregunté.

Martin se encogió de hombros.

—La cabeza arrancada —dijo, con una especie de sollozo en la voz—. La he visto separarse del tronco. Nunca olvidaré el horrible cuadro...

Hermann daba instrucciones a dos de sus hombres, los cuales bloquearon inmediatamente la entrada. La multitud empezaba a agruparse a una respetuosa distancia.

—Ferté le acompañará a Lariboisière... No pierda tiempo.

—Trate de encontrar mi oreja, jefe —suplicó Martin—. Parece ser que vuelven a pegarla bastante bien, si se llega a tiempo...

—¿Había algún empleado? —inquirió Hermann.

—Dos. Creo que también les ha tocado algo. Si no, ya hubieran salido.

—Bien. Vaya a que le curen. ¿Qué opinas de esto, Dan?

—No me gusta —dije—. El hecho de que hayan matado a Kraus no tiene nada de sorprendente. Es la regla del juego. Pero estamos acostumbrados a un poco más de discreción en el oficio. Esos tipos no se matan en la primera plana de *France-Soir*...

* * *

El Viejo dejó el periódico de la mañana sobre su escritorio. Permaneció pensativo, y yo respeté su silencio.

—No hace usted buena cara —dijo, al cabo de unos instantes.

—No me he acostado. He pasado una parte de la noche con los especialistas en explosivos de la policía. Luego he ido al apartamento de Kraus y lo he registrado de arriba abajo.

—¿Y qué?

Me encogí de hombros y enarqué las cejas en un mismo movimiento.

—¿Y Martin? —continuó preguntando el Viejo.

—Tendrá que aprender a presentar su perfil bueno.

—¿Los empleados?

—Uno de ellos ha muerto esta mañana sin haber recobrado el conocimiento. El otro se salvará. Sólo tiene una herida en el muslo.

El Viejo cerró los ojos para reflexionar mejor. Al cabo de unos instantes, inquirió:

—¿Una granada?

—Sí, pero de un tipo bastante especial. Nuestros expertos están completamente despistados. La explosión ha sido de una increíble violencia. No se han encontrado más que los restos del detonador, de un tipo desconocido de nuestros hombres.

—¿La caja?

—Por ese lado, nada. Sólo pueden hacerse suposiciones. Kraus habría recibido la llave por correo o por cualquier otro medio, y se dirigiría a la estación sin la menor desconfianza, sin duda para encontrar en la caja instrucciones o dinero... En ningún momento pareció estar sobre aviso, ni siquiera cuando le seguíamos.

—Bueno —gruñó el Viejo—. ¿Dónde nos encontramos, Dan?

—A cero, o poco menos. He dedicado dos hombres a revisar sus papeles y documentos. Pero dudo que saquemos algo en claro.

El Viejo se encogió de hombros.

—Ni Kraus ni Werner merecen que arriesgue el pellejo de uno de mis hombres para poner en claro todos esos misterios —dijo—. Llámeme esta noche para informarme de lo que haya. Si no hay ninguna novedad, archivaremos el caso.

—De acuerdo —dije—. Entretanto, voy a dormir unas horas.

—¿Acaso duermo yo? —gruñó el Viejo.

—Los ancianos apenas necesitan dormir —dije, cerrando rápidamente la puerta detrás de mí.

Le oí echar pestes y cerrar furiosamente sus cajones.

Dormí, pues, un par de horas. Y el teléfono me arrancó de un sueño equívoco, en el cual iba a portarme mal con la esposa de un colega. Descolgué, bostezando.

—Estoy muy cerca de tu casa —me anunció la voz serena de Bernier—. Creo haber descubierto algo interesante. ¿Subo?

—O. K. Te preparo un Dubonnet.

Más tarde, mientras vertía el vodka en el vaso, Bernier me explicó:

—En su habitación sólo había un periódico, ¿recuerdas? Me llamó la atención que se tratara de un ejemplar del *Figaro* de hace casi un mes. Empecé por leer los titulares, sin encontrar nada especial. Y luego se me ocurrió la idea de releerlo línea por línea, comparándolo con los carnets de direcciones que Kraus llevaba encima. Y obtuve un resultado.

—Te escucho.

—Será mejor que lo veas por ti mismo...

Me tendió el *Figaro* abierto por la página de las notas de sociedad. Había rodeado con un círculo trazado a lápiz el anuncio de una boda. Un tal profesor Delasalle, oficial de la Legión de Honor, doctor en ciencias, manifestaba la satisfacción que experimentaba al librarse de su hija Laurence, confiándola a un tal Alan Pierrard, ingeniero de minas...

—Apasionante —dije—. ¿Y qué? Los tórtolos se han casado, ¿no?

—Sí. Pero, mira esto.

Me mostró una caja de cerillas, en la cual había una dirección escrita a lápiz: 124, calle Pasteur, Saint-Cloud, Molitor 83-39.

—Es la misma dirección que figura en el comunicado de la boda —concretó Bernier.

Quise asegurarme. En efecto, era la misma dirección.

—¿Y luego? —inquirí.

—La caja de cerillas fue encontrada en la habitación de Kraus, y me dije que tal vez existía otra relación... ¿No te das cuenta?

—No.

—Esa granada, o esa bomba, en opinión de nuestros expertos en explosivos, es de un modelo inédito... Y un doctor en ciencias debe de estar especialmente dotado para la fabricación de explosivos, ¿no?

—¡Virgen santa! —exclamé, desalentado—. ¡No me digas que me has despertado para contarme esas estupideces!

—Sí, ya sé que no parece muy sólido —admitió, desanimado—, pero no se me ha ocurrido nada más. Pensé que podríamos ir a echar un vistazo a la casa de ese caballero.

—Vamos allí —dije, sarcástico—. Y si da la casualidad de que ha tomado el tren en Saint-Lazare, le detenemos sin más explicaciones, ¿eh?

Ante su aspecto de desaliento, me di cuenta de lo injusto que era con el pobre Bernier. Súbitamente, vaciamos la botella de Dubonnet y despegamos de mi casa con una moral de hierro.

Capítulo IV

Los ancianos caballeros trabajaban duramente, a pesar de que no estaban sujetos a ninguna disciplina.

No todos gozaban de excelente salud, pero cada uno de los guardianes velaba atentamente sobre su patrón. Al menor síntoma de fatiga, el joven intervenía, gruñendo a veces, cuando el sabio se negaba a abandonar la sala para ir a descansar un rato o a dar un corto paseo al aire libre. Se produjeron cómicos altercados. A veces, la discusión se agriaba y el sabio se resistía. Pacientemente, el joven encajaba las protestas, aunque no por ello dejaba de insistir, y casi siempre ganaba la partida.

Algunos debían tomar unos medicamentos a horas fijas. Los corazones y las vesículas suelen flaquear antes que los cerebros (y es mejor que sea así...). Los jóvenes, entonces, se paseaban con una bandeja que contenía tal polvo o tal comprimido y medio vaso de agua mineral. En la mesa, vigilaban celosamente los regímenes. El segundo día, aprovechando una momentánea distracción de su vigilante, uno de los delegados australianos, que llevaba valientemente sus setenta y cuatro años, abusó un poco del Médoc. Tuvieron que transportarle a su habitación. El incidente divirtió mucho a los congresistas, y un delegado soviético lo convirtió en tema de una canción...

El mismo día, un pequeño avión particular se acercó peligrosamente al hotel. Los sabios estaban en pleno trabajo y no le prestaron la menor atención. Pero no ocurrió lo mismo con los jóvenes que, en la terraza, velaban por la seguridad de la conferencia. Los ancianos caballeros hubiesen quedado asombrados de haberse enterado que, encima de sus cabezas, tres pequeños cañones de tiro rápido estaban apuntados sobre algún inofensivo paseante aéreo. El aparato se dio a conocer por radio. Pertenecía a la policía gubernamental de la isla y vigilaba las carreteras que conducían al hotel. Los jóvenes respiraron. El avión se alejó, y su piloto prometió que en adelante permanecería a una distancia respetable.

Por la noche, después de cenar, una parte de los jóvenes salían a relajar sus nervios a la montaña. Uno de ellos, un japonés sonriente, pasó una hora con una de las mujeres de la aldea. Durante varios días tembló pensando que

uno de sus colegas le hubiera visto. Una semana después, supo que había tenido otros motivos de temor. El farmacéutico indígena no creyó una sola palabra de su historia de amígdalas, y le vendió unos antibióticos a precio de oro.

Así transcurría la vida.

En el curso de la tercera sesión, se habló de Pugwash. Ya que lo raro de aquellas reuniones era que en ellas se hablaba muy poco de temas científicos. Para eso, los sabios del mundo entero disponen actualmente de medios de comunicación y de interpenetración extraordinariamente rápidos y más productivos que en el marco locuaz de una conferencia. Aquí, al igual que en el curso de las sesiones anteriores, lo único que preocupaba a los asambleístas era el aspecto humano de la ciencia, a escala del planeta, y el destino de la raza; se velaba por canalizar las conquistas de la mente, no en el sentido de los intereses o de la potencia de una nación cualquiera, sino en el del respeto a la vida y a la dignidad del individuo. La carta de Russell continuaba siendo la única Biblia de los congresistas. En varias ocasiones, ya habían intervenido en un conflicto latente, cada uno en su país, en su cargo, por el simple juego de la doble influencia ejercida sobre el dirigente y sobre el corresponsal amigo^[1].

Una vez más, Cyrus Eaton había dirigido un mensaje de buena voluntad a los congresistas. En atención a los más jóvenes de entre ellos, y porque se había convertido en algo tradicional, alguien habló de Cyrus Eaton y, en primer lugar, de Pugwash.

Hace falta un mapa detallado para encontrar aquel pueblecito de nombre bárbaro para nuestros oídos franceses en las inmensidades del Canadá. No parece que en el pasado haya adquirido títulos de gloria que justifiquen su inclusión en los diccionarios corrientes. Sin embargo, apostamos a que figurará en las ediciones futuras... Y por un doble motivo.

El primero, que se remonta a los últimos años del siglo pasado, es el de haber visto nacer entre sus paredes al futuro multimillonario Cyrus Eaton... Filántropo, humanista, Cyrus Eaton no se contentó con amasar una enorme fortuna. Muy afectado por la bomba de Hiroshima, actuó constantemente en el sentido del pacifismo, aunque sin adherirse, por supuesto, a unas doctrinas políticas hostiles al capitalismo.

En 1957, Cyrus Eaton recibió la visita del sabio británico Bertrand Russell. Este buscaba un mecenas. Le mostró a Eaton la famosa carta que había redactado, dos años antes, y que habían firmado con él, además de Einstein —próximo a morir—, los físicos más eminentes de la época, para

denunciar la «ceguera política de los destructores de átomos». Eaton quedó entusiasmado. Ofreció a Russell financiar su empresa, proponiendo su finca de Pugwash como sede de la primera reunión de la Internacional de los Sabios.

En prueba de agradecimiento, los sabios del primer congreso dieron el nombre de Pugwash a su asociación^[2].

Más tarde, sin embargo, Russell tuvo que convenir en que había obrado con cierta ligereza. El entusiasmo del mecenas no decayó. Por el contrario, se hizo absorbente, abrumador. Por exceso de cariño a su hijo, cubriéndole de flores y de caricias, Eaton le impedía realizar su tarea. Se produjeron algunos roces cuando, al año siguiente, Russell obtuvo del gobierno británico que invitara a la asociación con todos los gastos a su cargo. Eaton se indignó, los sabios se obstinaron, y cada uno de ellos presentó una petición semejante a su propio país. Tras algunos tanteos, todos los Estados requeridos aceptaron el principio de una participación en Pugwash^[3]. Dolido, Eaton acusó a Russell y a los otros sabios de ingratitud. Pero Pugwash, ahora, encontraba en ella misma su razón de ser y la indispensable independencia material y moral. Estaba dispuesta a obrar en el sentido que habían deseado sus creadores, contra la ceguera del investigador científico, contra las torpezas del aprendiz de brujo.

Tal es la historia de Pugwash, poco conocida. Resulta, por más de un motivo, reconfortante...

Uno de los ancianos caballeros la contó aquel día. Sobre el tema, lo mismo que sobre los otros, no se votó ninguna moción, no se redactó ningún comunicado. Pugwash ignora los votos mayoritarios y no se preocupa de informar al mundo. La unanimidad, pues, no fue expresada y no salió al exterior. Sencillamente, cada uno de los participantes estaba orgulloso de que Pugwash existiera y de que aquel orgullo fuera común a todos.

¿Fue por simple azar que, aquella noche, las dos importantes masas que representaban los delegados soviéticos y norteamericanos permanecieran hasta muy tarde en la biblioteca y discutieran del Tercer Mundo en un lenguaje libre que hubiera hecho estremecer a los diplomáticos de sus dos países?

Los jóvenes atléticos que les acompañaban tuvieron tiempo de jugar un duplicate^[4] que los rusos ganaron por muy poco. Casi se sintieron avergonzados por su victoria.

Capítulo V

—Es la clase de barraca que me gustaría tener en la vejez, e incluso un poco antes —declara Bernier, admirado.

—Sí —digo—. Y eso respira honradez por los cuatro costados...

Hemos sobrepasado ligeramente el 124 y he detenido el DS delante de una escuela completamente nueva, constituida por una serie de grandes *bungalows* prefabricados. Pueden creer que esperamos la salida de algún chiquillo, pero estamos muy bien situados para observar la finca del profesor Delasalle. En aquel momento, un jardinero está regando las avenidas. De cuando en cuando, vuelve a llenar su regadera en un grifo muy bien disimulado en un macizo, añade una bolsita de polvo al agua, revuelve con un bastoncillo, riega de nuevo.

—Cuando yo era chaval —comenta Bernier con aire pensativo—, no se conocían los herbicidas. Durante las vacaciones, en casa de mis abuelos, yo era el encargado de arrancar la hierba de las avenidas. Con la mano, brizna por brizna... ¡La de veces que he llegado a maldecirla, aquella asquerosa hierba!

Suena una campana en alguna parte y, en bandadas aullantes, los chiquillos salen de la escuela. Las madres y las chachas recuperan con grandes trabajos sus efectivos. Uno tras otro, los automóviles despegan. Consulto mi reloj; son las seis y media. Pongo el contacto, el DS se despereza...

—¿Nos vamos? —inquire Bernier, sorprendido.

—De momento, ya hemos visto lo suficiente. Si ocurre algo sospechoso en esa casa, es inútil que nos dejemos ver. Cuando pasemos por delante, dispara la cámara.

Bernier asiente, manipula dos botones sobre el tablero de a bordo, y registramos una película de una veintena de segundos antes de poner proa al puente de Suresnes.

* * *

—Bueno —gruñe Lambert—, ¿quién va a pagarme las horas extras? ¿Tú?

Sin embargo, mientras gruñe se apodera de la cámara, y se encierra en el reducto que constituye la cámara oscura de su laboratorio. Descubro un montón de periódicos especializados en hípica sobre una silla.

—¿Cómo van las apuestas? —pregunto—. ¿Ganas algo de cuando en cuando?

—Disgustos, eso es lo que gano... Cuando pienso que estoy rodeado de todos los ases de la información, y que ninguno de vosotros es capaz de darme el ganador del Premio Diana... Si el Viejo quisiera utilizar ventajosamente su servicio, en pocas semanas nos haríamos ricos.

Sale de la cámara oscura, se seca las manos.

—La cosa está en marcha —dice—. Vuelve a pasar dentro de media hora. ¿Un Cinzano?

—Esta noche, no. Hazme llevar la película a casa del Viejo.

—De acuerdo. Y para el domingo, ¿no sabes nada?

—Saint-Martin, papaíto. Apuesta por Saint-Martin.

—¡Ese asqueroso jamelgo! —gruñe, mientras yo salgo—. Si pudiera romperse una pata... No es que le desee ningún mal, no —añade cómicamente—, pero...

No oigo la continuación.

* * *

—He aquí los informes que he podido reunir —dice el Viejo—. La mayor parte proceden del C. N. R. S.

Enarco las cejas.

—¿Trabaja Delasalle para la Investigación Científica? —inquiero.

—Es un poco más complicado que eso. Digamos que el laboratorio particular del profesor Delasalle está habilitado para emplear a unos investigadores del C. N. R. S., los cuales pueden proseguir allí sus estudios y perfeccionar sus conocimientos en bioquímica. En compensación, el profesor Delasalle recibe una pequeña subvención.

—Eso significa una buena nota para él, ¿no?

—Una nota excelente —confirma el Viejo.

Abro el *dossier*, lo hojeo, pensativo, antes de preguntar:

—Y esos investigadores, ¿de dónde proceden?

—Son estudiantes. Desde luego, se han licenciado ya en ciencias y preparan su doctorado. Se trata de jóvenes cuidadosamente seleccionados por el C. N. R. S. Claro que podríamos volver a investigarlos por nuestra cuenta, pero lo más probable es que por ese lado no encontremos nada.

—¿Qué es lo que fabrican, exactamente, en casa del profesor Delasalle?

—Nada. Se trata de investigación pura, Dan. El químico moderno es fundamentalmente un investigador. La producción resultante de las aplicaciones prácticas corre a cargo de nuestras fábricas. En la facultad o en el mismo seno del C. N. R. S., el investigador da cuenta de sus trabajos por medio de las «publicaciones» que colecciona la Academia de Ciencias. Esas publicaciones, por otra parte, son firmadas conjuntamente por el «patrón».

Sacudo la cabeza antes de preguntar:

—Esos jóvenes, ¿están retribuidos?

—Sí, directamente por el C. N. R. S.

—Bien —digo—. Voy a examinar este *dossier*, aunque imagino que usted ya lo habrá estudiado. ¿Cuáles son sus conclusiones?

—Aparentemente, Delasalle es irreprochable. Observe que además de sus títulos y diplomas universitarios, bastante impresionantes, es oficial de la Legión de Honor y laureado académico.

—Bueno —digo—, pero ¿de qué vive? Tengo la impresión de que la investigación pura no da para comer.

—Posee una fortuna personal bastante grande. Además, da un curso semanal en la Facultad de Ciencias de París. Y es posible que perciba unos derechos sobre las patentes industriales surgidas de sus investigaciones. Añada a todo eso las subvenciones del C. N. R. S., y se dará cuenta de que nuestro hombre ignora los finales de mes difíciles. Puedo procurarme una copia de su declaración de ingresos, si lo desea...

—Sí, por favor.

El Viejo sonríe.

—La tendrá mañana, antes del mediodía. ¿Es eso todo?

—Es posible... Ahora necesito reflexionar.

El interfono vibra sobre el escritorio e, inmediatamente, entra Lambert.

—La película está lista —dice.

—Vamos allá —dice el Viejo, arrancándose de su sillón.

La proyección no me revela nada que no supiera ya. Por lo menos, ahora tenemos una idea concreta de la topografía de la finca.

—¡Perfecto! —digo, cuando hemos pasado dos veces la película—. Por hoy, es suficiente, Lambert. Mañana por la mañana, sáqueme una docena de fotografías. Quiero una ampliación de ese jardinero en el momento en que vuelve la cabeza hacia la verja. Y un montaje en profundidad de la casa y del laboratorio, a la izquierda...

—De acuerdo —asiente Lambert—. Para las once, ¿va bien?

—A las once, sí.

Lambert se marcha. El Viejo me mira con aire pensativo.

—¿Tiene usted alguna idea, Dan?

—Ninguna —digo francamente—, pero sólo nos queda ese trozo de hueso. Me propongo roerlo hasta el final antes de dejarlo caer. Por otra parte, con los *dossiers* pasa como con cierta clase de mujeres: cuanto más sanas parecen, más hay que desconfiar.

—En lo que respecta a esa clase de mujeres, Dan, prefiero remitirme a sus numerosas experiencias personales. Pero estoy seguro de que no encontrará nada sospechoso en el laboratorio del profesor Delasalle.

—Entonces, empiece por explicarme por qué figuraba su dirección en el carnet personal de Kraus...

—Tendría una docena larga de explicaciones, todas verosímiles y perfectamente honestas. Pero no soy yo quien ha de hacer *su* trabajo. De cuando en cuando, conviene que justifique usted lo que cobra.

Un poco más tarde, se me ocurre una idea luminosa y descuelgo el teléfono. Al otro extremo del hilo parecen bastante satisfechos de oírme.

—¡Dan! ¡Qué sorpresa! ¿Qué es de tu vida, granuja?

—Languidezco lejos de ti, querida. ¿Estás libre esta noche?

Una pausa. Luego:

—Lo estaré. ¿Me llevas a cenar?

—Sí. A las ocho en el Rhumerie, ¿de acuerdo?

—A las ocho y media. Quiero ponerme guapa para ti.

—Hasta pronto.

Cuelgo el receptor y compruebo que el Viejo acaba de salir de su despacho y que no se ha perdido nada de la conversación.

—Va usted a *reflexionar*, ¿eh? —comenta, sarcástico—. Procure levantarse temprano, y no derroche demasiadas células grises. Entiende lo que quiero decir, ¿no?

* * *

Hélène suelta el *dossier* con un pequeño bostezo de aburrimiento.

—Bueno —dice—, ¿qué es lo que quieres saber?

—¿Has oído hablar de ese Delasalle y de su laboratorio?

—No. Sé que tiene una cátedra en la Facultad, pero nunca he asistido a uno de sus cursos.

—Y yo que te tenía por una estudiante modelo...

—No seas idiota, querido. Yo preparo una tesis sobre los cloruros básicos de aluminio, y la química mineral apenas tiene nada que ver con la bioquímica. ¿Qué iría a hacer a los cursos de Delasalle? Delasalle y sus discípulos trabajan en las fronteras de la biología, y sus investigaciones no tienen nada en común con las mías.

—Bueno, trata de explicarme en lenguaje claro la naturaleza de esos trabajos.

—Al parecer, se trata de genética, y más particularmente del análisis químico de los genes.

—¿De los genes?

—Sí. Los genes componen, a grandes rasgos, las diferenciaciones de los cromosomas paternos y maternos, y, como consecuencia, el carácter de la herencia. ¿Me sigues?

—Te sigo. Continúa —digo, un poco vejado.

—Desde hace mucho tiempo, y de un modo empírico, los ganaderos se han dedicado a mejorar las especies por medio de cruces. En ese campo se ha llegado a resultados asombrosos. Piensa, por ejemplo, en esas razas de perros especializados para tal o cual función... Algunos investigadores creen que debe ser posible, mediante una acción artificial sobre los cromosomas, la obtención de resultados semejantes con mucha más seguridad y en un número mucho más reducido de generaciones.

—¡Caramba! ¿Y eso te parece serio?

—Muy serio, aunque no se haya pasado aún de los primeros tanteos, que yo sepa. A ese tipo de científicos se debe la famosa píldora, por ejemplo. Y en mi calidad de hija de Eva, Delasalle me resulta especialmente simpático.

—¿Crees que los trabajos de Delasalle y de su equipo han desembocado, en algún resultado espectacular?

—En el campo de la investigación, lo espectacular no se da con frecuencia. Es la consecuencia de un descubrimiento, no el descubrimiento en sí. Y, por otra parte, no estoy en condiciones de contestar a tu pregunta, ya que tu *dossier* está incompleto, probablemente.

—¿De veras?

—Delasalle utiliza un equipo bastante amplio de investigadores de todas las categorías, casi una docena, lo cual resulta considerable para un laboratorio particular. Y todos son miembros del C. N. R. S. Sin embargo, el capítulo de las publicaciones es particularmente reducido. Sólo he contado doce en los últimos seis años... A no ser que el *dossier* esté incompleto. Me inclino por esta última hipótesis, evidentemente.

—Explícate.

—Verás, los investigadores que utiliza Delasalle, al igual que yo, preparan su doctorado. Por tanto, continúan siendo estudiantes. Pero, al mismo tiempo, son unos funcionarios, al menos contractuales, y deben justificar su actividad. Eso quiere decir que están obligados a «publicar» los resultados de los trabajos que constituyen su tesis. Normalmente, un futuro doctor firma con su patrón un mínimo de cinco o seis publicaciones antes de defender su tesis. Pero, en este caso concreto, las cuentas nos fallan, incluso admitiendo que únicamente la mitad de los colaboradores de Delasalle preparan efectivamente un doctorado. ¿Satisfecho?

—Sí.

—¡Muy bien! Ahora, eres tú quien debe satisfacerme.

* * *

El Viejo me ahorra los habituales sarcasmos acerca de mi «aspecto marchito». En realidad, está bastante satisfecho de sí mismo cuando deposita sobre su escritorio un nuevo *dossier*, bastante voluminoso.

—No hemos permanecido inactivos mientras usted «*reflexionaba*». —De todos modos, me lanza la pulla—. Toda la noche, e incluso esta mañana, mis hombres han trabajado para usted. Aparentemente, lo que no sabemos de ese laboratorio y de las personas que viven en él cabría en un sello de correos. Para empezar, he aquí la fotocopia de la declaración de ingresos del profesor Delasalle, firmada por él.

Dejo escapar un silbido de admiración: la cifra que figura al final de la última página es más que confortable. Me entero de que el profesor posee una gran explotación agrícola en Beauce, un buen paquete de acciones de las dos refinerías francesas más importantes, y que, por si fuera poco, su cátedra en la facultad de Ciencias y sus funciones en el C. N. R. S. constituyen por sí mismas unos recursos más que suficientes. Finalmente, un laboratorio farmacéutico le paga un elevado porcentaje sobre la venta de un antiséptico de uso bastante corriente.

Suelto la ficha, vencido.

—Esto —dice el Viejo— es una carta confidencial que me ha dirigido uno de los presidentes honorarios de la Sociedad química. En ella podrá ver que nuestro cliente, además de irreprochable, es una V. I. P., a la cual hay que tratar con infinitos miramientos. En realidad, el genio de Delasalle forma parte del capital intelectual del país. No es imposible que en un futuro próximo le concedan el Premio Nobel.

—Bueno —digo, despechado—. La novia es demasiado guapa...

—No sea estúpido, Dan. Errar es de humanos. He aquí una reciente fotografía del profesor.

Descubro los rasgos majestuosos de un arrogante sexagenario de abundante cabellera blanca y mirada luminosa.

—Y éstos son algunos clisés de sus principales colaboradores. Han sido tomados esta misma mañana. Únalos a su *dossier*.

—¿Archivamos el caso?

—Sí, Dan —responde el Viejo con una seriedad desacostumbrada—. Esa es la orden que me han dado en las altas esferas.

Al ver que me sobresalto, comenta:

—Confieso que tampoco yo lo entiendo. Queda excluida la posibilidad de que ayer les vieran, a Bernier y a usted, merodeando por allí. Me inclino a creer que la alarma ha sido desencadenada por mi equipo fotográfico de esta mañana. Pero no acabo de explicarme que la Presidencia haya llegado tan rápidamente hasta mí. Lo cierto es que acabo de recibir una imperativa llamada telefónica. El profesor Delasalle es «tabú». Tenemos que dar marcha atrás.

—Bien —digo, tras unos instantes de reflexión—. En tal caso, ¿archivamos también el caso Kraus?

—No veo que otra cosa podemos hacer, Dan. ¿No hay nada nuevo por ese lado?

—Nada. El vacío absoluto.

—Siendo así... Tómese un par de días de vacaciones. Trataré de encontrarle otro trabajo.

Salgo de su despacho, aturdido.

* * *

—¡Habíamos quedado a las once! —ruge Lambert—. Y el Viejo me ha endosado un trabajo suplementario, esta mañana... Vuelve dentro de veinte minutos, Dan. Estoy a punto de acabar tu montaje.

—Está bien... Déjalo correr, si tienes otro trabajo. Sólo he venido a charlar un poco.

—Eres muy amable —dice, amansado—. Vamos a bebernos unas gotas de hiposulfito.

Atrapa una botella de licor que él mismo confecciona en sus ratos libres.

—Tengo una nueva mezcla. Vas a ver lo que es bueno. Y tengo hielo. El Viejo ha acabado por darme un frigorífico para «mantener mis productos

químicos al fresco». Me las he visto moradas para hacerle tragar la bola...
¿Mucha agua?

—Como tú...

—Tres partes. Además, huele a dentífrico. ¿Qué te parece?

—¡Soberbio!

—¿Y esas fotos? En serio, ¿lo dejo correr?

—En serio. Disco rojo, papaíto.

—Bueno —admite, filósofo—. Te había preparado un montaje estupendo. Tu película tenía un exceso de exposición, pero lo he arreglado. La parte del garaje ha quedado un poco borrosa...

—¿Garaje? ¿Qué garaje?

—El pequeño edificio a la izquierda de la finca, de cemento.

—Es un laboratorio.

—Es posible. La zona de sombra con exceso de exposición, ¿comprendes?

Le interrumpo:

—¿Qué es lo que te ha hecho creer que se trataba de un garaje?

—Bueno, no lo sé, exactamente... La forma, sin duda, y las dimensiones. Ahí dentro no puede haber más que un automóvil.

—Te equivocas. En ese laboratorio trabajan una docena de individuos. E imagino que utilizan varios aparatos, más o menos voluminosos.

Lambert enarca las cejas, suelta su vaso.

—Ya debe de estar casi seco... Vamos a comprobarlo.

No tarda en regresar con dos grandes fotografías, cogidas con unas vulgares pinzas de tender la ropa.

—No están muy bien —dice—. Son las primeras pruebas, antes de rectificar el baño. Pero son lo bastante claras como para hacerse una idea de las dimensiones. ¿Ves ese pequeño muro, ahí, que sirve de soporte del recinto lateral? ¿Cuál es su altura, en tu opinión?

—Alrededor de un metro.

—Exacto. Ahora, volvamos a ese garaje. Está casi pegado al muro, de modo que no hay prácticamente difracción óptica. ¿Cuál puede ser la altura de tu supuesto laboratorio?

—Dos metros veinte, dos cuarenta, como máximo. En cuanto a la longitud, resulta imposible apreciarla.

—¡Lo que me faltaba oír! Tu edificio está construido con hormigón celular, por planchas rectangulares. Conociendo la altura, puede apreciarse fácilmente la longitud de cada una de esas planchas... Alrededor de una vez y

media, ¿eh? Cada plancha, pues, tiene un metro cincuenta por un metro. Sólo hay que contarlas. Cuatro a lo ancho, en dos hileras, dos de tres metros de anchura por dos de alto. Para la longitud, el mismo cálculo: ocho planchas en dos hileras, igual a seis metros. ¿De acuerdo?

Rehago rápidamente sus cálculos.

—¡Dios mío! —digo—. Desde luego, el muro no tiene más de un metro...

—Doce hombres no pueden vivir y trabajar todo el día en una habitación de menos de cuarenta metros cúbicos, sobre todo si tienen que manejar algún aparato.

—Podría tratarse de un garaje, en efecto —digo—. Pero, en tal caso, ¿dónde estaría ese famoso laboratorio? ¿Detrás de la vivienda?

—Imposible —objeta inmediatamente Lambert—. Vuestra cámara ha barrido suficientemente la casa para que pueda asegurarlo. Y las sombras son muy precisas. No hay ningún edificio.

Me encojo de hombros.

—Es una historia de locos... A no ser que los laboratorios estén instalados en el interior de la vivienda.

—Es posible —admite Lambert, satisfecho por haber tenido ocasión de desplegar ante mí su capacidad deductiva—. ¿Quieres que termine el montaje?

—No nos enseñará nada nuevo.

—¿Y tu jardinero? No lo he revelado aún, pero puedo pasarte el clisé por el proyector de diapositivas... Ven conmigo.

Entramos en la cámara oscura. A la luz de una bombilla de color, Lambert se afana alrededor de un binocular.

—Mira —dice—. Esta ha salido muy bien.

No me entero de nada nuevo. El jardinero tiene una cara de pocos amigos, pero no es el único de su especie. La fotografía es tan clara que podrían contarse las gotas que surgen de la regadera.

—No conozco a ese tipo —digo—. De todos modos, sácame dos o tres copias, para más seguridad.

—Termina tu bebida. No tardaré.

* * *

Media hora más tarde, abandono el antro de Lambert. Le hemos dado más de un tiento a la botella y es posible que se me note al andar, ya que Jacqueline me observa con una mueca de reproche.

—Lambert se equivoca si cree que el patrón se ha dejado engañar por su historia del refrigerador... Pero le aconsejo que no le sople el aliento a la cara, si no quieren pasarlo mal, usted y Lambert.

—Querida —digo—, tendré que respirar hacia alguna parte. ¿Me prestaría el refugio de sus delicadas fosas nasales, encantadora secretaria?

—Lo pasaría usted peor, viejo borracho... Uno de sus buenos amigos le espera en su despacho. Será mejor que vaya a desahogarse en sus brazos, si el corazón se lo pide.

Salgo disparado, para descubrir, muellemente instalado en mi mejor sillón, al granuja de Colonna. El corso no se digna levantarse y se limita a tenderme la diestra.

—Estoy agotado —me explica, con su delicioso acento—. Cuando pienso que los continentales nos tratan de vagos... Acabo de recorrer ocho mil kilómetros en menos de tres días persiguiendo a un secretario de embajada que tenía muy buenos motivos para querer largarse... He llegado hasta Konakry, vía Ankara. Este oficio se está poniendo imposible para una persona de costumbres regulares...

—¿Y tu secretario? ¿Qué ha sido de él?

—El pobre no sabía nadar... Y cayó al agua, en el preciso instante en que acabábamos de trabar conocimiento. Desde luego, yo sé nadar. Pero había demasiados tiburones.

—¡Paz para su alma! —digo, piadosamente.

—¿No tienes nada para beber?

Cierro los ojos un breve instante. Conociendo la extraordinaria capacidad de absorción del corso, sé cómo va a acabar el día si me pongo a su nivel. Pero la amistad es sagrada.

—Tengo un poco de Gilbey's...

—Estupendo. Y tú, ¿qué haces? Me gustaría rehacer el equipo uno de estos días.

—De momento, no hay nada a la vista. Había iniciado un asunto bastante complicado, pero el Viejo me ha quitado la llave de contacto. Caso archivado...

Le enseño la fotografía que tengo en la mano y que me dispongo a guardar definitivamente en el *dossier* Kraus. Inmediatamente se apodera de ella y frunce el entrecejo.

—¿Quién es ese tipo? —inquire, interesado.

—Desconocido en el batallón. Un jardinero, al parecer...

—¿Un jardinero, dices? —gruñe Colonna, escéptico—: Estoy seguro de haberle visto en alguna parte... Y en el oficio.

—Muy interesante... Trata de recordar.

Reflexiona largo rato, mientras saborea su *scotch*. Luego suelta el vaso.

—Me conozco —dice sencillamente—. Mi memoria es como una planta acuática. Si quiero obtener algo de ella, he de regarla, regarla, regarla... Y en vista de que no tienes nada que hacer aquí, vamos a regarla juntos.

Me estremezco. La cosa promete ser sangrienta. Esta vez, al menos, pienso que sacrifico mi salud a los intereses supremos del servicio. Empezamos, pues, por vaciar la botella de Gilbey's, tras lo cual abandonamos el despacho para entregarnos en serio a la tarea.

Más tarde, mucho más tarde, observamos que los *barmen* se han convertido en parejas de mellizos. Pero, sólo cuando tenemos que abrirnos paso a escopetazos entre un tropel de elefantes de color rosa, el corso profiere súbitamente un grito terrible:

—¡Ya lo tengo, Dan! ¡Ya lo tengo! ¡Lo he encontrado!

Derriba unos cuantos elefantes más antes de derrumbarse a su vez en mis brazos.

—Te mondarás de risa —me confía, con voz pastosa—. Te mondarás de risa...

Y, tras pronunciar esas palabras, se queda dormido como un tronco. Sé que no hay nada en el mundo que pueda hacerle volver en sí antes de que haya dormido siete horas seguidas. Me dedico, pues, a arrastrarle hasta el campamento, con la ayuda de algunos indígenas y de los dos últimos *barmen*. En la plaza de la Estrella, dos o tres rinocerontes, también de color rosa, cargan contra mi automóvil, pero conseguimos escapar a costa de algunas doctas cabriolas. Un espectador excitado agita un gran bastón blanco mientras sopla frenéticamente en un silbato. Le sonrío con aire majestuoso antes de apretar a fondo el acelerador en dirección a la avenida Junot.

El Viejo contó más tarde, con evidente admiración, que en aquel breve trayecto me habían endosado catorce multas.

Capítulo VI

Los ancianos caballeros celebraban sesión tras sesión, pero es evidente que el celo de los primeros días se había enfriado notablemente. Y en ello no hay nada de peyorativo: los creadores de Pugwash habían deseado que fuera así. Muchos de ellos, pues, dedicaban una parte de su tiempo a actividades que no tenían nada que ver con la ciencia. Los jóvenes atléticos tuvieron ocasión de ver a eminentes matemáticos iniciándose en el juego de la petanca y midiendo gravemente la distancia que separaba a las bolas del petit. Otros jugaban a las cartas, al ajedrez. La República Federal Alemana había tenido la idea, aparentemente absurda, de ofrecer a los socios de Pugwash una magnífica instalación de trenes eléctricos. Fue el gran éxito de la actual sesión.

Cada día llegaban un montón de telegramas, que los jóvenes recibían por radio. Todos reclamaban vehementemente el regreso del «patrón», pero los miembros de la dirección se mostraban inflexibles. Sólo se inclinaron dos veces con motivo de duelos familiares debidamente certificados. Los otros telegramas iban a parar al cesto de los papeles sin que sus destinatarios se enteraran. Russell había insistido acerca de aquel extremo: «Es preciso que nuestros amigos se tomen unas verdaderas vacaciones, las cuales sólo puede ofrecer nuestra organización, lejos de las obligaciones de su cargo, de las contingencias familiares, de los deberes mundanos. Necesitan tomar un baño mental, renovar los goces de la camaradería, reencontrar los deseos infantiles y satisfacerlos».

Los tres médicos que prestaban servicio en Pugwash eran, además, unos eminentes psicólogos. El dentista rectificaba las prótesis: en el curso de su vida profesional, algunos sabios no encontraban tiempo para hacer una visita a su galeno.

Un domingo lluvioso, uno de los jóvenes organizó en el vestíbulo una carrera con apuestas mutuas. Los competidores eran unos grandes insectos muy parecidos al escarabajo, que el joven en cuestión había recogido en la montaña. Aquello fue el delirio. Los bookmakers improvisados se hincharon de ganar dinero. Un químico inglés perdió casi tres mil libras sin pestañear.

Confesó que nunca había puesto los pies en un hipódromo. Un físico soviético se agenció una cuadra, a la cual «entrenaba» seriamente los días laborables, a escondidas, cronómetro en mano. Algunos ancianos se dedicaron a espiarle con unos prismáticos, desde el primer piso, y tomando notas. Pero el ruso se dio cuenta y, en la noche del sábado al domingo, modificó los colores pintados a la acuarela sobre los caparazones.

Por su parte, los jóvenes continuaban montando una estricta vigilancia alrededor del hotel. En la coyuntura que presidía la existencia misma de Pugwash, había poco que temer de algún espía. Pero era preciso desconfiar de los curiosos. Los periodistas, especialmente, eran rechazados de plano cuando se aventuraban por alguna de las carreteras de la montaña. Más de una cámara fotográfica fue a estrellarse contra las rocas, y hubo algunas mandíbulas tumefactas.

Con las mujeres indígenas, había que emplear otros argumentos. La mayor parte de ellas sólo trataban de obtener el precio más justo por sus encantos, de modo que se empezó por distribuirles algunas monedas. Pero su número aumentó desmesuradamente, y hubo que buscar otra solución. Uno de los jóvenes, dotado de una notable inventiva y al que seguramente aguardaban grandes éxitos en la carrera diplomática, reunió a sus camaradas y les expuso su plan, el cual fue aprobado inmediatamente. Una comisión se dirigió a las tres aldeas vecinas y pagó... a los maridos, prometiéndoles otro tanto el día que se marcharan, si las mujeres dejaban de importunar a los clientes del hotel. Como buenos filósofos que son, los insulares se emborracharon a coro y luego vapulearon a conciencia a sus esposas. Asombradas del precio que atribuían a su virtud, las esposas juraron una eterna fidelidad, y si alguna de ellas no perseveró más allá de unas semanas en aquel camino árido y desacostumbrado, aquello bastó para la tranquilidad de Pugwash.

Y los ancianos caballeros encontraban de todos modos el tiempo necesario para obrar útilmente en el sentido deseado por los fundadores de Pugwash.

A lo largo de la segunda semana, sus conferencias asumieron un tono desacostumbrado. A pesar de su instrucción, los jóvenes renunciaban generalmente a seguir sus debates. Les pagaban para saber que sus clientes no eran unos farsantes ni unos soñadores. Pero el tema general «de la perspectiva adquirida por una realidad» parecía autorizarles a las más extravagantes divagaciones.

Ninguno de los jóvenes ignoraba que, por ejemplo, cuando un prototipo despega para su primer vuelo, su modelo, al nivel de las oficinas de estudios especializados, ya ha pasado de moda, y las marcas obtenidas están ya archibatidas, sobre el papel, por el nuevo modelo en gestación. Aquí, el tema propuesto autorizaba a los conferenciantes a dar por adquiridas las promesas de la ciencia y de la técnica. Así, por ejemplo, no se discutían ya los medios para llegar a algún planeta lejano, ni siquiera para regresar de él. Se estaba sobre el planeta, se habían recogido muestras del terreno, estudiado su atmósfera, organizado las posibilidades de hábitat. Y, los jóvenes lo sabían, no se trataba de brumosas visiones de la mente, sino de datos positivos, reales, controlados, que ningún congresista ponía en duda.

Desde luego, la preocupación dominante de la asamblea era la de determinar los riesgos en que incurría la humanidad entera en su carrera hacia nuevos horizontes y, de ser posible, prevenirlos y evitarlos.

En su discurso de apertura, el profesor Morales había recordado la conferencia de Pugwash de 1962, en el curso de la cual los congresistas se habían puesto de acuerdo sobre la necesidad absoluta de un derecho espacial.

«El 22 de noviembre de 1963 —había dicho Morales—, el presidente del Comité de la O. N. U. para los problemas espaciales presentó ante las Naciones Unidas un proyecto en nueve puntos haciendo del derecho espacial, no una reglamentación de propiedad, sino una legislación de cooperación. Aquel proyecto recoge casi palabra por palabra lo esencial de nuestras deliberaciones. No cabe duda ahora de que constituye la primera Carta del espacio. Voy a recordaros sus enunciados fundamentales. En su artículo primero, el proyecto declara que “el espacio extraatmosférico debe ser explorado y utilizado en beneficio de toda la humanidad”. Más adelante, dice también que “el espacio extraatmosférico y los cuerpos celestes no son susceptibles de apropiación nacional ni de reivindicación de soberanía a raíz de su utilización o de su ocupación”. En su punto noveno, el nuevo código precisa que “los Estados considerarán a los cosmonautas como embajadores de la humanidad en el espacio”. He aquí, caballeros, un resultado que nos recompensa de muchos esfuerzos...»

La ovación fue de gala. Y resultaba extraordinario que ni uno solo de los congresistas hubiera defendido la tesis aparentemente seductora de la conquista nacionalista o de un reparto de aquel nuevo e inmenso imperio colonial.

En la isla, pues, se abordaban ya otros problemas. El concepto completamente nuevo de unidad terrestre no podía resolver por sí solo todos los problemas, descartar todos los riesgos de conflicto entre las dos grandes naciones gigantes. Y la conquista del espacio no era más que un rincón del campo de batalla. ¿De qué servía entenderse en el espacio si había que luchar alrededor de una isla o de una península sobre nuestro desdichado planeta?

Se trabajaba, pues, y parecía que todos los problemas debían resolverse por sí mismos, hasta tal grado era sincero el entendimiento entre aquellas personas de todas las razas, de todos los idiomas, unidos solamente por la aplastante responsabilidad que les otorgaba su inteligencia.

Y luego, el quinto día de la segunda semana, después de haber saboreado tres corderos asados al aire libre, los congresistas fueron informados por el presidente de que la sesión de la tarde iba a estar dedicada a una ciencia todavía muy tímida, balbuceante, que en otras épocas no hubiese sido tomada muy en serio: la eugenesia.

Matemáticos, filósofos, químicos, físicos, todo el mundo se alegró de lo que podía considerarse como una nueva diversión.

Ninguno de ellos sospechó que el fruto que les era ofrecido contenía, en su interior, su gusano...

Capítulo VII

—Entonces —dice la gorda Juliette—, ¿me llevas a almorzar, pichoncito? ¿No es una broma?

—Nada de bromas —digo—. Me aburría, y se me ocurrió la idea de llamarte. ¿Te va bien?

—¡De perilla! ¿Y dónde vas a llevarme?

—A Boulogne...

—¿Al bosque de Bologne? Si lo hubiera sabido, me habría puesto un vestido un poco más elegante que éste...

—No te llevo al Bosque de Bologne, sino al mismo Boulogne. A Boulogne-Billancourt, si lo prefieres.

—¿A la Renault?

—Eso es. A la cantina.

—No te burles de mí, Dan. Tengo tanta hambre, que me tragaría medio buey. ¿Se come bien, ahí?

—Ya lo verás. Puedes confiar en mí, ¿no?

—Seguro que confío en ti, mi querido Dany... ¡Lo último que esperaba era comer contigo este mediodía!

—¿Y los negocios? ¿Cómo va tu agencia?

—Flojeando... Y eso que la primavera, normalmente, es la mejor temporada. Lo que nos mata, ahora, son los automóviles. En otras épocas, los adúlteros no se movían de París. Ahora, en cambio, los tórtolos ilegítimos se van al campo. Y una no puede transformarse siempre en Jim Clark para seguirles... Es la muerte de las casas serias, te lo digo yo. De modo que cuando me ofreces un trabajito como el del otro día, no me lo pienso dos veces. Ya conoces mi divisa: Juliette, siempre dispuesta.

Mientras ella continúa parloteando, me froto la nuca con la vana esperanza de eliminar el tenaz dolorcillo que me taladra el cerebro. Al parecer, el corso y yo batimos anoche nuestras marcas personales. No recuerdo una resaca tan penosa como ésta. Tengo dificultades en hablar, hasta tal punto mi lengua, espesa y dolorida, se niega a la menor gimnasia. No estoy

muy seguro de razonar cuerdamente, y hay pocas posibilidades de que el Viejo me felicite si se entera de la pista que estoy siguiendo.

—¿Me escuchas? —inquire la gorda—. Te pregunto si queda muy lejos, porque tengo una imperiosa necesidad natural...

—Aguántate —le digo—, ya estamos llegando. Es aquella casa, allí, al extremo de la calle, a la izquierda.

—¿Una casa? Creí que me llevabas a un restaurante...

—Después. De momento, vamos a detenernos en casa de un colega. El tiempo de entregarle su pasaporte y de vaciar un vaso de Dubonnet.

—Y de hacer pipí, si no te sabe mal —añade Juliette, con un mohín.

Eso me evita el tener que inventar una historia para hacerla bajar del coche, y apruebo:

—Precisamente, mi compañero es un refinado. En lo que toca a instalaciones sanitarias, es el rey de las afueras de París. Los *snoobs* se pelean por ir a hacer sus necesidades en su casa.

—¡No me digas! —exclama Juliette, con una fingida confusión.

Juliette es la primera en bajar del automóvil, hecho que provoca unos sospechosos gruñidos en el circuito hidráulico de la suspensión.

—Entra sin llamar —digo—. Tal vez no está en casa, pero nunca cierra las puertas.

Visiblemente, Juliette tiene prisa. Su pálido semblante y sus dientes apretados atestiguan que está haciendo un gran esfuerzo.

—Sígueme.

De pronto, todo marcha sobre ruedas. Juliette no se da cuenta de que el pasillo es curiosamente largo ni de que la tercera puerta que franqueamos es anormalmente gruesa.

—Por aquí, ahora —digo—, la primera puerta a la izquierda. No tengas prisa.

Cierro la puerta blindada y me guardo la llave en el bolsillo. Después, por la otra puerta, hago entrar a Colonna. De momento, el corso parece intrigado al verme solo; luego, al oír correr el agua del lavabo, su rostro se ilumina y va a sentarse en una de las tres sillas que componen el mobiliario de la celda. Transcurren un par de minutos antes de que se abra la puerta del W. C. y aparezca una Juliette que, evidentemente, se ha quitado un peso de encima.

—Esto va mejor —dice—. Ahora, el Dubonnet de que me hablaste, y estaré lista para el almuerzo. Oye —añade, tras echar una vaga ojeada al decorado—, tu amigo no me parece tan refi...

Se interrumpe bruscamente, petrificada. Acaba de descubrir a Colonna, el cual le sonríe con todos sus dientes de lobo. En un minuto, Juliette envejece diez años. Finalmente, consigue articular:

—¡Esa basura de corso!

—¡Esa asquerosa Juliette! —replica el corso, tranquilamente.

—Bueno, bueno —digo—, puesto que ya os conocéis, las presentaciones son inútiles, ¿no es cierto?

Rápidamente, la gorda recorre con la mirada la habitación de hormigón, comprende... Su rostro adquiere un tono verdoso.

—Una trampa, ¿eh? Debí sospecharlo. Me pagarás esto, Dan. Y tú también, cerdo...

—Calma, cariño —interviene el corso—. De momento, la factura la pasamos nosotros.

Juliette inspira profundamente para calmar su rabia, y parece que va a estallar cuando explico:

—No queremos perjudicarte, Juliette. Sólo deseamos un pequeño informe, y te librarás con un par de días de aislamiento.

—¡Canallas! —ruge la gorda—. Tal vez sea preciso que antes demostréis de lo que sois capaces...

Y Juliette *estalla*. No encuentro otro vocablo para describir la escena. A pesar de su grasa y de su corpulencia, se mueve con una rapidez extraordinaria. Estoy tan asombrado, que no intento el menor gesto de defensa cuando un enorme bofetón me envía rodando a media docena de pasos de distancia, con la cabeza ardiendo. Nuestros excesos de la víspera deben notarse, porque el corso se deja también coger en frío. El enorme monstruo se inclina de costado, le agarra con una mano por la garganta y con la otra por el bajo vientre e, irguiéndose, le levanta a dos metros del suelo. Colonna grita, y es la primera vez, creo, que le oigo gritar. Juliette le despide en dirección a mí. Tiendo los brazos desesperadamente, para amortiguar el choque, y nos derrumbamos los dos, semiinconscientes.

La encantadora criatura no se da por satisfecha. Se apodera de una silla, esgrimiéndola por encima de su cabeza, y avanza hacia nosotros, desencadenada, la boca retorcida por la rabia, la frente empapada en sudor. Consigo a duras penas coger otra silla y levantarla por encima de nuestras cabezas, concentrando toda mi fuerza en mis muñecas. El choque es espantoso y los dos asientos quedan literalmente pulverizados, transformados en leña para el invierno.

Pienso unas cosas muy raras. En primer lugar, me niego a admitir que dos ases del servicio especial puedan dejarse destrozados por una mujer, por fuerte que sea y por enfurecida que esté. Luego, me entran unos incontenibles deseos de echarme a reír. Quisiera poder levantar el pulgar y retorcerme de risa unos instantes. Sin duda estoy aún demasiado empapado en alcohol para percibir claramente que la arpía es perfectamente capaz de hacernos picadillo a los dos si no le plantamos cara.

El leve gemido que deja escapar Colonna actúa en mí como un revulsivo. De una ojeada, compruebo que el curso está pasando un mal rato, sea porque ha caído en mala posición, sea porque la gorda le ha arrancado a medias su virilidad. De repente, empiezo a tomarme en serio la situación. Y de la beatífica euforia del borracho paso rápidamente al más negro pesimismo cuando comprendo el significado del espectáculo que ahora me ofrece la gorda. Ésta, sin el menor pudor, se ha remangado la falda, descubriendo dos gigantescos jamones.

Con su mano libre, Juliette suelta una de sus ligas y veo relucir el brillo asesino de un revólver calibre 6,35. Aquello me ayuda a despejarme. Me apoyo con el talón en la pared y, valientemente, me lanzo de cabeza al asalto de la montaña.

Aterrizo a la altura del ombligo, a veinticinco por hora. De momento no pasa nada, si no es que me hundo hasta las orejas en una almohada blanda y gorgoteante. Como he despegado del suelo para asegurar la plenitud de mis ciento ochenta libras en el punto de impacto, la montaña no ha podido dejar de tambalearse. Mientras caigo al suelo, levanto la cabeza para comprobar que la antigua estrategia ha dado resultado y que mi preparación de artillería ha reducido considerablemente los ardores bélicos del enemigo.

Juliette, en efecto, ha dejado caer su revólver. Apoyada en la pared, abre una boca desmesurada en busca del soplo de aire salvador, con las dos manos crispadas sobre su enorme pechuga. Me incorporo, tambaleándome ligeramente, y cometo el error de marcar un compás de espera antes de poner punto final a nuestro asalto. La zorra ha recobrado su aliento y sus energías, pero finge estar agotada. Ingenuamente, me dejo engañar por su comedia y me acerco un poco más para propinarle un *swing* definitivo. Y me sucede algo pasmoso: el monstruo me coge por el cuello con sus dos brazos y me aprieta la cabeza contra su inmenso seno. Huele a rancio, a sudor, a perfume barato, y me invade una oleada de desagrado y de terror. Hago esfuerzos frenéticos para librarme del abrazo, pero la zorra no me suelta. Sólo se me ocurre una réplica a aquella clase de llave, y paso a ejecutarla antes de que la asfixia me

deje fuera de combate. Consigo agacharme ligeramente y, distendiendo súbitamente mis piernas, me encuentro por un breve instante en el aire, con la cabeza sujeta por los brazos de la mujer-cañón. Cuando vuelvo a caer, proyectando vigorosamente mis dos tacones hacia abajo, hago pupa. Machaco dos o tres dedos de los pies, y la gorda, aullando, me arroja de su seno, propinándome un fantástico empujón que me lanza al otro extremo de la habitación. Chilla como una vieja gorrina y salta cómicamente sobre uno de sus pies. Por mi parte, estoy molido y tengo ganas de vomitar.

—¡Ahora me toca a mí! —exclama el corso.

Se ha puesto en pie. Su aspecto es también de lo más desagradable. Al caer, se ha rozado una oreja y todo un lado de la cara contra el cemento. La rabia desfigura sus rasgos. Estoy tan agotado, que le veo ponerse en marcha casi con indiferencia.

Colonna pesa veinte quilos menos que yo, pero la gorda no se encuentra ya en plena forma. Trata de apresarle entre los dos brazos que le sirven de patas delanteras, pero no tiene suerte. Colonna es monitor de karate en el servicio. Además, es corso y está furioso. Juliette le ha humillado hace unos instantes. En consecuencia, se muestra implacable.

Podría creerse que la grasa protege a Juliette contra los *atemis*, pero cuando Colonna le hunde el dedo índice, de golpe, a la altura del hígado, la gorda palidece. A continuación, con los dientes apretados, el corso empieza a castigarla...

Tengo que arrancársela literalmente de las manos; Juliette se derrumba por más de la cuenta.

* * *

Y luego nos miramos, el corso y yo, jadeantes, ensangrentados, incrédulos...

—¡Lo nunca visto! —dice Colonna con voz ahogada—. Una noche, en Tonkin, me enfrenté con cuatro viets armados con puñales. Y no pasé tanto miedo como hoy...

Se frota el bajo vientre con una mueca dolorosa.

—¿Hay algo que beber, en este antro? —inquire a renglón seguido.

Conociendo las costumbres del servicio, localizo rápidamente una botella de Gilbey's en el salón, y Colonna y yo no recobramos realmente los ánimos hasta haber dado cuenta de media botella. Nos dejamos caer en los dos sillones de cuero...

—Hemos tenido suerte —comenta el corso—. ¿Estás seguro de que la gorda no va a escaparse?

En otro momento, su pregunta me hubiera hecho reír. Pero ahora contesto, con la mayor seriedad:

—Suponiendo que consiguiera librarse de las esposas, la celda es un verdadero *blockhaus* de hormigón y de acero. Un tanque no saldría de ella.

—Esa mujer es peor que un tanque —murmura Colonna.

No consigo reír.

—Lo que está demostrado —digo— es que no tiene la conciencia tranquila.

—Desde luego... Ya te dije que está de acuerdo con Max, tu supuesto jardinero. Estuvieron casados, hace quince años, antes de que ella engordara de un modo tan monstruoso. La boda le sentó tan bien, que empezó a engordar a ojos vistas. Cuando alcanzó los cien kilos, Max se despidió. Pero han continuado siendo amigos. Y ese Max ha trabajado siempre para los norteamericanos o para los rusos, según la oportunidad del momento. Por dos veces estuve a punto de atraparlo, pero se me deslizó de entre los dedos. Tengo la impresión de que la tercera será la buena.

Sacudo la cabeza, preocupado.

—Lo malo —digo— es que estamos arriesgando nuestro empleo. Si el Viejo se entera del lío en que nos hemos metido, se pondrá hecho una fiera.

—Es preciso que Juliette nos vacíe su saco. Y te juro que no pienso andarme con chiquitas...

Sus dientes rechinan de furor contenido. Añade:

—Opino que no deberíamos tardar demasiado en apretarle las clavijas.

Vacilo.

—El Viejo me ha dado la orden de dejarlo correr —digo—. Vamos a tener que recurrir al Ejército de Salvación, amigo mío...

Colonna me dirige una mirada dolorida.

—No he comprendido gran cosa de tu asunto, Dan. Pero lo que sé perfectamente es que Juliette te ha estado tomando el pelo. ¿Dijiste que había ido a verte espontáneamente para ofrecerte sus servicios en el momento en que empezabas a seguirle la pista a ese Kraus?

—Sí. Debió darse cuenta de que uno de mis muchachos seguía al asesino.

—¿Recurrís con mucha frecuencia a las agencias particulares?

—Siempre que nos falta personal, o cuando no queremos poner sobre aviso al adversario. Hasta ahora, la agencia de Juliette nos había sido útil.

—Pero, esta vez, os ha tomado la cabellera. Evidentemente, Juliette envió a Kraus a la muerte, ¿no?

—Eso es lo que yo quisiera saber —digo inocentemente, sin darme cuenta de que caigo en su trampa.

Colonna se pone en pie.

—Vamos.

Le sigo.

* * *

—No abusaréis de una pobre mujer —lloriquea la gorda.

La pelea ha dejado también huellas en su rostro. Un *atemi* del corso la ha alcanzado en plena nariz y, de cuando en cuando, saca la lengua para lamer la sangre que brota de sus fosas nasales.

—Ya va siendo hora de que te ajustemos las cuentas, Juliette —digo.

Juliette rueda sobre su costado para encararse conmigo. Una maligna sonrisa ilumina su rostro de luna llena.

—No puedo creer que vayáis a golpearme, muchachos... Pero, si estáis dispuestos a lo peor, creo que lo mejor que puedo hacer es callarme hasta que me propongáis un trato aceptable. Lógico, ¿no?

Muy lógico, sí. Juliette sabe lo que se pesca. Me agacho a su lado, sonriendo.

—Has estado a punto de acabar con nosotros, hace unos instantes, ¿eh, gordinflona? Pero, ahora, nosotros somos los más fuertes. Hay que saber perder, Juliette. Pórtate bien, y lo tendremos en cuenta. Ya sabes que el Viejo te aprecia...

—No trates de dármela con queso —gruñe Juliette, furiosa—. Conozco la canción: la he interpretado antes que tú.

—Voy a dejarte en manos del corso —digo—. Te tiene muchas ganas.

Una lucecita de pánico brilla fugazmente en sus pupilas.

—No tienes derecho a hacerlo, Dan. No tienes derecho a dejar que ese cerdo me toque. El que manda eres tú, Dan...

—¿Dónde le has conocido?

Juliette sacude la cabeza. Me incorporo.

—Lo siento, Juliette. Volveré cuando me llames.

Al mismo tiempo, Colonna entra en su campo visual. Juliette palidece de terror cuando le ve sacar un par de guantes de cuero de uno de sus bolsillos y ponérselos lentamente.

—Es cosa de pocos minutos —dice Colonna, tranquilamente—. Cuando te llame, Juliette comerá en la palma de tu mano.

* * *

Me sirvo otra ración de *scotch* y enciendo un Gauloise. Necesito reflexionar en las revelaciones que me ha hecho el corso. Por desgracia, están lejos de disipar todo el misterio.

No cabe duda, ahora, de que Juliette y su ex marido tienen una relación directa con el caso que nos ocupa. Queda por saber el papel exacto que han desempeñado, pero desde el momento en que han corrido el riesgo de engañar al servicio, puede presumirse que han obrado cumpliendo órdenes. Juliette es demasiado astuta para entregarse a bromas de esta clase, sin tener la seguridad de ser protegida eficazmente. En cuanto a Max, figura en la lista roja y no puede permitirse el atraer la atención sobre él. En consecuencia, tiene que haber existido un motivo muy serio para que se decidiera a colocarse de jardinero en una casa que no íbamos a tardar en vigilar. A no ser que, precisamente, *la intervención de Juliette estuviera destinada a cortar la pista que conducía al laboratorio del profesor Delasalle*. Al llegar a este punto de mis reflexiones, intuyo que voy por el buen camino. Y pienso que Colonna no conseguirá hacer hablar a Juliette.

En aquel preciso instante, el corso entra en el salón. Se seca con la manga la frente empapada en sudor y se apoya en la pared, sin decir nada.

—Apenas seis minutos —digo—. ¡Felicidades!

—No es lo que tú crees —me dice, en voz baja.

Respira hondo antes de añadir:

—Creo que Juliette ha muerto.

Necesito varios segundos para darme cuenta de la extensión del desastre, y me pongo en pie de un salto.

—¿Eh? ¿Muerto?

—Supongo que ha sido el corazón... Ni siquiera la he tocado. Es algo que les sucede a menudo a los que están demasiado gordos. El músculo cardíaco está rodeado de grasa, y...

No escucho la continuación. Le aparto a un lado y penetro en la habitación hormigonada.

Juliette ha cesado de vivir, en efecto. Sus ojos desorbitados contemplan ya otro mundo. Suelto su muñeca, anonadado.

—¡Es un rudo golpe! —dice el corso, desde la puerta.

Sacudo la cabeza, *groggy*.

—Peor que eso —digo—. Es la supercatástrofe.

Una vaga piedad, además, me hace lamentar aquella muerte estúpida.

—He intentado hacerle la respiración boca a boca —dice el corso—. Todo ha sido inútil.

—En buen lío nos has metido, Juliette —murmuró, contemplando el enorme cadáver.

—Tal vez lo mejor sería avisar al patrón —sugiere el corso—. Cuando le hayamos explicado...

Al observar la expresión de mi rostro se interrumpe, para terminar, en otro tono:

—Tú mandas, Dan.

Me incorporo.

—Entra el automóvil en el garaje. Espero que podremos meterla en el portaequipajes...

* * *

Pudimos meterla en el portaequipajes. A duras penas. Pero, poco después de medianoche, cerca de Boran, cuando hubo que sacarla, vivimos unos instantes granguñolescos. Por dos veces, tuve que detenerme para vomitar. Tuvimos que cortar unas gruesas ramas en un bosquecillo vecino, meterlas por debajo del cadáver, hacer palanca, volver a empezar... Nos habíamos traído un lingote de hierro que pesaba sesenta quilos, pero nos resultó imposible levantar el cadáver, una vez lastrado. Tuvimos que sumergir las dos masas por separado, atando el lingote al cadáver con una cuerda de dos metros. En el curso de la maniobra, no caímos al agua por verdadero milagro. Mientras remaba en la barca que habíamos tomado prestada, por el centro del Oise, no podía apartar mis pensamientos de aquel cadáver monstruoso que iba a derivar suavemente, encogido entre dos aguas, hasta la próxima esclusa.

Un poco más tarde, al volante del DS que nos devolvía a París, taciturnos, disgustados con nosotros mismos, pensé que ahora no podíamos contar ya con nadie. El Viejo no me perdonaría nunca semejante transgresión de la disciplina del oficio.

Como si adivinara lo que estaba pensando, Colonna declaró tranquilamente:

—Yo estoy contigo, Dan. Hasta el final.

—O. K. Iba a preguntártelo. ¿Qué me dices de un pequeño paseo por la parte de Saint-Cloud?

Capítulo VIII

El azar quiso que los dos primeros oradores inscritos para la conferencia dedicada a la genética fuesen, por una parte, un biólogo norteamericano relativamente poco conocido y llamado Sinclair Walter, y, por otra, uno de los más eminentes especialistas soviéticos en materia de zootecnia, el profesor Krastov.

El ruso habló en primer lugar. Contó, cómo, en menos de veinte años, un equipo de jóvenes investigadores acuartelados en Luribey, en la península de Gydan, había conseguido crear una raza bovina de una excepcional resistencia al frío y a las privaciones, perfectamente adaptada a los rigores del invierno siberiano y capaz, por tanto, de asegurar la subsistencia de los colonos dedicados a las tareas del plan quinquenal.

—Desde luego —dijo el ruso—, en el curso del presente siglo, incluso en la época del régimen zarista, cierto número de propietarios habían emprendido, de un modo empírico, investigaciones en ese sentido. A costa de grandes pérdidas y de muchas esperanzas fallidas, y un poco al azar, sin duda, algunos de ellos habían obtenido ejemplares aceptables desde el punto de vista de la robustez. Desgraciadamente, se confirmó que los caracteres adquiridos no se transmiten...

En la sala se oyeron una serie de murmullos, y el orador sonrió antes de continuar:

—... Por lo menos, mientras no son fundamentales en la caracterización de la especie^[5].

Aquella diplomática aclaración hizo renacer poco a poco la calma en la sala.

—Nuestros predecesores —explicó el ruso— no disponían de los interesantes recursos que nos procura la inseminación artificial. De modo que al disponer de un progenitor macho, sólo podían inseminar un número reducido de hembras. En el estado actual de nuestros trabajos, el semen cotidiano de un toro seleccionado, convenientemente tratado y diluido, nos procura la inseminación de cincuenta mil vacas. Y en caso necesario podríamos superar esa cifra.

La enormidad de la cifra hizo enarcar algunas cejas, pero el profesor Krastov tenía fama de hombre serio. Continuó:

—Por lo tanto, hemos resuelto el problema que nos había sido planteado, en varias generaciones, operando del modo siguiente: hemos condenado implacablemente al celibato o al matadero a todos los productos que no parecían presentar, al cabo de algunos meses, las características que nos habían hecho escoger al padre. Hoy, la raza existe. El animal enclenque —en relación con nuestros criterios, no con la especie— no aparece más que en proporción muy débil, y...

Una voz se elevó en la sala, la de un joven biólogo portugués aparentemente apasionado. Le tendieron un micrófono y los intérpretes tradujeron su pregunta:

—¿Admite usted, pues, en el marco de esa eugenesia puramente negativa, que resulta posible transmitir las adquisiciones? Esa robustez excepcional de que usted habla no es propia de la especie. Por lo tanto, ha sido adquirida en un momento determinado, y transmitida en los genes hereditarios...

El ruso sonrió antes de contestar:

—Nuestras experiencias no prueban nada en ese sentido. Hace mucho tiempo que se ha observado, en el hombre, que la braquidactilia^[6] es un carácter hereditario de gen dominante. Podría concebirse igualmente una eugenesia negativa que sólo concediera el derecho a la reproducción a los braquidáctilos, y la tierra se vería poblada de hombres con los dedos demasiado cortos, sin que pudiera hablarse de adquisición... De hecho, me inclino a pensar que, biológicamente hablando, nuestros primeros progenitores eran unos anormales. En realidad, estaban mal preparados para vivir la vida de su especie, en las condiciones habituales. El tema de reflexión que les propongo, caballeros, es el siguiente: ¿hasta qué punto debería esforzarse el hombre en generalizar esos métodos selectivos? (Se ha hecho ya mucho en ese sentido y sé que no hemos inventado nada). Pero yo añado, para terminar: ¿hasta qué punto debería extender esos métodos a su propia especie? Gracias, caballeros.

** * **

La pregunta formulada por el sabio soviético había provocado un enorme revuelo en la sala. El presidente tuvo que utilizar su martillo para restablecer el silencio antes de conceder el uso de la palabra al delegado norteamericano. Éste inició su intervención de un modo espectacular, respondiendo en parte a su colega soviético.

—En los Estados Unidos nacen cada año setenta mil niños-probeta —dijo—. Aunque no nos hayamos adentrado por el peligroso camino que nos propone la eugenesia, es evidente que seleccionamos cuidadosamente nuestras semillas masculinas. Nos aseguramos de que el progenitor goza de buena salud, de que no tiene ninguna tara y de que ni sus padres ni sus abuelos padecieron anomalías físicas o mentales. El papel de mi laboratorio especializado en ese extraño suministro se limita a esas precauciones negativas perfectamente lógicas y legítimas. Nuestros clientes, por su parte, no exigen nada más. Se trata de jóvenes solteras o casadas con un hombre disminuido en su virilidad, que consideran que el bebé-probeta les pertenecerá totalmente y que será mucho más fruto de ellas que en las condiciones naturales. Olvidan con mucha rapidez la existencia de un padre, y ni que decir tiene que, por nuestra parte, guardamos un estricto secreto sobre la identidad de nuestros progenitores masculinos. Sin embargo, hace algunos años, una cliente vino a formularme una extraña petición. Me negué en redondo, ya que su proposición, en aquella época, podía parecer extravagante. Hoy no estoy tan seguro, y ofrezco la anécdota a su meditación. Mi cliente era joven, inteligente y aparentemente muy sana. Quería un hijo, y no aceptaba el tener relaciones sexuales con ningún hombre, a pesar de que era soltera. Le aseguré que podríamos facilitarle a su médico los medios para proceder a una inseminación artificial, pero ella me interrumpió: no deseaba un niño cualquiera. Apasionada por la música, descendiente de una familia de grandes músicos, pretendía continuar la línea y dar a luz un futuro virtuoso. Me citó los nombres de algunos grandes solistas o directores de orquesta. Quería que su hijo fuese de uno de aquellos hombres, y de ningún otro. En el estricto marco de nuestros reglamentos, yo no podía satisfacerla. Mientras la acompañaba, terminada la entrevista, la joven me hizo observar, con mucha amabilidad y firmeza, que éramos nosotros, y no ella, los que dábamos muestras de extravagancia al pretender imponerle un hijo de tendencias probablemente opuestas a las suyas, un hijo al cual no estaría en condiciones de guiar y de aconsejar adecuadamente, y que sin duda le negaría la gran dicha que ella esperaba de su carrera... Si les cuento esta anécdota, caballeros, en el momento en que hablamos de eugenesia, se debe a que he meditado mucho, desde entonces, en aquella conversación sin éxito.

Nadie ignora, caballeros, que unos años antes de su muerte Einstein fue querido por uno de sus amigos, profesor de medicina en una gran universidad norteamericana, el cual quería conservar su semen de acuerdo

con el procedimiento ideado por J. K. Sherman y R. G. Bunge^[7], creyendo que alguna generación futura se sentiría dichosa al poder utilizarlo.

Einstein se negó con vehemencia, cosa muy lógica dado su pudor congénito y sus orígenes israelitas. Puesto que la costumbre impone, entre nosotros, que el orador termine con una pregunta, voy a formularles ésta, caballeros: ¿tuvo razón Einstein?

Gracias por su atención.

* * *

El tercer orador inscrito era un francés, el profesor Delasalle. Excepcionalmente, y porque había hablado de «una comunicación de la más alta importancia», el profesor Delasalle había sido autorizado a participar en la conferencia, a pesar de que no había seguido los trabajos de Pugwash los días precedentes. Era esperado aquella misma mañana. Sin embargo, al ser llamado no se presentó. Algo perplejo, el presidente hizo subir a la tribuna a un delegado japonés.

Los jóvenes, por su parte, parecieron bastante preocupados y algunos de ellos abandonaron el salón de sesiones. Antes de ir en busca de sus automóviles, pasaron por la armería...

Capítulo IX

Llegado al muro, Colonna examinó minuciosamente su reborde superior, en busca de alguna señal de alarma. Luego me hizo seña para que fuera a reunirme con él, y me icé a su lado utilizando a mi vez la escala de nilón. Nadie podría reprocharnos el haber emprendido aquella expedición a la ligera: nos habíamos traído todo un material de Arsenio Lupin moderno, sustraído de la reserva del pabellón de Boulogne, y estábamos convenientemente preparados para cualquier eventualidad.

La finca parecía dormir un honesto sueño de mansión burguesa y nada indicaba que estuviera sometida, de noche, a una vigilancia especial. Colonna fue el primero en saltar al parque, y yo le seguí. La luna, cómplice, se paseaba de nube en nube, y aprovechamos un período de oscuridad para recorrer los cincuenta metros que nos separaban del presunto laboratorio. En lo que respecta a las dimensiones, Lambert no se había equivocado y mi perplejidad aumentó. Colonna examinó la cerradura de seguridad y gruñó ligeramente. Sacó de su bolsillo un pequeño estuche y yo le contemplé mientras operaba.

Empezó por escoger entre varias docenas una delgada cinta que me pareció compuesta de una mezcla de cera y de gelatina. Se pasó varios minutos aplastando ligeramente aquella cinta con la punta de los dedos, a fin de ablandarla, y luego la introdujo en la cerradura con infinitas precauciones. El sudor inundaba su rostro mientras «auscultaba», ejerciendo de cuando en cuando misteriosas presiones. Al cabo de un par de minutos sacó la cinta de cera y la examinó: en una especie de código cabalístico, la cerradura había «hablado». Colonna sacudió la cabeza, satisfecho, y a continuación sacó de su estuche una de las herramientas más extraordinarias debidas al genio de la delincuencia: la llave de triquettes. Ese maravilloso y pequeño instrumento sólo es fabricado por algunos «artesanos». Cuesta una fortuna. Y ninguna cerradura, de seguridad o de otra clase, se le resiste.

El corso escogió cuidadosamente el eje que iba a servir de guía a su herramienta mágica, y que está compuesto por una barrita de metal extraplana en forma de «U» muy cerrada. Sobre los delgados raíles que forman las dos ramas de la «U», Colonna hizo deslizar una especie de peine metálico cada

uno de cuyos dientes está montado sobre unos minúsculos resortes. Reguló la longitud de aquellos dientes de acuerdo con las huellas impresas sobre el bastón de cera. Luego me guiñó el ojo.

—Vas a ver lo que es bueno —susurró.

Introdujo el extraño objeto en el ojo de la cerradura, sin demasiada prisa, y luego empezó a girar la anilla que había quedado en el exterior. Oímos claramente el leve ruido producido por los resortes a medida que la llave giraba a su vez y que algunos de los dientes tropezaban con una resistencia. Cuando sus dedos hubieron dado un cuarto de vuelta, me sonrió de nuevo antes de girar del todo la anilla. Y el milagro se produjo: la puerta se abrió sin un roce, sin un ruido, sobre sus goznes perfectamente aceitados. El corso recuperaba ya sus herramientas, se embolsaba el estuche.

* * *

El edificio no era un laboratorio ni un garaje. En realidad, debía ser utilizado como vestuario por los investigadores, a juzgar por el número de pequeños armarios individuales adosados a las paredes.

Permanecimos perplejos un breve instante, barriendo la estancia con el delgado pincel de nuestras linternas-estilográficas. Colonna descubrió la trampilla, en el centro de la habitación. Estaba provista, asimismo, de una fuerte cerradura de cañón. Filosóficamente, el corso volvió a sacar sus herramientas y empezó a trabajar.

Yo trataba de comprender. Evidentemente, cada uno de los estudiantes que empleaba el profesor utilizaba aquel pasadizo. Por lo tanto, no tenía nada de secreto, ni siquiera de clandestino. El hecho de que el laboratorio estuviera instalado bajo tierra tampoco resultaba sorprendente: podía tratarse de una simple precaución dictada por unas normas de seguridad. Hasta el momento, la instalación no ofrecía nada sospechoso.

Cuando la trampilla quedó abierta, me sentí confirmado en aquella opinión: la escalerilla pacífica y cómoda que se abría ante nosotros desembocaba en una amplia sala subterránea amueblada con largas mesas de mármol sobre las cuales reposaban diversos aparatos y una letanía de tubos de ensayo. Habíamos encendido todas las luces, y deambulamos unos minutos por lo que parecía ser una simple sala de trabajo. La ventilación estaba asegurada por un sistema de aireación que desembocaba sin duda en el parque.

Colonna levantó un recipiente con infinitas precauciones, examinó su contenido color esmeralda, lo olió y volvió a dejarlo sobre el mármol con una

mueca de impotencia. Por mi parte, revisé un cuaderno que encontré sobre una de las mesas, pero tuve que capitular igualmente, incapaz de traducir el lenguaje hermético que figuraba en él. En el momento de soltar el cuaderno, mis ojos cayeron sobre la pequeña puerta, a la izquierda del tablero negro embadurnado aún con algunas cifras. Al estar pintada del mismo color lechoso que las paredes, me había pasado inadvertida.

No estaba cerrada y, a la primera presión, se abrió sobre un oscuro pasillo. Hice una seña al corso, el cual apagó las luces y me siguió. Habíamos vuelto a encender nuestras linternas.

A juzgar por la orientación del edificio, el pasillo debía desembocar en el sótano de la vivienda.

Avanzamos lentamente, atentos a no desencadenar alguna señal sonora. El pasillo tenía unos treinta metros de longitud. Lo recorrimos sin novedad para desembocar en una puerta blindada. Esta vez, el corso hizo una mueca, ya que no se veía ningún ojo de cerradura por nuestro lado. Maquinalmente, hizo presión sobre la puerta y ésta se abrió por sí misma. Casi simultáneamente, apagamos nuestras linternas y empuñamos nuestros Smith de tambor. Alguien se movía en la oscura habitación. A nuestros oídos llegaban unos extraños roces y, sin embargo, no se manifestaba ningún enemigo.

Con los nervios en tensión, paseé mi mano a lo largo de la jamba de la puerta, encontré el interruptor y encendí bruscamente la luz, al tiempo que saltaba hacia delante, empuñando el revólver. Colonna me había seguido. Volvió a entornar la puerta con el pie.

Inmediatamente nació una extraña algazara, compuesta de chillidos, de gruñidos, de risotadas. Nos encontrábamos en medio de un verdadero zoo en miniatura. Medio centenar de jaulas repartidas a lo largo de las paredes albergaban a varias docenas de animales, desde inofensivos conejillos de Indias hasta una pareja de chimpancés de vientre lúbrico, pasando por unas enormes ratas de alcantarilla enloquecidas por la viva claridad... Todo aquel pequeño mundo se agitaba en las jaulas, insultándonos.

Incliné mi arma, mientras mi corazón latía furiosamente. Colonna sonrió, pero la sonrisa se desvaneció inmediatamente de su rostro, mientras me señalaba otra puerta situada en frente de la nuestra. Al otro lado de aquella puerta, alguien corría. Nos agachamos detrás de la jaula de los monos y Colonna consiguió apagar la luz medio segundo antes de que la puerta se abriera.

Entró un hombre. Sólo podíamos ver su sombra proyectada sobre el suelo. También él empuñaba un arma. Encendió la luz, y los animales reanudaron su

zarabanda.

—Son esos cerdos de chimpancés —oímos que gruñía el hombre, como para sí mismo—. Siempre están armando gresca.

Otra voz llegó hasta nosotros, más lejana.

—¿Qué pasa, Max?

—Nada. Los monos, que tienen ganas de jaleo.

Apagó la luz, volvió a cerrar la puerta con llave y le oímos alejarse por el pasillo.

Por prudencia, permanecemos a oscuras. Colonna paseó el haz de su linterna sobre la cerradura.

—Ha dejado la llave —dijo—. Eso nos hará ganar tiempo.

De su estuche, sacó una pinza telescópica articulada. En unos segundos, la llave giró por sí misma en la cerradura.

—Si salen mal las, cosas —me confió Colonna en un susurro—, haré carrera dedicándome al robo...

Desembocamos en otro pasillo iluminado por una potente lámpara. Esta vez oímos claramente un rumor de voces. Por un breve instante nos pareció percibir un grito, inmediatamente ahogado. Colonna me interrogó con la mirada.

—Cúbreme —murmuré a su oído—. Voy a efectuar un reconocimiento.

Avancé prudentemente. El curso me seguía a unos pasos de distancia. Las voces procedían de una habitación, cuya puerta había dejado abierta Max y que desembocaba directamente a la derecha, sobre el pasillo. Por fortuna, se trataba de una puerta de dos batientes y, sin necesidad de asomarme demasiado, conseguí echar una ojeada al interior de la habitación. Tuvieron que transcurrir unos segundos para que comprendiera el significado de la escena que se desarrollaba ante mis ojos.

Eran cuatro. Tres hombres, entre ellos Max, el seudojardinero, y una joven. Y, aparentemente, esta última no tenía ningún motivo para alegrarse de la compañía de aquellos caballeros. Estaba de pie delante de una gran caja fuerte empotrada en la pared y me hacía frente. Los otros tres la rodeaban.

—Sería una estupidez emperrarse en esta actitud, señorita —decía una voz grasienta, que me pareció reconocer—. Mis amigos y yo concedemos una gran importancia al servicio que le pedimos. Por otra parte, estamos dispuestos a recompensarla generosamente si se decide a colaborar con nosotros.

—No —dijo la joven, muy pálida—. No quiero su dinero y no abriré esta caja fuerte. Les repito que desconozco la combinación.

—Mentira —dijo Max—. He visto cómo la abría. Varias veces.

La joven se turbó y dijo muy aprisa, demasiado aprisa:

—El profesor cambió la cifra poco antes de marcharse. No me la comunicó.

—Miente —insistió Max—. El profesor no bajó en todo el día. Ella vino a buscar sus cosas en la caja fuerte. Y ella volvió a cerrarla por última vez.

—Señorita —prosiguió la voz grasienta—, siento la más profunda admiración por su belleza. Sin embargo, si insiste en sus mentiras, puedo asegurarle que su belleza no tardará en ser un simple vestigio.

La joven no pudo reprimir una mueca de espanto, y los tres hombres supieron, lo mismo que yo, que iba a ceder al primer bofetón.

—No la golpearemos —dijo, no obstante, el que parecía dirigir la expedición—. No soy partidario de los golpes. Sencillamente, la desfiguraremos para toda la vida. Con ácido. Y el sufrimiento será tal, que nos abrirá usted esa caja fuerte, de todos modos, porque entonces nada tendrá ya importancia para usted. ¿Qué habrá ganado con ello?

Zeller, mi viejo Zeller... Le reconocí por su implacable dialéctica. De repente, el asunto adquiría al fin sus verdaderas dimensiones.

La joven parecía estar muy impresionada. El argumento era psicológicamente sólido, en la medida en que aquellos hombres eran capaces de poner en práctica su amenaza. Y yo sabía que lo eran. Sin embargo, Zeller se enorgullecía mucho de los éxitos que obtenía limitándose a utilizar su conocimiento psicológico de los seres.

El alemán hizo una seña y el tercer hombre, que aún no había dicho nada, sacó un frasco de cristal de su bolsillo.

—¡No! —aulló la joven.

—Le concedo diez segundos más —dijo Zeller.

La joven sollozaba, ahora.

En el umbral de la puerta, permanecí impasible. Me proponía no intervenir, ya que sabía que la joven iba a ceder. Y también a mí me interesaba que la caja fuerte se abriera. De pronto, la muchacha se volvió y empezó a manipular los botones.

Hice una seña a Colonna, y el corso se unió a mí. Max dio un empujón a la joven, apartándola a un lado, y tiró de la empuñadura de la caja fuerte. La puerta se abrió. En la misma fracción de segundo, di un puntapié a la puerta de la habitación y salté al interior.

—¡Arriba las manos, todo el mundo!

Max y Zeller fueron los primeros en volverse, asombrados. Pero el otro hombre dio muestras de una extraordinaria vivacidad mental. Sus reflejos debieron desencadenarse al simple sonido de mi voz. Al tiempo que se dejaba caer al suelo, sin perder tiempo en buscar su automática, lanzó la botella de ácido que conservaba en la mano. Me incliné, protegiéndome el rostro con el brazo, y el frasco fue a aplastarse contra la pared, a unos metros de distancia. Inmediatamente, los otros empuñaron sus armas. Aquellos breves segundos les habían bastado para reaccionar.

Disparé, y mi primera bala alcanzó a Zeller en la cabeza. El alemán hizo una rara pirueta y se desplomó, con los brazos en cruz. Al mismo tiempo, me dejé caer de costado. En el umbral, Colonna entró en acción, precedido por su revólver. Max tiró su arma y levantó los brazos. Pero el otro hombre se había atrincherado detrás de un sillón de cuero. Su mano armada se alzó. Disparé rápidamente, y mi proyectil debió rozarle la muñeca, ya que la retiró inmediatamente.

—¡Tira tu arma! —aullé.

Por toda respuesta, el individuo se irguió con mucha rapidez e hizo fuego. Desde el lugar donde se encontraba, el corso no podía fallar el tiro. Su proyectil destrozó la nariz del hombre y levantó una parte de su cráneo.

—De cara a la pared, Max —dije—, con los brazos al aire.

En aquel momento, Colonna se volvió hacia el pasillo, atento. Lo mismo que él, percibí el ruido de una galopada desenfrenada. El corso se precipitó fuera de la habitación y, unos segundos después, oí tronar su Smith, al cual respondió una automática.

Zeller y su hombre de confianza estaban muertos. Max, lívido, parecía pegarse a la pared. La joven, agachada, sollozaba. La ayudé a incorporarse.

—No se asuste, pequeña —dije—. Todo ha terminado. Somos amigos.

Ella se echó a llorar, con los nervios rotos. La acompañé hasta un sillón, en el cual se dejó caer. Volviéndole la espalda, me acerqué a la caja fuerte, fijándome en la combinación formada por las cinco letras de la cerradura y grabándola en mi cerebro antes de sugerirle:

—Vuelva a cerrar la caja fuerte. Se sentirá mejor después de hacerlo.

La joven dejó de llorar y una leve sonrisa la transfiguró.

—¿Puedo, de veras? —inquirió.

—Sí. Sé lo que siente en este momento. Cuando haya vuelto a cerrar la caja, lo olvidará todo.

La joven se puso en pie. Yo me había vuelto hacia Max, y ninguna sospecha la rozó. Cerró la puerta, hizo girar los botones...

—No se aleje —dije—. Vamos a necesitar su testimonio y, mientras mi compañero no regrese, el sector continuará siendo peligroso. ¿Cuántos eran?

—Cuatro. Pero apenas he visto al otro. Montaba guardia en la casa.

—¿La han maltratado?

—No. Me obligaron a levantarme, a vestirme, y me bajaron a esta habitación. Ustedes llegaron casi inmediatamente.

—Mi querido Max —dije, volviéndome hacia el truhan, el cual había permanecido completamente inmóvil y silencioso—, los papeles se han cambiado. Ahora, el *jockey* lleva al caballo, ¿comprendes?

—No le conozco a usted de nada —gruñe Max.

—Pero conoces a mi compañero, viejo Max, ¿no? Figuras en su pequeño carnet, ¿sabes? Con tinta roja... Cuando regrese, el bello Max dejará de existir y el corso trazará otra cruz en su pequeño carnet. A mi amigo el corso le gusta mucho dibujar crucecitas. De cuando en cuando, le juego una a las cartas.

—¿Y gana usted alguna vez? —inquire Max, atento.

—Cuando vale la pena, sí.

Max reflexiona un breve instante y luego, encogiéndose de hombros:

—¿Cómo puedo saber que cumplirá usted su palabra? Necesito garantías.

—¡Vaya! ¿Quieres que te bese, quizás?

—No he dicho eso. He dicho únicamente que cuando trato un asunto, me gusta saber lo que me espera. Y es la primera vez que usted y yo nos encontramos.

—Pregúntale a Juliette por mí —digo—. Es una compañera. Pregúntale por Daniel Pellerin...

—¡M...! —eructa, desanimado—. Según lo que ella me ha dicho, es el más repugnante de todos los especiales. Peor que el corso.

—Repugnante, tal vez, pero de confianza.

—¡Estoy listo! —gruñe—. Bueno, ¿puedo bajar los brazos? Empiezo a tener calambres.

Tras registrarle cuidadosamente, le autorizo a sentarse en el sillón de cuero que ha abandonado la joven. Ésta le mira con desprecio y va a sentarse en una silla, cerca del escritorio de su patrón.

—Decídete —digo—. Cuando el corso se ponga pesado, tendré que darle pruebas de tu arrepentimiento. ¿Qué dices?

Su mirada se posa en el cadáver de Zeller y aquel espectáculo ablanda su corazón.

—De acuerdo —dice—. Mi pellejo a cambio de una confesión completa...

—O. K. ¿Cómo se llamaba ese individuo?

—Zeller —responde, sin vacilar—. Conrad Zeller. Era un antiguo nazi. Antes de la guerra trabajó por todo el mundo, principalmente en América del Sur. Desde hace unos años, dirigía la red de Pekín en la Europa occidental... Tenía fama de ser un as en el oficio.

Respuesta perfectamente exacta, aunque yo no dejo traslucir mis sentimientos.

—¿Por qué estaba interesado Zeller en los trabajos del profesor Delasalle?

—Eso es precisamente lo que no podría decirle. Lo único que sé es que debía tratarse de algo muy importante, para que el gran Zeller se desplazara en persona... Tal vez la joven podrá contestarle: no es sólo la secretaria del profesor, sino también su sobrina. Sabe muchas cosas, y Zeller se proponía «interrogarla» en cuanto hubiera abierto la caja fuerte. Hace casi seis meses que recibí la orden de presentarme aquí solicitando el empleo de jardinero.

—¿Quién te dio esa orden?

Max vacila, se turba. Contesto por él:

—Juliette, ¿no es cierto?

Inclina la cabeza y, tristemente:

—No es que quiera descargar sobre ella... Pero Juliette tiene el vicio en la sangre. Yo, desde que ese maldito corso se había pegado a mis pantalones, lo habría dejado correr todo de buena gana. Pero ella no me dejaba en paz. Y sabe demasiadas cosas acerca de mi pasado para que pueda permitirme el lujo de indisponerme con ella.

—¿Y Werner? ¿Y Kraus?

—Eso es toda una historia... Werner trabajaba para los rusos. Estaba encargado de vigilar la red Zeller y de informar a Moscú. Zeller le pidió a Juliette que le vigilara e hizo venir un asesino profesional de Berlín, el tal Kraus. Y Kraus liquidó a Werner. En aquel preciso instante, el servicio especial le localizó. Y Juliette empezó a temblar por su seguridad. El propio Zeller no estaba tranquilo. Ambos decidieron que Kraus debía morir también, y la cosa no resultaba demasiado fácil, puesto que los hombres del servicio no le perdían de vista. Inesperadamente, Juliette recibió el encargo de emborrachar a Kraus y registrar su apartamento. Lo aprovechó para cortar todas las pistas.

«Excepto una», concreto mentalmente, pensando en la caja de cerillas.

—Luego, Zeller y sus hombres se encargaron de organizar el golpe de la consigna.

—¿Conocías a Kraus?

—Me encargué de hacerle conocer a Werner. Vino a buscarme un sábado, aquí mismo.

Me explico por qué el asesino había escrito la dirección en el dorso de una caja de cerillas. Para él no tenía más que una importancia episódica, y Kraus debía ignorar la existencia del profesor Delasalle.

—¿Y le señalaste a Werner?

—Sí. Yo conocía a Werner desde hacía mucho tiempo. Incluso había trabajado para él, en cierta época. Entonces yo...

Sus ojos se desorbitan súbitamente y señala algo a mi espalda. Desconfiado, salto de costado antes de volverme.

—No tengas miedo, compañero —articula débilmente Colonna.

Está caído en el suelo y levanta la cabeza con dificultad. Me precipito hacia él sin ocuparme de Max. Inmediatamente, la sobrina de Delasalle, furiosa, recoge el arma de Zeller y apunta resueltamente al truhan.

—No se mueva, Max —le intima secamente—, o le aseguro que disparo.

—Creí que no conseguiría llegar hasta aquí —murmura débilmente Colonna—. Me han dado un balazo en la ingle.

—Tranquilízate, amigo mío —le digo, inclinándome sobre él.

—Me estoy desangrando —susurra Colonna—. Decididamente — encuentra fuerzas para añadir antes de perder el sentido—, hoy la han tomado todos con mi bajo vientre...

Capítulo X

El profesor Delasalle no había podido resistir la tentación. Sin embargo, en Orly, había tomado el Boeing 707 de las quince horas, el avión de Numea. Y su billete era con destino a Nueva Caledonia. Pero el viaje desde Los Angeles sin escala dura cerca de once horas. Y resulta muy excitante volar a una velocidad relativa apenas inferior a la del movimiento de rotación de la Tierra. El hecho de que fueran apenas las seis de la tarde en la capital californiana tenía algo de exultante. El profesor Delasalle estaba dispuesto a no perder aquel valioso tiempo que le regalaban.

Se dirigió, pues, a parlamentar a la oficina de Air-France, lo cual no planteó ningún problema, y luego a la oficina de inmigración, cosa que pareció un poco más complicada hasta el momento en que obtuvo la comunicación con su viejo amigo Archibald Jonathan, senador por California y amigo personal del presidente Johnson. Bastante satisfecho de sí mismo, con su pequeña maleta en la mano, el profesor rechazó el automóvil que le ofrecían los policías, pero aceptó en cambio los mil dólares en metálico que le ofreció el director de la Inmigración «por cuenta del viejo Archie», y alquiló un taxi.

Estaba contento, al tiempo que tenía plena conciencia de su culpabilidad. Contrastó su inglés con el del conductor, y éste se dedicó a enseñarle a silbar a las muchachas con un solo dedo, cosa que él nunca había sabido hacer. A las siete y media estaba en Hollywood y se tomaba su primer whisky. A las once de la noche decidió que las puertas del bar se habían convertido en demasiado estrechas para él y fue a comer un steak enorme en un snack. A medianoche, la camarera, una soberbia pelirroja, terminaba su servicio. Dado que le había llamado «darling» al servirle, el profesor dedujo que estaba enamorada de él y le propuso que terminaran la velada juntos. Ella aceptó sin hacer aspavientos.

A las tres de la mañana estaba borracho por segunda vez y muerto de cansancio. La pelirroja se había separado de él un poco antes, después de haber pasado media hora excitante en un parking, en el automóvil de la muchacha.

A las cuatro, en el «Steve», comprobó con buen humor que no disponía de dinero para pagar la última ronda general que había encargado, y trató de salir del paso con unas avinagradas reflexiones sobre las mujeres en general y las pelirrojas en particular. El barman y el llamado Steve compartían visiblemente sus opiniones, pero ello no les impedía exigir el pago puntual de las consumiciones, en moneda de curso legal norteamericana.

A las cinco de la mañana, el profesor Jacques Delasalle, oficial de la Legión de Honor, roncaba beatíficamente en una celda del comisariado central de Hollywood, en compañía de dos vagabundos y de un negro sospechoso de asesinato.

Cuando el Boeing reemprendió el vuelo, su asiento estaba vacío. Nadie prestó atención a aquel detalle, excepto un joven reputado por su habilidad en lanzar el cuchillo. El joven en cuestión se dijo que los que le habían empleado le debían, cuando menos, una importante indemnización. Los viajes en avión le producían verdadero pánico.

* * *

Archibald acudió en persona a recuperar a su amigo. Su Cadillac blanco iba precedido por cuatro motoristas que hicieron mugir sus sirenas como en plena época de lucha contra el gangsterismo. En el comisariado central, el agente de servicio estuvo a punto de sufrir un ataque de apoplejía cuando el senador pretendió ir a abrir por sí mismo la puerta de la celda. El francés ni siquiera se había despertado, y uno de los vagabundos tuvo que sacudirle.

—Jackie, tu amigo el senador pregunta por ti.

Delasalle dedujo más tarde de aquellas palabras que durante su sueño no debió cesar de protestar de su inocencia. Pero en aquel momento se limitó a incorporarse, con las sienes apretadas y el estómago dolorido. El senador le contemplaba a través de los barrotes.

—¡Estás que da gusto verte, Jacques!

El académico eructó enérgicamente. Luego aseguró:

—¡Te devolveré tus mil dólares, no te preocupes, viejo avaro!

—Tuve que enviar un agente de mi guardia personal para localizarte. Recorrió todos los bares detrás de ti. Me ha jurado que sólo había bebido una copa en cada uno de ellos. Y también él ha regresado abominablemente borracho.

—Los norteamericanos no sabéis... ¡hip!... beber.

Más tarde, en el Cadillac, el senador le interrogó:

—¿No te esperaban en alguna parte?

—¡Caramba, es verdad! En Numea... ¿Queda muy lejos de aquí?

—A doce mil quilómetros —respondió el senador en tono severo—. Afortunadamente, no hay más escalas...

—¡Mentira! —afirmó el profesor—. El avión se detiene en Papeete.

—¡Es cierto, Dios mío! Si dispusiera de tiempo, te acompañaría yo mismo. Pero mi sobrino está en casa con permiso. Es capitán de los Marines. El viaje le divertirá. Voy a extenderle una orden de misión para el Departamento de Estado, mientras tú te repones en casa.

Delasalle protestó inútilmente.

Por la noche, comprobó que los vagabundos le habían robado su estilográfica de oro. En cambio, le habían dejado su reloj, que era un simple chapado.

* * *

Entre Los Angeles y Papeete, el profesor descubrió que el sobrino de Jonathan era un muchacho extraordinariamente simpático.

El oficial conocía perfectamente Papeete por haber pasado allí tres semanas de convalecencia a su regreso del Vietnam. Conocía unas direcciones de casas donde se practica aún la antigua hospitalidad polinesia. Además, no le disgustaban las discusiones amistosas alrededor de una botella de buen scotch.

Delasalle, pues, le pidió prestados quinientos dólares al comandante del avión, ya que había descubierto que era el padre de uno de sus mejores alumnos de la Facultad. Y los dos cómplices abandonaron discretamente el aeropuerto para no dejarse ver hasta que el avión hubo reemprendido el vuelo.

Todavía hoy las vahinés hablan con ternura de su estancia en la isla... Y en recuerdo del profesor Delasalle suelen canturrear, por la noche, en la playa, su melodía favorita: Nini peau d'chien...

Capítulo XI

El Viejo está que trina.

—Que me empalen si comprendo nada de su historia, Dan... ¿En qué circunstancias ha resultado herido Colonna?

—Hemos sostenido una pequeña discusión con Zeller y dos de sus hombres.

—¿Con Zeller? ¿Qué mosca les ha picado? Zeller está controlado por la S. D. E. C. E., ¿no? También son ganas de buscarme complicaciones... Y uno de mis hombres está herido, y eso no me gusta. Y ese prisionero de que me ha hablado Bernier, ¿quién es? ¿No será Zeller?

—No. No es más que uno de sus cómplices, cuya declaración me gustaría hacer grabar. En cuanto a Zeller, está... ejem... está muerto.

—¿Eh?

—Y su hombre de confianza, un tal Schwartz. Wilfried Schwartz. Encontrará su ficha en su correo. He hecho que se la envíasen. También... también está muerto.

El Viejo traga saliva.

—¿Y a eso llama usted una «pequeña discusión», Dan? Su repentina modestia me preocupa... Debe de ocultar alguna otra cosa. ¿Y si se confesara conmigo, muchacho? ¡Estoy resignado a todas las catástrofes!

—La gorda Juliette también ha muerto.

—¿Juliette? Nos prestaba algunos servicios, ¿no?

—En efecto.

—Y la han liquidado los hombres de Zeller, evidentemente...

—No. En realidad, murió de una crisis cardíaca en el momento en que Colonna y yo empezábamos a interrogarla en serio.

El Viejo se coge la cabeza entre las manos, desalentado.

—Sigo sin comprender nada, mi querido muchacho. Debo de envejecer, a no ser que haya usted perdido aquel don precioso que en otros tiempos hacía tan claras sus explicaciones... ¿Puede decirme a propósito de qué ha sucedido esa matanza?

—A propósito del famoso asunto Delasalle. Yo...

—¡He ganado! —articula el Viejo débilmente—. Acabo de ganarme una botella de viejo Borgoña. Me la beberé para celebrar mi jubilación anticipada... ¿Acaso no me expresé de un modo suficientemente convincente cuando le di la orden expresa de no meter la nariz en ese maldito laboratorio?

—¿Sabe usted lo que se fabrica en ese laboratorio?

—Me importa un bledo, Dan. El laboratorio está bajo el control del Centro Nacional de Investigaciones Científicas, por una parte, y del Ministerio de Sanidad, por otra... Esos organismos tienen sus propios inspectores, sus propios policías. Además, el Elíseo vigila al profesor y a sus discípulos celosamente. Que cada uno se ocupe de sus asuntos, y nosotros de los nuestros.

—Zeller estaba en casa de Delasalle, jefe.

—Me importa... ¿Qué es lo que ha dicho?

—Ha sido un golpe de suerte fabuloso. Nos hemos introducido en el laboratorio casi al mismo tiempo que él, en el preciso instante en que se hacía abrir la caja fuerte por la secretaria del profesor.

Su expresión cambia radicalmente. Se hunde más en su sillón, atento.

—Adelante, muchacho, y no se precipite. Un momento... Pulsa el botón del interfono, pide que no le molesten.

—Continúe, Dan. En primer lugar, ¿cómo está Colonna?

—Mucho mejor. Acabo de separarme de él. La arteria femoral no está seccionada, como había temido en el primer momento. Una semana de hospital y quedará como nuevo.

—Perfecto. Ahora, cuéntemelo todo. Detalladamente. Empezando por el principio. Disponemos de mucho tiempo...

—Por desgracia, no. A menos que usted opine lo contrario, esta noche tomaré el avión en Le Bourget, y he de pasar a recoger mi maleta.

—¿Le Bourget? ¿Su maleta? ¿Sería demasiado indiscreto preguntarle su destino?

—Numea, señor.

—Numea, perfectamente... Dan, creo que uno de los dos no está bien de la cabeza. Por favor, hijo mío, ¿por qué tiene usted que ir a Le Bourget a tomar el avión para Numea?

—Porque de Le Bourget salen los aviones que se dirigen a las Indias.

—Excelente respuesta, muchacho...

—Gano seis horas sobre la línea de Los Angeles, que sale de Orly, y, además, el Boeing de Orly ha despegado ya. ¿Está claro?

—Lo estaría mucho más si supiera qué diablos va usted a hacer en Numea... pagando el servicio, supongo... ¿Es preguntar demasiado?

—¡Vaya! Le creía a usted al corriente. ¿De modo que su misterioso corresponsal del Elíseo no le ha informado de que el profesor Delasalle era esperado el viernes en Numea?

—Ahora me entero... Dan, creo que voy comprendiendo. Me parece percibir una vaga relación de causa a efecto en algunas de sus afirmaciones. Y me siento reconfortado. No obstante, una pregunta más: en vez de emprender ese largo y costoso viaje, ¿no podría esperar el regreso del profesor para contarle los recientes acontecimientos?

—No se trata de eso. Tengo muy buenos motivos para creer que el profesor Delasalle va a ser asesinado en el curso de su viaje o durante su estancia en Nueva Caledonia. Espero no llegar demasiado tarde para asegurar su protección. El profesor salió de París hace dos días, pero ha hecho escala en Los Angeles y parece haberse desvanecido en el aire. Ninguno de nuestros hombres ha localizado sus huellas.

—El Viejo se sobresalta.

—¿Cree usted que ya ha sido asesinado?

—No. Mientras Zeller tenía la posibilidad de apoderarse de sus notas en Saint-Cloud, el profesor no corría ningún peligro. Nuestros amigos de Pekín no deseaban su muerte. Sólo querían apoderarse de sus trabajos y aprovecharse de ellos. Nuestra intervención les ha hecho fracasar. Ahora necesitan apoderarse de los documentos que el profesor lleva encima, pero tendrán que matarle *para evitar que ponga sobre aviso a sus colegas de Pugwash*.

El Viejo se seca la frente. Yo continúo:

—En el propio Saint-Cloud, estoy dispuesto a apostar que Zeller se hubiese limitado a fotografiar los documentos del profesor, lo cual significa que su joven secretaria, único testigo del robo, hubiese sido víctima de un «accidente». De modo que nadie hubiera sospechado la fuga... Ahora, la cosa es distinta.

—Empiezo a comprender —dice lentamente el Viejo—. Pero, queda un punto por aclarar: ¿cuál es la importancia de los trabajos del profesor Delasalle? Y, por otra parte, ahora que pienso en ello, ¿dónde están las notas que contenía su caja fuerte?

—He regresado al laboratorio y me he apoderado de ellas. Hice sacar una serie de fotocopias, y luego un microfilm que es lo único que ahora subsiste. Aquí está, en sobre cerrado.

—Voy a meterlo en mi propia caja fuerte. Ha obrado usted con mucha astucia, muchacho... ¿Qué ha sacado en limpio de esos documentos?

—A decir verdad, están redactados en un lenguaje muy arduo... Me he pasado la noche... Bueno, tuve que recurrir a un amigo licenciado en letras y...

—¿Rubia o morena? —inquire tranquilamente el Viejo.

—Desteñida... Pero es de toda confianza y, además, sólo le he dejado ver parte de los documentos. Lo único que quería era hacerme una idea cualitativa.

—¿Y bien?

—Es algo alarmante... En primer lugar, sobre cierto número de animales, esencialmente mamíferos roedores, tales como el conejo, el profesor practica con éxito la partenogénesis.

—Que es, si no me equivoco, la reproducción sin macho.

—... y sin semen masculino. No se trata de una fecundación por inseminación, sino de la inyección en la matriz de una sustancia no tóxica puramente química que actúa sobre el óvulo del mismo modo que el elemento masculino^[8].

—Perspectivas poco gratas para nuestro sexo, mi querido Dan, aunque sigo sin comprender por qué nuestros amigos de la China popular se interesan por esa historia...

—Hay algo peor, en efecto, al menos desde mi punto de vista. Si el profesor Delasalle no se equivoca (y tiene fama de hombre prudente y reflexivo en sus conclusiones), ha encontrado el modo de actuar sobre los cromosomas masculinos o femeninos a fin de poder guiar el predominio de los genes hereditarios... Y esta vez no hablo de los animales llamados inferiores, sino del hombre.

—¿Lo cual significa?

—Lo cual significa que el profesor es perfectamente capaz, hasta cierto punto, y si le proporcionan los medios para ello, de cultivar y desarrollar en una raza determinada ciertos caracteres fundamentales... buenos o malos, ya que al biólogo le preocupan muy poco los cánones de la moral ordinaria.

—¿Siempre sin el concurso del macho?

—Utilizando, por el contrario, unas semillas diluidas, seleccionadas y «tratadas». El profesor ha resuelto, por ejemplo, el problema de la determinación del sexo del hijo. En otras palabras, es capaz de distinguir en la simiente los elementos productores de niñas de los elementos productores de niños.

—Algo peligroso, aparentemente. Todos los padres pueden desear que sus hijos sean varones...

—Peor que eso. Imagine un estado totalitario lo bastante poderoso como para sustituir a los padres en su elección. Imagine que ese estado posea el medio de seleccionar y de imponer algunos progenitores únicos, y de confeccionarse una raza a la medida, lo mismo desde el punto de vista de la inteligencia que del de la resistencia física. ¿Qué les ocurriría, al cabo de una generación, a las otras naciones que hubiesen permanecido fieles a los métodos tradicionales?

El Viejo se sobresalta.

—¿Hemos llegado realmente a ese extremo?

—Mucho me temo que sí.

Sacude la cabeza.

—Continúe, amigo mío. Y no tema, no le haré perder ese avión, a pesar de que a mi edad no me siento tan afectado por la competencia de la probeta.

Capítulo XII

En definitiva, Papeete no es el paraíso acogedor que algunos imaginan. Es probablemente la única ciudad de este planeta que exige del turista la presentación del billete de regreso o de su equivalente en dinero, en el momento de su entrada en la isla.

De modo que Archibald Jonathan, perdida la paciencia y al no recibir respuesta a sus tres cables cotidianos, pidió comunicación con el gobernador francés y le rogó que hiciera expulsar a los dos juerguistas. Estos se habían creado una excelente reputación en el poblado indígena, y los gendarmes tuvieron que dar pruebas de una desacostumbrada diplomacia para que el incidente no degenerase en motín.

Los dos cómplices fueron mantenidos bajo una severa vigilancia en su hotel durante todo el viernes y parte de la noche siguiente. El sábado, a las seis de la mañana, el gobernador en persona les llevó al aeropuerto, donde no tardaría en aterrizar el jet de la Air-France. Una hora más tarde, el avión despegaba en dirección a Numea. El gobernador se sintió descargado de un gran peso. Dada la fuerte personalidad del profesor Delasalle y la curiosa intervención de aquel senador norteamericano, el gobernador consideró que no estaría de más informar de los acontecimientos a su ministro. Aprovechando la diferencia horaria, llamó a París inmediatamente.

El ministro se disponía a ir a cenar cuando le pasaron la comunicación. No conocía al profesor Delasalle, pero su jefe de gabinete le sugirió que advirtiera a Numea, cosa que hizo. Después, el ministro se dirigió a Chez Lipp, donde le esperaba su colega de Asuntos Exteriores. En el curso de la cena, le habló de aquella historia.

Al día siguiente, por la mañana, el Viejo recibió la feliz noticia por un «misterioso corresponsal». Envió a buscar los horarios de la Air-France, todos en «hora local», y perdió la paciencia tratando de resolver el problema de los cambios de horario.

Hizo venir a Bernier y le interrogó:

—Muchacho, ¿qué hora es en Numea en este momento?

—G. M. T. más once —sonrió Bernier, el cual estaba acostumbrado a calcular los horarios de sus colegas.

—Perfectamente —dijo el Viejo—. ¿Y en Papeete?

—G. M. T. menos diez.

—Imposible —dijo el Viejo, observando lo relativamente próximas que estaban las dos islas en el mapa.

—Le aseguro...

—Admitámoslo —dijo el Viejo.

E, inmediatamente, se sobresaltó.

—Bernier, sucede una cosa atroz: el avión que se dirige a Numea hace escala en Papeete y, sin embargo, llega a Numea antes de llegar a Papeete. ¿Podría explicarme eso?

Bernier repitió los cálculos y todo pareció más claro. En definitiva, Dan iba a aterrizar en Numea el viernes, a primera hora de la tarde, mientras que Delasalle no llegaría allí hasta el sábado, a última hora de la mañana, todo «hora local».

—¡Hay que advertir a Dan! —aulló el Viejo.

Bernier se las vio y se las deseó para hacerle admitir que en Numea había transcurrido ya el sábado, puesto que allí se vivía con medio día de adelanto.

—Evidentemente —añadió—, si se tratara de Papeete la cosa sería distinta, ya que en Tahití el sábado empieza ahora...

* * *

En la escala de Singapur, Dan invitó al comandante del avión a tomar una copa en el bar del aeropuerto. Los dos hombres sostuvieron una larga conversación, a consecuencia de la cual, en vuelo, el agente especial envió cierto número de cables cuyas respuestas parecieron satisfacer al comandante.

En Sidney, el comandante se ausentó media hora y estuvo haciendo algunas compras en la ciudad. Dan fue a reunirse con él en la cabina de mando cuando el avión abandonaba las costas australianas y volaba sobre el mar de Coral. El comandante le hizo entrar en el office reservado para el steward.

—He prevenido a mis hombres —dijo—, y la azafata también está advertida. Puede usted ir a prepararse a la cabina de los pilotos. Nadie le molestará. Creo que he encontrado casi todo lo que necesita. ¿Ha redactado el telegrama?

Dan le entregó un papel y el comandante sonrió mientras lo recorría con la vista.

—Perfecto —dijo.

A continuación, pulsó las teclas de un interfono.

—Comandante a radio... Comandante a radio...

—Radio a comandante... Le escucho, mi comandante.

—Páseme este mensaje para Numea. Dicto: «A bordo vuelo Air-France UTAF U564, etc. Destinatario: Pugwash, en Numea, por Air-France. Texto: Llegaré Numea trece horas cuarenta. Stop. Deseoso hacer comunicación alta importancia misma tarde. Stop. Firma: Delasalle.» Léamelo, por favor... Perfecto. ¿De acuerdo, señor Pellerin?

—De acuerdo, mi comandante.

** * **

Aquel día, en el bar del aeropuerto de Numea el negocio no marchaba demasiado bien. Desde la mañana, Yakacé sólo había servido unos cafés a unos ingenieros que se dirigían a una de las islas del archipiélago y que se habían mostrado bastante tacaños a la hora de la propina. Un poco después de las diez había llegado el individuo gordo, instalándose en una mesa y encargando una Coca Cola. Yakacé se había molestado en buscarle la botella más fresca, en el fondo de la nevera... Pues bien, el individuo no la había tocado. Parecía increíble que un tipo tan gordo pudiera permanecer dos horas a pleno sol sin beber. Y, no obstante, lo había hecho. Por otra parte, no leía, ni dormía. Ni siquiera contemplaba el paisaje. Se limitaba a estar allí, inmóvil y silencioso.

En un momento determinado, con la esperanza de entablar conversación, Yakacé se había dedicado a limpiar unas mesas alrededor del individuo gordo. Éste, entonces, le había mirado con aquellos ojos ligeramente transparentes que a Yakacé le recordaban los de los antiguos ídolos que a veces iban a venerar, en el poblado, a espaldas del Padre... A Yakacé, los ídolos le habían inspirado siempre un santo temor. Los ojos del hombre le atemorizaron, y volvió a su puesto detrás del mostrador.

Poco antes del mediodía, un empleado del aeropuerto vino a sentarse cerca del individuo gordo. Le mostró un papel que mantenía cuidadosamente oculto en la palma de su mano. Yakacé, desde luego, fingió estar absorto en el secado de los vasos, pero no se perdió nada de la escena. El individuo gordo leyó el papel, pareció satisfecho y se puso en pie inmediatamente. Yakacé aguardó a que le hubiera llamado dos veces para levantar la cabeza y

sonreír. Desde muy joven Yakacé había aprendido a sonreír a los blancos. Su madre le había enseñado todo lo que un blanco gusta de encontrar en la sonrisa de un canaca: admiración, devoción, franqueza, reconocimiento. Yakacé había trabajado mucho su sonrisa, y con éxito. La prueba era que había heredado el codiciado empleo de barman del aeropuerto...

El individuo gordo le dejó un dólar por aquel vaso que no había tocado, señal de que no era tan malo. Yakacé se embolsó el dólar (no había marcado la consumición en la caja registradora) y se llevó religiosamente el vaso de Coca Cola, poniéndolo a refrescar en la nevera. Evidentemente, puesto que el empleado le había dado buenas noticias, el individuo gordo debía de haberle invitado a un whisky, o, por lo menos, a una absenta verdácea tan del gusto de los franceses... Pero ¿habría ganado Yakacé una propina mejor? Yakacé enarcó las cejas y se dedicó a reflexionar seriamente en aquel problema.

* * *

Cinco jóvenes atléticos salieron del hotel y cada uno de ellos se instaló al volante de un automóvil casi idéntico. Sin embargo, sólo uno de ellos tomó el camino del aeropuerto. Mientras conducía, no cesaba de hablar. De hablar solo, como suelen hacer los ancianos fatigados y como no acostumbran hacer los jóvenes atléticos. En realidad, parecía hablar con su volante o, por lo menos, con la parte central de su volante, en el lugar donde algunos fabricantes de automóviles colocan el claxon.

Los otros cuatro jóvenes se habían dispersado por las carreteras que conducen al hotel. Cada uno de ellos había encendido la radio del coche, y todos escuchaban la misma curiosa emisión, un joven que hablaba solo a unos interlocutores imaginarios.

* * *

El jet describió un gran círculo encima de la isla. El comandante se había hecho cargo de los mandos y se había puesto el casco que le unía a la torre de control del aeropuerto.

—Viento de tierra, fuerza 2 —señaló el navegante del copiloto. Este inclinó la cabeza.

Daniel Pellerin se levantó del asiento que le había ofrecido el steward, y éste quedó estupefacto. Aquel polizonte francés tenía un talento extraordinario. No sólo parecía haber cambiado de cabeza, sino también de piel. Los largos cabellos blancos y los finos lentes de oro prestaban una

verdadera dignidad a su rostro. Pero, al mismo tiempo, parecía haber crecido.

—Nadie podrá reconocerle —dijo el steward—. Se lo juro, señor...

Pellerin sonrió.

—Mi problema no es ése, querido amigo —dijo.

Su propia voz había cambiado.

—Esperaré a que una parte de los viajeros haya bajado...

—La clase turista es la primera en bajar —explicó el steward—. Incluso cuentan un chiste a propósito de esto. En el curso de un vuelo nocturno, la azafata hace bajar a todos los pasajeros de la clase turista. Luego, sonriente, invita a todos los pasajeros de primera clase a atarse los cinturones. Es bueno, ¿no?

—Detestable —dijo el agente especial.

Y el steward comprendió que había entrado definitivamente en la piel de su personaje.

El individuo gordo asistía desde lejos al desembarco de los pasajeros. Cuando descubrió la elevada estatura del profesor Delasalle recortándose contra el aparato, el individuo gordo soltó sus prismáticos. Sonreía.

Capítulo XIII

Desde luego, si el verdadero Delasalle ha llegado entretanto a la isla, mis preparativos no servirán para nada. Pero, en tal caso, nadie me esperará en el aeropuerto y, de todos modos, el parecido es demasiado vago para llamar la atención.

Queda por resolver el problema del pasaporte. Suponiendo que el comandante se muestre suficientemente persuasivo...

Por ahí andan mis reflexiones cuando un joven atlético hiende la multitud y se apodera de mi maleta.

—¿Profesor Delasalle?

—El mismo, joven. ¿Con quién tengo el honor...?

Sonríe con todos sus dientes sanos, perfectamente alineados.

—Pugwash, profesor. Digamos que soy el comité de bienvenida. En realidad —añade, más seriamente—, formo parte del servicio de seguridad. Soy de nacionalidad belga, profesor, pero no tengo acento, ¿verdad?

—En efecto. Oiga, joven, debo someterme aún a las formalidades de la policía. Y he de ocuparme de mi equipaje.

—No se preocupe, profesor. Está dispensado de las formalidades habituales. En cuanto a su equipaje, vendrá detrás nuestro. Mi automóvil está al final del *parking*. Es aquel Ford negro.

Me siento un poco decepcionado. Me habían dicho el oro y el moro de aquel servicio de seguridad internacional afecto a Pugwash, y he aquí que estos deliciosos jóvenes se dejan engañar por los trucos más burdos, confían en un telegrama como única comprobación de identidad, y llevan su benevolencia hasta el extremo de ahorrarme el control legal. Yo podría ser algún espía, algún saboteador animado de los más negros designios...

Pregunto:

—¿Han recibido ustedes mi telegrama?

—Desde luego, profesor, y sus colegas le esperan con impaciencia. Supongo que no habrá almorzado en el avión... En estas latitudes, se come más tarde que en Europa. Le espera una agradable comida. Suba, señor profesor...

Coloca mi maleta en el asiento trasero y se instala al volante.

—¿Subimos la capota, o prefiere tomar el sol?

—Adoro el sol, joven. En Europa nos vemos privados de él con demasiada frecuencia.

—En efecto. ¿Qué tiempo hace en París, estos días?

—Mediocre, más bien húmedo. ¿Fuma usted, joven?

Le ofrezco mi pitillera. Mueve negativamente la cabeza. El automóvil ha dejado atrás los suburbios de Numea y empezamos a trepar. Enciende un cigarrillo, pensativo, penetrado de la lujuriente belleza del paisaje. El joven dice:

—Le esperan con impaciencia, profesor... Todo el mundo habla de la comunicación que usted debe hacer.

—¡Caramba! Esos caballeros me hacen demasiado honor... Aunque no niego que mi declaración producirá cierta sensación. Esta carretera es muy mala, ¿verdad?

Súbitamente, decido conservar en mis manos mi pitillera.

Poco después, el joven detiene el automóvil y se golpea la frente con la palma de la mano.

—Ahora que caigo, profesor... Para su conferencia, necesitará usted sus notas, ¿no es cierto?

—Desde luego. Pero no veo...

—¡Su equipaje! Está en el aeropuerto. Cuando le he dicho que vendría detrás nuestro, era un modo de hablar. En realidad, es posible que no lo suban hasta última hora de la tarde.

—Sigo sin comprender qué importancia puede tener eso.

—Bueno, si lleva las notas encima...

—Joven, entérese de que no me separo nunca del fruto de mi trabajo. Es un antiguo principio, que hasta ahora me ha dado excelentes resultados.

—Discúlpeme, profesor.

—¿Quiere hacer arrancar de nuevo este automóvil, por favor? Temo que mis colegas se impacienten, y deseo asearme un poco antes de la hora de la conferencia.

Mueve negativamente la cabeza.

—No voy a arrancar, profesor...

Su voz ha cambiado ligeramente. En su mano izquierda ha brillado una Browning.

—Deme esas notas, profesor. He recibido la orden de llevarlas yo mismo al presidente de la asamblea.

—Eso es absurdo —protesto, rojo de cólera—. Protesto con todas mis fuerzas. Yo...

—Deme esas notas...

Su dedo blanquea ligeramente sobre el gatillo. Sé que va a disparar de un momento a otro. En consecuencia, me adelanto y aprieto el resorte de mi pitillera. La bala se incrusta en el puente de su nariz, practicando un agujerito, apenas visible, por el cual huye la vida de un joven atlético. Apenas se mueve. Simplemente, su cabeza oscila hacia atrás sobre el respaldo del asiento y su mano suelta la Browning.

—Entérese, joven, de que el profesor Delasalle salió de París hace más de diez días —digo, a guisa de oración fúnebre—. Según las últimas noticias, se ha tirado unas juergas fenomenales, y todo Pugwash tiene que estar enterado, incluidos los miembros del servicio de seguridad, *los verdaderos*.

Luego me ocupo del resto de mi programa. Es esencial que llegue al hotel lo antes posible, que alerte a los hombres de protección y que nos dediquemos a localizar a los cómplices de mi agresor.

Decido colocar su cadáver en el portaequipajes del Ford pero, cuando lo abro, otra sorpresa me espera. Un individuo alto y rubio duerme ya allí su último sueño, con la garganta atravesada de parte a parte por una bala de grueso calibre. Empiezo a comprender mejor. De todos modos, en el portaequipajes hay espacio suficiente para dos.

Apenas he puesto el motor en marcha, oigo detrás de mí el estridente chirrido de unos frenos. Un enorme Chevrolet queda clavado delante del Ford, cortándole el paso. El individuo que va al volante debe de tener unos nervios de acero, ya que antes incluso de que su automóvil se haya parado del todo me apunta con un Colt impresionante.

—Levante las manos, profesor, y no se mueva.

Inmediatamente, veo que mueve los labios y comprendo que habla por radio con otros. Cuando ha terminado, no dice una sola palabra, pero su arma no tiembla en su mano. Decido callarme, también yo.

* * *

Cuando los otros me rodean, serios, amenazadores, adquiero conciencia del peligro que corro. Si uno de ellos descubre que no soy el verdadero profesor Delasalle, esos tipos me liquidarán sin más explicaciones. La muerte del rubio les ha enfurecido. Y, evidentemente, no comprenden cómo he conseguido desembarazarme del joven asesino.

—Cosas del ministro —explico, situándome de nuevo en la piel del profesor—. Antes de salir de París, me aseguró que alguien podía atentar contra mi vida. Al ver que me negaba a llevar un arma, me entregó esta pitillera, después de haberme explicado su funcionamiento. He tenido mucha suerte. Cuando ese joven me ha amenazado, acababa de ofrecerle un cigarrillo. Tenía la pitillera en la mano. Pensé que iba a disparar. Entonces, apreté el resorte sin saber exactamente lo que iba a pasar. He tenido mucha suerte, ¿verdad?

—Desde luego —dice el que parece mandar—. Por nuestra parte, nos hemos dejado engañar como chiquillos. Esos tipos utilizaban un automóvil idéntico a los nuestros. Nos han llevado por una pista falsa. Cuando hemos comprendido la trampa en que habíamos caído, hemos dado media vuelta, pero esos cerdos habían volado un puente sobre el cual pasa la carretera. Eso ha significado un largo rodeo. Estamos desolados, señor profesor...

La cosa vuelve a marchar.

* * *

Me acompañan al hotel, pero me niego a seguirles hasta el comedor, pretextando la necesidad de ir a tomar una ducha para reponerme de mis emociones. Insinúo que mi estado de gran fatiga no me permitirá sin duda pronunciar la conferencia prevista, pero nadie parece demasiado convencido.

Una vez encerrado en mi habitación, tengo que rendirme a esta evidencia: me he metido en un peligroso avispero. Los estatutos de Pugwash, refrendados por acuerdos internacionales, concretan formalmente que ningún miembro de los servicios de información o similares podrá asistir a una sesión de la asociación. Mi presencia, pues, en mi calidad de agente francés, es susceptible de provocar un grave incidente diplomático.

Además, si por desgracia liquidan al verdadero Delasalle, no faltará quien asegure que el gobierno francés, por mediación mía, ha suprimido al profesor.

Por otra parte, me siento completamente incapaz de seguir representando mi papel. Tengo una necesidad absoluta de comunicar con París. No veo otra salida. Pero no veo, tampoco, el modo de hacerlo.

Decido tomar una ducha y luego me tiendo en la cama para reflexionar más cómodamente.

Me quedo dormido. Duermo hasta la mañana del día siguiente.

Capítulo XIV

Aquella última semana, el honor de mandar el servicio de seguridad de Pugwash recaía en un soviético, Piotr Ivaniev.

Piotr no poseía una inteligencia extraordinaria, pero tenía fama de ser tenaz y concienzudo. Aquella noche, Piotr no dormía. No cesaba de dar vueltas en su lecho. Se reprochaba la muerte del sueco, con el cual había simpatizado desde el primer día. Desde luego, el sueco había cometido algún error, pero él, Piotr, no debió dejarse arrastrar por la pista falsa, sino bajar a tumba abierta hacia el aeropuerto.

Y menos mal que el profesor francés había salido del apuro sin ayuda de nadie. Tratándose de un hombre que no conocía el manejo de las armas, el francés, con su curiosa pitillera, había dado pruebas de una habilidad poco común... Un profesional no lo hubiera hecho mejor. Además, resulta muy raro, por no decir excepcional, que un aficionado sea el primero en disparar sin que le traicione una contracción de sus rasgos. Piotr lo sabía por experiencia.

Abajo, los sabios no habían parecido demasiado sorprendidos por el hecho de que la conferencia se aplazara hasta el día siguiente. Nadie ignoraba ahora que el francés había aprovechado bien su viaje. Y aquellas juergas sucesivas tenían que haber afectado su resistencia. Le disculpaban con indulgencia, y reían para sus adentros.

Sin embargo, el sábado por la mañana, un eminente físico francés, miembro del Instituto, Emilien de Sannois, decidió visitar a aquel cofrade al cual no conocía. Permaneció casi una hora en su compañía y, a su salida, dio unas noticias tranquilizadoras: el profesor estaba aún fatigado, desde luego, y con el cambio de horario había dormido mal. Pero al día siguiente, domingo, estaría completamente repuesto.

Entretanto, él, de Sannois, le había propuesto a Delasalle un paseo por los alrededores de la laguna, al atardecer, y el biólogo había aceptado aquella proposición con entusiasmo. Desde luego, faltaba el consentimiento de los caballeros del servicio de seguridad.

Piotr no pudo negarlo. El físico volvió a subir a la habitación del biólogo con toda la rapidez que le permitían sus viejas piernas y, tembloroso, anunció a Daniel Pellerin el éxito de su misión. Dan respiró. Estaba firmemente decidido a emprender la huida y a ponerse bajo la protección de las autoridades francesas de la isla. Dio las gracias al anciano efusivamente, le hizo jurar de nuevo que guardaría su secreto y empezó a pasear arriba y abajo por su habitación.

Nadie esperaba al verdadero Delasalle en el aeropuerto.

** * **

—Mire, John —le dijo a su «viejo» amigo, el sobrino de Archibald Jonathan—, sé perfectamente lo que está pensando en este preciso instante. Se está diciendo a sí mismo que, en vista de que nadie parece conceder la importancia que merece a mi llegada a esta isla lejana, disponemos de tiempo para vaciar algunas latas de conserva antes de que usted tome el próximo avión que ha de devolverle a los austeros deberes de su cargo. ¿Me equivoco?

—No, profesor, ha dado usted en el clavo.

—Por desgracia, querido, no puedo seguirle por esa peligrosa pendiente. Tengo una reputación que mantener, represento a una antigua nación...

—Exacto —aprobó flemáticamente el norteamericano.

—Además, estos climas tropicales, como usted ya habrá observado antes que yo, convierten en particularmente tóxicas las bebidas alcohólicas.

—Ya lo he observado, en efecto.

—¿A qué hora despega su avión?

—Alrededor de las cuatro, creo.

El profesor se rascó el occipucio con un gesto familiar.

—En tal caso, podríamos almorzar juntos, John. Pero sólo beberemos un vaso, dos como máximo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, profesor.

** * **

Yakacé no salía de su asombro. El alto caballero francés de cabellos blancos, sobre todo, le desconcertaba. Su capacidad de absorción resultaba inconcebible. Habían llegado después del mediodía, y Yakacé acababa de descorchar para ellos la tercera botella de Gilbey's... Ninguno de los dos parecía estar borracho, y ambos habían hecho los honores al almuerzo que les había servido. Yakacé temía únicamente que se negaran a pagar la

fantástica nota que tenía preparada, por si las moscas, dispuesto a saltar si los dos hombres amagaban el gesto de marcharse. Pero sus temores eran infundados. El norteamericano pagó sin pestañear y dejó una propina regia. Luego estrechó largamente la mano de su amigo y, tambaleándose ligeramente, se dirigió hacia el jet de la U. A. T. que iba a transportarle a Los Angeles.

A su vez, el francés se puso en pie. Yakacé se dijo que su porte era más noble aún que a su llegada. Delasalle, muy digno, se dirigió al barman:

—Por favor, ¿tendría usted... ¡hip!... una guía telefónica?

Yakacé le obsequió con su sonrisa más radiante mientras le entregaba el listín. El profesor buscó sus gafas y, para hacerlo, hurgando en sus bolsillos, osciló curiosamente sobre sus piernas. En un momento determinado, se agarró al brazo del barman para no caer. Yakacé se enorgulleció de aquella prueba de confianza.

—Puedo buscar lo que desea, caballero. Sé leer muy bien, sobre todo las letras de imprenta...

—Excelente iniciativa, joven —aprobó el profesor—. Búsqueme el número del hotel Continental.

Yakacé puso toda su ternura en su sonrisa para objetar:

—En esta época del año, el hotel Continental está cerrado, señor.

—No.

—Le aseguro...

—Y yo afirmo que está abierto. ¿Quiere buscármelo, sí o no?

Los canacas son menos testarudos de lo que se afirma. Yakacé buscó el número, lo marcó en el aparato telefónico y quedó asombrado al obtener respuesta. Quedó mucho más sorprendido cuando el anciano caballero, a su lado, montó súbitamente en cólera, afirmando que no estaba loco, que él era el profesor Delasalle, el único, el verdadero, y que ya era hora de que alguien se preocupara de su suerte.

El francés colgó el receptor con aire insatisfecho. Y Yakacé supo que las cosas iban muy mal para él cuando le oyó reclamar un café muy fuerte con sal.

* * *

Piotr estaba enfurecido. Había contestado él mismo al teléfono, y a medida que su interlocutor protestaba apasionadamente de su buena fe, el joven soviético había podido medir la extensión del error. Poseído por la cólera, cometió otro error imperdonable. Subió rápidamente al piso superior

y, tras haber desenfundado su Colt, entró brutalmente en la habitación del falso Delasalle.

—¡Arriba las manos, y no...!

A partir de aquel instante, y durante largos segundos, no supo lo que le sucedía. La forma extendida sobre el lecho no se movió. Incluso revestida con una chaqueta de pijama, una almohada no puede escapar a su triste condición. En cambio, una especie de locomotora de dos ruedas pareció surgir de detrás de la puerta. Alcanzado en la nuca, el joven ruso titubeó y, al volverse, recibió un gancho en pleno hígado que le dobló por la mitad. Luego, todos los pisos superiores le cayeron de golpe sobre la cabeza y se desplomó, sin sentido.

* * *

—Presta atención, hijo del pueblo —repitió el agente francés—. Hasta ahora, has cometido bastantes tonterías, ¿no? Puesto que el verdadero profesor Delasalle ha llegado por fin, tienes una soberbia ocasión de redimirte... ¿Comprendes?

El francés se expresaba en un excelente ruso, y Piotr se sentía vagamente vejado, un poco como si hubiese encontrado su ropa interior sobre la piel de otro individuo. Sacudió negativamente la cabeza. El francés juró horriblemente, primero en ruso, luego en su propio idioma.

—Pedazo de mula roja, si yo alimentara designios culpables, ¿crees que no te hubiera liquidado hace un buen rato?

Esta vez, Piotr asintió. Era cierto. Estaba atado como un fardo sobre la cama del francés, con una zapatilla hundida en la boca, completamente a su merced.

—Te he explicado el asunto cien veces. Si Delasalle consigue hablarles a esos tipos, estamos salvados. Incluso los delegados chinos votarán la moción final y convencerán a su gobierno para que renuncie a sus propósitos. Sólo tendremos que liquidar a los últimos nazis de Zeller y, tú y yo, habremos cumplido nuestra misión. ¿Comprendes ahora?

Piotr no se movió. Desalentado, Pellerin se incorporó.

—Bueno —dijo—, puesto que te niegas a ayudarme, trataré de arreglarlo por mi cuenta. Voy a liquidar a Delasalle.

Los ojos del ruso se desorbitaron.

—Voy a explicártelo —añadió Pellerin—. Si le liquido, los únicos que conoceremos el secreto seremos tú y yo, y haremos de él el uso que nos plazca. Eso no afecta a nadie, ni siquiera a Pugwash.

Y resumió su argumentación en una fórmula lapidaria:

—Si Pugwash no está con nosotros, Pugwash está contra nosotros.

Piotr batió los párpados para dar a entender que quería hablar. El francés le quitó la zapatilla de la boca.

—Es posible que pueda hacer causa común con usted —dijo Piotr—. Pero quiero que me lo ordene de un modo formal el presidente de la asamblea.

Dan vaciló. El ruso insistió:

—También él debe asumir sus responsabilidades.

—Cincuenta por ciento de posibilidades —calculó el francés en voz alta—. Me arriesgaré...

—También es necesario que el verdadero profesor Delasalle guarde el secreto.

—Respondo de ello —prometió Pellerin.

* * *

En el mismo instante, en un rincón retirado de la isla, el individuo gordo del aeropuerto se despojaba de su casco de radio. Sudaba más que nunca. Las instrucciones imperativas que acababa de recibir de sus jefes no habían hecho más que aumentar su mal humor.

—¡Willy! —llamó, bruscamente.

El llamado Willy entró sin apresurarse. Era un hombrecillo delgado que rondaba los cincuenta. Su traje colonial estaba sembrado de manchas de grasa o de sudor. Se apoyó contra la mesa.

—¿Qué pasa, Charles?

—Están furiosos. Quieren esas notas a toda costa.

Willy sacudió la cabeza, sin decir nada. Charles continuó:

—Pretenden que hemos sido engañados, y que el individuo disfrazado de profesor que liquidó a Stéphane era un agente especial francés.

—Es posible —aprobo Willy—. Stéphane conocía su oficio. Sólo un profesional pudo liquidarle.

—Y el verdadero Delasalle estaría a punto de llegar a la isla.

—Entonces, ¿qué hacemos?

El gordo se encogió de hombros.

—Por mi parte, lo dejaría correr —confesó—. Ya no estoy para estos trotes y, además, esta vez tendríamos que encargarnos personalmente del asunto... Y con esa pandilla de polizontes sobre aviso...

Willy se sirvió una generosa ración de whisky, se lo bebió de un trago y luego dijo:

—No podemos chaquetear, Charles... Sabes perfectamente que darían con nosotros, aunque nos escondiéramos bajo tierra. Y, además, necesitamos ese dinero.

El gordo resopló. Nunca había podido soportar el calor, y estaba hasta la coronilla de los climas tropicales.

—De acuerdo —suspiró finalmente—. Pero ¿cómo vamos a hacerlo?

—Tengo algunas ideas —dijo Willy—. He reflexionado en el problema.

—También ellos han debido reflexionar —gruñó el gordo, pensando en los agentes de Pugwash—. Si interrogan al empleado de la torre de control, no tardarán en caer encima como una bandada de golondrinas...

Willy rió silenciosamente, y el gordo comprendió muy pronto el sentido de aquella risa. Se sintió aliviado y sonrió a su vez. Willy y él formaban un buen equipo.

Capítulo XV

A partir del momento en que el presidente dio su adhesión a nuestro plan, el pequeño soviético se mostró un aliado leal y eficiente. Nuestra primera preocupación fue, naturalmente, la de recuperar al verdadero Delasalle. Saltamos al Volvo —donativo del gobierno sueco— que Piotr había requisado para su uso personal, y descendimos las pendientes montañosas. Piotr conducía muy bien, sin gestos inútiles.

—Dos de mis hombres están con él —me explicó, en plena carrera—, y los tres, por orden mía, se han encerrado con los policías del aeropuerto. De momento, no corren ningún peligro. ¿Cree que van a atacarnos en el camino de regreso?

—Es de temer, en efecto...

—Sí. Por eso he requisado un helicóptero. El profesor estará seguro, y nosotros regresaremos sin él.

—Una idea excelente —dije—. ¿Ha efectuado alguna investigación en el aeropuerto?

—¿Qué clase de investigación?

—Estaba pensando en el telegrama que mandé desde el avión. Nuestros adversarios tienen que haberse enterado del texto, y probablemente por medio de un empleado. Si podemos localizar a ese individuo, hacerle hablar...

El ruso asintió.

—Un punto para usted —dijo, sonriendo—. Nos ocuparemos de ello los dos, si le parece bien.

* * *

El profesor nos acogió con el ceño fruncido.

—¡Son unos procedimientos intolerables! —gruñó—. Me tratan como a un sospechoso. Además, tengo una importante comunicación que hacer a mis colegas. Caballeros, no voy a ocultarles que pienso redactar un informe para mi gobierno acerca de sus métodos. Pugwash no tiene nada que ver con una dictadura policíaca, y...

—Tranquilícese, profesor —dije.

—No tengo la intención de tranquilizarme. En mi informe, diré...

—¿Que pasó usted una noche en el comisariado central de Hollywood, en medio de irnos vagabundos, y que despertó a todo Papeete, a las cuatro de la mañana, berreando unas canciones de cuerpo de guardia?

Se produjo un breve silencio. El profesor me miró. Volvió a sentarse.

—¡Hum! —murmuró, después de ajustarse las gafas—. Creo que un hombre de mi edad tiene derecho a unos instantes de relajamiento.

—Lo mismo opino yo, profesor —dije amablemente—. ¿Tiene algún inconveniente en que informe con detalle de sus tribulaciones alrededor de este planeta?

—Oiga, joven, no sea estúpido. Quiere convertirme en la irrisión del Instituto, ¿eh? Tal vez deberíamos, los dos, revisar los términos de nuestras relaciones...

Me incliné.

—Como usted guste, profesor.

—En tal caso —gruñó Delasalle—, ofrezco una ronda de Gilbey's. Entre amnésicos, debemos apoyarnos...

* * *

Piotr y yo no tardamos en encontrar el hombre que buscábamos. Para ello, nos bastó con abrir sucesivamente los armarios del vestuario reservado para los empleados. Yacía en el sexto, encogido, rígido. Le habían apuñalado debajo mismo de la nuca, y la muerte había sido instantánea. Un hermoso trabajo de profesional.

Despechado, Piotr confió el asunto a la policía oficial, y emprendimos el viaje de regreso un poco más tarde. El helicóptero que transportaba al profesor había llegado ya sin novedad al hotel.

—Delasalle tiene que hablar dentro de una hora, aproximadamente —observó Piotr—. ¿Cree que no correrá ningún peligro en cuanto haya comunicado a sus colegas el resultado de sus trabajos?

—Desde luego. Su secreto sólo tendría interés para un Estado que detentara la exclusiva de él. Desde el momento en que todo el planeta podrá aprovecharlo, sus amiguitos chinos renunciarán a forjarse una raza superior.

Piotr se sobresaltó.

—¿De modo que era eso? Puro nazismo, ¿no?

—No cabe duda de que puede mejorarse biológicamente la especie humana sin incurrir por ello en el racismo —objeté.

Piotr enarcó las cejas.

—No me gusta un pelo —gruñó—. En mi opinión, la naturaleza no lo hace del todo mal, y me pregunto si será prudente querer enmendarle la plana...

—Esa opinión no me parece muy marxista, mi querido amigo. La encuentro más propia de un decadente espíritu burgués...

Piotr sonrió, atento a un difícil viraje.

—Dicho sea entre nosotros —replicó—, se puede ser socialista y encontrar muy agradable el hacer los niños por los medios naturales.

* * *

La guardia había sido reforzada y, a ambos lados del hotel, una valla cortaba la carretera. Los jóvenes, sólidamente armados, registraron nuestro vehículo, visitaron el portaequipajes. Entretanto, Piotr consultó su reloj.

—Sólo faltan veinte minutos —dijo—. Al parecer, nuestros adversarios se han deshinchado...

Mi cerebro empezó a funcionar a toda velocidad, como si aquel exceso de optimismo hubiese bastado, súbitamente, para desencadenar todo un mecanismo de defensa.

—¿Nada sospechoso? —preguntó Piotr al responsable del puesto de guardia.

—Nada. Todo está en regla, jefe.

—¿Cuántos vehículos han pasado, desde que nos marchamos? —pregunté.

El joven consultó a Piotr con la mirada y, a una seña de su jefe, respondió:

—Dos, señor, una de ellas la camioneta del carnicero. La otra traía el correo. Ya se ha marchado.

—¿Y la camioneta está aún aquí?

—Sí, señor.

Piotr se volvió hacia mí. Lo que leyó en mi rostro le decidió.

—¿Dónde está el profesor Delasalle? —inquirió vivamente.

—En su habitación. Expresó el deseo de tomar un baño. Aldo está con él.

El soviético me miró.

—¿Cree usted que han interceptado esa camioneta?

—No puedo afirmar nada, amigo mío. Pero era su última oportunidad. En su lugar, yo la hubiera aprovechado.

Casi inmediatamente, vimos el vehículo, un *break* Taunus, que efectuaba una maniobra en el patio del hotel. Piotr enarcó las cejas, apretó el acelerador. El Volvo salió disparado.

Un hombre gordo empapado en sudor conducía el *break*. Junto a él, su patrón encendía un cigarrillo. Los dos llevaban la blusa blanca de carnicero.

Piotr situó el Volvo de modo que les cerrara el paso y frenó brutalmente. Casi al mismo tiempo saltó al suelo, empuñando una pistola. Con la misma rapidez, el hombre que fumaba en el interior del Taunus alzó la mano y disparó. El ruso vaciló, soltó su arma. Al mismo tiempo, el conductor efectuó una hábil maniobra, sorteó el Volvo y se lanzó hacia la carretera.

Entre los agentes de guardia hubo un breve instante de indecisión. Ninguno de ellos pensó en bajar la valla. Todos, o casi todos, habían desenfundado sus armas, apuntando al *break*.

—¡No disparen! —grité furiosamente.

El hombre gordo siguió adelante, imperturbable, convencido de que los policías no correrían el riesgo de herir al profesor si éste, como era de suponer, se encontraba en el *break*, debajo de los trapos ensangrentados... admitiendo que estuviera vivo...

—¡No disparen, por Dios!

Puse de nuevo en marcha el Volvo. Los jóvenes, tras una breve vacilación, bajaron sus armas y el Taunus pasó.

Sorteé de milagro a Piotr, el cual se agarraba el hombro con una mueca de dolor. Apretando a fondo el acelerador, me lancé en persecución del *break*.

El hombre gordo conducía como un verdadero as del volante. El Taunus tomaba las curvas sobre dos ruedas, pero yo lo seguía sin dificultad y sin correr ningún riesgo. No habíamos recorrido un kilómetro cuando el pasajero, de un balazo bien dirigido, había dibujado una estrella en mi parabrisas. La segunda bala rebotó sobre la capota... Era demasiado buen tirador, para mi gusto, y me dejé despegar medio centenar de metros. Sabía exactamente dónde iba a lanzar mi ataque. Al final de la pendiente, antes de alcanzar la carretera principal, enfiláramos un camino pantanoso donde el Departamento de Aguas y Bosques procedía a unos ensayos de plantación. En aquel lugar, la carretera se ensanchaba, en forma de hernia.

No tardamos en llegar allí. Para coger la última curva, muy pronunciada, el gordo había tenido que aminorar la velocidad. En cambio, yo apreté el acelerador a fondo, desviándome a la izquierda de la carretera y poniéndome así fuera del alcance del tirador. El Volvo adelantó al *break* rápidamente. El hombre gordo, al volante, volvió la cabeza y me lanzó una mirada preocupada. Cuando el Volvo hubo adquirido unos metros de ventaja, di un súbito golpe de volante a la derecha y, con los dientes apretados, me lancé al abordaje del *break*.

El choque fue de una violencia extraordinaria, pero yo había calculado bastante bien el ángulo de ataque y, agarrado fuertemente al volante, conseguí amortiguarlo. El Taunus, por su parte, dio un salto de una veintena de metros antes de volver a caer sobre sus ruedas en la zona pantanosa. El hombre gordo era ya inofensivo. El choque le había roto las dos piernas y las caderas. Aullaba horriblemente. Su cómplice consiguió abrir la portezuela, se asomó. Mi bala le alcanzó en pleno rostro, y su cabeza pareció estallar.

* * *

El profesor estaba en la parte de atrás, atado. Había salido del choque con unos simples chichones.

—Decididamente —me confió, cuando le hube liberado de sus ataduras—, nunca conseguiré hacer esa comunicación. ¿No tendría por casualidad una botella de Gilbey's en su coche, muchacho?

Capítulo XVI

—Encantado de conocerle, mi coronel —dijo Delasalle.

—No soy coronel —rectificó bruscamente el Viejo—. En seis años de servicio, sólo conseguí ascender a cabo.

—Yo creía... Bueno, a decir verdad, a mí me licenciaron a las seis semanas de haber ingresado en el Ejército. Ulcera. Eso nos sitúa en un plano de igualdad, ¿no es cierto?

El Viejo asintió sin demasiado entusiasmo.

—Durante el viaje de regreso —continuó el sabio—, *monsieur* Pellerin me ha contado todo el asunto. He querido agradecerle personalmente la parte que ha tomado su servicio en la defensa de mis intereses, los cuales son también los del país y los del mundo entero.

El Viejo me dirigió una mirada cargada de reproches. Le horrorizaban las frases grandilocuentes.

—Agradézcaselo a *monsieur* Pellerin. Nuestra intervención se debió a su iniciativa.

—Ya le he expresado toda mi gratitud a *monsieur* Pellerin. Se la renuevo de buena gana...

—¿Qué tal la última conferencia? —inquirió el Viejo, fatigado, lo mismo que yo, de aquellos asaltos de cortesía.

—Estupendamente —dijo el profesor—. Mis colegas demostraron mucho interés por mi comunicación, y...

* * *

En realidad, el pobre Delasalle no había obtenido el éxito que esperaba. Si bien sus colegas no habían puesto en duda el interés fundamental de sus descubrimientos, admitiendo de buena gana lo importante que resultaba para la humanidad la prosecución de los objetivos fijados por la genética, también se habían mostrado unánimes en señalar que aquella ciencia sobrevenía demasiado pronto en la historia del hombre.

Después de todo, como había observado el doctor Morales, el *homo sapiens* habita la tierra desde hace muy poco tiempo, en relación con la

historia de nuestro planeta^{19]}. Y, a fin de cuentas, con los medios «anticuados y empíricos» que le ofrece la naturaleza para su reproducción, no ha salido tan mal librado...

La delegación china había abundado en el mismo sentido y su representante subrayó que, más que cualquier otro, incluso dentro de las estructuras del partido, el pueblo chino aspiraba a defender las libertades fundamentales del hombre, y la de su procreación resultaba esencial. Su discurso fue ligeramente tendencioso, y por ello no recogió la unanimidad de los aplausos, mas para mí importaba mucho más el fondo que la forma.

* * *

Delasalle se despidió, y noté que el Viejo estaba un poco decepcionado por aquella toma de contacto.

—Es un gran tipo —expliqué—. Todo el mundo se ha metido con él y, sin embargo, no parece estar resentido.

—Yo no estoy tan seguro de eso —gruñó el Viejo—. No quiero que le pierdan de vista. De todos modos, conservo su microfilm. Espero que no le habrá mencionado usted su existencia...

Sacudí la cabeza, sonriendo.

* * *

Más tarde, fui a visitar a Colonna, el cual trotaba por los pasillos de la clínica persiguiendo a las enfermeras. Su bastón parecía más una coartada que una necesidad.

—El Viejo me ha endosado una convalecencia de tres meses —me anunció orgullosamente—, y la jefa de las enfermeras no puede soportar que mariposee con sus jóvenes gacelas... Dentro de dos días, amigo mío, estaré en Bastia...

Se interrumpió bruscamente.

—Cuando pienso que acabas de llegar de Numea... Oye, ¿qué me dices de Nueva Caledonia?

En aquel momento me di cuenta de que no había visto absolutamente nada de la gran isla...

ALAIN PAGE

ESPIONNAGE



**ET
CALONE VINT...**

FLEUVE NOIR

Y CALONE VENCIO...

Alain Page

Capítulo primero

El 10 de septiembre de 1966, Emile Valey presidía un consejo de administración del Crédit Vaudois cuando, unos veinte minutos antes del final de la sesión, un ujier le llevó una tarjeta de visita.

Valey permaneció unos instantes contemplando el pequeño rectángulo blanco. Luego se puso en pie bruscamente. Parecía bastante turbado.

—Caballeros, creo que hemos examinado lo esencial. *Monsieur* Martin cerrará la sesión en mi lugar. Tengo una cita urgente, y les ruego que me disculpen.

Ante la sorpresa general, abandonó su puesto, saludó a la asamblea con una leve inclinación de cabeza y salió, acompañado por su sobrino, François Valey.

El ujier le esperaba en el pasillo. Valey le preguntó:

—¿Dónde está ese caballero?

—Les he hecho pasar al salón, señor.

—¿Son varios?

—Tres, señor.

Valey se alejó, dirigiéndose directamente a su despacho, siempre acompañado de su sobrino. Este inquirió:

—¿Qué pasa, tío?

—Se trata de una visita importante... e inesperada. De las que no hacen antesala.

Se inclinó hacia su interfono y dio la orden de que fueran introducidos sus visitantes. François Valey continuaba en pie, con los ojos clavados en la puerta. Esta se abrió finalmente y entraron tres hombres. El de en medio era el más viejo. Tenía la mirada azul, muy dura, y su sonrosado cráneo estaba aureolado por una estrecha franja de cabellos blancos.

Valey se puso en pie, y avanzó hacia él.

—Me siento muy honrado con su visita, señor Presidente.

El desconocido se volvió hacia uno de sus compañeros, el cual le tradujo la frase al ruso. El intérprete escuchó la respuesta, se dirigió a Valey:

—El Presidente le da las gracias y le ruega que no mencione su nombre.

—Muy bien. Siéntense, por favor.

Valey volvió a ocupar su puesto, con una expresión de intensa curiosidad. El personaje que tenía delante de él era uno de los más importantes del régimen soviético. Pero, desde hacía más de dos años, había dejado de figurar cerca de las glorias del régimen. Se había hablado de su edad, luego de una larga enfermedad... Después, se le había olvidado.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó Valey.

El Presidente se dirigió al intérprete, el cual dijo:

—El Presidente desea que todo esto permanezca confidencial y cuenta con su discreción.

—Desde luego.

—También desearía que la entrevista se desarrollara sin testigos.

Señaló a François Valey.

—Dígale al Presidente que ese joven es mi sobrino y que goza de toda mi confianza.

El Presidente inclinó la cabeza. El intérprete continuó:

—El Presidente desearía alquilar una caja fuerte en su banco a fin de efectuar un depósito en ella. Sin que su nombre figure para nada, desde luego.

—Habrá únicamente un número de registro.

—Muy bien. El Presidente solicita un alquiler de diez años a partir de esta fecha.

—Nada más fácil. ¿Puedo permitirme una pregunta?

—Por favor...

—¿Cuál es la naturaleza del depósito? ¿Hay algún heredero en caso de que...?

El intérprete sostuvo una breve conversación con el Presidente. Luego se volvió hacia Valey.

—No hay heredero. El 10 de septiembre de 1976 dispondrá usted del contenido de la caja, salvo contraorden del Presidente en persona.

Valey enarcó una ceja.

—Los bancos no acostumbran aceptar esa clase de... regalos. En realidad, ¿cuál es su naturaleza?

El intérprete asumió un tono solemne.

—Se trata de las Memorias del Presidente.

—¿De las... de las Memorias?

—Sí. Existe un solo ejemplar, escrito de puño y letra del Presidente. Si, al cabo de diez años, el Presidente no se ha manifestado, o si entretanto

falleciera, dispondrá usted del ejemplar.

Se inclinó, añadiendo:

—Lo cual quiere decir que lo hará publicar y que conservará íntegros los derechos de autor.

Valey había visto y oído muchas cosas raras en el transcurso de su vida, pero esta vez se quedó mudo por la sorpresa. El Presidente sonrió, moviendo ligeramente la cabeza, con las dos manos apoyadas sobre una voluminosa cartera de mano. Finalmente, Valey dijo:

—Pero ¿por qué no hacerlo ahora?

—Esas Memorias contienen importantes revelaciones que podrían comprometer una paz ya muy precaria. De todos modos, dado que el Presidente desea que el mundo conozca el papel que desempeñó —así como el que desempeñaron otras personas— en materia de política internacional durante los últimos años, opina que una demora de diez años bastará para descebar la bomba que actualmente representan esas Memorias.

El intérprete sonrió.

—El Presidente sólo concede importancia al juicio de la posteridad.

—Comprendo —dijo Valey.

Estaba claro. El Presidente había sido zancadilleado y, desde hacía dos años, ajustaba sus cuentas redactando sus Memorias. Y unas Memorias de un hombre de Estado son siempre peligrosas. Sobre todo si el que las redacta ha decidido hablar claro. En resumen, el Presidente venía a depositar una bomba de efecto retardado en una caja fuerte. Pero ¿esperaría diez años para estallar?

Valey cruzó los dedos.

—Es una petición que se sale de lo corriente. Normalmente, alquilamos las cajas y preferimos ignorar lo que el cliente puede hacer con su contenido.

El intérprete tradujo sus palabras y el Presidente hizo un leve gesto de impaciencia. Pronunció algunas palabras en tono cortante y el intérprete inclinó la cabeza antes de decir:

—El Presidente comprende sus vacilaciones y se propone indemnizarle.

—No se trata de eso...

—Entonces, piense que dentro de diez años la publicación de ese manuscrito representará una fortuna.

—¿Por qué habrían de corresponderme los derechos?

El intérprete sonrió.

—Es una garantía para el Presidente. Hemos tomado nuestras precauciones, pero siempre es posible una fuga. Y cierto número de personas darían cualquier cosa por hacerse con esas Memorias en estos momentos.

Valey se irguió ligeramente y replicó en tono frío:

—No necesitaba eso para velar por los intereses del Presidente.

—A él le interesa también que esas Memorias sean publicadas a su debido tiempo. Sería una lástima olvidarlas en el fondo de una caja fuerte.

El Presidente se impacientaba cada vez más. Sus gruesos dedos tamborileaban en el cuero de su cartera de mano. Le dijo unas palabras al intérprete.

—El Presidente dispone de muy poco tiempo y desearía obtener una respuesta rápida.

Después de todo, en diez años podían pasar muchas cosas. Valey inclinó la cabeza.

—De acuerdo. Aceptamos ese depósito. Vamos a cumplir con las formalidades de rigor.

—El Presidente le da las gracias. Insiste en que todo esto permanezca confidencial, incluso en el seno de su banco.

—Me ocuparé personalmente de los detalles. François, ¿quieres ir a buscar el registro de las cajas fuertes?

El joven inclinó la cabeza y salió del despacho. El intérprete dijo:

—Irá usted solo con el Presidente hasta la sala de las cajas fuertes. Incluso nosotros debemos ignorar el número de la caja en cuestión.

François Valey regresó unos instantes después, y su tío se puso en pie. Dirigiéndose al Presidente, dijo:

—¿Tiene usted la bondad de seguirme?

El intérprete hizo la traducción y los dos hombres salieron. François Valey se instaló en un sillón después de haber ofrecido un cigarrillo a los dos acompañantes, los cuales rechazaron la invitación.

Valey y el Presidente regresaron un cuarto de hora más tarde, aproximadamente. El Presidente seguía portando su cartera de mano, que había recuperado su volumen normal. Le dijo unas palabras al intérprete, el cual se puso en pie.

—El Presidente desea dejar liquidado ahora mismo el alquiler de los diez años.

Valey inclinó la cabeza, se sentó en su escritorio, hizo un rápido cálculo y tendió una ficha al intérprete. Éste la leyó y sacó una cartera de su bolsillo. Sonrió.

—¿Le importa que le paguemos en dólares?

Dejó el dinero sobre la mesa y contempló a Valey mientras lo contaba.

—Perfecto —dijo el banquero.

Se puso en pie y dio la vuelta a su escritorio.

—Dígale al Presidente que su visita me ha llenado de satisfacción.

Efectuada la traducción, el intérprete respondió:

—El Presidente le agradece su comprensión. Le ruega que no olvide la fecha del 10 de septiembre de 1976.

—Salvo imprevistos, estaré en este despacho. En caso contrario, mi sucesor habrá recibido las órdenes pertinentes.

El Presidente tendió la mano a Valey y se la estrechó calurosamente. Luego le tocó la vez al intérprete, y finalmente al tercer hombre, que evidentemente era un guardaespaldas.

Valey acompañó al trío hasta la puerta y les contempló mientras se alejaban, guiados por el ujier. Luego volvió a sentarse y miró a su sobrino.

—Bueno, ¿qué opinas de esto?

—Que en un banco suceden las cosas más raras. De todos modos, usted no arriesga nada. Ha pagado por anticipado, y dentro de diez años todo el mundo se encogerá de hombros ante esas famosas Memorias. El mundo tiene la memoria muy corta.

Valey encendió un cigarro provisto de una boquilla de plástico.

—El éxito sería más seguro si se publicaran ahora.

—Opino que el Presidente no viviría mucho en ese caso.

—Yo no creo que tema por su vida. Al apartarle del poder, le desposeyeron de su razón de ser. Y, mira, no me sorprendería enterarme, en las próximas semanas, de su muerte tan repentina como brutal.

—Hay precedentes.

—Sí... En materia de política, los hombres carecen de imaginación. Diríase que las reglas del juego son inmutables.

François Valey se puso en pie y fue a aplastar la colilla de su cigarrillo en un cenicero.

—Hay algo que no comprendo... Si piensa morir en fecha próxima, ¿por qué no ha escogido el momento de su muerte para la publicación de esas Memorias?

—Creo saber por qué. No pretende vengarse, sino restablecer la verdad... es decir, su verdad. En resumen, al esperar diez años, reacciona como un hombre de Estado y no como un político amargado.

Soñador, Valey contempló la punta de su cigarro.

—A pesar de todo, continúa siendo «alguien».

* * *

El 11 de septiembre de 1966, en un despacho de un inmueble oficial de Moscú, un coronel examinaba un expediente con aire preocupado. Lo estudió cuidadosamente, volvió a cerrarlo y pulsó un timbre. Casi inmediatamente entró un centinela.

—Vaya a buscar a Lipovsky.

Poco después, Lipovsky se presentó en el despacho.

—Siéntese —le dijo el coronel—. Acabo de leer el último informe. No es demasiado brillante.

—Esa desaparición era completamente imprevisible, mi coronel.

—Le pagan para que prevea lo imprevisible —replicó secamente el coronel.

Lipovsky se encogió de hombros.

—Desde hace dos años, no se movía, sólo salía de casa para efectuar cortos paseos a pie. Esta mañana, salió como los otros días en compañía de su secretario. No me informaron de su desaparición hasta el mediodía. Era ya demasiado tarde. El tiempo de pedir instrucciones y de dar la alarma, y se había hecho invisible.

—Lo sé, lo sé. Estaciones y aeródromos han sido vigilados demasiado tarde. En caso de urgencia, tenía usted todos los poderes para actuar directamente. Sabe muy bien que la administración nos paraliza.

—Yo no represento gran cosa —dijo Lipovsky—, pero si cometo un error, no seré absolutamente nada.

—¿Cree usted encontrarse ahora en una posición más cómoda?

Lipovsky enrojeció, sin decir nada. El coronel se inclinó bruscamente.

—¿Y yo? ¿Cree que mi situación es mejor? ¿Cree que en el Kremlin me han cubierto de flores? A propósito, ¿y los hombres que estaban allí de vigilancia? ¿No saben nada? ¿No vieron nada?

—No, nada. Yo mismo efectué la investigación sobre el terreno. Nadie ha visto nada. Pero eso no significa gran cosa, puesto que el Presidente era muy popular allí. Sólo he podido saber que un automóvil, un Zil, había salido en dirección a Moscú poco después de la hora de salida del Presidente. La investigación ha sido infructuosa.

El coronel golpeó su escritorio con el puño.

—¡Narices! Un hombre cuya cara es tan conocida no puede desaparecer así. Hay que encontrarle, Lipovsky, hay que encontrarle. ¿Comprende?

Sonó el teléfono y el coronel descolgó el receptor. Escuchó un instante y luego tendió el aparato a Lipovsky.

—Es para usted.

Lipovsky escuchó a su vez.

—Sí... Yo mismo... ¿Cómo?... ¿Dónde?... ¿Está seguro?... No, no le retenga más... Deje que se marche, y sígale... ¡Y le aconsejo que no le pierda de vista! Sí, espero aquí.

Colgó el receptor y miró al coronel.

—Le han encontrado —dijo, con un suspiro de alivio.

—¿Dónde?

—Uno de nuestros hombres le ha reconocido en el aeropuerto.

—¿En el aeropuerto? ¿Quería marcharse?

—No. *Regresaba*.

—¿Qué? ¿De dónde regresaba?

—Llegó en el avión procedente de Varsovia. Tiene un pasaporte en regla a nombre de Ourmanky. Nuestro hombre se las ha arreglado con la aduana para retenerle a fin de telefoneamos.

—¿Está solo?

—Sí. Ahora le siguen y nos tendrán al corriente.

El coronel hojeó el expediente.

—Varsovia... Me pregunto qué habrá ido a hacer allí. Me sorprendería que nos lo dijera y, sin embargo, es preciso que lo sepamos. ¿Y su secretario? ¿Dónde está su secretario? ¿Está usted seguro de que viajaba solo?

—Eso es lo que me han dicho.

—Procúrese la lista de los viajeros del avión. Vamos a estudiarla cuidadosamente.

Lipovsky hizo un gesto de asentimiento y se puso en pie.

—Voy a ocuparme de ello inmediatamente.

Cuando su subordinado hubo salido, el coronel descolgó su teléfono y marcó un número que le ponía en comunicación directa con el Kremlin. Se dio a conocer, obtuvo en seguida su corresponsal.

—Le hemos encontrado, Serge.

—¿Dónde está?

—Aquí, en Moscú.

—Muy bien. Tenemos que saber, hora por hora, lo que ha hecho durante estos dos últimos días.

—No será tan sencillo...

—¿Por qué?

—Regresaba de Varsovia.

Al otro extremo del hilo se produjo un silencio.

—¿Varsovia, dices? ¿Cómo ha podido...?

—Ha viajado con un pasaporte falso. Uno de mis hombres le ha identificado en el aeropuerto.

—Hay que saber a toda costa lo que ha ido a hacer allí. Es aún demasiado popular para que corramos el menor riesgo.

—Me estoy ocupando ya de eso.

—Muy bien. No dejes de tenerme al corriente. Hora a hora, en caso necesario.

El coronel colgó. Ahora, lo único que podía hacer era esperar.

* * *

Una hora más tarde hubo noticias: el Presidente había regresado a su casa, sencillamente.

Capítulo II

—Aquí está —dijo Lipovsky—. Después de examinar la lista, he descubierto algo... Su secretario viajaba también con él.

—Bajo un nombre falso, supongo...

—Desde luego.

—¿Dónde está ahora?

—Allá abajo. Llegó dos horas más tarde.

—Bueno, no perdamos tiempo. Puesto que no podemos atacar al propio Presidente, ataquemos por el flanco.

—¿Embarcamos al secretario?

—Sí. Pero sin hacer ruido. No quiero la menor publicidad. Deténgale discretamente y tráigale aquí. Yo me encargo del resto.

—No habrá dificultades. El secretario vive solo en una casa contigua. ¿Ahora mismo?

—Desde luego.

Lipovsky se irguió. Saludó con la cabeza y salió. Antes de bajar al patio del inmueble, donde le aguardaba un Zil negro, avisó a uno de sus hombres para que le acompañara.

El Presidente pasaba su retirada forzosa en un pueblo situado a media hora de Moscú. Vivía en una cómoda casa, en compañía de su esposa.

El secretario, por su parte, se albergaba en una casita en un extremo del pueblo. Él, que había vivido siempre a la sombra del Presidente, siguiéndole en todos sus desplazamientos, podía ahora meditar en paz sobre la fragilidad del poder en este bajo mundo.

Al principio, unos agentes del gobierno le habían propuesto en vano convertirse en su oído cerca de su patrón. Se había negado con altanería, y ahora le dejaban en paz.

Al día siguiente del regreso de su viaje clandestino, la vida reemprendió su curso normal. El Presidente efectuó su pequeño paseo matinal como de costumbre, y luego regresó en compañía de su secretario para contestar algunas cartas.

A mediodía almorzaron juntos, y luego el Presidente fue a dormir una breve siesta. El secretario regresó a su casa.

Un cuarto de hora después de su llegada, Lipovsky detuvo su automóvil delante de la puerta. Sin duda cometió una equivocación al cerrar la portezuela de golpe.

El secretario, que se encontraba en su habitación, oyó el ruido y se acercó a la ventana. Levantó ligeramente el visillo y vio a los dos hombres que empujaban la puerta del minúsculo jardín.

Lipovsky subió los dos peldaños del porche, llamó. Su compañero se mantuvo en un discreto segundo plano. El secretario abrió la ventana, se asomó.

—¿Qué desean?

—¿El señor Kovel?

—Soy yo.

—Quisiéramos hablar con usted.

—¿Acerca de qué?

—Se trata de un asunto personal.

—Muy bien —dijo Kovel—. En seguida bajo.

Cerró cuidadosamente la ventana, abrió el cajón de una cómoda, sacó de él una automática y se la metió en el bolsillo.

Dando la espalda a la puerta de entrada, se dirigió a la cocina. Abrió la ventana sin hacer ruido y saltó al exterior, sobre la tierra húmeda. Una pequeña empalizada de madera le separaba del jardín vecino. La cruzó, echó a correr y abrió una puerta de hierro que daba a un callejón contiguo. Dado que era un hombre sin ilusiones, que había previsto aquel momento, guardaba su automóvil, un viejo Pobiéda, al final de aquel callejón.

Subió al vehículo en el momento en que Lipovsky, cansado de esperar, abría la puerta de la casa después de haberle dicho a su colega:

—Da la vuelta.

Supo inmediatamente que Kovel había desaparecido. Su compañero regresó diciendo:

—Ha huido por la parte de atrás.

—¡Hay que alcanzarle! ¡Rápido!

Corrieron hacia su automóvil. Lipovsky enfiló la carretera que conducía a Moscú, diciendo:

—Es el mejor lugar donde ocultarse. Y con un poco de suerte, teniendo en cuenta que su coche es un viejo Pobiéda, podemos alcanzarle antes de llegar a Moscú.

A pesar de todo, tardaron una docena de minutos en percibir el automóvil de Kovel. Lipovsky se acercó, identificó la matrícula.

—Es él —dijo—. Está listo.

El Zil, más potente, ganaba terreno poco a poco. Cuando estuvo a una veintena de metros, Kovel reconoció a los dos hombres en el retrovisor. Hundió el pie en el acelerador, sin gran resultado. Sus perseguidores acortaban distancias metro a metro.

En los suburbios de la capital, la circulación era más densa y, gracias a un par de arriesgados adelantamientos, Kovel consiguió ganar un poco de terreno. Pero el Zil no tardó en reaparecer.

Kovel conducía ahora como un suicida, rozando camiones, exponiéndose a estrellarse en cualquier momento.

—Está loco —dijo Lipovsky—. Va a saltar por los aires.

Sin embargo, continuó la caza, conduciendo también él de un modo espectacular, adelantando a todos los vehículos para no perder contacto con el Pobiéda.

Kovel, con el rostro empapado en sudor y las manos húmedas, buscaba en vano una salida. Sabía perfectamente lo que sucedería si el otro le daba alcance. Le obligaría a detenerse, y...

El Zil aumentó bruscamente de tamaño en el retrovisor. Era ya cuestión de segundos. Kovel sacó su automática. Perdido por perdido...

Y, en el preciso instante en que iba a renunciar, a detenerse, entrevió la solución. O, mejor dicho, una *posible* solución. Aminoró la velocidad y el Zil se acercó un poco más. No tardó en encontrarse a media docena de metros detrás de él. Veía perfectamente el rostro del hombre que iba al volante. Sonreía ligeramente, haciendo funcionar su claxon como si pidiera paso.

Kovel volvió a acelerar, adelantó a dos o tres camiones con el Zil a su zaga. Los dos vehículos parecían unidos por un hilo invisible.

Por dos o tres veces, Lipovsky trató de adelantarle, pero Kovel le negó el paso, mientras le vigilaba por el retrovisor. Ahora, Lipovsky había convertido aquella persecución en un asunto personal.

Se presentó una pequeña cuesta. Casi en la cumbre, un camión ascendía trabajosamente. Kovel dio todo el gas y ganó algunos metros. El Zil reapareció inmediatamente. Pero Kovel había tenido tiempo de ver otro camión que llegaba en dirección contraria. Resultaba imposible adelantar. Sin embargo, encendió su intermitente, como si se dispusiera a hacerlo. Detrás, el Zil casi le tocaba. Su conductor debía contar con la bajada de la cuesta para doblar al Pobiéda.

Al llegar a lo alto de la pendiente, Kovel frenó bruscamente y se colocó detrás del camión.

Sorprendido por la maniobra, Lipovsky, que no había visto el otro camión tapado por el Pobiéda, aceleró en vez de frenar a fin de adelantar a Kovel. Vio demasiado tarde la imponente masa que se le echaba encima. Intentó pasar, no obstante, y casi lo consiguió.

Rozó al camión que acababa de adelantar con la aleta trasera y empezó a zigzaguear, para terminar desviándose al otro lado de la carretera, con las dos ruedas en la cuneta.

Kovel llegó a su altura. Vio que Lipovsky abría la portezuela y hacía unos expresivos gestos, mientras el camión averiado se detenía. Kovel aceleró.

Aquello no significaba más que un breve respiro, y Kovel lo sabía. Conocía demasiado bien el poder de los hombres de la policía política.

Disminuyó la velocidad para cruzar los barrios nuevos de los suburbios de Moscú, y abandonó su automóvil al acercarse al centro de la ciudad. Consultó su reloj. Eran las cuatro de la tarde: la hora menos favorable del día para encontrar a alguien.

Preguntó por la oficina de correos más próxima y se dirigió hacia allí. Llamó a uno de sus primos, pero había salido de viaje. En otros tiempos, en la época gloriosa del Presidente, tenía numerosos amigos. Pero, ahora, ¿cuántos de ellos eran de fiar? ¿Cuántos aceptarían el riesgo de ocultarle?

Finalmente, llegó a la conclusión de que sólo podía pedirle aquel favor a Dimitri Kissov. Pero Kissov no estaba en su casa, sino trabajando en su despacho del ministerio. En la imposibilidad de ir a verle allí, Kovel debía esperar hasta las seis.

La calle seguía siendo el mejor refugio. Kovel se dedicó a pasear, dio una vuelta por un parque y, a las seis y diez, fue a telefonar.

Kissov había regresado. Atendió en persona a la llamada.

—Kovel al aparato.

—¿Kovel? ¿Dónde estás?

—Aquí, en Moscú. Tengo una necesidad absoluta de verte.

—¿Ahora? Imposible.

—Es muy urgente, Dimitri.

—Te repito que no puede ser. Es inútil que insistas.

Kovel conocía muy bien a su amigo Kissov y el tono que utilizaba no era el habitual en él.

—¿Y si voy a tu casa?

—No me encontrarás.

—¿Mañana, entonces?

Se produjo un breve silencio. Luego, Kissov gritó súbitamente:

—¡Cuelga ya, imbécil! ¡Cuelga de una vez!

Kovel comprendió. Los otros no habían perdido el tiempo y habían visitado ya a sus amigos. Colgó el receptor y permaneció unos instantes apoyado en la pared. Estaba atrapado.

Volvió a encontrarse en la calle con el estómago dolorido por el creciente temor, sobresaltándose cuando un coche frenaba bruscamente cerca de él, evitando los cruces controlados por los agentes de tráfico.

No tardaría en anochecer y las calles se despoblarían. Los hoteles y los establecimientos públicos le estarían prohibidos, las estaciones vigiladas. Luego llegaría la hora de las patrullas, de los vehículos rodando al paso por las calles desiertas. Entonces tendría que entregarse a un imposible juego del escondite, sin comer, sin dormir.

Cuestión de horas, una simple cuestión de horas. Al día siguiente, los periódicos publicarían su fotografía y aquello sería el fin.

Encendió un cigarrillo, se detuvo en la entrada de una amplia avenida. La remontó sin prisa, con las manos en los bolsillos. Bruscamente, se detuvo. La solución se encontraba allí, delante de él. No demasiado satisfactoria, a decir verdad, pero teniendo en cuenta lo que le esperaba...

Y Kovel penetró en la embajada de Francia. Hablaba francés, puesto que había servido de intérprete al Presidente en Suiza, de modo que pudo explicarse fácilmente.

Lo difícil era hacer admitir su punto de vista. Cuando solicitó ver al embajador, le sonrieron cortésmente y le aconsejaron que presentara una petición de audiencia. El primer secretario parecía igualmente inaccesible. Finalmente, furioso, Kovel dijo:

—Solicito beneficiarme del asilo político.

En las embajadas no suelen negarlo al que lo merece. En consecuencia, le rogaron a Kovel que esperase, lo cual hizo durante casi dos horas.

Eran cerca de las nueve cuando le introdujeron en un pequeño despacho ocupado por un hombre de unos cuarenta años, con más aspecto de militar que de diplomático.

—Siéntese, señor...

—¿Tiene usted inconveniente en que no le diga mi nombre?

Luego, inclinándose, cogió una hoja de papel y escribió en ella:

Temo los micrófonos.

El francés leyó el papel y lo arrugó, sonriendo.

—Tranquilícese, esta habitación ha sido librada de todo oído indiscreto.

—Me llamo Kovel. Nicolás Kovel. No creo que mi nombre le resulte conocido, pero el de mi patrón le dirá algo.

Citó el nombre del Presidente y un brillo de interés se encendió en la mirada del francés.

—¿Por qué solicita usted asilo político?

—Porque me buscan.

—¿Quién?

—La policía política.

—¿Y el Presidente?

—No se atreverán a molestarle. Es aún demasiado popular.

—No acabo de entenderlo. Su patrón fue retirado de la circulación hace aproximadamente un par de años, ¿no es cierto?

—Sí. Y yo le seguí en su retirada.

—¿Y hasta hoy no han querido detenerle?

Kovel inclinó la cabeza. El francés inquirió suavemente:

—¿Por qué?

Kovel le miró.

—¿Me conceden ustedes el asilo político?

—Es un problema delicado... Desde luego, deseo creerle, pero ¿quién me demuestra que la policía no le busca por otro motivo? ¿Un delito común, por ejemplo? Estamos en buenas relaciones con las autoridades soviéticas, y no queremos...

—Nadie sabe que estoy aquí.

—Eso no significa nada —sonrió el francés—. Esta clase de cosas terminan siempre por saberse.

—Comprendo. Concédame veinticuatro horas... Tal vez los periódicos hablen mañana de mi caso.

El francés encendió un cigarrillo.

—¿No cree que sería más sencillo que me dijera por qué le buscan?

Kovel vaciló.

—El Presidente y yo —dijo finalmente— hemos escapado de su vigilancia durante cuarenta y ocho horas, y quieren saber adónde hemos ido.

—¿Y adónde han ido ustedes?

Kovel permaneció silencioso. El francés se puso en pie, dio algunos pasos por el despacho. Acercándose a Kovel, se detuvo delante de él apoyando las manos en el escritorio.

—Temo que no podré concederle lo que solicita.

—¿Es decir...?

—Tendrá que abandonar la embajada.

—¿Esta noche?

—Esta noche.

El francés volvió a sentarse. Miró a Kovel. Éste se mordía las uñas. Bruscamente, dijo:

—¿Y si tuviera algo que venderle?

—¿Qué?

—Lo que busca la policía. Créame, pagaría un buen precio por la información.

El francés reflexionó unos instantes.

—Supongamos que acepto... ¿No pensará usted pasarse la vida aquí?

—Creo que a ustedes les resultaría fácil enviarme a Francia.

Por primera vez, sonrió y añadió:

—Por otra parte, sólo les daría la segunda parte de la información cuando llegara allí.

—Muy bien... Vamos con la primera.

Kovel hizo un gesto afirmativo.

—Desde hace un año, el Presidente redactaba sus Memorias. Las terminó hace quince días, aproximadamente. Sólo existe un ejemplar del manuscrito, de puño y letra del Presidente. Decepcionado al verse alejado del poder, decidió decir toda la verdad. Lo mismo en el terreno de la política interior que en el de la exterior.

—¿Le ayudó usted?

—En pequeñas cuestiones de detalle. Fechas, nombres, por ejemplo.

—Pero ¿ha leído usted el manuscrito?

—No. El Presidente se opuso.

—¿Por qué?

—Porque desconfiaba, y no quería que lo que había escrito se difundiera antes de diez años.

—¿Es tan... explosivo?

—Creo que sí.

—Y, una vez llegado a París, ¿nos revelaría usted el lugar donde se encuentran esas Memorias?

—Exactamente.

El francés se puso en pie, aplastó su colilla en un cenicero. Dijo:

—Personalmente, no puedo tomar una decisión definitiva. Mientras efectúo las pertinentes consultas, puede permanecer aquí.

Kovel suspiró, aliviado. Estaba salvado. Al menos, de momento.

Capítulo III

El coronel se puso en pie para cerrar la ventana. Fuera, había oscurecido hacía mucho tiempo. El coronel cerró los postigos y fue a apoyarse en su escritorio.

En el sillón, enfrente, Lipovsky contemplaba fijamente un ángulo del techo.

—¿Y bien? —inquirió el coronel.

—Mañana tendrá hambre.

—¡Mañana, mañana! Mañana, a la luz del día, le resultará mucho más fácil escapar de un control.

—Si se publica su fotografía...

—Ni hablar de ello, ya se lo he dicho. El gobierno exige que no se haga la menor publicidad alrededor de este asunto. Está claro, ¿no?

En aquel momento llamaron a la puerta y entró un centinela. Llevaba un papel en la mano.

—Un informe de Varsovia, mi coronel. Acaba de llegar.

El coronel se apoderó de la cuartilla y la leyó atentamente antes de tirarla sobre su escritorio. Se volvió hacia Lipovsky.

—Había pedido que me mantuvieran al corriente día y noche. En cierto sentido, tiene usted suerte...

—¿Por qué? ¿Está Kovel allí?

—No, pero poseemos un nuevo elemento.

Fue a sentarse, se acodó a la mesa y continuó:

—Una sola y misma persona sacó los billetes de Kovel y del Presidente. Pero no sacó dos, sino tres.

—Por lo tanto, había alguien más con ellos...

—Parece lógico, ¿no? Sólo tenemos que volver a revisar las listas y localizar ese desconocido. Con un poco de suerte, podremos atraparlo antes de que le pongan sobre aviso.

Lipovsky se puso en pie, diciendo:

—Voy a buscar el expediente.

Regresó unos instantes después con la lista en cuestión. Utilizando los resultados de la investigación preliminar que había sido efectuada sobre los pasajeros del avión, les quedaron tres nombres.

El coronel descolgó su teléfono y la máquina volvió a ponerse en marcha. Sólo había que esperar. Las patrullas de policía barrían las calles de la ciudad y registraban todos los establecimientos susceptibles de dar asilo a Kovel. Además, sus amigos y su familia estaban estrechamente vigilados.

El nombre del tercer viajero les llegó hacia las cuatro de la mañana. Se llamaba Ogareff, había viajado bajo su verdadera identidad y se había ausentado efectivamente por espacio de dos días. Ahora trabajaba en la sección de compras de una cooperativa, pero su ficha señalaba que en otra época había sido guardaespaldas del Presidente destituido.

El coronel se puso en pie.

—Esta vez, no vamos a correr ningún riesgo. Iremos a por él juntos.

* * *

Ogareff vivía en un pequeño apartamento, en una urbanización de las afueras de Moscú. Antes de partir, el coronel había pedido a la policía local que vigilara el inmueble, aislándolo.

Al llegar, el coronel estableció contacto con el jefe de la patrulla. No había ninguna novedad. El coronel hizo una seña a Lipovsky para que le siguiera. Subieron al cuarto piso, llamaron.

Unos segundos de espera, unos pasos, luego una voz soñolienta preguntó:

—¿Quién es?

—Vengo de parte de Kovel —murmuró el coronel.

La puerta se abrió. Inmediatamente, Lipovsky pegó el cañón de una automática al estómago de Ogareff, diciendo:

—Levante las manos, Ogareff.

—¿Qué quieren ustedes de mí?

El coronel sacó un carnet de su bolsillo y lo mostró a Ogareff, el cual palideció.

—¿Qué es lo que he hecho?

—Se lo dirán cuando hayamos llegado. Vamos.

—¿Así?

Señalaba su pijama. Lipovsky le hundió el arma en los riñones y dijo, en tono sarcástico:

—No vamos a una fiesta mundana, camarada...

Desde hacía tres días, iba de fracaso en fracaso; ahora que, finalmente, tenía algo positivo en las manos, experimentaba un furioso deseo de vengarse. Cogió el brazo de Ogareff sin la menor suavidad y sacó al hombre al rellano.

—Vamos, baje.

El otro obedeció, pensando en las tranquilizadoras afirmaciones de Kovel. Un viaje sin riesgos, ¿eh? Ahora, se encontraba entre las zarpas de la policía política. Y, por haberla frecuentado, sabía perfectamente de lo que era capaz.

Una hora más tarde se encontraba en un despacho sin ventanas y el interrogatorio empezó.

—Se ha ausentado usted de su trabajo durante dos días.

—Estaba enfermo.

—Mentira, no estuvo en su casa.

—Me marché al campo.

—¿A qué sitio?

—No lo sé. Viajé al azar, hacia el Oeste.

—Habrá dormido en alguna parte, rellenado una ficha...

—No me pidieron nada.

—¡Miente! Le vieron bajar del avión procedente de Varsovia. Estaba usted inscrito en la lista de pasajeros.

Ogareff permaneció silencioso unos instantes y el primer golpe cayó. Ogareff no se hacía ilusiones: a aquel primero seguirían otros. Mucho más por cuanto estaban demasiado bien informados para negarlo todo a rajatabla.

—Sí, fui a Varsovia.

—Muy bien. ¿Qué fue a hacer allí?

—A ver a una amiga.

—¿Qué clase de amiga?

—Una chica polaca a la cual conocí en Moscú, hace unos meses.

—¿Su nombre?

Silencio.

—¿Su nombre?

Esta vez, le golpearon por detrás. Ogareff encajaba bien, no temía los golpes. Lo que le fastidiaba era no poder devolverlos.

—¿Viajó usted solo?

—Desde luego.

—¿Incluso al regreso?

—Sí.

—¿No encontró a ningún conocido en el avión?

—No, a nadie.

—Miente usted, Ogareff. O no es buen fisonomista, lo cual sería incompatible con su antiguo oficio. ¿Recuerda su antiguo oficio? Guardaespaldas. ¿Y a su último patrón? ¿Debo recordarle su nombre?

Ogareff permaneció silencioso. El coronel le cogió por las solapas del pijama, se inclinó.

—¡Iba en el mismo avión, Ogareff, en el mismo avión!

—No es cierto: le hubiera reconocido.

—Sí, ¿eh? Viajaba bajo el nombre de Ourmansky, y le acompañaba su secretario. Y, para disipar todo equívoco, concretaré que usted se encargó de sacar los billetes. Un error, Ogareff, su único error; de otro modo, nadie hubiera pensado en usted. Al menos, no con tanta rapidez... Bueno, ¿está dispuesto a hablar, o prefiere hacer durar la fiesta?

Ogareff, con la cabeza inclinada, permaneció silencioso. El coronel le soltó. Volviéndose hacia Lipovsky, dijo:

—Ocúpese de él. Tiene que hablar.

* * *

Ogareff resistió tres horas al tratamiento especial. Se rindió alrededor de las ocho de la mañana.

Lipovsky, borracho de fatiga, con el cuerpo magullado por el accidente que había sufrido en la carretera, fue a encontrar al coronel en su despacho. Su jefe se estaba bebiendo una taza de café.

—¿Y bien?

—Listo. Y creo que hemos caído sobre algo gordo.

—Le escucho. ¿Un poco de café?

—Con mucho gusto...

Tomó la taza que le tendía el coronel, bebió unos sorbos.

—Viajaban los tres juntos, pero no regresaban de Varsovia. Varsovia no era más que una etapa.

—¿Adónde fueron?

—A Suiza.

—¿A Suiza? Para encontrarse con alguien, supongo...

—No. El Presidente sólo permaneció unas horas en Ginebra. Estuvo en un banco.

Con las cejas fruncidas, el coronel trataba de comprender.

—¿Y ha regresado? ¿Qué estuvo haciendo allí? ¿Abrir una cuenta? ¿Sacar dinero?

Lipovsky sacudió la cabeza. Encendió un cigarrillo, se inclinó, convencido del efecto que iban a causar sus palabras.

—Fue a depositar sus Memorias en una caja fuerte.

De momento, el coronel quedó decepcionado. Luego, bruscamente, comprendió el interés que podían ofrecer aquellas Memorias para muchas personas, lo mismo en la URSS que en el extranjero. El Presidente había tenido acceso a muchos secretos a lo largo de su vida política. Y le habían apartado del poder. Aquellas Memorias podían hacer temblar a más de uno. Lipovsky continuó:

—No hay más que un ejemplar, y si el Presidente ha adoptado semejantes precauciones, puede suponerse que su manuscrito contiene dinamita.

—Desde luego —asintió el coronel.

Descolgó su teléfono, marcó un número y esperó unos segundos.

—Allo. ¿Serge? Siento despertarte, pero has insistido en que te tenga al corriente día y noche...

—¿Alguna novedad?

—Sí, sabemos lo que ha ido a hacer.

—Te escucho.

—Ha depositado el manuscrito único de sus Memorias en un banco suizo.

Al otro extremo del hilo, Serge emitió un largo silbido.

—Fastidioso, realmente fastidioso. Hay que recuperar esas Memorias a toda costa.

—Desgraciadamente, ya conoces la reputación de los bancos suizos: el depósito de un cliente es sagrado.

—Lo sé, pero las revelaciones que pueden contener esas Memorias son demasiado peligrosas para que anden por ahí, aunque sea en el fondo de una caja fuerte de un banco suizo.

—No le veo solución al asunto, a no ser que se ejerza presión sobre el propio Presidente.

—Le conozco. Preferiré morir a ceder. Además, no podemos permitir que el asunto se divulgue.

—Espera... no cuelgues...

El coronel se volvió hacia Lipovsky.

—¿Conoce Ogareff el número de la caja fuerte?

—No. Sólo lo sabe el director del banco.

—¿No estaba con el Presidente?

—Sí. También se hallaban con él Kovel y el sobrino del director. Pero sólo este último acompañó al Presidente a la sala de las cajas fuertes.

El coronel inclinó la cabeza y volvió a acercar sus labios al micrófono.

—¿Allo? Es lo que yo imaginaba: sólo el Presidente podría hablar. Tal vez convendría solicitar la opinión del Consejo...

—Ni pensarlo. Si hablo de este asunto, se extenderá el pánico y mañana el mundo entero sabrá que esas malditas Memorias están en Suiza. Y lo que nosotros no podemos obtener, tal vez lo consigan otros... La publicación de esas Memorias en el extranjero produciría un pésimo efecto. ¡Ese viejo cerdo nos ha metido en un berenjenal! En resumen, ¿sólo puede ir a retirarlas el Presidente?

—Exactamente.

—Sin embargo, nunca obtendremos eso de él.

—¿Un sosias?

—Tendría que ser también amnésico para haber olvidado el número de la caja. Es posible que incluso posea una llave... Sin hablar de la firma... No, es demasiado problemático, y pondría en guardia al banco.

Se produjo un breve silencio. Luego, Serge continuó:

—De hecho, sólo veo una salida. Actualmente, el Presidente puede disponer de sus bienes, pero después... Supongamos que le ocurre algo. A su edad, no tendría nada de extraño. ¿Quién le heredará? Su familia, desde luego. Sería completamente normal que su viuda quisiera recuperar ese último recuerdo suyo, ¿no?

El coronel miraba a Lipovsky sin verle. Para que Serge, con el cargo que ocupaba en el gobierno, asumiera semejante riesgo, era preciso que temiera personalmente las revelaciones del Presidente.

—Desde luego —dijo el coronel, en tono maquinal.

—Concedámonos unas horas para reflexionar. De todos modos, no es necesario que el asunto se divulgue, de momento. Que quede entre nosotros. Aún en el caso de que debamos llegar más lejos... Si hay alguna novedad, llámame, si no, te llamaré yo por la mañana.

—De acuerdo.

El coronel colgó. A pesar de la moratoria, sabía perfectamente que el Presidente estaba condenado.

* * *

En realidad, el mundo se enteró de la noticia tres días después. El Presidente acababa de sucumbir a un infarto, a pesar de los cuidados de los más eminentes cardiólogos llamados a su cabecera. El Presidente surgió del olvido momentáneo en que le habían sumido las vicisitudes de la política. Los

periódicos le dedicaron largos artículos, lo mismo en la URSS que en el extranjero. Las cadenas de televisión pasaron un montaje filmado de los grandes momentos de su carrera, desde la revolución del 17 hasta sus últimas elevadas funciones.

Tuvo derecho a unas honras fúnebres nacionales y a los honores militares. Se evocó por última vez la gran figura política que había sido, se recordaron sus constantes esfuerzos para mantener a Rusia en la paz, y se omitió el hablar de los errores que le habían apartado del poder.

Luego, se le olvidó.

Capítulo IV

El 20 de septiembre de 1966, un automóvil de la embajada soviética en Ginebra se detuvo delante de la sede del Crèdit Vaudois. Un hombre se apeó de él y fue a abrir la portezuela trasera para ayudar a bajar a una mujer de edad avanzada. La mujer iba completamente vestida de negro.

Los dos penetraron en el interior del banco, mientras el chófer iba a aparcar el vehículo cerca de allí. El hombre servía de intérprete a la mujer. Escribió un nombre en la ficha que entregó al ujier.

Unos instantes más tarde, el director, Emile Valey, hacía saber que esperaba a sus dos visitantes. Éstos siguieron al ujier hasta el despacho de Valey.

El director señaló unos asientos y dijo:

—¿En qué puedo servirles?

El hombre cruzó las piernas, sonrió y dijo con voz amable:

—La señora es la viuda de uno de sus clientes...

—Es posible —dijo prudentemente Valey.

—Posible y cierto. El... Presidente, llamémosle así, confió a su esposa, antes de morir, que había efectuado un depósito en una caja fuerte de su banco, y le encargó que lo recuperase después de su muerte.

—No he recibido ninguna instrucción en ese sentido.

—Naturalmente. La muerte del Presidente fue tan repentina... Pero su esposa hereda todos sus bienes. Por lo tanto...

Al ver que Valey permanecía silencioso, el desconocido añadió:

—Para disipar sus escrúpulos, puedo concretarle que el depósito en cuestión es un manuscrito de las Memorias del Presidente. Además, pertenezco a la embajada soviética en Ginebra, cosa que puede comprobar fácilmente.

—No lo dudo —dijo Valey—. Por desgracia, no puedo atender su deseo.

La sonrisa del otro perdió unos cuantos voltios.

—Sin embargo, el Presidente depositó el manuscrito en este banco...

—Puede ser. Un cliente alquila una caja fuerte y dispone libremente de ella.

—Por lo tanto, él alquiló una caja fuerte...

—La primera cualidad de un banquero es la discreción.

El pie del ruso empezó a marcar el compás. Sin embargo, hizo un esfuerzo para continuar mostrándose amable.

—Comprendo perfectamente su punto de vista. No obstante, creí que la familia de un difunto podía disponer libremente de sus bienes después de su muerte.

—Salvo voluntad contraria de su parte —sonrió Valey.

El ruso cogió la ocasión por los pelos.

—El Presidente, pues, le...

Pero el banquero le interrumpió inmediatamente.

—No he dicho nada semejante. Era una suposición de orden general.

Ahora, el ruso contemplaba las puntas de sus zapatos. Dijo:

—Es posible... repito, es posible que el Presidente haya dejado entre sus papeles un documento en ese sentido. Si ese documento existe, ¿puedo traérselo?

—No creo que sea útil.

—¿Por qué?

—Porque desconozco por completo ese asunto, mi querido señor.

El ruso se puso en pie con cierta precipitación y la mujer le imitó. Valey abandonó su asiento, se acercó.

—Lamento no haber podido atenderles.

—No tiene importancia. Siento haberle hecho perder su tiempo.

Se dirigieron hacia la puerta. Antes de salir del despacho, el ruso se volvió hacia Valey.

—Hay casos en que el interés particular debe ceder ante el interés general. Ciertos secretos políticos deben permanecer ignorados del gran público, y el que asumiera el riesgo de divulgarlos asumiría también una gran responsabilidad. ¿Me comprende?

Valey inclinó la cabeza.

—Perfectamente.

El ruso le tendió la mano.

—Encantado de haberle conocido.

El hombre y la mujer salieron y subieron a su automóvil. Rodaron unos instantes en silencio. Luego, el ruso se dirigió bruscamente a la mujer:

—No tenemos ninguna posibilidad por esa parte.

—¿Cree usted que de veras lo tiene?

—Estoy convencido de ello, pero esos malditos suizos son todos igual: el cliente es sagrado.

Sacó un cigarrillo, lo encendió y continuó:

—Si supiéramos lo que va a pasar con esas Memorias ahora que el Presidente ha muerto...

—¿Puedo serles útil en algo más?

El ruso sacudió la cabeza.

—No lo creo... Regresará usted a Moscú esta misma noche.

—¿Tal vez recibiré noticias dentro de algún tiempo?

—Lo dudo... Desde luego, si las recibiera, debe comunicárnoslas inmediatamente.

La mujer sonrió levemente.

—De todos modos, creo que ustedes lo sabrían antes que yo.

Llegaban a la embajada. El automóvil se detuvo y el ruso ayudó a apearse a la esposa del Presidente. Penetraron en el edificio. El ruso se inclinó delante de la mujer.

—Le doy las gracias por su colaboración, y por su comprensión.

—¿Acaso podía hacer otra cosa?

—Adiós, señora.

El ruso se alejó, subió al piso superior, entró en un despacho. Un hombre le esperaba, instalado en un sillón. Estaba fumando un cigarro, con los ojos semicerrados, las piernas extendidas, el aire completamente relajado. Sin moverse, dijo:

—No ha dado resultado, ¿eh?

—No —respondió el ruso, yendo a sentarse detrás del escritorio—. Tendrá que actuar usted, Malinine.

Malinine abrió un ojo. Era un personaje notable. Alto, delgado, muy moreno, con los cabellos muy negros, los pómulos altos y la mirada hundida de los cosacos. A pesar de su traje bien cortado y de sus gestos de persona educada, llevaba en él una especie de salvajismo reprimido, que a veces se adivinaba a través del brillo de su mirada o de su cruel sonrisa.

—¿Debo cortar a pedacitos al director del banco?

—De momento, es preferible pensar en medios menos... definitivos.

—¿Cree usted que bastará con pedirselo cortésmente para que hable?

—No pienso presionarle a él, precisamente.

—¿A quién, pues?

—A su sobrino.

Abrió un *dossier* que tenía delante y leyó:

—François Valey, nacido el 13 de marzo de 1938 en Ginebra, soltero. Actualmente sirve de secretario particular a su tío, después de haber trabajado algún tiempo en cada uno de los servicios del banco. Dentro de poco tiempo debe ocupar un puesto de director de agencia.

—Si es tan discreto como su tío...

—No lo creo —sonrió el ruso—. Es un fenómeno general, sobre todo entre los occidentales: las grandes tradiciones se pierden, y la generación actual no parece tener el mismo sentido de los valores.

—¿Medios de presión? —inquirió Malinine.

—François Valey sale mucho. Le gustan los coches deportivos, las salidas nocturnas y las muchachas guapas.

—En nuestra época, a eso no puede llamársele vicios. ¿No tiene usted nada más original? ¿O más sólido?

—Su amante actual se llama Marianne Dumont.

Malinine hizo una mueca.

—Poca cosa...

—Se dice que está muy enamorado de ella, mucho más por cuanto su familia no parece apreciar demasiado esa *liaison*, que en Ginebra conoce todo el mundo.

—¡Qué mundo! —suspiró Malinine—. ¿Qué hacen sus padres? Me refiero a Valey, desde luego.

—Han muerto. Su padre era también banquero. Valey ha sido educado con la idea de que un día se convertiría en banquero, y sigue la ruta normal. Sin embargo, la ficha indica que ése no parece ser el sueño de su vida. Además, ese joven aplastado por la personalidad de su tío y de su padre, tiene algunos complejos.

Malinine se desplazó para ir a aplastar su cigarro en un cenicero.

—Todo muy vulgar —murmuró.

Volvió a instalarse en el sillón y continuó:

—Suponiendo que la acción psicológica no dé resultado ¿hasta dónde llega mi libertad de acción?

—Hay que evitar toda publicidad, evidentemente, pero también hay que recuperar esas Memorias. A cualquier precio.

—Hablando de precio... ¿Tiene problemas monetarios el joven Valey?

—No lo creo.

—Muy bien. Sólo me queda trabar conocimiento con nuestro hombre.

* * *

Georges-Henri Costes se inclinó sobre su interfono.

—Envíeme a Claude Verdier.

Unos segundos más tarde la puerta se abrió y Paule Blain introdujo al joven. Costes le observó con mirada crítica. Verdier formaba parte del último contingente. Preparado para un tipo de misión muy concreta, tenía todo el aspecto de un joven de buena familia, muy moderno, que se vestía de acuerdo con los cánones de la Carnaby Street y estaba especializado en bailar el *jerk*. Sin embargo, la mirada era menos tierna y las hechuras de fantasía del traje ocultaban unos músculos potentes y bien entrenados.

—Siéntese —dijo Costes—. Sus fichas son más que satisfactorias, y su práctica está a la altura de sus conocimientos teóricos.

Verdier agradeció el elogio con un leve movimiento de la cabeza. Costes continuó:

—Por primera vez, va usted a salir solo para una misión de cierta importancia.

—¿Lejos?

—No, Ginebra. Voy a decirle en dos palabras de qué se trata... Hace unos días nos enteramos de que un importante personaje político soviético había depositado el manuscrito único de sus Memorias en una caja fuerte de un banco de Suiza. Para nosotros, el problema es simple: recuperar ese manuscrito. He estudiado el problema bajo sus diversos aspectos, lo cual me ha obligado a eliminar varias soluciones, tales como la de introducirse clandestinamente en el banco. Por lo tanto, hay que actuar por mediación de alguien del banco. Pero, sólo hay dos personas que puedan sernos útiles: el propio director del banco, y su sobrino. Hemos estudiado en primer lugar el caso del director, que es el único que sabe dónde se encuentra situada la caja fuerte. Por desgracia, es un ginebrino que responde a la más pura tradición, lo cual significa que es absolutamente incorruptible.

—Queda el sobrino.

Costes inclinó la cabeza, suspiró.

—Lo malo es que el sobrino ignora lo principal. Por lo tanto, existen dos dificultades esenciales: en primer lugar, la más delicada, decidir al sobrino a que coopere; y en segundo término, ayudarle a identificar la caja fuerte, a fin de que tengamos acceso a su contenido.

Verdier sacó un paquete de Winston, cogió un cigarrillo y lo encendió con un Dupont de oro.

—¿Y si el sobrino es tan incorruptible como su tío?

—Si así fuera —sonrió Costes—, hubiera escogido otro medio. En realidad, François Valey tiene la manga mucho más ancha que su tío. Sale mucho, tiene una amante que se llama Marianne Dumont y siente una debilidad especial por los coches deportivos.

Costes cogió una estilográfica, la hizo girar entre sus dedos y continuó:

—De momento, parece que tiene suficiente dinero para satisfacer sus necesidades.

Hizo una breve pausa, mirando a Verdier con los ojos semicubiertos por los párpados. Añadió:

—De momento... Pero, vaya usted a saber lo que puede ocurrirle a un joven de buena familia y muy orgulloso... Imagine que necesite bruscamente una suma muy elevada de dinero, y que no pueda pedírsela a su tío.

Volvió a dejar la pluma sobre el escritorio.

—Me han dicho que tiene usted cierta habilidad con las cartas...

Verdier sonrió.

—Creo que, efectivamente, podría ganarme muy bien la vida de ese modo.

—No es más que una sugerencia, pero vea lo que puede hacerse en ese sentido.

—De acuerdo. Pero, supongamos también que Valey no sea sensible a esa clase de distracción...

—En ese caso, a usted le corresponde encontrar su punto débil. De todos modos, permanezca en contacto conmigo y, si tiene la menor vacilación, es preferible que me ponga en antecedentes a que comprometa el éxito de la operación.

—¿Cuándo tengo que salir?

—Hoy mismo. Hemos abierto una cuenta a su nombre en el Crédit Vaudois. Es el banco de Valey. Nunca se sabe, el hecho de ser cliente puede resultarle útil. En el garaje del sótano le espera un automóvil. Es un Ferrari que hemos alquilado a precio de oro para esta operación. Trátelo con mucho cariño. Piense que tengo que justificar la nota de gastos.

—¿Por qué un Ferrari?

—Ya le he dicho que a Valey le vuelven loco los coches deportivos. Usted va a deslumbrarle con el suyo. Trate de excitar su amor propio. Hágale la rosca a su amiguita, póngale continuamente en estado de inferioridad y, cuando esté bien maduro, envuélvale de modo que no pueda negarle nada. Debo añadir que el autor de esas Memorias murió hace unos días.

Verdier se sobresaltó.

—Es...

Costes asintió.

—Sí... Comprenderá fácilmente la importancia que pueden tener esas Memorias.

Empujó una carpeta hacia el borde del escritorio.

—He aquí un pequeño *dossier* con algunas informaciones complementarias. Lo estudiará usted en el despacho de al lado, y se lo devolverá a mi secretaria.

Verdier se puso en pie para coger la carpeta. Costes añadió:

—Creo haberle dicho lo esencial. ¡Ah! Lo olvidaba... Es más que probable que nuestros amigos rusos se hayan puesto en movimiento. Me han señalado la presencia de la viuda del Presidente en Ginebra, hace dos días.

Se puso en pie, dio la vuelta al escritorio y tendió la mano a Verdier, diciendo:

—Es un detalle a tener en cuenta.

—No lo olvidaré —dijo Verdier.

Y no estaba lejos de creer que, de todos los detalles, aquél era el más importante.

Capítulo V

—¿No te estás poniendo demasiado guapa? —inquirió François Valey, mientras Marianne se arreglaba.

—¿Celoso, mi pequeño banquero? —murmuró la joven, mimosa.

—¡No me llames así, me horroriza!

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho, me importa un bledo el banco.

—Entonces, déjalo.

—Por desgracia, en mi familia no puede hacerse otra cosa.

—Las hay peores.

—Lo cual no impide que no me guste que me lo recuerden.

Volvió la cabeza y añadió, vacilando:

—Además, hay otra cosa...

—¿Qué?

—Cuando me dices eso, me hace el efecto de que soy un viejo que sólo es apreciado por su dinero.

Marianne se apretó contra él, susurrando:

—Estás loco, François. Te amaría igual aunque no tuvieras más que una chaqueta vieja por toda fortuna.

La joven retrocedió un par de pasos, sonrió de nuevo y añadió:

—Incluso hay días en que querría verte menos encorbatado.

Él le devolvió su sonrisa y respondió cariñosamente:

—Y a mí me gustaría no llevarte a cenar vestida de ese modo.

—Eres un burgués.

—¿Burgués, yo?

Marianne se echó a reír y François corrió detrás de ella, cogiéndola por los hombros.

—¡Retira lo que has dicho! ¡Retíralo inmediatamente!

—¡Tonto!

Se observaron un instante, rostro contra rostro. La mano de Marianne ascendió hasta la mejilla del joven, la acarició.

—Te quiero, mi pequeño banquero burgués. ¡Te quiero!

—Bueno, date prisa —dijo François, soltándola de mala gana—. Nos esperan en Nyon.

Marianne inclinó la cabeza, dejó de sonreír.

—¿Es absolutamente preciso que pasemos la velada con ese individuo?

—¿Por qué?

—No me gusta.

—Malinine es un hombre encantador.

—Eso es lo que él quiere que crean los demás. Pero sus ojos están cargados de maldad.

François se inclinó sobre ella, besó la punta de su nariz.

—Tienes demasiada imaginación, cariño. Si me lo hubieras dicho antes, nos habiéramos quedado aquí.

—Quedémonos, François... Iremos a buscar una cena fría y encenderemos la chimenea.

—Me gustaría, pero Malinine nos espera... No podemos darle un plantón.

—Tienes razón —suspiró Marianne.

François encendió un cigarrillo y salió de la habitación. Marianne tardó todavía un cuarto de hora en arreglarse. François silbó ligeramente al verla.

—Si no me hubieras dicho que Malinine no te gusta, creería que quieres conquistarle.

Debajo de su abrigo, que no se había abotonado aún, Marianne llevaba un minivestido negro, con franjas verdes y azules. La joven dio una vuelta sobre sí misma.

—¿Te gusto?

—Muchísimo.

—Bueno, querido, es muy tarde... En marcha.

Salieron. François había dejado su Jaguar E un poco más arriba. Abrió la portezuela para que subiera Marianne, se instaló al volante y arrancó. Un momento después llegaba a la autopista de Lausana.

Había encendido la radio. El indicador de velocidades subió rápidamente. 120-140-160. Al llegar a los 180, la señal de unos faros detrás de él le sorprendió. Echó una ojeada al retrovisor y reconoció la silueta característica de un Ferrari. Sonriendo, murmuró:

—Un cliente... Vamos a divertirnos.

Cuando el Ferrari iba a llegar a su altura, apretó el acelerador y la aguja saltó a los 200. El Ferrari perdió una treintena de metros, pero no tardó en recuperar el terreno perdido, renovando las señales de sus faros. François

continuó apretando el acelerador. 220. De nuevo, el Ferrari quedó distanciado.

—Se despega —dijo François—. Espera... Voy a desanimarle.

Pero tuvo que dejar la ocasión para más tarde. Delante de él, un Mercedes acababa de efectuar una maniobra para adelantar a un semirremolque. François quitó gas, frenó violentamente. Detrás, el Ferrari, ligeramente lanzado a la izquierda, no debía encontrarse a más de tres metros.

El Mercedes se instaló delante del camión y François volvió a dar gas. Pero, en el momento en que se disponía a acelerar, el Ferrari hizo sonar su claxon y le adelantó como una bomba.

François hizo una mueca de disgusto.

—Parece que el desanimado eres tú, querido —murmuró Marianne.

François, con las mandíbulas apretadas, aceleró a fondo. Poco después, las luces del Ferrari cesaron de esfumarse, su brillo se hizo más vivo.

—Está aflojando —dijo François.

—Se divierte, sí.

—Conozco a esa clase de individuos. Hacen una demostración de cuando en cuando, y luego van a paso de tortuga.

—Si 200 por hora es ir a paso de tortuga...

—¿Qué crees? Ir a 200 con un Ferrari es como ir a 100 con un 404.

La aguja de su indicador de velocidades estaba de nuevo en los 220. Delante, las luces del Ferrari se acercaban. 230-240. El Ferrari aumentó ligeramente su velocidad, pero se encontró bruscamente ante el mismo problema que el Jaguar unos momentos antes. Un automóvil efectuaba una maniobra. François llegó a la altura del Ferrari. A la izquierda, entre el terraplén central y el vehículo italiano no había más que un angosto pasillo. François sonrió, metió la tercera y apretó el acelerador, haciendo funcionar su claxon de carretera. A pesar suyo, Marianne dijo:

—¡François! ¿Estás loco?

François se lanzó, siempre sonriendo. Pero sus manos estaban crispadas sobre el volante. Los dos vehículos rodaron unos instantes uno junto a otro, rozándose peligrosamente. Luego, el Ferrari cedió el paso.

—¡Teme por su carrocería!

François aumentó triunfalmente la velocidad, distanciado un poco al Ferrari. Marianne suspiró.

—¿Has tenido miedo?

—Un poco, esta vez...

Detrás, el Ferrari parecía desalentado. En el cruce de salida para Nyon, François encendió el intermitente, aminoró la velocidad. El otro vehículo le imitó. François lo vigilaba, con un ojo, clavado en el retrovisor.

Al llegar al primer disco rojo, la pugna volvió a empezar, pero el Ferrari tenía más *reprise*: el conductor puso la primera y consiguió pasar el segundo disco. François tuvo que pararse.

—¡Mala suerte! —se limitó a decir.

Ahora que su adversario había desaparecido, François consideró que ya se había arriesgado demasiado y rodó tranquilamente hasta el restaurante donde les esperaba Malinine.

Cuando penetraban en el *parking*, Marianne dijo:

—¡Mira!

El Ferrari estaba aparcado un poco más arriba y su conductor cerraba la portezuela con llave. François fue a situarse cerca de él, se apeó. El desconocido se volvió, sonriendo.

—¡Bravo! —dijo—. Me ha dejado usted atrás en la carretera.

—Y usted se ha desquitado en el disco.

Tendió la mano, diciendo:

—François Valey.

—Claude Verdier.

Marianne se acercó a ellos y François efectuó las presentaciones. Propuso:

—¿Puedo invitarle a una copa?

—Con mucho gusto... A esas velocidades, uno se deshidrata fácilmente.

Penetraron en el albergue. La sala del restaurante se encontraba a la derecha, con vistas sobre el lago. A la izquierda, el bar de maderas oscuras e iluminación tamizada. Malinine estaba en el bar y François se dirigió hacia él. Los dos hombres se estrecharon la mano. François dijo:

—Estoy con un amigo... un amigo reciente: Claude Verdier.

Malinine observó atentamente a Verdier y pareció tranquilizado por su aspecto de joven moderno. François explicó:

—Mi amigo Verdier tiene un Ferrari y sabe manejarlo.

—No es ningún mérito... He tomado parte en varios *rallyes*.

Hablaron unos instantes de automóviles mientras les servían las consumiciones. Entretanto, Verdier trataba de situar a Malinine. Un ruso, indiscutiblemente, pero no había que extraer conclusiones apresuradas de aquel hecho.

Cuando Verdier hubo apurado su segundo vaso, dijo:

—Bueno, encantado de haberles conocido. Espero que volveremos a vernos.

Malinine se adelantó a Valey, diciendo:

—¿Tiene usted algo especial que hacer esta noche, señor Verdier?

—Aparte de cenar, no...

—¿Por qué no se queda con nosotros?

—Iba a proponérselo —dijo François.

Verdier echó una rápida ojeada a Marianne, la cual sonrió.

—Bueno, acepto con el mayor placer.

Pasaron a la mesa, y la conversación recayó de nuevo en los automóviles. En un determinado momento, Verdier se volvió hacia Malinine y le preguntó:

—¿Cuándo se decidirá la URSS a tomar parte en las competiciones internacionales, señor Malinine?

El ruso sacudió la cabeza.

—Soy ruso de origen, pero no soviético. Trabajo habitualmente en África del Sur, y paso mis permisos en Europa.

Marianne parecía aburrirse, y Verdier dijo:

—Creo que deberíamos cambiar de conversación. La gasolina no suele apasionar a las mujeres guapas.

Marianne le dio las gracias con una sonrisa, y François dijo:

—Propongo que vayamos a tomar una copa a un club. Conozco uno en el cual hay unos discos formidables...

Malinine insistió en pagar la cuenta. Luego se volvió hacia François:

—¿Me permite ir con usted? En mi colección de sensaciones falta la del Jaguar E...

François vaciló un instante y se volvió a mirar a Marianne, la cual dijo:

—Adelante, yo iré con el señor Verdier.

—Entonces, de acuerdo —dijo François. Luego, dirigiéndose a Verdier—: ¿El primero en llegar a la salida de la autopista?

—Vamos a probarlo —sonrió Verdier.

Salieron. Verdier cerraba la portezuela de Marianne cuando François arrancó en tromba. El francés se instaló rápidamente al volante, maniobró para salir del *parking*. François tenía un centenar de metros de ventaja. Verdier se las arregló para fallar el primer disco, luego el segundo.

Cuando llegó a la autopista, el Jaguar E había desaparecido.

—No vale la pena de forzar la marcha —dijo Verdier—. Su amigo debe de haber bloqueado la aguja del indicador de velocidades.

Marianne le dirigió una mirada burlona.

—¿Siempre renuncia usted tan aprisa?

—A veces, lo más prudente es renunciar. Creo haber demostrado ya que el correr no me da miedo.

—Disculpe, hablaba en broma...

—Así lo he interpretado yo.

Se produjo un silencio. Luego, Verdier inquirió:

—¿Está prometida a François Valey?

—No. Es un amigo.

—Muy simpático... ¿Y Malinine?

—Hace muy poco tiempo que le conocemos. Un personaje muy curioso...

—Sí. Me lo imagino vestido de cosaco, bebiendo vodka en equilibrio sobre el balcón de un sexto piso.

—Le creo capaz de hacerlo. Dígame, ¿rueda siempre a esta velocidad?

—Depende.

—¿De qué?

—Cuando voy solo, aprieto, pero con una chica guapa al lado me distraigo y pierdo una parte de mis reflejos... Los de conductor, desde luego.

—Entonces, no diré una sola palabra hasta que llegemos a Ginebra.

—Sería preciso que estuviera también ciego. Un mal momento éste para cerrar los ojos...

De todos modos, apretó el acelerador y la aguja trepó hasta 180.

—¿Está mejor así?

Marianne hizo un mohín.

—Mucho mejor.

Verdier aceleró más, sobrepasando los 200, mientras el paisaje parecía aplastarse súbitamente. Los otros vehículos parecían arrastrarse de un modo lamentable. No tardó en hacerse visible la salida de la autopista, y Verdier distinguió las luces del Jaguar. François le esperaba.

Le hizo una señal con los faros y el otro arrancó. Rodaron sin apretar hasta llegar a la ciudad. Cerca del centro, François fue a aparcar su vehículo y Verdier le siguió. Se reunieron todos.

—La *boîte* está aquí al lado.

Era un club como los hay a millares por el mundo. El disco inglés predominaba de un modo aplastante, y toda la juventud dorada de Ginebra se reunía allí.

Valey debía de ser un cliente asiduo, ya que el dueño le encontró una mesa y llevó inmediatamente a ella su botella personal. Chivas. *Noblesse oblige*, Verdier invitó a Marianne a bailar un raro *slow* perdido en medio de

los *jerks*. La sala estaba atestada y el techo desaparecía detrás de una espesa capa de humo.

—Esta noche no hay ambiente —dijo Marianne.

Verdier trató de apretarla un poco contra él y notó una leve resistencia. Supo que si intentaba llegar más lejos se ganaría un bufido. Cuando el disco terminó, Marianne le dio las gracias y se dirigió hacia la mesa, demostrando claramente que no tenía la intención de bailar el *slow* siguiente. François no dejó que se sentara, cogiéndole la mano.

—Ahora me toca a mí.

Verdier les vio alejarse y se instaló en su silla. Malinine cogió su vaso, se puso en pie:

—A su salud.

Verdier le devolvió la cortesía, bebió. Malinine contempló a la pareja mientras bailaba. Sin volver la cabeza, dijo:

—Guapa chica, ¿no es cierto? Valey tiene mucha suerte.

—Sí.

—Y ella está loca por él.

—¿De veras?

Malinine sonrió.

—Puedo garantizárselo. Cualquiera que intentara hacerle la corte, perdería el tiempo.

—¿Lo ha intentado usted?

Malinine suspiró:

—Estamos obligados a intentarlo, ¿no?

—Tratándose de la mujer de un amigo...

—Mire, si acepta, es una zorra y, en tal caso, le hacemos un favor al amigo librándole de ella. ¿No cree?

—Es un punto de vista... Rara vez compartido por los maridos y por los amantes oficiales.

El ruso soltó su vaso, cogió un cigarrillo, lo encendió.

—El amor es ciego, todo el mundo lo sabe... ¿Está usted casado?

—Nunca lo he estado más de un mes.

—Es usted un sabio. Hace mucho tiempo, estuve a punto de dejarme cazar. Afortunadamente, reaccioné a tiempo.

—¿Marchándose a África?

—No... Me marché a África por dinero, sólo por dinero. Y como ahora lo tengo, vengo a Europa a gastármelo. Me doy el lujo de cambiar de mujer a menudo, y así estoy rodeado de atenciones y de cuidados. Un día busco una

que sea risueña, otro día una sentimental... Dado que nunca encontraré la mujer ideal, me la ofrezco a trocitos a través de la una o de la otra...

—¿Y Ginebra le conviene?

—En todas partes hay chicas guapas. ¿Vive usted aquí?

—No, habitualmente resido en París.

—París... En París hay chicas muy guapas, pero no tan fáciles como se cree. Pero ¡qué ciencia amorosa! Lo mejor son unas vacaciones en París. ¿Trabaja usted allí?

—Viajo bastante, lo cual me permite variar también de placeres.

Marianne y François seguían bailando, mejilla contra mejilla. Verdier les señaló con la barbilla.

—¿Cree usted de veras que no hay nada a hacer?

—Palabra de experto.

—Confío en usted.

Un *jerk* estalló bruscamente. En la pista, François y Marianne se separaron. Unos amigos se acercaron a ellos e intercambiaron unas palabras antes de ponerse a bailar de nuevo. Verdier estaba pensativo. La tarea se revelaba particularmente delicada.

Al cabo de dos *jerks*, François renunció y regresó a la mesa secándose el sudor que empapaba su rostro.

—Me rindo... Esta noche he comido demasiado para esta clase de ejercicio.

Malinine se inclinó hacia él.

—¿Qué me dice usted de una copa en un lugar más tranquilo? Jugaríamos unas manos de póquer... No olvide que me debe una revancha.

Se volvió hacia Verdier y explicó:

—Anteanoche, mi amigo François me ganó veinte mil francos. ¿Por qué no nos acompaña?

—No sé, juego muy poco...

—¿Tiene miedo? —preguntó François.

Un asomo de desprecio en su voz. Sin saberlo, Valey se anticipaba a los golpes. Verdier sacudió la cabeza, sonriendo.

—Estoy dispuesto a perder lo que sea... o a ganar.

—Entonces, vamos allá —dijo François.

Se puso en pie para ir a recuperar a Marianne. Verdier observó al ruso. Éste parecía completamente satisfecho. Pero ¿era únicamente por la posibilidad de recuperar su dinero?

Se encontraron todos fuera y, esta vez, Malinine subió al Ferrari. Mientras François arrancaba, Marianne le dijo:

—François, prométeme que no jugarás tan fuerte como la última vez.

—¿Qué importancia tiene, puesto que gané?

—Esta noche no tienes más que una posibilidad contra dos.

—No te preocupes... Esta noche me siento en forma.

Capítulo VI

Las cuatro de la mañana. Se encontraban en el apartamento de François, algo muy burgués y muy cómodo, creado y decorado por un artista enamorado del Renacimiento italiano y de los contrastes de colores.

Los tres hombres se habían despojado de la americana y, de cuando en cuando, Marianne iba a abrir una ventana para expulsar el humo acumulado.

Malinine tenía una mala racha y sus pérdidas se las repartían a partes casi iguales Verdier y Valey. El ruso tenía el rostro ligeramente crispado y su fría mirada se posaba con cierta frecuencia sobre Verdier.

Marianne había puesto un fondo de música clásica. Cuando los vasos estaban vacíos, volvía a llenarlos. Estaba sentada cerca de François, un poco atrás, inclinándose cada vez que el joven cogía sus cartas.

En aquella vuelta, había un pote de cinco mil francos. Le tocaba dar a Verdier. Considerando que había llegado el momento de precipitar las cosas, dio en consecuencia.

—Abro con una pareja de ases —anunció.

Se había servido una doble pareja de ases-reyes. François estudió sus cartas y cubrió. Malinine hizo lo mismo, tras una leve vacilación.

—¿Cartas? —preguntó Verdier.

—Servido —dijo Malinine.

—Una —dijo François.

Verdier sirvió y dijo a su vez:

—Yo también una.

Se sirvió una carta, después de haber tirado la que le sobraba. Ahora tenía tres ases y dos reyes, es decir, un *full* máximo.

Con su mano servida, Malinine faroleaba. François había fallado su *full*.

—Usted habla —dijo Verdier, mirando a Malinine.

El ruso empujó dos fichas de mil francos hacia el centro de la mesa. François dijo:

—Tienen que ser dos más.

Las cosas se ponían bien. Verdier cogió su vaso, lo apuró hasta la mitad y contó cinco fichas de mil francos.

—Mil más.

Sabía que los otros dos habían observado el temblor de su mano. Para Malinine, era una ocasión de rehacerse. Por su parte, François estaba ganando, y podía permitirse el lujo de seguir.

Al cabo de unos instantes, había más de cincuenta mil francos encima de la mesa. Marianne se mordía nerviosamente las uñas. Todos estaban ahora demasiado comprometidos para abandonar. Además, contaban la excitación, la incipiente fatiga, el alcohol... Incluso Verdier, que había dado, se sentía atrapado en el juego: un pequeño error significaba la catástrofe.

Malinine fue el primero en ceder. Empujó sus últimas fichas, diciendo:

—Mi resto.

Verdier miró a François. Éste cubrió la puesta de Malinine.

—Veo.

Se produjo un silencio. Verdier dejó su cigarrillo en el cenicero antes de extender sus cartas.

—*Full* de ases-reyes.

Malinine pareció a punto de decir algo, pero terminó por tirar sus cartas sobre la mesa, en silencio. Verdier se volvió hacia François, sonriente.

—Está bien —dijo Valey, tirando también sus cartas—. Está bien.

La tensión, sin embargo, no disminuyó. Todos permanecieron extrañamente silenciosos. Verdier alargó la mano y recogió las puestas. Era un pote enorme, que ni siquiera se atrevió a contar. Se limitó a decir:

—¿Seguimos?

—Por mí... —dijo Malinine—. Si no me recupero ahora...

Marianne había colocado su mano sobre el brazo de François, el cual se desasó brutalmente, diciendo:

—Seguimos.

La partida continuó. Verdier siguió ganando, casi sin necesidad de hacer trampas, limitándose a perder de cuando en cuando una puesta poco importante. El ambiente era cada vez más tenso. François bebía mucho y hablaba poco. Malinine se esforzaba en mantener una actitud de relajamiento. Ahora, Marianne había renunciado a detener a su amigo. Había abandonado la mesa y fumaba en silencio, hundida en un butacón.

A las seis de la mañana, tras un último golpe desgraciado, Malinine tiró sus cartas, diciendo:

—Bueno, renuncio, antes de quedarme sin dinero para pagar el viaje de regreso.

Verdier miró a François con aire interrogante. Valey consultó el pequeño carnet en el cual había anotado sus pérdidas, contó. Soltó su estilográfica y se secó la frente.

—Bien —dijo, con un leve temblor en la voz—, me ha ganado usted casi ciento cincuenta mil francos.

Cogió su vaso, movió el fondo de *whisky* que había en él y añadió bruscamente:

—En paz o doble sobre dos cartas de *baccara*.

—¡François! ¿Estás loco?

Marianne se levantó del butacón, acercándose a la mesa.

—¡Déjame en paz! —exclamó François—. ¿Vale?

Ahora, miraba a Verdier. Éste sacudió la cabeza.

—No es razonable.

—¿Tiene usted miedo?

—Por usted, sí.

—¡El problema es mío! De todos modos, soy el perdedor y exijo que sigamos.

Estaba perdiendo el dominio de sí mismo. Malinine se inclinó y dijo lentamente:

—En su lugar, yo no continuaría, François. Estoy seguro de que va a perder.

Luego, volviéndose hacia Verdier:

—¿No es cierto, mi querido amigo?

Verdier se encogió de hombros.

—Sólo las cartas podrían decirlo.

Malinine se limitó a sonreír. Marianne se acercó a Verdier.

—Por favor, no acepte... Han apostado demasiado fuerte, han bebido, no se encuentran en su estado normal...

Verdier no respondió. François exclamó, en tono agresivo:

—¡En paz o doble!

—¡Es una idiotez! —gritó Marianne—. François, reflexiona... Serían trescientos mil francos. ¿Te das cuenta?

—Su amiga tiene razón —dijo Verdier—. ¿Está seguro de poder pagar, si pierde?

—¡Eso es cuenta mía! Siempre he hecho honor a mis deudas de juego.

—François, escúchame... Nunca has jugado tan fuerte... No seas estúpido, ¿quieres?

François no apartaba sus ojos del rostro de Verdier. Unos ojos demasiado brillantes, demasiado fijos. El joven era la ilustración perfecta del hombre presa de lo que se ha dado en llamar el demonio del juego.

—Muy bien —dijo finalmente Verdier—. Usted lo habrá querido.

Marianne se alejó gritando:

—¡Están locos! ¡Completamente locos!

—¿Quiere usted que dé las cartas? —propuso Malinine.

Verdier, que estaba barajándolas, dijo:

—No. La carta más alta da.

Dejó la baraja sobre la mesa, diciendo:

—Usted primero, François.

Valey cogió un rey. Verdier un as. El francés recogió la baraja, diciendo:

—Doy yo.

Barajó de nuevo las cartas, hizo cortar, sirvió: una carta para François, una para él, otra para cada uno. François alargó la mano, hizo deslizar las cartas hacia él, las levantó apenas. Verdier tenía las suyas al abrigo en el hueco de sus manos. François volvió sus cartas con un asomo de sonrisa.

—Ocho —dijo.

Marianne se había acercado. De pie junto a François, esperaba el anuncio de Verdier. Malinine encendió un cigarro, con aire distraído, como si se desinteresara de la partida. Pero sus párpados se alzaban de cuando en cuando y su mirada se clavaba en Verdier. Éste soltó finalmente sus cartas, anunciando.

—Nueve... Lo siento.

François, con las dos manos crispadas sobre su vaso, contemplaba las dos cartas como si no pudiera creer lo que estaba viendo.

—Bien —murmuró por fin—, bien... Ha ganado usted, es el juego.

Se puso en pie, fue hasta la ventana, levantó un visillo, abrió. Un aire helado penetró en el interior de la habitación. Marianne se acercó a François y le dijo suavemente:

—Vamos, François, vas a coger frío...

El joven se dejó llevar al interior de la habitación. Verdier se estaba poniendo la americana. Malinine se servía un último vaso. Tras haberlo apurado, se volvió hacia el francés:

—¿Puede usted dejarme en mi hotel?

—Desde luego.

François se acercó y dijo:

—¿Me concede usted cuarenta y ocho horas para reunir la suma?

Verdier sonrió con aire desolado.

—Me gustaría poder hacerlo. Por desgracia, mañana por la tarde debo emprender un largo viaje. Podemos encontrarnos a las dos, si quiere...

François apretó los labios y dijo:

—Muy bien. A las dos. De todos modos, me permito observarle que eso no me deja ni siquiera el plazo de veinticuatro horas que suele concederse en estos casos.

—Si no tuviera que marcharme, le concedería ocho días.

—No hablemos más del asunto. Mañana, a las dos.

Verdier consultó su reloj.

—Son casi las siete, ya es hora de descansar un poco... ¿Viene usted, Malinine?

Tendió la mano a François, el cual se la estrechó, pero Marianne se las arregló para no saludarle.

Fuera, el día se levantaba y las calles empezaban a animarse. Los dos hombres dieron algunos pasos en silencio. Malinine respiró dos o tres veces profundamente y dijo:

—Esa clase de emociones no son ya para mi edad... Nos ha dado usted un buen meneo. Para alguien que no tenía ganas de jugar...

Entraron en el *parking* y fueron hasta el Ferrari. Verdier se instaló al volante y Malinine se sentó a su lado. Verdier puso el motor en marcha y se divirtió haciéndolo roncar. Le gustaba aquel ruido. Se disponía a arrancar cuando la mano de Malinine se posó sobre la suya.

—No le he felicitado aún por su modo de jugar.

Verdier le miró, con aire interrogante.

—Arte puro —añadió el ruso.

—Y suerte.

Malinine sacudió la cabeza.

—No, no, arte puro...

Hizo una breve pausa y añadió:

—Hace usted trampas de un modo maravilloso.

Verdier se desasíó bruscamente.

—¿Qué ha dicho usted?

—Hay que reconocer que tenía usted un cliente ideal en Valey.

—¿Y usted?

—Yo tenía mis motivos. Cuando me di cuenta de que usted hacía trampas, pude interrumpir la partida...

—¿Por qué no lo hizo?

—Un poco por curiosidad...

Acarició el tablero de mandos del Ferrari.

—Comprendo que pueda ofrecerse automóviles tan caros como éste.

—No soy un jugador de ventaja profesional.

Malinine se encogió de hombros.

—Personalmente, me tiene sin cuidado.

—Entonces, ¿qué es lo que quiere? ¿Que le devuelva su dinero?

—Eso, por descontado. Pero quiero algo más: quiero la totalidad de sus ganancias.

—¿De veras? De todos modos, Valey no me ha pagado aún.

—No podrá hacerlo.

—¿Cómo lo sabe? Y, si no puede pagarme, ¿cómo quiere que yo se lo dé todo?

—No hay nada que no tenga solución.

—Le escucho.

—Es muy sencillo. Supongamos que, en vez de ir a acostarnos tranquilamente, hayamos decidido continuar jugando. Estaría en mi derecho al pedírselo, puesto que también yo he perdido. Bien. Supongamos que la suerte haya cambiado y que yo le haya ganado a usted lo que Valey perdió... Basta con que me firme usted un papel certificando que Valey me debe ese dinero a mí, y asunto concluido.

Esta vez, Verdier supo a qué atenerse, pero sus reflejos no fueron lo suficientemente rápidos. En el momento en que se disponía a golpear, una pistola se materializó en la mano de Malinine.

—No haga tonterías, por favor. Bueno, ¿qué decide usted?

—¿De qué le servirá ese papel si Valey no puede pagar?

—No se preocupe por eso, son asuntos entre Valey y yo.

—Creí que estaba usted de vacaciones...

Verdier tenía la mano derecha apoyada en el cambio de marchas. Malinine, recostado contra la portezuela, le vigilaba atentamente.

—Decídase de una vez. Fírmeme ese papel y vaya a hacerse colgar a otra parte. No le faltarán incautos.

—¿Y si me niego?

—Se arriesgará a que le sucedan un montón de cosas muy desagradables.

—¿Aquí? —sonrió Verdier.

—No, aquí, no. ¿Conoce este tipo de pistola? Dispara unas agujas impregnadas de un producto a base de curare. La parálisis es muy rápida. Bueno, disparo, ocupo su lugar, y le llevo a un sitio tranquilo, en el cual

pasaremos a las cosas muy desagradables. Tiene diez segundos para decidirse. Voy a contarlos: uno... dos...

Malinine le tomaba por una especie de *play-boy*, jugador y tramposo.

—... cinco... seis...

Ganar tiempo a fin de poder intentar otra cosa.

—... ocho... nueve...

Verdier se apresuró a decir:

—¿Y si tuviera los mismos motivos que usted para querer atrapar a Valey?

Malinine no terminó la cuenta. Permaneció una fracción de segundo con la boca abierta, y finalmente inquirió:

—¿Qué ha dicho usted?

—Es posible que lo que me interese no sea el dinero de Valey. Un jugador tiene que ser también psicólogo. ¿Qué ventaja hay en desplumar a un individuo que no podrá pagar? Es perder el tiempo. Un tipo como Valey no puede encontrar trescientos mil francos en veinticuatro horas.

—Exacto. ¿Qué espera de él, pues?

Verdier sonrió.

—Lo mismo que usted. Supongo que piensa usted llevarme a un local insonorizado de la embajada soviética...

Malinine escuchaba, con los ojos semicerrados. Parecía dormir, pero nada más lejos de la realidad.

—¡Bravo! —dijo finalmente—. Deme sus documentos.

Verdier sabía que aquello no le comprometería y obedeció. Le entregó su cartera al ruso, el cual la registró someramente y se la metió en el bolsillo.

—¿Agente francés, sin duda? Le felicito, no lo parece usted.

—¿Francés, o agente?

—De todos modos, eso no cambia en nada el problema. Voy a explicarme con claridad. Usted tiene cogido a Valey, y yo le tengo cogido a usted. Por lo tanto, es como si tuviera a Valey.

—Eso parece una fórmula matemática, pero es completamente falsa. En realidad, no puede usted hacer nada.

—Puedo aplicar el programa que le he descrito hace unos instantes.

—Perdería demasiado tiempo.

—También puedo matarle. Esas agujas matan, si el herido no es atendido a tiempo.

—Negativo.

Súbitamente, Verdier puso la marcha atrás, deseando fervientemente no haberse equivocado, embragó y aceleró secamente. El Ferrari dio un salto hacia atrás y fue a chocar contra otro vehículo estacionado.

Perdido el equilibrio, Malinine osciló hacia el tablero de mandos. Verdier no estaba ya en la línea de tiro. Había abierto la portezuela al tiempo que aceleraba. Saltó antes de que el automóvil se hubiera inmovilizado y echó a correr.

Su maniobra se hubiese visto coronada por el éxito de haber efectuado un simple gesto para volver a cerrar la portezuela. Malinine no hubiese podido disparar.

El ruso sólo tuvo que tenderse sobre el asiento y disparar con toda comodidad. Verdier dio un leve traspiés al recibir la aguja, pero reemprendió su carrera. Salió del *parking*, cruzó la calle. Sus piernas le traicionaron cuando estaba en el centro de la calzada.

Un automóvil llegaba a toda velocidad...

Malinine oyó el chirrido de los frenos, los gritos... Se irguió, se instaló al volante, volvió a poner en marcha el motor, que se había calado, y salió del *parking*.

Unos metros más arriba, empezaba a formarse un círculo alrededor del cadáver de Verdier.

Capítulo VII

Tendido sobre un sofá, François Valey fumaba, con los ojos clavados en el techo. Marianne se acercó a él, vacilando.

—¿Quieres un poco de café?

François sacudió negativamente la cabeza. Marianne se arrodilló a su lado, le acarició la frente.

—François, escúchame... Hay que pedirle un nuevo plazo a ese Verdier. No puede negártelo. Por una cantidad como ésa, cualquiera esperaría.

—Lo sé, lo sé... Por desgracia, él no tiene la intención de esperar.

—¡Tendrá que hacerlo! ¿Qué puede pasarte, si te niegas? ¿Cuánto puedes darle?

—No lo sé... Cincuenta, sesenta mil, rascando los fondos del cajón. Puedo, desde luego, vender mi casa de Blaise, pero necesito tiempo... Además, si mi tío se entera...

—¿No puedes pedir un préstamo al banco?

François se irguió sobre un codo y se echó a reír.

—No les conoces. Para que me prestaran semejante suma, tendría que darles unas explicaciones muy convincentes.

Se puso en pie, se acercó a la mesa, levantó la botella de *whisky* y la miró al trasluz. Estaba vacía. Marianne había acudido a su lado.

—Ya has bebido demasiado...

Se apoyó contra él y añadió:

—François, querido... Yo te amo. No tengo gran cosa, pero puedo venderlo...

El joven la besó.

—Es inútil, ya me arreglaré. Bueno, prepárame un poco de café mientras me afeito.

Volvió a besarla, la apartó suavemente y se dirigió al cuarto de baño.

Una hora más tarde estaba afeitado y cuidadosamente vestido. Consultó su reloj. Verdier no tardaría en llegar. Tomó una taza de café y encendió un cigarrillo, pensativo.

Marianne le preguntó:

—¿Qué vas a hacer?

—Firmar un cheque. Ya veremos lo que pasa.

A las dos en punto llamaron a la puerta. Marianne fue a abrir. Sorprendido, François vio a Malinine que entraba en el salón. El ruso sonreía. Le tendió la mano al joven.

—Espero que no habrá dormido demasiado mal...

—No, no... Espero a Verdier de un momento a otro.

—No vendrá.

—¿Cómo lo sabe?

—Hemos llegado a un arreglo. Tiene que marchar hoy mismo, pero le fastidiaba apremiarle a usted tanto para que pagara. Entonces, le he hecho una proposición. Le conozco a usted, merece toda mi confianza, de modo que he pagado por usted.

—¿Que usted ha...? Pero, se trataba de trescientos mil francos...

—¿Y qué? Lo he hecho porque podía... Tenga, Verdier me ha entregado esto para usted.

Malinine le tendió un pequeño sobre. François sacó de su interior una tarjeta de visita y leyó lo que había escrito en ella:

Malinine me ha reembolsado, lo cual me permite no imponerle un plazo tan breve. Por lo tanto, debe pagarle a él los trescientos mil francos.

Amistosamente.

François fue a dejar la tarjeta sobre un mueble, dio algunos pasos por la habitación. Luego se detuvo y dijo:

—Le doy las gracias, pero eso no cambia en nada el problema.

—¿Tiene usted los trescientos mil francos?

—¡Desde luego que no! ¿Cómo quiere usted que reúna semejante suma en unas horas?

—¿Y si hubiese venido Verdier?

Al ver que François no respondía, continuó:

—Como puede ver, el problema no es el mismo. Yo no tengo tanta prisa.

—Una deuda es una deuda.

—No sea estúpido. Prometió usted ese dinero para las dos, pero se lo prometió a Verdier, únicamente a Verdier. No va usted a ser más papista que el Papa...

—Tiene razón —intervino Marianne—. Con unos días por delante, puedes reunir la suma.

—Bueno, si puede arreglarse... —dijo François.

—Estoy aquí para eso.

—¿Qué me propone usted?

Malinine sacó un cigarro de una pitillera, lo encendió lentamente.

—Quisiera hablarle a solas, François.

Marianne dijo:

—Precisamente iba a marcharme a mi casa. Tengo un aspecto horroroso y necesito cambiarme.

La joven besó a François, saludó a Malinine, cogió su bolso y se marchó. El ruso se había instalado en un sillón. François le preguntó:

—¿Por qué no ha venido Verdier con usted?

—Tiene que tomar el avión dentro de unas horas, y quería dormir un poco.

—Bueno, hablemos de nuestro arreglo, si le parece.

—¿Cuánto puede entregarme ahora?

—Unos sesenta mil francos.

—Y el resto, ¿cómo va a encontrarlo?

—Si dispongo de algunos días, creo que podré conseguirlo.

—¿Cuántos días?

—Diez o doce.

Malinine sacudió la cabeza sin dejar de sonreír.

—Demasiados días.

—¿Ocho?

—No.

—Entonces, ¿cuánto tiempo puede usted esperar?

—Hasta mañana.

François aplastó furiosamente su cigarrillo en un cenicero.

—¿Y a eso le llama usted un arreglo? No merecía la pena reembolsar a Verdier: mañana me encontraré en la misma situación.

—Lo siento, pero será mañana.

—¿Y si no puedo?

—Estoy seguro de que a su tío le disgustaría mucho saber que su sobrino y heredero ha perdido trescientos mil francos al póquer, ¿no?

—Le creía un amigo, Malinine, pero es usted un cerdo.

—Nada de insultos, por favor. No perdamos la calma.

—Le advierto que si pone a mi tío al corriente voy a...

—¿Acaso he dicho que iba a hacerlo? —le interrumpió el ruso—. He venido aquí para que nos arreglemos.

—¿Cómo? Me es imposible reunir esa suma para mañana.

—Tal vez tiene usted algo de valor para entregarme a cambio.

—Pensaba vender una casa que poseo sobre el lago de Neuchâtel, en Blaise. ¿La quiere usted?

Malinine sacudió la cabeza.

—Soy un nómada, no me gusta estar atado a ninguna parte.

—No tengo nada más.

—Sí.

—¿Qué?

Malinine se inclinó para sacudir la ceniza de su cigarro y dijo:

—Unos documentos.

—¿Unos documentos? ¿Qué documentos? Si poseyera alguno que valiera una suma semejante, los negociaría inmediatamente.

—Los tiene, pero no lo sabe.

—¿Quiere explicarse con más claridad?

Malinine dejó de sonreír.

—De acuerdo. Los documentos en cuestión están en una caja fuerte del banco y los necesito. Se trata de un manuscrito de Memorias que fue depositado allí, hace muy poco tiempo, por un importante personaje político soviético. El personaje en cuestión murió hace unos días, y el gobierno ruso desea que esas Memorias vuelvan a Moscú. ¿He sido lo bastante claro?

—Desde luego —consiguió decir François.

—Tiene usted que recordarlo, puesto que se encontraba en el despacho de su tío cuando esas Memorias fueron depositadas en el banco.

—Ya sé a qué se refiere. Desgraciadamente, no puedo hacer nada.

—¿Por qué? —inquirió secamente Malinine.

—La única persona que conoce la caja fuerte en cuestión es mi tío.

—¿No se ha confiado a nadie?

—No.

—Una imprudencia por su parte. Supongamos que le ocurre algo... ¿Qué pasaría con el contenido de la caja fuerte, ahora que su propietario ha muerto?

—Sin duda pondrá a alguien al corriente cuando abandone la presidencia.

Malinine apuntó con el índice a François y dijo:

—Es preciso que ese alguien sea usted. Pero no va a esperar a que se lo diga. Va a sugerirle que le ponga al corriente en seguida, no le faltarán argumentos. Es usted su sobrino, llamado sin duda a sucederle. Además,

asistió usted a la entrevista, lo cual evitará tener que poner al corriente a una tercera persona. Y, cuando lo sepa, le bastará con coger el manuscrito y entregármelo. Le concedo ocho días de plazo.

—¿Y si me niego?

Malinine volvió a sonreír.

—En tal caso, temo que su futuro se vería seriamente comprometido. Me asombraría que su tío le confiara un cargo de responsabilidad si supiera que es usted capaz de perder trescientos mil francos en una noche, jugando al póquer.

François encendió otro cigarrillo.

—¿Y si un día se da cuenta de que la caja está vacía?

—¿Cómo podría saberlo? El propietario ha muerto, de modo que no vendrá a reclamar su depósito. Y no creo que su tío compruebe todas las noches el contenido de las cajas fuertes...

François se puso en pie, dio algunos pasos por la habitación.

—No, no. Es imposible. No puedo hacerlo.

—Entonces, peor para usted.

—¿Y si consigo el dinero?

—El dinero no me interesa. Quiero esos papeles. Está claro, ¿no?

Malinine se puso en pie.

—Piénselo bien. Le doy de tiempo hasta mañana para que me dé una respuesta favorable. Si no...

—Se proponía usted atraparme desde el primer día, ¿no es cierto?

—Desde luego. Y, gracias a Verdier, la cosa ha sido mucho más rápida de lo que me atrevía a esperar. Hasta mañana. Le llamaré por teléfono.

François no le acompañó. Oyó cerrarse la puerta y se dejó caer sobre el sofá.

Estaba bien atrapado, desde luego.

* * *

—¿Ha reflexionado usted, tío?

Valey, que consultaba unos papeles, murmuró con aire distraído:

—¿Qué dices?

—Le preguntaba si ha reflexionado.

Valey alzó la cabeza.

—¿En qué?

—A propósito de ese manuscrito de Memorias depositado en la caja fuerte. Nunca se sabe lo que puede pasar...

Valey sonrió.

—Por lo visto, eres muy pesimista en lo que respecta a mi estado de salud.

—No es pesimismo, sino prudencia.

—Después de todo —suspiró Valey—, tal vez tengas razón. En realidad, pensaba depositar los informes en cuestión en casa de mi notario, pero quizás sea preferible que no quede rastro de todo eso.

François encendió un cigarrillo, esforzándose por dominar el temblor de su mano. Tras veinticuatro horas de vacilación, había aceptado las órdenes de Malinine. Después de todo, el Presidente estaba muerto.

Valey se puso en pie, diciendo:

—La llave está ahí.

Con la barbilla, señalaba un cuadro que ocultaba una pequeña caja fuerte empotrada en la pared. Se acercó al cuadro, lo desplazó, abrió la caja. François se acercó a su vez. Valey cogió una cajita negra, de plástico, la destapó, sacó una llave.

—Es ésta —dijo—. El número de la caja está grabado en la anilla.

François anotó mentalmente el número. 8022. Valey volvió a introducir la llave en la cajita, cerró la caja fuerte y volvió a colocar el cuadro en su sitio. Mientras se dirigía hacia su escritorio, añadió:

—Ahora, te pido que olvides este asunto mientras yo esté vivo. De todos modos, esa llave no debe salir de ahí antes de 1976. ¿De acuerdo?

—Recuerdo las órdenes del Presidente.

—Entonces, no se hable más del asunto.

El banquero consultó su reloj y añadió:

—Es la hora de la reunión. ¿Me acompañas?

—No. Tengo una cita con un importante cliente del banco. Vaugier...

—Entonces, no le hagas esperar.

Salieron juntos del despacho y se separaron delante de los ascensores. Pero François no se dirigió al despacho donde debía recibir a su cliente. En el banco había un duplicado de todas las llaves de las cajas fuertes. François ocupaba un puesto lo bastante importante como para tener acceso a ellas.

Aquellos duplicados se guardaban en un pequeño despacho contiguo a la sala de las cajas fuertes. François se dirigió hacia allí. Conocía al empleado de vista y no tuvo ninguna dificultad en hacerse abrir la caja donde se encontraban los duplicados.

Pero, por más que buscó y rebuscó, no encontró el duplicado de la llave 8022. Volvió a cerrar la puerta de la caja, dio las gracias al empleado y se marchó.

Decididamente, el secreto estaba bien guardado. Sólo quedaba una solución: coger la llave depositada en la caja fuerte del despacho. En su calidad de secretario particular de su tío, François conocía la combinación.

Cuando llegó al pasillo se sintió invadido por el pánico. Si su tío regresaba... Era absurdo asustarse de aquel modo. Su presencia no tenía nada de insólita, al contrario. Su trabajo le obligaba a presentarse veinte veces al día en aquel despacho. Pero, el sentimiento de culpabilidad...

Empujó la puerta de la oficina y entró silenciosamente, como un ladrón. Tenía las manos húmedas y respiraba con dificultad.

El timbre del teléfono le sobresaltó. Estuvo a punto de descolgar el receptor, en un movimiento reflejo, pero se contuvo a tiempo. Se acercó al cuadro. En cuanto lo hubo desplazado de lugar, sus gestos se desencadenaron automáticamente. Obraba como en una especie de trance. Unos minutos más tarde estaba delante de los ascensores, con la llave en el bolsillo.

Se dirigió a la sala de las cajas fuertes. El guardián se quedó discretamente en la puerta. La caja 8022 estaba al final de una hilera. Con la garganta seca y las manos temblorosas, François la abrió. El manuscrito estaba allí, un abultado fajo de cuartillas metidas en una carpeta de cartón cerrada por dos gruesas gomas.

François cogió la carpeta, la introdujo en el portadocumentos que se había traído a prevención, volvió a cerrar la puerta y se alejó.

Resultaba tan sencillo robar... Subió a la planta baja, salió al patio. Su automóvil estaba aparcado un poco más lejos. Abrió el portaequipajes, depositó en él el portadocumentos y volvió a cerrar cuidadosamente.

Le faltaba aún devolver la llave a la caja fuerte del despacho. Invirtió en hacerlo cinco minutos que acabaron de vaciarle. Finalmente, cuando recibió al cliente con el cual estaba citado, se mostró incapaz de sostener una conversación coherente.

Salió del paso como pudo, y esperó con impaciencia que dieran las cinco para poder abandonar el banco. Malinine había exigido que estuviera solo en su domicilio a las cinco y media.

François llegó a su casa a las cinco y cuarto. Lo primero que hizo fue servirse un vaso de *whisky*. No había soltado el vaso cuando sonó el teléfono. Malinine no perdía tiempo.

Descolgó.

—¿Allo? ¿François?

Reconoció inmediatamente la voz de su tío.

—Soy yo, sí... ¿Qué sucede?

—Te has marchado como un rayo... Ni siquiera has pasado a saludarme.

—Tenía prisa.

—Eso me ha parecido. Una cita, ¿no?

—Sí, sí, una cita.

—¿En la embajada soviética, sin duda?

Se produjo un silencio. La mano de François se crispó sobre el receptor. Por un instante, temió que iba a desvanecerse.

—¿Cómo dice? —consiguió articular.

—¿No es allí donde vas a llevar el manuscrito de las Memorias?

—No comprendo...

—¿Me tomas por un imbécil, François? En cuanto sacaste a relucir la historia de la caja fuerte, desconfié... No tenías ningún motivo para hacerlo, a menos que te lo hubieran exigido. Sé que los rusos quieren recuperar ese manuscrito. Alguien de la embajada vino incluso a verme con la viuda del Presidente. ¿Comprendes ahora? Sabía que no desistirían, que buscarían otro medio. ¿Y quién más estaba al corriente? Tú, únicamente tú. Te has metido en un berenjenal, sobrino, ya que de todos modos no veo tu futuro bajo una luz muy optimista... Bueno, ¿no dices nada?

François escuchaba, pálido, desencajado. Valey continuó:

—Ahora, vas a hacer lo siguiente: vas a traerme ese manuscrito, y luego te harás olvidar durante una temporada en un puesto subalterno. Y, más tarde, tal vez haga algo por ti.

—¿Y... si me niego?

—Avisaré inmediatamente a las autoridades, lo cual será todavía peor para ti. Has violado una norma sagrada de nuestro banco, y tienes que pagar por ello. ¿Me has entendido? —Sí, sí...

—Y, para acabar de decidirte, voy a añadir una cosa: ese manuscrito no puede servirte. Por lo tanto, te espero a las siete en mi casa. ¿Comprendido?

—Sí, sí, he comprendido...

François oyó el chasquido del receptor y colgó. Se sirvió otro *whisky* y se lo bebió de un trago. Estaba atrapado. Por un lado, Malinine y las oscuras amenazas que representaba; por el otro, su tío, cuyas amenazas eran absolutamente claras y concretas.

Una frase le intrigaba y le inquietaba al mismo tiempo. ¿Qué había querido decir Valey al afirmar que el manuscrito no podía servirle?

Estaba abriendo su portadocumentos cuando el teléfono volvió a sonar. Descolgó. Esta vez era Malinine.

—¿Tiene usted el manuscrito?

—Sí.

—Estupendo, le felicito... Vamos a concertar una cita y...

—La cosa no es tan sencilla.

—¿Qué quiere usted decir?

—Ha sucedido algo imprevisto.

—Explíquese.

—He podido sacar el manuscrito de la caja fuerte. Por desgracia, mi tío se ha dado cuenta.

Se produjo un largo silencio. Finalmente, Malinine dijo:

—¿Cómo ha sido eso?

—¡Por culpa suya! —estalló François—. Si me hubiera dicho que alguien de su embajada se había presentado ya en el banco, habría obrado de otro modo y mi tío no hubiese desconfiado.

—Mi querido amigo, una de las normas de mi profesión es la de hablar lo menos posible. De todos modos, ahora ya está hecho, ¿no?

—Desde luego, y a usted le tiene sin cuidado lo que pueda pasarme. ¿Cree que voy a poder continuar en el banco, después de esto?

—¿Le ha despedido su tío?

—Prácticamente, sí. Además, me ha exigido que le devuelva el manuscrito. Si no lo hago, avisará a la policía.

—¡Estúpido! No tiene ninguna prueba. ¿Quién atestiguará que ese manuscrito estaba en una caja fuerte?

Mientras escuchaba, François había decidido servirse otro *whisky*. Se bebió la mitad y el alcohol le prestó el valor suficiente para decir:

—Me veo obligado a reconsiderar el problema.

—¿Piensa usted devolver ese manuscrito?

—Si no hay otra solución, sí.

—¿Qué otra solución se le ha ocurrido?

François vaciló, pero terminó por decir:

—Acabo de sufrir un grave perjuicio, y es justo que se me indemnice. ¿Comprende?

—Perfectamente... Por otra parte, lo encuentro muy normal.

Y añadió, con una absoluta mala fe:

—Precisamente iba a hablarle de ello. Lo malo es que no soy yo quien decide...

—Es una lástima, porque no dispongo de tiempo. Mi tío exige que lleve ese manuscrito a su casa a las siete.

—Será suficiente. A condición de que no pierda usted la cabeza y me escuche. Va a quedarse tranquilamente en su casa, esperando una llamada telefónica. De todos modos, le llamaré antes de las siete, diciéndole lo que hay, y usted escogerá. Pero, créame, le interesa tratar con nosotros. No se haga ilusiones, aunque le devuelva el manuscrito a su tío, no olvidará lo ocurrido. Los banqueros suizos carecen del sentido del humor.

François estimó que el de Malinine era muy especial, pero no se lo dijo. Se limitó a contestar:

—De acuerdo, esperaré su llamada. No fijo ninguna cantidad, lo dejo a su criterio, teniendo en cuenta la situación.

François creyó que Malinine iba a recordarle su deuda de juego, pero el otro no aludió a ella, limitándose a decir:

—No se mueva y espere.

Colgó, y François se dejó caer en un sillón. Encendió un cigarrillo, y súbitamente recordó lo que le había dicho su tío a propósito de la inutilidad del manuscrito.

Se puso en pie, cogió su portadocumentos, sacó el paquete. Páginas y páginas cubiertas de una escritura menuda, clara y precisa. En ruso, naturalmente. Decepcionado, François se disponía a guardar las cuartillas cuando un detalle retuvo su atención. Volvió a examinar cuidadosamente las páginas.

Sólo tardó unos segundos en rendirse a la evidencia. Su tío tenía razón: aquel montón de cuartillas carecía de valor. El Presidente, desconfiado, lo había previsto todo. En el manuscrito, *faltaba una página de cada dos*.

Lo cual debía convertir al texto en absolutamente incomprensible. François volvió a meter las cuartillas en la carpeta y la guardó en el portadocumentos.

Súbitamente se dio cuenta de la situación en que se encontraba. Le había dicho a Malinine que tenía el manuscrito: si sólo le llevaba una mitad incomprensible, el ruso desconfiaría, imaginando quizás que se había quedado el resto para obtener más dinero. ¿Cómo podría probar su buena fe? Malinine sabía que el Presidente había depositado un manuscrito en la caja fuerte y lo exigiría completo. Además, ¿dónde estaba la otra mitad? ¿En otro banco? Era muy posible.

Se había colocado estúpidamente en una situación imposible, entre la espada de su tío y la pared del ruso. ¿De qué lado era preferible arreglar las cosas?

Optó finalmente por su tío. Resultaba menos peligroso para él pasar a los ojos de Malinine por un imbécil honrado que por un chantajista poco hábil. Y su tío tal vez tendría en cuenta su gesto. Con el tiempo, las cosas acabarían por arreglarse...

No se sentía con valor para enfrentarse con el ruso, ni siquiera por teléfono. Recuperó su portadocumentos y abandonó el apartamento. Había prometido llamar a Marianne, pero no quería hacerlo antes de haber solucionado definitivamente el problema.

Para hacer tiempo, entró en una cervecería; al terminar con su segundo vaso, se dio cuenta de que eran las siete. En su apartamento, el teléfono debía sonar. Y, al otro extremo del hilo, un Malinine asombrado primero, luego furioso...

François subió a su automóvil y se dirigió hacia el hotelito que su tío poseía en un barrio residencial.

Estacionó el vehículo cerca de allí. Valey vivía solo, como buen solterón. Un anciano matrimonio atendía al servicio de la casa.

François llamó y la verja se abrió. Un sendero de grava conducía hasta la puerta principal. Allí le esperaba el viejo criado.

—Buenas tardes, señorito François.

—¿Está mi tío en casa?

—Sí. En su despacho del primer piso.

Alargó la mano para librar a François de su portadocumentos, pero el joven sacudió la cabeza. Cruzó el vestíbulo y subió la escalinata de mármol blanco.

El despacho de su tío se encontraba al final de un amplio pasillo. A François no le había gustado nunca aquella casa, demasiado oscura y demasiado seria. Cuando era un niño, temía aquellos rincones oscuros, aquellas puertas inquietantes ocultas detrás de los cortinajes.

Delante del despacho se detuvo unos instantes, trató de recobrar el ritmo de su respiración, llamó. Al ver que su tío no contestaba, empujó la puerta y entró.

Dio un par de pasos y se inmovilizó. Su tío tenía la cabeza apoyada sobre su escritorio, como si durmiera. Lo cual no era costumbre en él, sobre todo a aquella hora.

François se acercó vacilando y murmuró:

—Tío... ¿Se encuentra mal?

Se acercó más, colocó una mano sobre el hombro de Valey, le sacudió. El cuerpo se deslizó suavemente, cayendo a los pies del estupefacto François.

Este soltó el portadocumentos, se inclinó.

—Tío... ¿Qué le pasa?

Volvió el cuerpo boca arriba y descubrió con horror el rostro de Valey, sus ojos abiertos de par en par, fijos. Su primer impulso fue el de llamar para que acudiera el criado, pero no completó su gesto. Sobre la alfombra, allí donde la espalda de su tío se había apoyado al caer, había una pequeña mancha de color oscuro.

François hizo un esfuerzo para volver de nuevo el cuerpo y descubrió la pequeña herida debajo del omoplato izquierdo.

Se incorporó, aterrado. Volvió a ver a Malinine, su fría sonrisa, su mirada cruel. Finalmente, intuía la importancia del engranaje en el cual se había metido.

Su tío amenazaba con cruzarse en el camino de Malinine, y el ruso le había eliminado. Pero, al matar a Valey, había suprimido también la única posibilidad de que François se enterase del lugar donde se encontraba la otra mitad del documento, suponiendo que Valey lo supiera.

Pero él, ¿cómo podría convencer al ruso de su buena fe? No le había esperado, había huido con el manuscrito... Y estaba allí, solo, junto a su tío asesinado en una casa aislada cuyos criados no habían oído nada y únicamente le habían abierto la puerta a él, François...

Conoció el miedo, el que oprime el estómago, el que impide razonar cuerdamente. Un miedo a la vez oscuro y concreto. Recuperó su portadocumentos y salió del despacho andando hacia atrás.

Capítulo VIII

Calone penetró en el despacho de Costes, olfateó el aire. Olía a tabaco y a café frío. Por tanto, el gran jefe debía encontrarse en crisis. Efectivamente, su proverbial elegancia quedaba en entredicho. Sin afeitarse, con la corbata de través, miraba con aire de reproche el cenicero lleno de colillas.

—Siéntese —dijo.

—No quisiera jugar a Sherlock Holmes —dijo Calone, dejándose caer en su sillón habitual—, pero a juzgar por ciertos detalles, alguien ha metido la pata en alguna parte.

—Hasta el corvejón —precisó Costes, sombrío—. Y lo peor es que está muerto.

—¿Alguien de los nuestros?

—Sí.

Suspiró, encendió otro cigarrillo y explicó:

—Ha ocurrido en Suiza, en Ginebra, concretamente. Le había enviado allí con una tarea bien definida y aparentemente poco peligrosa, y se ha dejado cazar casi inmediatamente. Me pregunto cómo ha podido suceder. Y, para acabar de arreglar las cosas, me enteré al cabo de tres días.

—¿Qué fue a hacer allí?

Costes se frotó el puente de la nariz y su mirada se deslizó en dirección a un archivador. Calone conocía muy bien aquella clase de mirada filtrada. Costes había tenido otra de sus ideas geniales, pero la tropa había fallado.

—Verá... Un personaje soviético muy importante, fallecido recientemente, se dedicó, durante su retirada forzosa, a escribir sus Memorias. Supongo que el manuscrito representa un arreglo de cuentas interesante, cuya publicación fastidiaría a algunos dignatarios soviéticos, e incluso extranjeros. Nuestro hombre lo sabía y se preocupó de poner a salvo el manuscrito en una caja fuerte de un banco suizo. Por desgracia, los rusos se enteraron y su mayor deseo es el de recuperar esas Memorias. Sólo estaban al corriente el Presidente, como es lógico, dos de sus fieles, el banquero y su sobrino. El secretario del Presidente consiguió huir en el momento en que iba a ser detenido y tuvo la excelente idea de refugiarse en la embajada de Francia en

Moscú. Allí, negoció su derecho de refugiado político contra lo que sabía acerca de la existencia de esas Memorias. Todo eso llegó a mi despacho, y así pude enterarme de las circunstancias concretas en que las Memorias habían sido depositadas en el Crédit Vaudois de Ginebra.

—¿Quién puso a los rusos al corriente?

—El otro amigo del Presidente, sin duda, puesto que consiguieron echarle mano. En consecuencia, tras estudiar la situación, se hizo evidente que el único modo de actuar con eficacia consistía en presionar al sobrino que había asistido a la transacción. Envié allí, pues, a uno de nuestros muchachos, Verdier, con carta blanca para poner en la cuerda floja al sobrino y obligarle a sacar el manuscrito de la caja fuerte del banco.

—¿Y no lo consiguió?

—Es lo menos que puede decirse. Dos días después de su llegada se dejó cazar. Como no llevaba ningún documento encima, la encuesta para identificarle duró tres días. Yo actué inmediatamente, desde luego. El cadáver ha sido trasladado a Francia. Aparentemente, se trataba de un accidente de circulación estúpido. El conductor del vehículo causante del atropello era un comerciante suizo muy conocido y no cabía sospechar que fuera un asesino a sueldo de un servicio extranjero cualquiera. La autopsia practicada en Francia permitió descubrir algo muy interesante: Verdier recibió previamente en la piel una aguja empapada en curare. Por lo tanto, le asesinaron premeditadamente. Ignoro quién pudo hacerlo. He ordenado que se hiciera una investigación en Ginebra, y ha resultado imposible reconstruir su empleo del tiempo. Su vehículo se encontró a varios kilómetros del lugar del accidente. Ninguna huella, nada, aparte de una leve abolladura en la parte trasera.

—¿Y qué se supone que debo hacer yo? ¿Encontrar al culpable?

—No, ya que eso no es todo. En los dos días posteriores a la muerte de Verdier, los acontecimientos se han precipitado. Valey, el banquero, ha sido encontrado asesinado en el despacho de su hotel particular. Último y único visitante, su sobrino François. Desde entonces, el sobrino no ha podido ser localizado. Oficialmente, la policía le acusa del crimen, a pesar de que no puede encontrar un móvil razonable. Pero yo, que veo el asunto desde otro ángulo, he podido reunir algunos informes muy interesantes. Por ejemplo, en la tarde que precedió al crimen, François Valey bajó a la sala de las cajas fuertes, con un portadocumentos bajo el brazo. Además, desde hacía algunos días frecuentaba a un tal Malinine, el cual desapareció también el mismo día.

Ese Malinine pretendía ser un hombre de negocios de Africa del Sur, pero he comprobado que es falso. Y así estamos.

Calone hizo una mueca.

—Temo que nos quedemos ahí. Aparentemente, el sobrino ha recuperado las Memorias, las ha entregado a ese Malinine y ha asesinado a su tío, que lo había descubierto todo. Lo cual le ha obligado a huir.

—Es la explicación más lógica, efectivamente. Si es la verdadera, puedo archivar el caso. Pero en nuestra profesión he aprendido a desconfiar de la lógica y de las apariencias. He estudiado cuidadosamente la ficha de François Valey. No hubiera asesinado a su tío, ni siquiera descubierto por él. Además, tenía una amiguita en Ginebra, una tal Marianne Dumont, a la cual frecuentaba contra la voluntad de su tío, pues parecía estar muy enamorado de ella. Sin embargo, la muchacha no tiene noticias suyas. Si Valey se hubiera refugiado en alguna parte con la intención de rehacer allí su vida, se lo habría hecho saber a su amiga.

—Un poco flojo como argumento. He conocido a individuos que han asesinado en estado de crisis con gran asombro de sus íntimos. Por otra parte, una amiguita no pesa demasiado cuando se trata de salvar el pellejo.

—Lo sé, lo sé... Pero Valey no tenía ningún motivo para matar a su tío. Descubierto por él, ¿qué es lo que arriesgaba? Menos, en todo caso, que una acusación de asesinato. Su tío no hubiese podido probar nunca ante la ley que su sobrino era un ladrón. El único que hubiera podido denunciarle está muerto. Y estando vivo no lo hubiese hecho, para no llamar la atención sobre esas famosas Memorias.

—¿Qué ocurrió, en su opinión?

—Por un motivo X, François Valey vaciló en entregar el manuscrito a los rusos. Tal vez porque su tío le había efectivamente descubierto. Los rusos se anticiparon, liquidaron al tío, eliminando a un testigo peligroso y colocando al sobrino ante el hecho consumado. Pero François Valey no reaccionó de acuerdo con lo previsto. Se asustó, y huyó. En mi opinión, se oculta en alguna parte y posee aún el manuscrito en cuestión.

—¿Y yo estoy encargado de ponerle la mano encima?

—Verá... Creo que debería empezar su investigación en Ginebra. Por mi parte, he alertado a mis diversos informadores y, si me entero de algo, se lo comunicaré inmediatamente. Tengo dos posibilidades: hago buscar a François Valey, pero también a ese Malinine. Es posible que a través de uno de ellos lleguemos al otro.

Costes sacó un cigarrillo de su paquete, vaciló, volvió a meterlo dentro. La cosa iba mejor. Añadió:

—Paule le entregará el *dossier* y podrá usted estudiarlo a fondo. En cuanto haya terminado, salga para Ginebra.

Calone se puso en pie, limitándose a inclinar la cabeza.

—No parece usted muy entusiasmado —observó Costes.

—No lo estoy —sonrió Calone—. Esta es la clase de jaleo en el que hay más a perder que a ganar.

—¿No es lo que a usted le gusta, normalmente?

—No me gustan los jaleos de los demás.

Costes le acompañó hasta la puerta. Cuando Calone iba a salir, dijo:

—Tenga cuidado al cruzar las calles. Este año, los automóviles vuelan muy bajos.

* * *

Marianne cerró el periódico, lo dobló y lo tiró sobre la mesita que tenía delante de ella. «El Caso» había emigrado de la primera página a la tercera, pero el misterio continuaba siendo absoluto. Lo mismo para ella que para la prensa, François Valey seguía sin aparecer, y no se explicaban los motivos que habrían podido impulsarle a asesinar a su tío.

Desde hacía cuatro días, Marianne esperaba. Desde hacía cuatro días, había tenido que soportar los interrogatorios de la policía, su discreta vigilancia, las visitas de los periodistas, las miradas compasivas o injustamente suspicaces de los que la rodeaban.

Esperaba. Sabía que François acabaría por manifestarse. Y donde él estuviera, iría ella.

Llamaron a la puerta y Marianne se irguió, súbitamente tensa, súbitamente inquieta. Dirigiéndose hacia la puerta, pegó su ojo a la mirilla y descubrió la silueta de un desconocido. ¿Periodista? ¿Policía? Podía ser cualquiera de las dos cosas. Tras una breve vacilación, se decidió a abrir.

—¿La señorita Marianne Dumont? —inquirió Calone.

Marianne asintió con un gesto.

—¿Puedo hablar con usted unos instantes?

—¿Se trata de François?

—Sí.

—Pase.

Calone entró en el apartamento, dejándose guiar hasta la sala de estar. Marianne le invitó a sentarse, en tanto que ella volvía a instalarse en el sofá.

—¿Quién es usted? —preguntó—. ¿Está enterado de alguna novedad?

—No, exactamente. Investigo.

—¿Pertenece a la policía?

—Hasta cierto punto. Digamos que algunos miembros de la familia Valey desearían saber algo más, ya que no están del todo convencidos de la inocencia de François Valey.

—Me gustaría conocerles. ¿No me acusan a mí de haber sido la inductora del asesinato del tío de François?

—Sería absurdo, naturalmente. Por otra parte, a la luz de lo que sé, yo también estoy convencido de la inocencia de François Valey. Claro que estar convencido de una cosa y poder probarla no es lo mismo. El único modo de exculpar a François es descubrir al verdadero culpable.

Marianne tenía la cabeza inclinada. Dijo:

—Lo sé. Por desgracia, no he podido informar a la policía de nada útil. Desconocía en absoluto la vida que llevaba el tío de François: ¿cómo podría saber quién deseaba perjudicarlo?

—Supongo que la policía la ha interrogado especialmente para saber lo que hubiese podido inducir a François a matar a su tío...

—Sí. Están convencidos de su culpabilidad.

Calone sacó un cigarrillo, lo encendió.

—Yo tengo otra teoría —dijo.

Marianne alzó la cabeza y le miró.

—¿Cuál? —inquirió.

—Alguien ha matado a Valey por unos motivos concretos. Es evidente. Pero yo estoy seguro de que el asesino ha querido matar dos pájaros de un tiro, comprometiendo a François. La cosa ha estado demasiado bien preparada.

—Es posible... No se me había ocurrido.

—En cambio, creo que François quedó convencido de ello al descubrir el cadáver de su tío. De ahí su pánico y su fuga precipitada. Y es seguro que se oculta en alguna parte.

—¿Usted cree?

Por primera vez, gracias a aquel desconocido, Marianne entreveía una leve claridad...

—Sí. Y he decidido conducir mi investigación partiendo de esa teoría. La única persona que puede ayudarme es usted, porque el enemigo del señor Valey era también el enemigo de François. No se trata de un drama familiar, ni de un problema de herencia. Por lo tanto, hay otra cosa. El asesino es un

extraño, pero al mismo tiempo un íntimo de François. ¿Y quién mejor que usted podría hablarme de los íntimos de François?

—Desgraciadamente, no se me ocurre nada. François conocía a mucha gente porque salía mucho, pero tenía muy pocos amigos. Y no imagino...

—No tiene que ser necesariamente un amigo, puede tratarse también de una relación de negocios.

—François trabajaba en el banco, pero no me hablaba nunca de sus actividades.

—Piense un poco... ¿No conoció recientemente a alguien que fuera a la vez una relación de placer y de negocios?

—No, yo... Bueno, había un hombre, pero François le conoció hace apenas diez días.

—¿Cómo se llamaba?

—Malinine, un ruso establecido en África. François le conoció una noche en una *boîte*, pero no veo cuál hubiera podido ser su papel en todo esto...

—No hay que pasar por alto ningún detalle, señorita Dumont. ¿Le ha hablado a la policía de ese Malinine?

—¿Por qué tenía que hacerlo?

—De modo que François le conoció y volvió a verle...

—Sí. Salimos juntos varias veces. Personalmente, no me era muy simpático.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quería dar la impresión de que era muy amable, pero a mí me producía un efecto totalmente contrario.

—¿Hubo alguna cuestión de negocios entre ellos?

—No, en absoluto. Le encontrábamos por la noche, y salíamos. François no me dijo nunca que le había visto aparte de aquellas salidas.

—Trate de recordar... Haga un esfuerzo. En su conversación, ¿no aludieron nunca a algún negocio que estuvieran tratando?

—No.

—¿No hablaron nunca de comprar o de vender algo?

—No, puedo asegurárselo.

—¿Alguna cuestión de dinero?

—No..., es decir, excepto cuando jugaron al póquer.

—¿Jugaban al póquer? ¿Fuerte?

—Demasiado. Yo había puesto a François en guardia.

—¿Quién perdía?

—Malinine.

—¿Siempre?

—Sí.

Calone la observó atentamente.

—¿Está usted segura de no olvidar nada?

Marianne se irguió vivamente.

—¿Qué quiere usted decir?

—Una impresión... Diríase que se calla usted algo a propósito de esas partidas de póquer.

—¡Se equivoca usted!

Calone se puso en pie y dio unos pasos por la habitación, deteniéndose delante de un bibelot o de un cuadro. Marianne le seguía con la mirada. Súbitamente, Calone se volvió y dijo:

—Vengo como amigo. Para ayudar a François. Si me oculta usted algo, corre el riesgo de perderle, creyendo ayudarle.

—¡No sé nada más!

Calone se acercó a ella, se inclinó.

—¿Qué pasó entre Malinine y François a propósito de esas partidas de póquer?

—Ya se lo he dicho. Apostaron fuerte, y Malinine perdió.

—¿Cómo se lo tomó Malinine?

—Muy bien. Su fortuna le permite soportar unas pérdidas de aquella importancia.

—¿Ha vuelto usted a verle?

—No.

—¿Ha tratado de ponerse en contacto con él?

—Sí... Pero se marchó del hotel sin dejar ninguna dirección.

—¿Cuándo se marchó?

—La... la misma noche en que François desapareció.

—¿No le extrañó a usted aquella coincidencia?

—Un poco, pero Malinine estaba aquí de vacaciones y podía marcharse en cualquier momento.

—¿Sin avisar a nadie?

—No lo sé... ¡Oh! Déjeme, por favor, le he dicho todo lo que sabía, déjeme...

Se desmoronaba. Empezó a llorar, pero lo hizo con mucha dignidad, esforzándose en no mostrar su pena, pero sin poder evitar que las lágrimas se deslizaran por sus mejillas.

Calone se sentó junto a ella y dijo suavemente:

—Señorita Dumont... ¿Ha pensado usted que François puede estar en peligro si sabe la verdad? ¿Por qué ha huido, si es inocente? Voy a decírselo: porque tiene miedo. Miedo de alguien. Y, ¿a quién puede tenerle miedo, sino al asesino? Si quiere usted salvarle debe decírmelo todo, todo...

Marianne sacó un Kleenex de su bolsillo y se secó los ojos.

—Dos días antes... antes de la desaparición de François, hubo otra partida de póquer. Duró toda la noche. François perdió trescientos mil francos.

—¿Trescientos mil?

—Sí... Estaba loco.

—¿Y los ganó Malinine?

—No... Habíamos trabado conocimiento con otro muchacho, un francés...

—¿Cómo se llamaba?

—Verdier, creo.

—¿Y ese Verdier fue el que ganó?

—Sí.

—¿Y François pagó?

—No, no podía hacerlo. Verdier tenía que marcharse al día siguiente y exigió que François le pagara antes de las dos de la tarde.

—¿Cómo se las arregló François?

—Verdier no se presentó. Malinine pagó por François, y luego le propuso un arreglo.

—¿Qué clase de arreglo?

—No lo sé... Malinine habló a solas con François.

—¿Y su amigo no le contó después lo que habían acordado?

—No... Sólo nos vimos una vez, por la noche. François parecía preocupado, pero no me dijo nada. Únicamente que Malinine le concedía un plazo.

—¿Y luego?

—No volví a verle. Tenía que llamarme al día siguiente, pero no lo hizo. Fue el día en que...

Para Calone, una parte de la historia se explicaba. Malinine liquidó a Verdier y se las arregló para que François creyera que debía pagarle a él aquella elevada suma. El ruso se había visto desbordado por Verdier, pero reaccionó rápidamente. En resumen, el francés había trabajado para él permitiéndole chantajear a François. Como, por otra parte, era casi seguro que François había sacado el manuscrito de las Memorias de la caja fuerte, la

relación resultaba fácil de establecer. Pero todo aquello no explicaba la muerte del tío y, sobre todo, la huida de François.

Calone se puso en pie.

—Gracias, señorita Dumont, me ha sido usted muy útil. Si se produce alguna novedad, la tendré al corriente. Por su parte, puede encontrarme en el Continental. Me llamo Nicolás Calone.

Regresó inmediatamente a su hotel con la certeza de que en Ginebra no descubriría gran cosa. Le esperaba un mensaje de Costes.

François Valey había sido localizado. Se encontraba en Guatemala. El corresponsal local facilitaría a Calone todos los informes que pudieran serle útiles.

Calone se preguntó cómo había podido llegar Valey hasta allí.

Capítulo IX

Se llamaba Balerio y tenía un garaje en Guatemala, la capital. Esperaba a Calone en el aeropuerto. Al francés no le disgustó reencontrarse con el sol y el calor.

Balerio se dio a conocer a la salida de la Aduana y arrastró inmediatamente a Calone hacia un lujoso Cadillac de colores por lo menos sorprendentes.

Balerio tenía un físico de grande de España, pero se expresaba como un golfo del barrio chino. Calone se sentó a su lado y Balerio arrancó en plan de millonario, levantando una nube de polvo y asustando a los pobres peatones.

Su garaje se encontraba en el centro de la ciudad y su apartamento encima del garaje. Pero precisó:

—Tengo una villa a orillas del mar. Voy allí a hacer mis curas de desintoxicación.

Guiñó un ojo de modo equívoco, cogió una botella de *whisky* de centeno y llenó generosamente dos vasos. Tendió uno de ellos a Calone.

—El alcohol y las mujeres guapas —dijo—. Es lo único que vale la pena. Cuando mi organismo no pueda resistir más, la diñaré y en paz.

Alzó su vaso.

—¡Por el dinero, por lo que se obtiene con él, alcohol y mujeres guapas, y también... a su salud!

Calone brindó de un modo más sobrio y soltó su vaso.

—¿Y nuestro amigo? —inquirió—. ¿Está aquí?

Balerio se hundió en su sillón, colocó los pies sobre la mesita y sacudió la cabeza.

—Está en el infierno, en un rincón perdido. Llegó allí hace dos días, después del mensaje de Costes.

—¿Cómo pudo localizarle?

—¡Oh! Es muy sencillo... Tengo un negocio de alquiler de automóviles, de modo que me hago comunicar las listas de pasajeros que llegan a Guatemala a fin de ofrecerles mi servicio. Nada más llegar se instaló en un

pequeño hotel, y al día siguiente salió en dirección al pueblo donde ahora se encuentra. Está muy cerca de la frontera mejicana.

—¿Qué es lo que hace allí?

—No lo sé. El pueblo se llama Pacito y sirve de localidad fronteriza. Tres mil habitantes, como máximo, un clima podrido y tan alegre como el Vaticano el día de la muerte del Papa.

—¿Cómo llegó allí?

—En tren y en autocar. Un buen truco para embrollar una pista. En mi opinión, se dirigió allí para pasar clandestinamente la frontera y perderse en Méjico.

—¿Está solo?

—Sí. Se aloja en una de las dos posadas del pueblo. Si va usted allí la encontrará fácilmente. Está enfrente de la iglesia y el dueño se llama Pancho. Pero, en su lugar, yo me daría prisa. Tengo la impresión de que nuestro hombre trama algo.

Calone asintió con un gesto.

—Dígame... En el mensaje de Costes se hablaba de un tal Malinine. ¿Le ha visto usted?

—No. Si ese tipo está en Guatemala, habrá cambiado de nombre.

—Supongo que un extranjero que desembarca en Guatemala debe llamar la atención...

—Si se queda algún tiempo, sí. No olvide que esto es un puesto fronterizo y que hay muchas idas y venidas.

—¿Cómo puede irse a Pacito aparte de en tren y en autocar?

—En automóvil, por la carretera. Se han olvidado de establecer una línea aérea.

Rió, cogió la botella y se la mostró a Calone.

—¿Otro dedito?

—No, gracias. Voy a salir inmediatamente hacia allí. ¿Puede procurarme un vehículo cualquiera?

—Es mi oficio. ¿Qué es lo que quiere? Tengo de todo, desde el Fiat podrido hasta el 10 toneladas.

—Necesito algo que corresponda al pretexto que voy a escoger. ¿Qué me aconsejaría usted para justificar mi presencia en aquel agujero?

Balerío se rascó el cráneo.

—No sé... Vendedor ambulante... No, es poco excitante y, además, exige material. Turista... nadie va a creérselo. ¿Misionero?

Calone hizo una mueca.

—Tiene usted razón, la sotana no debe utilizarse para esos menesteres — dijo Balerio—. ¡Espere! Creo que tengo un buen truco. Prospector... ¿Qué le parece?

—¿Petróleo?

—Por ejemplo. Le preparo un *jeep*, le busco un poco de material y asunto terminado.

El programa convenció a Calone, hasta el punto de que tres horas después enfilaba la carretera al volante de un *jeep* con dos cajas de material detrás. En una de ellas, cuidadosamente envuelta en un trapo engrasado, una Beretta acompañada de varios cargadores.

Calone había renunciado a su ropa ciudadana y se había puesto unas prendas más adecuadas: camisa y pantalón de dril, chaqueta de cuero y botas de media caña. Todo olía a nuevo, pero al cabo de un centenar de kilómetros, con la ayuda del polvo, su aspecto profesional era más que aceptable.

La carretera tenía altibajos, lo mismo en el plan de la altitud que en el de la calidad del firme, y el *jeep* se comportaba como todos los *jeeps*, es decir, a la vez bien y mal.

Al atardecer, Calone no había recorrido más que trescientos kilómetros y consideró que estaba suficientemente baqueteado. Estacionó su vehículo en las proximidades de un pueblo, abrió una lata de conservas, cenó frugalmente, montó su tienda y se durmió con la impresión de no haber hecho otra cosa en toda su vida.

Se despertó con el alba, recogió su material y reemprendió su camino dándole la espalda al sol. El calor aumentó con mucha rapidez y Calone exhaló un suspiro de alivio al distinguir el letrero indicando que llegaba a El Progreso, un pueblo situado a diez kilómetros de Pacito.

Se detuvo, comió un par de galletas de maíz y bebió una taza de café frío. Tenía la impresión de no haberse lavado desde hacía años.

Volvió a subir al *jeep* para cubrir la última etapa de su viaje. Unos postes indicadores señalaban que Pacito era un puesto fronterizo y que más allá se encontraba Méjico.

¿La Tierra Prometida para François Valey?

La carretera ascendía, una carretera muy mala, sin asfaltar. Al distinguir las primeras casas, Calone aminoró la velocidad. Un campesino, encaramado sobre su asno, se apartó para dejarle pasar y le envolvió en una larga mirada. Dos chiquillos se inmovilizaron a su paso. Una anciana entró precipitadamente en su casa.

Tratándose de un puesto fronterizo, la acogida resultaba muy poco entusiasta. Más arriba, una destartada estación de servicio señalaba que era la última en territorio guatemalteco y que más allá la gasolina era mejicana, es decir, más cara. No decía que era menos buena, pero se sobreentendía.

Al doblar una esquina, Calone desembocó bruscamente en la plaza. La iglesia, toda blanca, se erguía en el centro. En la plaza reinaba cierta animación. Había varios automóviles estacionados en la calzada central, algunos matriculados en Méjico. En el otro extremo había un mercado del cual el calor hacía surgir un olor fuerte e indefinible.

Calone detuvo su *jeep* y descendió de él con alivio. Vio numerosas tabernas, casi todas con la palabra «Cambio» torpemente caligrafiada.

Balerío había dicho que la posada donde se alojaba Valey se encontraba enfrente de la iglesia. Calone le preguntó por ella al chófer de un automóvil. ¿La posada de Pancho? Estaba treinta metros más arriba.

Calone se dirigió hacia allí a pie. Era una gran casa blanca de estilo español. En la fachada, unos balcones de hierro forjado adornados con flores rojas.

Calone entró. La «recepción» estaba separada de la sala por una semipared de cristal mate. Pancho, el dueño, abandonó el bar y se acercó a Calone.

—Quiero una habitación —dijo el francés.

El dueño no se apresuró a contestar, observando al presunto cliente. Tal vez había aprendido a desconfiar, tal vez sus reflejos mentales eran lentos.

—¿Va usted solo? —inquirió finalmente.

—Sí, solo.

—¿Americano?

—No, francés.

—Entonces, serán cuatro quetzales^[10].

Se hizo pagar por anticipado y gritó, llamando a una joven. Esta llegó corriendo, aparentemente aterrorizada por el sonido de la voz del dueño. Era una mestiza india, con una piel de color cálido, un cuerpo delgado y nervioso y unos largos cabellos negros.

—Acompaña al señor a la habitación número 12.

La muchacha inclinó afirmativamente la cabeza antes de que el dueño terminara la frase y Calone la siguió en dirección a la escalera de piedra. Había esperado poder echar una ojeada al registro durante su inscripción, pero el dueño no le hizo rellenar ninguna ficha.

Llegada al primer piso, la muchacha se detuvo delante de la segunda puerta, la abrió. Entró y fue a abrir los postigos, a fin de que Calone pudiera juzgar.

Calone hizo una mueca. En el cuarto, la comodidad estaba reducida a su más mínima expresión. La joven esperaba cerca de la puerta, en la actitud de alguien que espera ser golpeado.

—¿Cómo te llamas? —inquirió Calone.

—Rosario.

Calone sacó un billete de un quetzal de su bolsillo y se lo tendió.

—¿Muchos clientes?

Pero Rosario no respondió, fascinada por el billete que sostenía en la punta de sus dedos. Calone repitió su pregunta. Rosario se sobresaltó, introdujo rápidamente el billete en su corpiño y dijo:

—En esta época del año siempre hay gente.

Calone fue a apoyarse sobre la cama, hizo rechinar el somier, se incorporó. Rosario continuaba mirándole como si fuese una aparición.

—No está mal —dijo Calone—, no está mal.

—¿No... no trae usted equipaje?

—Sí, en el *jeep*.

—¿Puedo... puedo ir a buscarlo?

Calone sonrió.

—Yo me ocuparé de él.

La muchacha salió como de mala gana, cerrando suavemente la puerta. Calone se acercó a la ventana, abrió los postigos de par en par y recibió una vaharada de calor seco. El polvo volaba a ras del suelo. Un murmullo se elevaba del mercado, a veces dominado por un grito o una serie de bocinazos.

Un autocar arrancó penosamente, envolviendo en humo a un grupo de personas que se encontraban en la acera. Brotaron los insultos. Un perro esquivó por muy poco al pesado vehículo.

Calone se preguntó cómo había podido aterrizar aquí Valey. ¿Por qué aquí precisamente? Cerró los postigos para conservar un ilusorio frescor en el cuarto y salió.

Fue en busca de su *jeep* para estacionarlo delante de la posada, sacó la más pequeña de las cajas y una bolsa de lona, de marino. Rosario se materializó y se ofreció para llevar la bolsa.

—Pesa demasiado —dijo Calone, dirigiéndose hacia la escalera.

La muchacha pareció decepcionada, pero no insistió. Llegado al primer piso, Calone dejó el equipaje en el pasillo, se secó la frente, escuchó. Todo

estaba en silencio. Abrió la primera puerta. La habitación estaba vacía, desocupada.

Después de su propia habitación, había otra. Pero Calone no pudo entrar en ella, ya que la puerta estaba cerrada con llave. Al otro lado del pasillo había dos habitaciones. Calone consiguió echar una ojeada a la última, pero no insistió. A menos de que Valey viajara disfrazado de mujer, existían pocas posibilidades de que aquél fuera su cuarto.

Calone volvió a bajar. El dueño estaba de nuevo detrás del mostrador del bar. Calone se acercó, pidió una cerveza. Pancho le sirvió en silencio.

Calone bebió la tibia cerveza haciendo una mueca. Desde que había salido de Guatemala-capital, todo estaba tibio, lo mismo el café que la cerveza. Dirigiéndose a Pancho, inquirió:

—¿Siempre hace tanto calor?

—Depende...

Era evidente que no tenía ganas de hablar. Pero hacía falta algo más para detener a Calone, el cual insistió:

—¿Mucha gente en este momento?

—Regular...

—¿No verá usted a muchos franceses por aquí?

—No.

—¿Pero vienen algunos?

—A veces.

Calone señaló su vaso vacío.

—Otra.

El dueño le sirvió una segunda botella. Calone continuó:

—¿Hace mucho tiempo que ha visto al último?

Pancho le miró como si no hubiese comprendido la pregunta y se dirigió hacia un cliente que acababa de entrar. Calone encendió un cigarrillo, evitando cuidadosamente el extraer ninguna conclusión de la actitud del posadero.

Pancho volvió a ocupar su puesto detrás del mostrador. Calone terminó su cerveza, sacó un billete para pagar. Pancho le devolvió el cambio.

—A propósito, ha sido usted demasiado generoso con Rosario, señor — dijo.

—No creo que pueda perjudicarle a usted...

—El dinero las estropea y luego no puede sacarse nada de ellas.

Pancho sacó un billete de un quetzal y lo empujó hacia Calone.

—Tómelo, es mejor así.

Calone recogió el billete sin decir nada y salió. Allá abajo, el mercado tocaba a su fin. Unos campesinos se marchaban cargados de cestos de mimbre. Los más ricos en unos vehículos destartados, los más pobres a lomos de un asno, e incluso a pie.

Calone cruzó la plaza y se mezcló con la multitud. No había que precipitar las cosas. Conocía perfectamente aquellos pueblecitos cerrados, hostiles al forastero, llenos de desconfianza en lo que respecta a las preguntas.

Súbitamente, distinguió a Rosario que discutía con un vendedor de legumbres. El individuo, furioso, hacía grandes gestos, en tanto que la mestiza parecía encogerse en medio de un grupo de mirones que reían.

Calone se acercó.

—¿Qué pasa, Rosario? —inquirió.

El vendedor respondió por ella.

—Siempre lo mismo, quiere que le regale mis mejores legumbres. Y yo no puedo permitirme esta clase de regalos.

Calone cogió a la muchacha por el brazo y la arrastró más lejos.

—¿No tienes dinero para hacer tus compras?

—¡No son *mis* compras! —replicó Rosario con violencia—. ¡Cuando yo compro algo, lo pago!

—¿Era para Pancho?

—Sí... Me envía todos los días cuando termina el mercado, porque todo es más barato. Muchos campesinos prefieren vender que perder la mercancía a causa del calor. Pero nunca me da suficiente dinero...

Rosario le miró.

—Entonces, me pega. A veces, para evitarlo, si tengo algún dinero, lo gasto...

—¿Y el billete que te he dado?

Rosario inclinó la cabeza y aceleró el paso. Calone la alcanzó y la cogió del brazo.

—¿Qué has hecho con él?

—¡Ya no lo tengo!

—¿Te lo has gastado?

—Sí.

—¿Para Pancho?

Al ver que permanecía silenciosa, Calone sacó un billete de su bolsillo y se lo entregó a la muchacha.

—Toma —dijo—, cuando yo hago un regalo, no le importa a nadie más.

Rosario enrojeció mirando el billete, alargó una mano tímida, lo cogió y lo hizo desaparecer rápidamente en su corpiño, como la primera vez.

—En tu lugar —sonrió Calone—, yo buscaría un escondrijo más seguro.

Rosario se llevó una mano al pecho. Tenía unos dedos largos y nerviosos. Lentamente, una sonrisa asomó a sus labios, se hizo más amplia y terminó en una franca carcajada.

Dieron unos pasos en silencio. Calone atacó bruscamente.

—Rosario... Me han dicho que en la posada se alojaba otro francés. ¿Continúa allí?

El rostro de Rosario volvió a cerrarse inmediatamente. Sacudió la cabeza.

—No lo sé. No estoy al corriente.

—Es posible que no se haya quedado mucho tiempo...

Rosario se detuvo bruscamente delante de un vendedor de fruta, señaló unas grandes manzanas con el dedo, empezó a regatear. Fatigado, el vendedor rebajó su precio.

Rosario metió las manzanas en su cesta y reanudó su camino.

—¿Se ha marchado? —insistió Calone.

—¿Quién?

—El francés.

—Tengo que marcharme. Pancho me estará esperando.

Rosario echó a correr. Bruscamente, se detuvo, se volvió.

—¡Se ha marchado! —gritó.

Capítulo X

Calone había pasado la tarde buscando inútilmente un rastro cualquiera de Valey. Su paso por Pacito no parecía haber dejado huella. Calone había ido a dar una vuelta del lado de la frontera. El puesto de Aduanas carecía de importancia, una pequeña barraca blanca delante de la cual dormitaban dos empleados.

Desde luego, era posible pasar clandestinamente, gracias al accidentado relieve de la región. Pero ¿y después? Poco antes de la cena Calone se apostó en la terraza de la posada, pero no vio nada que se pareciera de cerca o de lejos a Valey.

A la hora de cenar, fue a instalarse en la sala. Rosario servía. De cuando en cuando, Calone sorprendía la mirada de la muchacha clavada en él. Por su parte, Pancho no perdía de vista a la mestiza cada vez que ésta entraba en la sala.

Tampoco allí se manifestó Valey. Quizás la pequeña mestiza había dicho la verdad. Valey se había marchado.

Se demoró fumando unos cigarrillos, bebió un par de vasos de chicha y finalmente decidió subir a su cuarto. Hacía largo rato que había oscurecido. Calone se acodó en su balcón. Al fondo de la plaza brillaba el letrero luminoso del único cine, ocultando el tejado del hangar que servía de sala.

Calone cerró el balcón, se instaló en un sillón y escuchó vivir la posada. Los ruidos desaparecían uno a uno. Los golpes de las puertas al cerrarse se espaciaban cada vez más.

Calone se decidió bruscamente. Trataría de tener una última explicación con Pancho y, si no sacaba nada en limpio, iría a ver al otro lado de la frontera. Se puso en pie y reunió sus pertenencias antes de meterlas en su bolsa de lona.

Llamaron a la puerta. Calone se inmovilizó. Llamaron de nuevo, de modo casi imperceptible. Calone fue a abrir; con la bolsa en la mano.

Era Rosario. Entró rápidamente, cerró la puerta y se apoyó contra ella. Miró la bolsa que Calone tenía en la mano y susurró:

—¿Se marcha usted?

—Mañana por la mañana.

Los ojos de Rosario se agrandaron ligeramente. Respiraba de un modo entrecortado, como si hubiese corrido durante largo rato.

—¡No quiero que se vaya! —murmuró.

Calone se alejó para continuar recogiendo sus cosas. Rosario se acercó a él.

—¿Estaba usted citado con el otro francés?

Calone se la quedó mirando.

—Sí —dijo finalmente—. Ahora, tengo que buscarle.

Rosario inclinó la cabeza y murmuró:

—No se ha marchado.

Calone la cogió del brazo y la muchacha se estremeció.

—Esta mañana me has dicho lo contrario.

—He repetido lo que dice Pancho.

—Entonces, ¿dónde está?

—No lo sé... Pero no se ha marchado.

—¿Cómo lo sabes?

Rosario vaciló. Bruscamente, Calone notó que se ponía rígida y percibió el ruido de unos pasos que se acercaban. La muchacha se apretó súbitamente contra él cuando llamaron a la puerta.

Rosario sacudió la cabeza. Calone le hizo una seña para que no se moviera y gritó:

—¿Quién es?

—Yo, Pancho. Venía... venía a verle.

Rosario temblaba contra él. Calone miró a su alrededor. En el cuarto no había ningún escondrijo, y la cama era demasiado alta.

Cogió el brazo de la joven y la arrastró hacia el balcón. La empujó al exterior, cerró la puerta vidriera y echó la cortinilla.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Calone desabotonó su camisa, deshebilló su cinturón. Abrió, diciendo:

—Discúlpeme, me disponía a acostarme.

Pancho entró, sosteniendo un delgado cigarro entre el pulgar y el índice. Sonrió.

—¿No le molesta el humo?

—No, no, en absoluto.

Pancho movió la cabeza, dirigiendo pequeñas ojeadas a su alrededor.

—He subido a ver si necesitaba algo. Durante el día no puede tenerse todo a la vista. Y como he notado que había luz...

Calone le miró, sonriendo también.

—No necesito nada, gracias.

Pancho volvió la cabeza y su mejilla izquierda apareció a plena luz. La tenía cruzada por dos rastros de sangre seca. Observando la mirada de Calone, explicó:

—Tengo un gatito demasiado afectuoso.

Dio algunos pasos, dejó caer al suelo un poco de ceniza de su cigarro y se inclinó rápidamente para hacerla desaparecer. Aprovechó la ocasión para echar una ojeada debajo de la cama. Se incorporó.

—Perdone.

Calone fue a coger sus cigarrillos y luego, con la mayor naturalidad, se apoyó contra la puerta vidriera del balcón, deteniendo con aquel gesto a Pancho, que se dirigía hacia ella.

—¿Tiene usted fuego? —inquirió Calone.

El otro le tendió su cigarro. Sus miradas se cruzaron. Pancho dijo:

—En este pueblo no hay muchas distracciones.

—He venido a trabajar.

—Prospector, ¿verdad?

—Sí.

—Es duro. Un oficio de solitario. Yo he conocido eso en otra época. Lo que más echaba de menos eran las mujeres. ¿Y usted?

—Eso se encuentra...

—Si se conoce el terreno...

Se inclinó y añadió, en tono confidencial:

—Si usted quiere, puedo procurarle una... Guapa, limpia... Por otra parte, sólo le gustan los gringos... Cobra 10 quetzales. Y por 20, se queda toda la noche.

—No me interesa. He recorrido un largo trayecto y prefiero dormir.

—Entonces, otra vez será.

—Es posible...

Pancho no tenía nada más que decir, pero no se decidía a marcharse. Señaló la puerta del balcón.

—¿No abre usted, para aprovechar el fresco de la noche?

Finalmente retrocedió, yendo a sacudir la ceniza de su cigarro en un cenicero para ganar tiempo. Llegado a la puerta, se volvió.

—No he visto a ningún francés desde hace mucho tiempo, pero ha pasado un suizo. Viene a ser lo mismo, ¿no?

—Hablamos el mismo idioma.

—Lástima... Se ha marchado. Sí, se marchó ayer. Buenas noches, señor. Salió. Calone esperó un largo rato, y luego abrió suavemente la puerta. Pero el pasillo estaba desierto. Se dirigió al balcón, hizo entrar a Rosario.

—¿Se ha ido ya? ¿Qué quería?

Calone rió silenciosamente.

—Tranquilizarme.

Pero la pequeña mestiza no comprendió. Echó a andar, se detuvo bruscamente delante de Calone.

—¡Me está buscando! No me deje.

Fue a apagar la luz y Calone oyó el rumor de sus pasos sobre el embaldosado. De pronto, la muchacha se pegó a él, murmurando:

—No me deje. Tengo miedo...

Calone la cogió por los hombros.

—Antes no me has contestado. El otro hombre, mi amigo, no es francés, es suizo...

—Hablabas en francés...

—Sí. ¿Dónde está?

—No lo sé, pero no se ha marchado. Ha dejado todas sus cosas en su cuarto.

—¿Cuál?

—La puerta de enfrente de la suya.

Súbitamente, Rosario se echó a llorar.

—¿Qué tienes? —inquirió suavemente Calone.

—¡Me busca, estoy segura! Esta tarde ha querido volver a quitarme el billete que usted me ha dado... He tenido que arañarle...

Un gatito demasiado afectuoso... Calone sonrió. La comparación no era tan absurda...

Rosario suspiró.

—Si se marcha, lléveme con usted. Haré lo que usted quiera, seré su mujer, su criada, su esclava... Me callaré cuando usted me lo mande, hablaré cuando usted quiera que hable... No le pediré nada, nada, sólo estar cerca de usted, a su sombra...

—Mi profesión es muy dura, ¿sabes? Un día aquí, otro día allá...

—No importa. No temo los desiertos, los conozco. Podré serle útil en sus trabajos, me ocuparé de todo, de la comida, de la ropa...

Calone le puso un dedo sobre los labios. Todo aquello por un billete de un quetzal... Nunca había recibido tanto a cambio de tan poco.

Un poco asustado, quiso rechazarla, pero le faltó valor para hacerlo. Después de todo, Valey podía esperar perfectamente unas cuantas horas más.

* * *

Un bocinazo despertó a Calone con un sobresalto. El día apenas se levantaba. Rosario dormía a su lado, con una expresión de relajamiento en el rostro. Parecía aún más joven.

Calone se levantó silenciosamente, se acercó al balcón, alzó la cortinilla. Un autocar vacío estaba estacionado en la plaza, prácticamente desierta.

Calone abrió la pequeña caja y sacó la Beretta. Echó una última ojeada a Rosario y salió de la habitación.

La posada estaba sumida en el silencio. Calone cruzó el pasillo y se inmovilizó delante de la puerta de enfrente. La cerradura era de lo más sencillo y la abrió en unos cuantos segundos.

Se deslizó al interior de la habitación. Estaba vacía. Sólo tardó unos minutos en darse cuenta de que no contenía ningún objeto que hubiera podido pertenecer a Valey.

Perplejo, volvió a salir, regresó a su habitación. La joven mestiza continuaba durmiendo. Calone se sentó en el borde de la cama y la sacudió suavemente. Rosario abrió los ojos.

—¡Nicolás! —exclamó—. ¿Adónde vas? ¿Te marchas?

Calone le acarició la mejilla, sacudió la cabeza. Rosario suspiró.

—Ahora ya no tengo miedo...

—Rosario... Escúchame.

La muchacha sonrió.

—Rosario te escucha. Rosario te escuchará toda la vida.

—He ido a la habitación de enfrente. Las cosas de mi amigo ya no estaban allí.

Rosario se incorporó sobre un codo, perpleja.

—¿Tan grave es?

—Mucho. Tengo que encontrarle, ¿comprendes?

—Ayer a mediodía sus cosas estaban aún ahí, te lo juro. Seguramente, Pancho las ha sacado.

—¿Fue Pancho quien te dijo que mi amigo se había marchado?

—Sí. Y añadió: eso es lo que hay que decirle a todo el mundo.

—¿Cuándo viste a mi amigo por última vez?

—Anteayer por la tarde. Le vi salir. Por la noche no vino a cenar.

—¿Estaba solo?

—Sí.

—¿No vino nadie a verle?

—No. Pero... aguarda. Cuando se marchó, había otro extranjero en la plaza y dieron unos pasos juntos.

—¿Cómo era ese extranjero?

—Alto, muy alto... Volví a verle después, por la noche. Vino a cenar a la posada. Habló con Pancho... Me daba miedo. Tiene unos ojos llenos de maldad...

¿Malinine? Era posible. Y Valey había desaparecido. Tal vez Calone llevaba veinticuatro horas de retraso, veinticuatro horas que no recuperaría nunca...

—¿Qué nombre dio mi amigo?

—Algo así como Miller... o Muller... Tenía un aspecto preocupado. Quizás porque tú no venías...

Calone movió maquinalmente la cabeza, se puso en pie y dio algunos pasos por la habitación. Encendió un cigarrillo y dio algunas chupadas, sin el menor entusiasmo. Tal vez Valey había tenido tiempo de huir después de haber encontrado a Malinine... En tal caso, quién sabe dónde estaría.

Al ver preocupado a Calone, Rosario estaba inquieta.

—Nicolás... ¿Temes por tu amigo?

Calone se preguntaba cómo había podido actuar Malinine en un país desconocido y no necesariamente amistoso. Preguntó:

—¿Hay policía en Pacito?

—Sí. El jefe es el hermano de Pancho.

Un detalle muy interesante. Calone fue a tirar su cigarrillo por el balcón. Luego regresó al lado de Rosario y se inclinó sobre ella:

—Creo que ya es hora de que te marches.

—¿Ya?

—No tardará en hacerse de día...

—¡No quiero volver a encontrarme con Pancho!

—Es preciso...

Vaciló, antes de añadir:

—Si te molesta, dímelo.

Rosario se levantó, desperezándose como un animalito. Un gatito afectuoso... Antes de que se fuera, Calone acarició su mejilla, diciendo:

—Ya verás como todo sale bien...

Capítulo XI

Cuando Calone bajó, Pancho estaba ya detrás del mostrador del bar.

—Café...

Pancho no se dio ninguna prisa. Llevó la taza a la mesa en la cual se había instalado Calone, se secó las manos en las perneras de los pantalones y se quedó plantado allí. Al cabo de unos instantes, dijo:

—Le convenía más aceptar mi proposición, esta noche...

Y se alejó sin esperar respuesta. Calone se bebió el café, encendió un cigarrillo. Luego se acercó al mostrador.

—El suizo del cual me habló usted anoche, ¿adónde ha ido?

El otro se volvió.

—¿Qué suizo?

—Me dijo usted que se había marchado.

—Se equivoca usted, señor, o tal vez me equivoqué yo. Hay tantas personas que vienen aquí de paso, a causa de la frontera...

—Escúcheme bien, Pancho —dijo Calone, con una voz peligrosamente suave—, ese suizo es uno de mis amigos. Sé que ha venido aquí, que se ha alojado en su posada, y le encontraré. Y tanto peor para los que traten de impedírmelo.

Pancho le escuchaba con la cabeza inclinada. Parecía caerse de sueño. Se limitó a decir:

—¿Quiere usted otro café?

Calone le volvió la espalda. Había anunciado el color, y sólo le quedaba esperar las reacciones.

Salió al tiempo que llegaban dos autocares procedentes de la frontera. Dio algunos pasos, vio a un habitante del pueblo y le preguntó dónde se encontraba la otra posada.

Un grupo de turistas norteamericanos formaba un apretado círculo delante de la iglesia. Lo contemplaban todo con el mismo pasmo con que Livingstone debió contemplar el corazón de África.

La otra posada se encontraba en el ángulo de la plaza y de una pequeña calle. Su propietario había hecho un esfuerzo en el sentido de que había

pintado la fachada de color rosa. En la terraza, veíanse unas mesas de plástico de colores violentos, completamente insólitos.

Calone entró. En el interior había varios clientes, pero Calone sólo se fijó en uno de ellos. Estaba solo, sentado al fondo de la sala, desayunando.

Un europeo, sin duda alguna, un individuo alto y moreno, de mirada cruel. Llevaba un traje de *santung* color crema. Sus ojos se posaron en Calone, taladrándole. El francés, indiferente, pidió un café. El dueño parecía primo hermano de Pancho: la misma gordura, el mismo rostro de luna llena con doble papada.

Colocó la taza delante de Calone. Al fondo de la sala, el desconocido se secó cuidadosamente los labios con un pañuelo, encendió un cigarrillo, se puso en pie y echó a andar rectamente hacia Calone.

El francés no se dio por enterado. El hombre se detuvo cerca de él y dijo:

—Resulta agradable ver a un europeo en este rincón perdido.

Se había expresado en francés. Calone se volvió hacia él.

—No es tan raro...

El desconocido tendió la mano.

—Me llamo Serguine. Soy súbdito belga.

Y al ver que Calone parecía asombrarse, añadió:

—Pero de origen ruso. ¿Puedo invitarle a una copa? Un poco de alcohol nos pondrá en forma.

Con voz autoritaria, encargó dos chichas. Luego sacó un paquete de cigarrillos.

—¿Viaje de negocios?

—Llevo la ropa de trabajo —sonrió Calone.

Se presentó:

—Nicolás Calone. Geólogo y prospector.

Serguine alzó su vaso y dijo:

—¿Qué es lo que da la región?

—Aún no lo sé... Acabo de llegar y no he tenido tiempo de nada. ¿Y usted? ¿Hace turismo?

—Digamos turismo de negocios. A mi manera, también soy prospector. Viajo, busco, y si encuentro algo susceptible de interesar a mi país, compro.

Calone apuró el contenido de su vaso.

—¿Y qué da la región?

—Hay interesantes posibilidades.

Calone sonrió.

—Afortunadamente, no trabajamos en el mismo campo, si no yo llevaría un largo de retraso.

—Es cierto, hay campos de actividad en los que no hay lugar para todo el mundo; por tanto, impera en ellos la ley del primero que llega. Y yo encuentro legítimo que el que llega primero defienda sus derechos. ¿No le parece?

—¿A cualquier precio?

—A cualquier precio, señor Calone. Nuestro mundo está hecho así.

Calone soltó su vaso.

—Bueno, gracias por la invitación... y por la lección de economía.

—Nunca está de más un poco de información. Espero que tendré el placer de volver a verle.

—Pacito es muy pequeño. Y quién sabe si algún día nuestros intereses serán comunes...

Salió de la posada y cruzó de nuevo la plaza. Estaba a punto de llegar al atrio de la iglesia cuando vio a Pancho que salía tras haber echado una prudente ojeada al exterior. Calone le dejó tomar un poco de ventaja y le siguió.

Pancho dobló por la primera esquina a la derecha. Llevaba un cesto de mimbre bajo el brazo. Al final de la calle había otra plazoleta. Y en aquella plazoleta, un edificio que por sus dimensiones dominaba a los otros.

Pancho penetró en él. Calone se detuvo en la sombra. Encima de la puerta, un gran letrero: POLICIA.

Pensativo, Calone sacó un cigarrillo, lo encendió e hizo una seña a un transeúnte. Señaló el edificio.

—¿Vive ahí el jefe de la policía?

—No, señor, pero tiene ahí su despacho.

Luego añadió, amable:

—Es también la alcaldía y la cárcel.

Calone le dio las gracias y esperó. Pancho volvió a salir al cabo de un cuarto de hora. No llevaba ya el cesto. Calone dejó que se alejara y regresó hacia el centro.

Rosario limpiaba el pequeño escritorio de la recepción de la posada. Pancho volvía a reinar detrás del mostrador. Miró a Calone cuando entraba y sus ojos le siguieron por encima del semitabique de cristal.

Rosario no había levantado siquiera la cabeza. Continuó frotando. Calone se dirigió hacia la escalera, subió tres peldaños, silbó suavemente.

Rosario alzó la cabeza. Calone le señaló el piso, haciéndole un signo para que subiera. Rosario reanudó su tarea, con el rostro impasible, como si no le hubiera comprendido.

Calone se encerró en su habitación, esperando. A mediodía, Rosario no había subido aún. Calone tiró la colilla de su décimo cigarrillo, saltó de la cama, descendió a la planta baja.

Pancho estaba en la cocina, preparando un plato. Sudaba y se secaba con su mandil de cocinero. Calone entró, y Pancho se sumió todavía más en su tarea. Calone se acercó a él y le agarró del brazo. Pancho se limitó a volver la cabeza, diciendo:

—Suélteme, señor, va a estropearme la salsa.

—Tengo que hablarle, Pancho.

—Más tarde. Como puede ver...

—¡Ahora!

Pancho se secó la frente con su mandil, trató de desasirse. Pero Calone no le soltó.

—¿Dónde está Rosario?

Pancho sonrió.

—¿Era eso, señor? Habérmelo dicho. Rosario se ha tenido que marchar urgentemente, su tía está muy enferma. La ha criado desde que era una niña, ¿comprende? Estoy seguro de que va a echarle a usted de menos. Al parecer, le gustaba usted mucho...

Revolvió la salsa con una cuchara de madera y añadió:

—Es usted tan generoso...

—¿Dónde está Rosario, Pancho?

—Acabo de decírselo... En casa de su tía.

—¿Dónde?

—No lo sé exactamente... En alguna parte hacia el norte, o quizás hacia el sur... Alguien ha venido a buscarla.

Calone le obligó a volverse con un gesto brusco.

—Basta de bromas, Pancho. Yo...

Pero no terminó la frase. A su espalda, una voz amable dijo:

—¡Ah! Veo que también usted es aficionado a la cocina de mi amigo Pancho...

Calone soltó al posadero y se volvió. Serguine estaba delante de él, amable, sonriente, fumando un delgado cigarro.

—Pancho hace la mejor cocina sudamericana que conozco —añadió Serguine.

Se acercó, se inclinó sobre un recipiente, olfateó con los ojos cerrados.

—Maravilloso...

Miró a Calone:

—¿Me haría usted el honor de compartir mi almuerzo?

—Lo siento, pero debo pensar en mi trabajo. Hasta pronto. Salió con la clara sensación de haberse dejado atrapar por los dos hombres. ¿Qué es lo que podía unirles? El hecho de que Serguine se encontrara allí demostraba que las famosas Memorias continuaban en posesión de Valey.

Se encontró de nuevo en la famosa plaza bañada por un sol implacable. Dio algunos pasos, y casi inmediatamente se dio cuenta de que le seguían. Dio la vuelta a la iglesia, regresó hacia la posada, giró, alejándose del centro. No cabía duda. Una especie de pigmeo vestido de harapos andaba tras de él.

Como ángel guardián, los había de más discretos. De cuando en cuando, Calone miraba hacia atrás. El otro ni siquiera se ocultaba. Haciendo muecas, brincando, conservaba una distancia de una docena de metros.

Calone se alejó todavía más, llegó a una calle desierta. El pigmeo aceleró el paso. Calone, atento, desconfiado, aminoró el suyo. El otro llegó a su altura. Era feo, de una fealdad definitiva. Parecía que su creador se las había ingeniado para dotarle de todas las taras humanas, lo mismo físicas que morales. Su sonrisa era viciosa, su mirada un poco lacrimosa, falsa y cruel.

Tendió una mano deforme, murmurando:

—Una limosna, extranjero.

Calone medía casi un metro más que él.

Dijo:

—¿Para eso me has estado siguiendo?

—Sí. Los extranjeros generosos no abundan.

—¿Quién te ha dicho que yo era generoso?

El enano bajó la voz, al tiempo que le hacía una seña:

—Venga, aquí llamaríamos la atención.

Intrigado, Calone le siguió. Al final de la calle empezaba el campo, sin transición. Una tierra amarilla, sembrada de matojos raquíuticos. El desconocido se dirigió hacia la sombra de un árbol, se dejó caer contra el tronco, suspirando. Miró a Calone sin dejar de sonreír un solo instante.

—¿No se sienta usted, extranjero?

Calone se agachó.

—¿Qué es lo que quieres de mí?

Se llevó la mano al bolsillo, sacó un billete de un quetzal y se lo mostró al enano. Este movió afirmativamente la cabeza.

—Rosario no ha mentado.

—¿Rosario?

—Ella es quien me ha dicho que viniera a encontrarle.

—¿Para qué? ¿Para pedirme dinero?

—No. Julio no quiere nada. Julio sólo quiere prestarle un servicio a Rosario. Ella me ha dicho que le repitiera esto: su amigo está en la cárcel de Pacito.

—¿Qué es lo que dices?

—Rosario me ha llamado esta mañana, cuando he ido a la posada a buscar las sobras de la comida... Siempre me daba algo, a escondidas de Pancho. Y me ha dicho que le repitiera eso.

—¿Dónde está?

—Julio no lo sabe... En la posada, ¿no?

—No.

El enano dejó de sonreír. Se inclinó hacia delante.

—Si alguien le hace algún daño, Julio le matará.

Se llevó la mano al bolsillo y sacó una enorme navaja de muelles. La hoja surgió bruscamente, brillante, amenazadora.

—Rosario es guapa y buena... Siempre ha sido amable con el pobre Julio, nunca le ha pedido que la hiciera reír. ¡Como los otros!

Contempló la navaja con aire pensativo y volvió a metérsela en el bolsillo. Calone le observaba, fascinado. Le tendió el billete, pero Julio lo rechazó, diciendo:

—El extranjero es un amigo de Rosario... Además, ¿qué haría el pobre Julio con todo ese dinero? Hace tanto tiempo que se las arregla sin él...

Calone se incorporó y dijo simplemente:

—Gracias.

Cuando se disponía a alejarse, el enano le gritó:

—¡Encontraré a Rosario!

Calone volvió a bajar hacia el centro del pueblo. La oficina de correos estaba cerrada y tuvo que esperar tres horas para llamar por teléfono. Pidió el número de Balerio en Guatemala capital y esperó.

Lo obtuvo al cabo de un cuarto de hora y penetró en la única cabina, recalentada.

—¿Allo? Calone al aparato...

—¡Vaya! ¿Qué hay de nuevo?

—Necesito un abogado.

—¿Para ponerlo en la ensalada, o para litigar?

Pero Calone no respondo inmediatamente. Serguine acababa de entrar en la oficina. Calone bajó un poco la voz:

—No tengo tiempo para bromas, Balerio... Necesito un abogado con toda urgencia.

—¿Se ha encontrado *ya* con dificultades?

—No, se trata de nuestro amigo. Es el único medio de que dispongo para comunicarme con él. Encuéntreme el mejor y convéznale para que venga aquí. No repare en gastos.

—¿Y Costes?

—Asumo toda la responsabilidad. Pero, por favor, dese prisa. Es necesario que llegue esta noche. Le esperaré en la posada de Pancho.

—Muy bien, veré lo que puedo hacer.

—Sobre todo, envíeme un tipo listo.

—De acuerdo.

Calone colgó al tiempo que entraba un individuo muy alto, musculoso, vestido con un uniforme impecable. Serguine le hizo una seña imperceptible para mostrarle la cabina y el policía se dirigió hacia la operadora. Iba a hablarle cuando Calone salió. Se volvió, miró a Calone y salió a su vez.

Serguine hizo un gesto amistoso en dirección a Calone antes de acercarse a la operadora. Se inclinó, pidió un número. Calone no se dejó engañar. La operadora anotaba los números pedidos y Serguine había podido leer seguramente el solicitado por Calone.

Allá abajo, en Guatemala-capital, iba a librarse otro combate muy duro. Calone confió en que Balerio estaría a la altura de las circunstancias.

Ahora, lo único que Calone podía hacer era esperar.

Capítulo XII

Calone vio llegar al abogado alrededor de las ocho. Quedó a la vez aliviado y sorprendido. El letrado descendió de un lujoso Cadillac de alquiler y preguntó por Calone a Pancho, el cual señaló al francés con un gesto de la barbilla.

El recién llegado se presentó:

—Abogado Ferrero.

Cuarenta años, aproximadamente, la mirada brillante, el aire de un hidalgo revisado y corregido por Londres.

Calone se puso en pie.

—Venga, vamos a dar una vuelta.

Salieron, subieron al Cadillac y Calone se instaló al volante. Arrancó. Ferrero le miró.

—Confieso, mi querido señor, que toda esta historia me ha sorprendido bastante, y si el señor Balerio no fuera una persona conocida por su honorabilidad, no habría aceptado, indudablemente.

No hizo alusión a sus honorarios, único argumento que debió entrar en juego.

—He cerrado mi despacho y abandonado algunos asuntos para ponerme a su disposición.

—Le agradezco que haya venido tan aprisa.

—No resulta fácil resistirse al señor Balerio. En un par de horas me convenció y encontró un helicóptero que me condujo a medio centenar de kilómetros de aquí, donde me esperaba este Cadillac.

Habían salido al campo y Calone aceleró.

—He creído comprender que se trataba de alguien que ha sido detenido — continuó el abogado.

—Sí, un amigo con el cual estaba citado aquí. Por desgracia, no he podido hablar de él, e ignoro por qué le han encerrado.

—¿Es la primera vez que le sucede?

—Sí. Es un muchacho muy tranquilo que nunca se busca complicaciones.

El abogado parecía decepcionado. Un caso que no le reportaría ninguna gloria.

—¿Y qué espera usted de mí?

—Ignoro si le han asignado un abogado, pero le pido que sea usted el suyo. De este modo podrá entrar en contacto con él y saber lo que en realidad ha pasado.

—¿Es eso todo?

—No. Tendrá que arreglárselas para sacarle de la cárcel. Yo pagaré la fianza que le señalen.

—A no ser que haya asesinado a la mitad de la población o cometido un delito político, creo que la cosa será factible. ¿Cuándo le detuvieron?

—Hace un par de días, aproximadamente.

—Perfecto, perfecto. Tendrán que concretar la acusación, o soltarle. ¿Ha visto usted al jefe de la policía?

—No, no he querido complicar las cosas.

—Lástima. Siempre es bueno estar informado sobre el jefe de la policía de una pequeña localidad. Es un personaje muy importante. De hecho, el único que detenta realmente la autoridad. En general, cuando el delito es a escala local, sólo se trata de una cuestión de precio.

Sonrió, añadiendo:

—Aquí serán más razonables que en Guatemala-capital, evidentemente.

Desde hacía unos instantes, Calone vigilaba la carretera en su retrovisor. Dos faros se enmarcaban en él, dos faros que aumentaban rápidamente de tamaño. ¿Quién podía abandonar Pacito a una hora semejante, y para ir adónde?

—¡Pase al asiento trasero, aprisa! —dijo Calone.

—Perdón, ¿qué es lo...?

—¡Dese prisa y no discuta!

El otro vehículo se acercaba. El abogado se tiró de cabeza hacia el asiento trasero. Se incorporó preguntando:

—Pero ¿qué es lo que pasa?

—¡Tiéndase y agárrese fuerte!

El segundo vehículo estaba sólo a una docena de metros. Aceleró para adelantar. Cuando llegó a la altura del Cadillac, Calone dio un violento golpe de volante a la derecha. El Cadillac osciló sobre sus cuatro ruedas y se adentró en un campo tras haber rozado un pequeño declive con la carrocería.

El tirador del segundo automóvil había utilizado un fusil automático. Ninguno de los proyectiles alcanzó su objetivo. Calone frenó en la tierra

blanda, e inmediatamente volvió a arrancar en segunda. Las ruedas patinaron. Más arriba, las luces del otro coche se encendieron.

Calone aceleró bruscamente al llegar al declive y el vehículo saltó a la carretera y estuvo a punto de cruzarla, hasta tal punto era estrecha. Por ese motivo, los otros experimentaban serias dificultades para dar media vuelta.

Calone apretó el acelerador a fondo y el ocho cilindros salió disparado. No aminoró la velocidad hasta que distinguió las primeras casas de Pacito.

—¿Cómo va eso? —preguntó Calone, volviendo a medias la cabeza.

El abogado Ferrero tartamudeó:

—Pero... pero... esto es... un... un...

—¿Un accidente?

—¡No! ¡Un... un atentado!

—¿Usted cree?

Calone detuvo el Cadillac en la plaza de la iglesia. La posada estaba abierta. Calone se volvió hacia el abogado.

—¿Se ha hecho pupa?

Ferrero se estaba peinando con expresión sombría. Guardó su peine en una funda y miró a Calone.

—Creo que todo esto requiere algunas explicaciones.

—Me gustaría poder dárselas.

—¿Me toma por un imbécil? ¿Qué oculta todo este asunto?

Temblaba aún. Añadió:

—¿Por qué han disparado contra nosotros?

—No lo sé. Pero es posible que todo esto tenga relación con mi amigo.

—En tal caso, no me quedaré en Pacito ni un momento más. ¡Disparar contra mí! ¡Nunca me habían hecho esto!

—Es indispensable que se quede aquí.

—Ni hablar. Le devolveré el anticipo que me ha sido entregado, pero este caso ya no me interesa.

—Se quedará usted.

—¿De veras? ¿Quién me obligará a quedarme?

—Yo.

—¡Está usted de broma! No tengo el menor deseo de que me entierren aquí.

—Tranquilícese, no iban a por usted, sino por mí. Sólo por mí.

—Precisamente, su compañía es demasiado peligrosa.

—Escuche... Ignoro lo que le ha sucedido a mi amigo, y quieren evitar que lo sepa. Mañana, nadie podrá impedirle ver a mi amigo.

—Mañana está muy lejos. No, prefiero regresar.

Calone sonrió.

—¿Cómo?

Ferrero se sobresaltó.

—Bueno... tengo un automóvil.

—Lo *tenía usted* —rectificó Calone.

Hizo saltar las llaves del coche en su mano y añadió:

—... Pero ya no lo tiene. Vamos, ya es hora de que reserve una habitación en la posada.

Ferrero abrió la boca, pero Calone acababa de apearse del automóvil. Ferrero se apeó a su vez, furioso.

—¡Su conducta es incalificable!

—Bueno, no la califique usted —replicó alegremente Calone—, eso le permitirá continuar siendo cortés.

El abogado se dirigió a grandes pasos hacia la posada. Calone le alcanzó y entraron juntos. Pancho ordenaba unas botellas. Se volvió lentamente. Calone dijo:

—El señor quiere una habitación.

Pancho terminó por decir:

—Está bien. Sígame.

Ferrero ocupó la habitación contigua a la de Calone. Éste le acompañó a ella. Cerró cuidadosamente la puerta, inspeccionó el lugar y tendió su Beretta al abogado, el cual se sobresaltó.

—Tome esto, se sentirá más seguro. Cierre la puerta con llave y no abra a nadie. Ni siquiera a mí. No baje hasta mañana por la mañana, a las nueve. Le esperaré en la sala.

Ferrero cogió la automática con cierta repugnancia.

—¿Ve usted como hay peligro?

—Para redondear una cuenta corriente hay que correr alguno.

Ferrero le hubiese dicho que uno no se lleva su cuenta corriente a la tumba, pero, desde hacía unos instantes, Calone había adquirido para él una dimensión inquietante.

De modo que permaneció prudentemente silencioso.

Calone descendió y pidió una cerveza a Pancho, el cual respondió:

—Voy a cerrar.

—Muy bien... Peor para usted.

Se dirigió hacia la puerta. Pancho le preguntó:

—¿Va usted a salir?

—¿Trabaja usted para su hermano? —inquirió Calone, volviéndose.

Se dirigió hacia la iglesia, convencido de que Pancho le espiaba. Se hundió en la oscuridad, esperó a que Pancho hubiera apagado las luces y regresó discretamente hasta el Cadillac.

Se instaló en el interior, resistiendo el deseo de fumar. Tuvo que esperar media hora antes de distinguir la silueta de Pancho recortándose sobre la clara fachada.

El posadero miró a su alrededor y echó a andar hacia la izquierda. Por allí podía irse al comisariado.

Calone puso el motor en marcha y arrancó suavemente. Pero el silencio era tan profundo que Pancho le oyó. Se volvió y distinguió el Cadillac que avanzaba hacia él. Aceleró el paso, echó a correr. Calone apretó, le adelantó, detuvo el automóvil. Se apeó y se plantó delante de Pancho, el cual resoplaba.

—¿Qué quiere usted de mí?

—¿Puedo llevarle a alguna parte?

—¡Déjeme pasar!

—¿Adónde va usted, Pancho, a estas horas?

—A tomar el fresco.

Calone movió la cabeza.

—Hace unos instantes se me ha olvidado preguntarle algo.

—¿Qué?

—¿Ha tenido noticias de Rosario?

—¡No! Está en casa de su tía, y...

—Alguien vino a buscarla, lo sé, lo sé... De todos modos, voy a darle un consejo, Pancho. No moleste a Rosario. La suerte de usted está directamente unida a la suya.

—¿Es una amenaza?

—No... Un simple aviso. Alguien —que no soy yo— estima mucho a Rosario y está preocupado por su desaparición. Además, ese alguien no le aprecia a usted. ¿Comprende?

—¿Quién es?

—Sería demasiado fácil, Pancho. No olvido que es usted hermano del jefe de la policía. Busque, Pancho, busque y no se descuide. Después de todo, en Pacito sólo hay tres mil habitantes...

Calone dio media vuelta y se dirigió hacia el Cadillac. Se instaló al volante. Se disponía a arrancar cuando llegó Pancho. Por primera vez, manifestaba cierta emoción.

—¿Quién es?

—Alguien que está enamorado de Rosita.
Arrancó sin esperar, dejando al posadero plantado en medio de la calle.

* * *

Calone bajó poco antes de las nueve y exhaló un suspiro de alivio al ver a Ferrero que entraba en la sala. Pancho, detrás de su mostrador, fingió ignorarles. Calone pidió dos cafés. El abogado había pasado una noche espantosa, a juzgar por lo desencajado de su rostro.

—Estoy a su disposición —dijo, sin el menor entusiasmo.

—¿Sabe usted lo que tiene que hacer? —inquirió Calone.

—¡Conozco mi oficio!

Se bebieron el café en silencio y Calone se puso en pie. Ferrero le imitó y los dos hombres salieron bajo la atenta mirada de Pancho. En el umbral, Ferrero pareció vacilar. Calone murmuró:

—Adelante. No dispararán contra nosotros en pleno día.

Subieron al Cadillac. Cuando Calone iba a arrancar, Ferrero abrió su cartera de mano y sacó la Beretta.

—Se la devuelvo con muchísimo gusto...

Calone la deslizó en su bolsillo. Luego arrancó, cruzó el pueblo y detuvo el automóvil cerca del comisariado.

—Es aquel edificio —dijo—. Le espero aquí. No lo olvide: es absolutamente necesario que vea a mi amigo. Se llama Muller. Usted es su abogado; por lo tanto, no hay problema. Y piense en la fianza.

Ferrero repiqueteaba con los dedos en su cartera de mano, con evidente impaciencia.

—Lo sé, lo sé...

El abogado se apeó, echó una ojeada a Calone y se dirigió hacia el comisariado con paso firme. Volvía a encontrarse en su elemento.

Calone se hundió en su asiento y encendió un cigarrillo. Tenía que esperar. Lógicamente, sus asuntos debían progresar en las horas siguientes.

Esperó más de una hora. El sol calentaba cada vez más, y en el interior del vehículo el aire era apenas respirable, a pesar de que todas las ventanillas estaban abiertas.

Ferrero salió finalmente, acompañado por el jefe de la policía, el cual le estrechó calurosamente la mano. Un abogado de Guatemala-capital merecía toda clase de miramientos.

Ferrero subió al Cadillac y Calone arrancó. Rodaron unos instantes en silencio. Luego, Calone inquirió:

—¿Le ha visto?

—Sí.

—¿Cómo está?

—Bien, aunque me ha parecido un poco nervioso.

—¿Por qué le han detenido?

—Bueno, la cosa resulta un poco rara... Hay varios cargos contra él. En primer lugar, robo.

—¿Robo? —se asombró Calone—. ¿Qué es lo que ha robado?

—Un fajo de billetes de banco en una oficina de cambio.

¿Era posible que Valey hubiese descendido hasta aquel extremo?

—En pleno día y delante de diez personas, como mínimo. Le cogieron con las manos en la masa. Sorprendente, ya que su amigo me ha parecido un muchacho de buena familia.

—¿Está usted seguro de lo fundado de la acusación?

—Sí. Había demasiados testigos. Fue una torpeza inconcebible. —Suspiró—. Por otra parte, me lo ha confesado él mismo. La policía le detuvo, el joven opuso resistencia, y se le acusa también de agresión a los agentes de la fuerza pública y de proferir amenazas de muerte. *También* lo ha confesado. Y no es eso todo...

—¿De veras? —dijo Calone—. Bueno, continúe.

—Como no llevaba encima ningún documento de identidad, está acusado además de vagabundeo. Pero ése es un delito menor. Él afirma haber perdido su documentación.

Calone aminoró la velocidad y estacionó su automóvil a la sombra en una calle. Se volvió hacia el abogado.

—¿Van a soltarle?

—He hablado de la fianza para su libertad provisional. Por aquí son muy duros, más duros de lo que pensaba. Exigen veinte mil quetzales de fianza.

Calone silbó.

—En efecto... Es una suma fabulosa.

Ferrero concretó:

—Al principio pedían cuarenta mil. No he dado ninguna respuesta. Quería conocer su opinión.

—Hay que pagar —dijo Calone, sin vacilar.

—No quieren ningún cheque.

—¿Puede usted obtener el dinero?

—Una cantidad semejante...

—Le bastará con telefonar a su banco. Yo puedo garantizarle su anticipo con un cheque. O, mejor aún, Balerio le pagará en metálico a su regreso.

Ferrero miraba rectamente delante de él, con las dos manos apoyadas en su vade.

—No se lo he dicho todo.

—¿Hay algo más?

—Sí. Su amigo no quiere salir de la cárcel.

Capítulo XIII

—¿Qué me dice usted?

—Lo que ha oído. Le he hablado de usted, diciéndole que estaba dispuesto a pagar una fianza. Me ha contestado que no tenía amigos, que estaba muy bien en la cárcel y que lo único que quería era que le dejaran en paz. En mi carrera de abogado, es la primera vez que me encuentro con un preso que se niega a ser puesto en libertad.

—Tiene miedo —dijo Calone.

Y lo creía. Valey estaba asustado, y había recurrido a la comedia del robo para ponerse a salvo entre los muros de una prisión. La llegada de Malinine debió aterrorizarle.

Pero Valey se equivocaba al creer que estaba protegido. Malinine, sabiendo que Pancho era hermano del jefe de la policía, había embaucado al posadero a fin de poder llegar hasta la celda de Valey.

—Es preciso que salga —dijo Calone—. Yo me encargo del resto.

El abogado le dirigió una larga mirada.

—¿Está usted seguro de que le quiere bien?

—Muller teme a los que anoche atentaron contra mí. Hágale salir y no le pasará nada. Saldremos de Pacito inmediatamente.

—No quisiera verme mezclado en un asunto confuso.

—Tranquilícese —sonrió Calone—. ¿Quiere que nos encontremos en la embajada de Francia en Guatemala-capital? El embajador en persona le dará seguridades.

El abogado continuaba observando a Calone. Movi6 la cabeza.

—Al principio pensé que se trataba de un ajuste de cuentas entre contrabandistas, pero veo que es más grave... ¿No es cierto?

Esperaba una explicación que no llegó. Abrió la boca, pero Calone apoyó una mano en su brazo.

—Si ha adivinado de qué se trata, cuanto menos sepa del asunto mejor para usted.

—S6lo le pido una cosa...

—¿Qué?

—Su palabra de que todo esto no perjudicará los intereses de Guatemala.

—No tema. Su país no tiene nada que ver en el asunto. Se ha convertido en teatro de operaciones por puro azar.

—Muy bien. Le creo.

—Entonces, vamos a ocuparnos de esa fianza.

Regresaron hacia el centro de la ciudad. Ferrero tuvo que esperar casi una hora para obtener los fondos, después de las llamadas de control a Guatemala-capital. Finalmente salió del banco y se reunió con Calone, que le esperaba cerca del establecimiento.

—Tengo ya el dinero. Espero que todo irá bien.

Se dirigieron a la plaza donde se encontraba el comisariado. Calone dijo:

—Le espero. No vuelva sin él.

El abogado asintió con un gesto y se apeó. Una nueva espera. Era casi mediodía. Ferrero salió. Iba solo. Se acercó al Cadillac y se apresuró a decir, para tranquilizar a Calone:

—Va a salir de un momento a otro. Le están devolviendo sus cosas.

—¿Algún problema?

—Sí. No podrá usted marcharse con él. La investigación está en curso, y el jefe de la policía exige que Muller permanezca a su disposición en Pacito. Si abandona el pueblo, será encarcelado de nuevo y perderá toda opción a la libertad provisional. No puedo hacer nada, es una exigencia legal.

De todos modos, habían encontrado un medio.

—¿Cuánto tiempo tiene que durar la investigación?

—Lo que plantea más problemas es la identidad. Hay que contar de ocho a diez días.

—¿Podría usted...? —empezó Calone.

Pero Ferrero le interrumpió vivamente.

—No puedo hacer nada más, señor Calone. Y como mis asuntos me esperan en la capital, tengo que regresar hoy mismo. Cuando termine la investigación, volveré. Durante los interrogatorios no es necesaria mi presencia; su amigo lo ha confesado todo.

Calone sabía que esta vez era inútil insistir. El abogado había llegado ya más allá de lo que debía hacer, en términos estrictamente profesionales.

—Agradezco su interés. Sin embargo, quisiera pedirle un último favor. Cuando llegue a Guatemala-capital, vaya a ver a mi amigo Balerio y dígame esto: si dentro de cuatro días no he dado señales de vida, que establezca contacto conmigo por todos los medios, incluido el venir aquí.

—Se lo diré.

Calone se apeó del automóvil, dejando la portezuela abierta. Valey acababa de aparecer en la puerta del comisariado. Le acompañaba el jefe de la policía. Éste le dijo algo, y Valey echó a andar.

Calone se volvió hacia Ferrero:

—Ahí está, le dejo a usted... Una vez más, gracias. Y sobre todo, no olvide mi encargo.

El abogado se instaló al volante y arrancó. Calone se volvió hacia Valey. Era él, desde luego. En su rostro una crispada expresión, mezcla de inquietud y de resolución. El jefe de la policía les observaba. Calone se dirigió hacia el joven.

—Venga —le dijo—. No podemos quedarnos aquí.

—¿Quién es usted? —preguntó Valey, desconfiado.

—Alguien que conoce su verdadero nombre, que conoce también a Marianne y que no es amigo de Malinine.

—Eso no basta para que lo sea mío.

—Venga. El policía nos observa. Podemos hablar mientras andamos.

Valey se encogió de hombros, pero aceptó. Calone le ofreció un cigarrillo. Valey lo cogió y permitió que Calone lo encendiera.

—¿Qué es lo que desea?

—Está en un apuro, amigo mío, y más serio de lo que imagina. No crea que en la cárcel estaba seguro; de no haber actuado yo con tanta rapidez, le esperaban algunas dificultades...

—Es lo que suele esperarle a un individuo que está en la cárcel, ¿no?

—Me refiero a otra clase de dificultades.

—¿Qué quiere usted decir?

—El jefe de la policía es hermano de Pancho, el posadero. Malinine se ha puesto de acuerdo con este último y entre los tres habrían dado cuenta de usted.

—¿Por qué?

—¿Y si dejáramos de jugar a las adivinanzas? Malinine le persigue para recuperar cierto manuscrito de Memorias que está en su poder.

Valey se sobresaltó y dijo, sin la menor convicción:

—Es mentira... No comprendo una sola palabra.

—Entonces, ¿qué está haciendo aquí?

—Puesto que conoce usted mi nombre y también a Marianne, tiene que saber que mi tío fue asesinado. Yo descubrí el cadáver. Temí que me acusaran del crimen, y hui.

—Una reacción absurda —declaró Calone—. Quedándose allí, podía demostrar perfectamente su inocencia. En realidad, huyó usted de Malinine. ¿Dónde están esas Memorias, Valey?

—No sé de qué me habla.

—Sí, sí... Haga memoria. El día de la muerte de su tío, bajó usted a la sala de las cajas fuertes. ¿Qué fue a hacer allí?

—Aquello formaba parte de mi trabajo.

—Aquel día, no, Valey. Fue usted a buscar el manuscrito para entregárselo a Malinine, el cual le estaba chantajeando. Le debía trescientos mil francos, que había perdido jugando al póquer, cosa que a su tío no le hubiera gustado, de haberse enterado. De hecho, el dinero se lo había ganado un tal Verdier. Y usted cree que Malinine pagó su deuda... Falso. Malinine utiliza unos medios más expeditivos. Mató a Verdier, sencillamente.

—¡Déjeme en paz! No sé nada de todo eso.

Calone le cogió por un brazo, le inmovilizó.

—Escúcheme bien, y no sea estúpido. Malinine no le dejará en paz. ¿Cómo va a defenderse de él aquí, en Pacito, solo? ¿Cuánto tiempo espera resistir? Póngase de acuerdo conmigo y yo le salvaré.

—¿Qué es lo que me propone?

—Dinero, un pasaporte, la posibilidad de empezar de nuevo en otra parte, ya que no puede pensar en regresar a Suiza. Nunca descubrirán al asesino de su tío. Malinine conoce su oficio. Véndame esas Memorias y le sacaré de aquí.

—No sé de qué me habla —repitió Valey.

—Es usted muy testarudo —dijo Calone, soltándole—. En primer lugar, ¿por qué no entregó las Memorias a Malinine? ¿Esperaba sacar más dinero? En tal caso, le metió a usted en un buen berenjenal con la muerte de su tío.

—¡Déjeme en paz! —gritó Valey.

Súbitamente, se inmovilizó. Serguine, o, mejor dicho, Malinine avanzaba hacia ellos. Al ver a Valey, el ruso sonrió, abrió los brazos.

—¡François! Cuanto me alegro de volver a verle... Me he enterado de que ha tenido usted algunas dificultades... monetarias. Debí hablarle de ello, yo lo habría arreglado. Pero no es demasiado tarde... De todos modos, ya sabe dónde puede encontrarme.

—¡Váyanse al cuerno todos! —exclamó Valey.

Se alejó a grandes pasos, seguido con la mirada por Malinine. Éste se volvió hacia Calone.

—Nervioso, muy nervioso... *Demasiado* nervioso. Acaba de cometer un grave error.

—Déjele en paz.

Malinine miró fijamente a Calone.

—Veo que nuestros caminos han terminado por cruzarse...

—Lo supe desde el primer momento —replicó Calone.

Malinine sacó un cigarro de su bolsillo, lo encendió y echó a andar.

—¿Recuerda lo que le dije ayer acerca del principio del primer ocupante?

—Sí, pero yo aplico otro —respondió Calone, andando junto al ruso.

—¿Cuál?

—Que gane el mejor.

—A veces, el mejor es el más fuerte...

—Aunque la moral salga malparada, a menudo ocurre así.

Habían llegado a la plaza del comisariado. Malinine se detuvo.

—Aquí, el más fuerte soy yo.

—¿Está seguro?

—Es posible que no tarde en demostrárselo.

—La próxima vez, apunte mejor.

Se observaron un instante. Malinine sonrió, consultó su reloj.

—Discúlpeme, tengo que ir a buscar a *mi amigo* el jefe de la policía. Almorzamos juntos.

Empezó a alejarse, pero súbitamente se volvió.

—¡Ah! Si ve usted a Valey antes que yo, comuníqueme que ha sido dictada una orden internacional de detención contra él. La frontera está próxima y llena de tentaciones. Pero no creo que la policía de Méjico sea tan comprensiva como la de Pacito. Hasta muy pronto, mi querido señor Calone.

El francés le vio entrar en el comisariado y se alejó. Regresó a la plaza de la iglesia, buscó a Valey con la mirada, pero no le vio. Entró en la posada: el joven tampoco estaba allí.

Calone volvió a salir, encendió un cigarrillo. ¿Qué iba a hacer Valey con su ilusoria libertad?

Calone cruzó la plaza. Valey estaba allí, a la sombra, fumando un cigarrillo.

—¿Y bien?

—¿Qué pasa ahora?

—No tiene escapatoria, Valey. Ha sido dictada una orden internacional de detención contra usted. Vaya donde vaya, le atraparán y Suiza pedirá su extradición.

—Hay países donde no existe la extradición.

—¿Cómo piensa llegar hasta allí? Desconfíe de Malinine, no le soltará.

Valey dijo, en tono sarcástico:

—En tanto que usted es el arcángel, el salvador, San Jorge aplastando al demonio, ¿no? ¿Por qué habría de establecer diferencias entre Malinine y usted?

—Nunca he dicho que las hubiera. Los dos queremos lo mismo. Tal vez utilicemos métodos distintos. Una cosa es cierta: yo no maté a su tío.

—Una oportunidad fallida, sin duda.

—En determinados casos, creo en la virtud del diálogo. Siempre es posible que una persona cambie de punto de vista; en cambio, no puede resucitarse a un muerto. Deme su asentimiento, Valey, y le sacaré de aquí.

—¡No tengo nada que vender!

—Como quiera. También a mí sabe dónde encontrarme...

Calone se alejó. Cuando pasaba por delante del atrio de la iglesia, Julio, el enano, se materializó a su lado. Echó a andar junto a Calone.

—Julio busca, pero Julio no encuentra...

—¿Qué?

—Rosario. Pero Julio no renuncia. Julio buscará todo el tiempo que sea preciso, hasta que la encuentre. Y, entonces, ¡ay de los que le hayan hecho daño a Rosario!

Aquello hubiese podido ser cómico, pero no lo era. Calone echó una ojeada al enano y se estremeció. Un puñado de dinamita ambulante.

—Yo también busco —dijo—. Si me entero de algo, te lo diré.

—Gracias, extranjero. Julio no olvida que el extranjero era amigo de Rosario. —Suspiró—. Y un amigo de Rosario es sagrado para mí.

Calone contempló al enano mientras se alejaba. Él mismo hubiese podido ser muy bien la víctima de Julio pero, por amor a Rosario, el enano había sabido dominar sus celos. Aquel cuerpo monstruoso estaba habitado por un alma noble.

Calone almorzó en la posada y luego se instaló en la terraza. Valey no apareció. En cambio, Calone pudo comprobar una evidente actividad policíaca en el pueblo. Unos agentes iban y venían, entraban y salían, como si buscaran a alguien. ¿Había decidido el jefe de la policía volver a encarcelar a Valey? Era poco probable, no asumiría el riesgo de enfrentarse con una orden de libertad provisional gestionada por un importante abogado del país...

En realidad, Calone no obtuvo la explicación de aquel hecho hasta el atardecer. Y se la dio el propio Valey. El joven le hizo una seña para que se

acercara y Calone abandonó la terraza.

—¿No quiere tomar una copa?

—No.

—¿Acaso le desagrada Pancho? Si es por eso, vamos a otra parte.

—Sería inútil.

—¿Por qué?

—No me servirán.

Al ver que Calone le miraba sin comprender, Valey añadió:

—En todas partes es igual, he aquí lo que han inventado. Se niegan a servirme, se niegan a venderme un trozo de pan. Ninguna habitación para dormir, nada... ¡Todo el mundo obedece la consigna!

Dio un puntapié a una piedra y concluyó, en tono rabioso:

—¡Todo el mundo!

Ferrero no se había equivocado al referirse al poder de un jefe de policía en un pueblo pequeño. Además, éste se encontraba cerca de la frontera, y, ¿cuántos eran los ciudadanos que no tenían que reprocharse un poco de contrabando? El hermano de Pancho debía estar informado y utilizar aquel hecho como medio de presión.

—Pero si cree que voy a ceder por eso, se equivoca...

—Mi oferta sigue en pie —dijo Calone.

Valey se detuvo, estuvo a punto de decir algo, pero sacudió la cabeza.

—Nunca.

Calone sacó su paquete de cigarrillos y se lo ofreció a Valey.

—Tómelo, yo puedo comprar otros.

Valey vaciló y terminó aceptando.

—Gracias —murmuró.

—¿Qué va usted a hacer ahora? —preguntó Calone.

—Eso es cuenta mía.

Calone se encogió de hombros.

—Como quiera...

Dio media vuelta y se alejó, dejando plantado a Valey, algo sorprendido.

Malinine había sabido maniobrar. Un ayuno algo prolongado haría reflexionar a Valey. Aunque era posible que el principal beneficiario no fuese Malinine: Calone estaba decidido a sacar provecho de las circunstancias.

Capítulo XIV

El resto de la velada transcurrió sin incidentes, y Calone bebió unas copas antes de subir a acostarse. De todos modos, conservó prudentemente su Beretta al alcance de la mano. Pero no creía que Malinine intentara algo.

Se despertó a eso de las nueve, se levantó y fue a abrir el balcón. Era día de mercado y la plaza estaba atestada de gente. Los autocares hacían sonar frenéticamente sus bocinas, a fin de abrirse paso.

Cuando Calone bajó, Pancho continuaba mostrando un semblante sombrío. Sirvió a Calone en silencio. El francés no tenía prisa en volver a encontrar a Valey. El joven no corría ningún peligro. Malinine esperaba a que su tratamiento hiciera efecto. Aquello servía también los intereses de Calone.

Esperó la hora del almuerzo sin tratar de encontrar a Valey. Fue a dar una vuelta por el mercado. Pasó por delante del puesto de frutas en el que había encontrado a Rosario. ¿Dónde podía estar? ¿Qué le había sucedido?

Calone almorzó, se guardó un pedazo de pan y una fruta y salió de la posada. La plaza había recobrado su calma. Los últimos vendedores terminaban de cargar su material.

Calone echó a andar al azar, esta vez buscando a Valey. Le encontró al cabo de media hora a la salida del pueblo, en su parte meridional. El joven estaba sentado a la sombra de una pared en ruinas. Provisto de un trozo de madera, trazaba misteriosos signos en el polvo.

Al ver acercarse a Calone se interrumpió.

—¿Viene usted a contemplar el espectáculo? —dijo.

No recordaba en nada al elegante joven de Ginebra, al brillante sucesor del tío Valey, al noctámbulo que conducía un Jaguar. Sus ropas, inadecuadas para el clima y para la región colgaban lamentablemente. No se había afeitado, y se pasaba continuamente la lengua por los resecos labios.

—¿Ha visto a Malinine? —preguntó Calone.

—No ha querido perderse una ocasión como ésta... ¡Que se vaya al cuerno!

Calone se agachó delante de él, le tendió el pan y la fruta. Valey vaciló, pero terminó por cogerlos.

—He reflexionado —dijo Calone—. En el primer momento pensé que el plan de Malinine servía también mis intereses. Pero el procedimiento no me gusta. Mire, tengo una tienda de campaña en mi *jeep*. Utilícela, y yo le aprovisionaré. Luego, dentro de unos días, volveremos a hablar de todo esto.

—¿Cree usted que Malinine le dejará actuar?

—Otros Malinine han querido ya ponerme bastoncitos en las ruedas en el pasado. Algunos de ellos no podrán contárselo a sus nietos. Pertenecían a la categoría de aquellos con los cuales no se puede dialogar.

Valey le observaba atentamente. Su mirada clara era dura, sin ilusiones.

—¿Y a mí? ¿Cree que podrá conmigo?

—No va a quedarse en este agujero hasta el día del Juicio Final... Habrá que encontrar una solución, ¿no?

—No tengo prisa.

—¿Y Marianne?

La mirada de Valey se veló ligeramente.

—Déjela en paz —murmuró.

—Le prometí decirle dónde estaba usted en cuanto lo descubriera.

—¿Lo ha hecho?

—No.

—¿Por qué?

—No lo sé... Para ahorrarle todo esto, ya que ella le ama sinceramente.

Valey contempló los restos de su pan.

—¿Lo hará usted?

—Tal vez... Para salvarle.

—¿Salvarme? ¿Cree acaso que la policía no la vigila?

—Me comprometo a traerla aquí a pesar de todos los policías del mundo.

Valey inclinó la cabeza.

—Déjela en paz —repitió.

Calone se incorporó después de haber dejado un paquete de cigarrillos cerca de Valey.

—Como quiera... No me moveré de la posada. Venga a recoger la tienda cuando guste.

El joven no respondió y Calone se alejó. Era la hora más calurosa del día. El pueblo dormitaba. Calone se dirigió a la posada, soñando en una cerveza bien fresca.

Entró en la sala y se inmovilizó súbitamente. En un rincón, vio su caja y su bolsa de lona. Se acercó a Pancho, que estaba secando un vaso, y le preguntó:

—¿Qué significa eso?

Pancho eludió su mirada. Dijo:

—No puedo alojarle por más tiempo. Tengo todas las habitaciones reservadas por unos turistas.

Calone movió la cabeza.

—Muy bien... Deme una cerveza.

—La he terminado, espero una remesa.

—Bueno, deme cualquier cosa —se enervó Calone.

—Espero una remesa.

Calone se inclinó y cogió al posadero por el brazo.

—Oiga...

Pero no pudo continuar. Alguien acababa de materializarse a su lado. Era un joven policía, el cual le preguntó:

—¿Alguna dificultad, señor?

Calone intuyó el peligro. Acechaban la menor ocasión para comprometerle. No se atrevían a detenerle sin motivo...

—No, no pasa nada —dijo.

—El señor se marcha —dijo Pancho.

Calone fue a recoger su caja y su bolsa. Pancho le gritó:

—¿Y la cuenta?

Calone se volvió y regresó al mostrador bajo la atenta mirada del policía.

—¿Cuánto le debo?

Pancho le entregó una hoja de papel. Al ver la cifra, Calone se sobresaltó.

—¿Qué es esto? ¿Una broma?

El policía se acercó.

—¿No está usted de acuerdo? O quizás no tiene dinero para pagar...

Apretando los dientes, Calone se llevó la mano al bolsillo y pagó. Pancho contó el dinero y fue a depositarlo en su caja. Calone recogió sus bártulos y salió, furioso, dirigiéndose hacia el lugar donde tenía aparcado su *jeep*. Cargó sus cosas, subió al vehículo y arrancó.

Unos segundos más tarde se detenía delante de la otra posada. Se apeó del *jeep* y entró. El dueño, que estaba bebiendo con un cliente, se puso en pie.

—Quiero una habitación.

—Lo siento, señor, no tengo ninguna libre.

—Bueno... Sírvame una cerveza.

—No puedo. El establecimiento está cerrado. Cierro siempre de doce a cuatro.

Calone miró al otro cliente, pero no insistió. Cuando salía, el posadero le dijo:

—Pruebe en casa de Pancho, tal vez tenga más suerte...

Encima, se mofaba de él. Calone hizo un esfuerzo para conservar su sangre fría, viendo al policía que rondaba por allí.

Volvió a subir a su *jeep*, se le ocurrió una idea y se detuvo bruscamente delante del estanco. Se apeó y pidió un paquete de cigarrillos. Pero el estanquero los había terminado.

La cosa estaba clara. Le sometían al mismo tratamiento que a Valey. Era el único aliado del joven, le había llevado comida...

Subiendo de nuevo a su *jeep*, se dirigió al lugar donde había dejado a Valey. Este continuaba allí. Vio a Calone que saltaba del *jeep* y le dijo:

—No valía la pena de que se molestara.

Calone se dejó caer cerca de él, suspiró.

—Tendremos que utilizar la tienda los dos...

—¿Por qué?

—Me aplican el mismo tratamiento que a usted.

—Pero...

—Malinine ha debido enterarse de que le aprovisionaba. De modo que ha decidido eliminarme. Tengo dos alternativas: o cometo un delito y me hago meter en la cárcel, o prefiero largarme. En ambos casos, le dejo el campo libre.

—Podría matarle...

—Ya ha pensado en ello. Incluso lo ha intentado. Pero luego vino el abogado. Es un individuo muy conocido en Guatemala-capital. Malinine ignora lo que hay entre él y yo. Si yo desapareciera, habría una investigación. Y al ruso no le interesa la publicidad.

—¿Qué va usted a hacer?

—Reaccionar —dijo Calone, tumbándose—. Pero antes hay que reflexionar, no precipitarse... Siempre hay una solución para todo.

—¿Por qué no se marcha?

—No lo haré sin usted —dijo Calone.

—¡Yo no le pido nada!

—Dígame sí, y nos iremos inmediatamente. Nadie podrá detenernos.

—No.

—Como quiera.

Calone hurgó en sus bolsillos y se incorporó, haciendo una mueca.

—¿Tiene un cigarrillo? Ahora tampoco a mí quieren vendérmelos.

Valey le tendió el paquete.

—Es el suyo —dijo.

—A partir de este momento, será el nuestro —sonrió Calone.

* * *

Transcurrió el día, luego la noche. Los dos hombres se sentían continuamente espiados. A favor de la oscuridad, Calone consiguió robar unas frutas de un jardín, pero los perros ladraron de tal modo que hubiera resultado peligroso repetir la intentona. Fueron también a beber agua a la fuente pública.

Al amanecer, Calone despertó a Valey. El joven emergió de un sueño pesado, con la lengua pegada a la boca, el semblante grisáceo.

—Esto no puede continuar —dijo Calone—. Tenemos que hacer algo.

—¿Qué podemos hacer? —balbució Valey.

—Escuche... Mi oferta es sincera y honrada. El trato continúa en pie: dinero y libertad a cambio de las Memorias. Diga usted «sí» y nos marchamos inmediatamente.

Valey sacudió la cabeza.

—Pero, santo cielo, ¿qué va usted a hacer con ese manuscrito? ¿Eh? Comprendo que no quiera entregárselo a Malinine, que asesinó a su tío... Pero, a mí... No va usted a pasarse la vida aquí...

Valey se arrastró, salió de la tienda. Calone le siguió, furioso.

—Bueno —dijo—, ahora voy a intentar una operación de gran envergadura.

Se alejó a grandes pasos en dirección al centro del pueblo. Se dirigió a la oficina de correos, entró. La operadora era la misma de la vez anterior. Calone le dedicó una amable sonrisa.

—Quiero un número de Guatemala-capital.

La mujer manipuló en su centralita. Calone se relajó. Iba a lanzar a Balerio al ruedo y, si había publicidad, tanto peor.

Esperó unos minutos. Luego, la operadora dijo:

—Lo siento, señor, pero ese número no contesta.

—Insista.

—Es inútil, no contesta e inmoviliza un circuito.

Calone salió de la oficina. Cierto o no, el resultado era el mismo. Entró en dos o tres tiendas, intentando comprar algo, pero los comerciantes se negaron a atenderle. Entonces se dirigió al comisariado.

Un agente le detuvo en la puerta, preguntándole cortésmente qué deseaba. Con la mayor calma posible, Calone dijo que quería ver al jefe de la policía. El otro le rogó que aguardara. No sabía si el jefe podría recibirle.

En realidad, Calone tuvo que esperar más de una hora. Luego, un agente vino a buscarle y le introdujo en un despacho. Un hombre de uniforme estaba mirando a través de la ventana. Se volvió. Era el hermano de Pancho, desde luego.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Muchas cosas —dijo Calone—. En primer lugar...

Sacó un puñado de billetes de su bolsillo y los tiró sobre la mesa.

—... decirme si esos billetes son buenos.

Sorprendido, el policía examinó uno, luego otro.

—A primera vista, sí. ¿Por qué? ¿Tiene usted dudas?

—Sí. No hay ningún comerciante que quiera aceptarlos. ¿Por qué?

—Lo ignoro.

—Entonces, si ese dinero es bueno, tienen que aceptarlo, ¿no?

—Naturalmente.

—Bien. Quisiera comprar unas cuantas cosas, pero me parece difícil poder hacerlo. Tal vez su autoridad podría ayudarme...

El jefe de la policía sacudió la cabeza.

—No soy más que un policía, señor. ¿Qué quiere que haga si los comerciantes no tienen lo que usted pide?

—Viven ustedes en un pueblo muy mal abastecido —dijo Calone en tono sarcástico.

—Efectivamente, la región es muy pobre.

—Comprendo... En ese caso, ¿podría usted hacerme un favor?

—Si está en mi mano, con mucho gusto.

—Quisiera telefonar a Guatemala-capital.

—¿No ha ido a la oficina de correos?

—Había demasiada gente.

El policía movió la cabeza, descolgó su teléfono y dijo:

—Deme línea para Guatemala-capital... Sí... ¡Ah! Bueno... Muy bien.

Colgó.

—Lo siento, los circuitos están ocupados en este momento. ¿Puedo hacer algo más por usted?

Calone sacudió la cabeza.

—No, gracias.

—Crea que si pudiera...

Le acompañó amablemente hasta la puerta. Añadió:

—¿Por qué se queda aquí? Al otro lado de la frontera encontraría todo lo que necesita.

Querían obligarle a cruzar la frontera. Luego pondrían dificultades para su regreso, haciéndole perder así un tiempo precioso que Malinine aprovecharía.

Calone se volvió.

—Se ha embarcado usted en un juego peligroso —dijo.

El policía dejó de sonreír.

—¿Es una amenaza? —inquirió secamente.

—No le busque tres pies al gato. Aludía únicamente a la profesión que ha escogido.

—Bueno... Hasta la vista, señor.

Unos minutos más tarde, Calone volvía a reunirse con Valey. El joven estaba sentado delante de la tienda.

—¿Cómo va esa gran ofensiva? —inquirió el suizo.

—He tenido que aplazarla para más tarde.

—Lo suponía. Ha venido Malinine.

—¿Qué quería?

—Nada... Saber cómo estaba.

Calone se sentó junto a Valey.

—¿Qué le ha propuesto?

El joven permaneció silencioso. Calone se encogió de hombros. Resistió el deseo de sacar el paquete de cigarrillos. Les quedaban demasiado pocos.

—¿No ha cambiado usted de opinión?

Valey vaciló y terminó por decir:

—No puedo...

Calone captó el leve cambio en el tono del joven. ¿Qué había pasado en Ginebra? ¿En qué clase de lío se había metido Valey? Una conclusión se imponía: Valey no tenía ya las famosas Memorias, en tanto que Malinine estaba convencido de lo contrario. Pero, en tal caso, ¿dónde se encontraba el manuscrito?

—¿Dónde están las Memorias? —preguntó Calone.

Valey hacía saltar una piedra en la palma de su mano.

—En Ginebra...

—¿Acepta el trato? Si usted no puede regresar a Ginebra, yo recuperaré el manuscrito.

Valey se puso en pie, furioso, y tiró la piedra lejos.

—¡Ya le he dicho que era imposible! ¡Déjeme en paz de una vez!

Transcurrieron dos horas. Calone, prudente, se dirigió a la fuente y llenó una lata de agua. Por la tarde, el hambre empezó a dejarse sentir. Calone dio una vuelta por el pueblo y pudo comprobar que el dispositivo estaba bien montado.

Un agente montaba guardia cerca del lugar del cual salían los autocares hacia el interior del país. Cuando Calone simuló acercarse a la oficina, el agente echó a andar con aire aparentemente distraído y fue a situarse cerca del empleado.

Calone dio media vuelta. Trató inútilmente de encontrarse con el ruso. Malinine debía desconfiar de las reacciones de Calone.

El francés se dirigió a la salida del pueblo, por su parte meridional. De allí arrancaba la carretera que conducía a la capital. Un *jeep* de la policía estaba aparcado junto a la cuneta. ¡Y Balerio no intervendría hasta que hubieran transcurrido dos días más!

Cuando regresaba a su tienda, Calone tropezó con Julio. El enano mostraba un semblante sombrío y preocupado. Al ver a Calone movió la cabeza.

—El extranjero tiene dificultades. Grandes dificultades.

Calone se limitó a sonreír. Julio añadió:

—Por desgracia, Julio es pobre, no puede hacer nada por él...

—¿Y si te doy dinero?

El enano inclinó la cabeza.

—El jefe de la policía tiene mucho poder aquí, y Julio es muy poca cosa... ¿Me comprende el extranjero?

Desde luego, le comprendía perfectamente. Julio bajó el tono de su voz:

—El extranjero debe desconfiar... Julio ha oído cosas...

Luego, sin esperar una reacción, añadió rápidamente, mientras se alejaba:

—Julio se marcha, Julio continúa buscando...

Calone le vio marchar con su paso saltarín. Luego, con las manos hundidas en los bolsillos, se dirigió al lugar donde había dormido con Valey. Este no se había movido, pero la tienda estaba desmontada.

—¿No le gusta ya el paraje? —preguntó Calone.

—A mí, sí... Pero hace unos instantes ha venido un policía. Este terreno es del municipio y está prohibido acampar en él sin permiso.

Calone suspiró.

—¿Está dispuesto a aguantar esto durante mucho tiempo?

Valey inclinó la cabeza. Calone fue a recoger el material y lo cargó en el *jeep*. Volviéndose, se apoyó en la carrocería y contempló largamente al joven.

Tener que soportar todo aquello, sólo porque el muy estúpido se obstinaba... Calone no había tenido que mostrarse nunca tan paciente. Y la cosa empezaba a fastidiarle. Con la mano en la culata de su Beretta, imaginó lo que podían ser las horas siguientes si tuviera el campo libre.

—Acabarán con nosotros —dijo—. Bueno, vamos, ya que no tenemos derecho a permanecer aquí.

Subieron al *jeep* y Calone arrancó. Se detuvieron cerca de la fuente y bajaron a beber. Un policía se acercó a ellos.

—La fuente está sellada, señores.

—¿Por qué?

—Se han producido unos casos de fiebres tifoideas en la región. El agua ha sido analizada y considerada peligrosa.

Calone volvió a instalarse detrás del volante. Echó una ojeada a Valey, al cual inclinó la cabeza.

—¿Satisfecho? Tenemos veinte litros de agua, que dentro de veinticuatro horas no podrá beberse. El clima de esta región es muy malo, y en unas horas puede usted encontrarse vacío, deshidratado. Yo no pienso llegar a ese extremo, voy a abandonarle a su suerte.

—¿A qué espera para marcharse?

Transcurrieron las horas. Bebieron el agua de la lata. Estaba tibia y empezaba a tener un sabor desagradable.

Por fin llegó la noche, aportándoles con su frescor una ilusoria sensación de bienestar. Calone se despertó porque alguien le sacudía. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos inmediatamente: le proyectaban el haz luminoso de una linterna en pleno rostro. Una voz procedente de la oscuridad gritó:

—¡Lárguense de aquí! ¡Esto es una propiedad particular!

Un perro, invisible, gruñía muy cerca. Calone despertó a Valey, se levantó. Sus ojos se acostumbraron a la oscuridad. Distinguió una silueta de uniforme. Valey se levantó, titubeó. Calone le sostuvo por un brazo y le llevó hasta el *jeep*.

El policía se alejó, sujetando a su perro por la correa. Los dos hombres subieron al vehículo y Calone recorrió unos centenares de metros. Se detuvo.

Hundido en su asiento, Valey hacía entrechocar sus dientes. Calone sacó el paquete de cigarrillos, encendió uno y se lo tendió al joven. Cuando hubo encendido el suyo, sólo quedaban dos.

—¿Y bien?

—De... acuerdo —tartamudeó Valey—. Ha... ha ganado usted. Pero no... no le servirá de mucho.

Capítulo XV

—Bueno —dijo Valey—, créalo o no, sólo había la mitad del manuscrito.

Estaban sentados en el suelo, apoyados contra la pared. Una leve claridad, hacia el Este, indicaba que el día no tardaría en levantarse. Valey continuó:

—Malinine no me hubiese creído nunca, puesto que yo le había dicho que tenía el manuscrito. Hubiese pensado que trataba de hacerle chantaje con la otra mitad. Al encontrar a mi tío muerto, comprendí el peligro que corría. Y hui.

—Y ese medio manuscrito, ¿dónde está?

—Lo oculté en Ginebra antes de marcharme.

—¿Adónde pensaba ir?

—No lo sé... Esperaba escapar de Malinine, ganar tiempo...

—¿Dónde cree que puede encontrarse la otra mitad?

—No lo sé... En otro banco, quizás...

—Me sorprendería mucho. Piense un poco. Su tío era depositario y heredero. Por lo tanto, necesitaba tener la totalidad del manuscrito.

—Entonces, ¿en otra caja fuerte del banco?

—Probablemente.

—En tal caso, no hay nada que hacer. No sólo tendríamos que saber el número de la caja, sino también poseer la llave. Además, ¿cuándo lo habría depositado?

—Al mismo tiempo que el otro... Su tío bajó solo con el Presidente, y permanecieron ausentes durante un tiempo lo bastante prolongado como para poder modificar los planes enunciados delante de usted en el despacho.

—Es posible —admitió finalmente Valey—. Pero ¿a dónde nos conduce todo eso?

—¿Acepta usted marchar conmigo?

—Sí —murmuró Valey.

—Entonces, no se preocupe del futuro. Lo esencial es salir de este agujero.

—¿Cómo piensa hacerlo? Nos vigilan continuamente.

—Vamos a intentarlo hoy mismo. Pero no de noche, sino en pleno día. Es un error creer que la noche es más propicia para las fugas. Estoy seguro que nos esperan a pie firme a la salida del pueblo. Tenemos que resistir hasta primera hora de la tarde. Aprovecharemos la hora de la siesta para escapar. Cuando el calor apriete más. Por otra parte, a la luz del día no se atreverán a aplicar soluciones demasiado... definitivas.

—Como usted quiera —dijo Valey.

Había renunciado a toda iniciativa. Calone se puso en pie.

—Operaremos en dos tiempos. Voy a conducir el *jeep* a las proximidades de la salida del pueblo, y luego nos separaremos hasta la hora H. Iremos cada uno por nuestro lado, como si no estuviéramos de acuerdo. Pero le aconsejo que se quede cerca de la iglesia, visitando los rincones desiertos. Nunca se sabe... Malinine podría perder la paciencia. En caso de peligro, entre en la iglesia. Nadie se atreverá a sacarle de allí. Por aquí, el derecho de asilo continúa en vigor. ¿Okay?

—De acuerdo.

—Ponga su reloj en hora. A las dos en punto nos encontraremos en el *jeep*.

Calone sacó los dos únicos cigarrillos que le quedaban y entregó uno a Valey, guardándose el otro.

—No se lo fume hasta que no pueda resistir más.

Se instaló al volante, secándose la frente con el dorso de la mano. Los efectos de la prolongada dieta empezaban a hacerse sentir. Había llegado el momento de entrar en acción.

Calone dejó el *jeep* en el lugar previsto y se quedó en él para descabezar un sueño. Se despertó alrededor de las diez con una atroz sensación de hambre. Encendió su último cigarrillo, bajó del vehículo y dio algunos pasos.

Se cruzó con personas que le miraban con aire de curiosidad. Todo el mundo debía de estar al corriente, ahora. Tal vez se formulaban preguntas... Pero la influencia del jefe de la policía debía de ser lo bastante fuerte como para que no experimentaran la necesidad de pedir las respuestas.

Cuando Calone buscaba sus miradas, volvían la cabeza, molestos. Al llegar a la plaza, vio a Valey que estaba sentado en el suelo, pegado al muro de la iglesia, con la barbilla entre las manos. Calone le ignoró y pasó por delante de la posada. Pancho estaba detrás del mostrador. Se sobresaltó al ver a Calone, pero éste se alejó.

Descendía por un callejón cuando oyó unos pasos detrás de él. Se volvió. Julio llegaba corriendo, con aire excitado. Se paró cerca de Calone, sacó una

manzana de su bolsillo y se la tendió en silencio.

—Gracias —dijo Calone.

Reanudaron la marcha. Julio empezó a hablar, rápidamente.

—Pancho le ha dicho a Julio que Rosario se había marchado a casa de su tía. Entonces, Julio ha ido a pie a ver a la tía de Rosario. Pero ella no la ha visto desde hace días y días. Pancho ha mentido. ¡Pancho ha mentido! Pancho ha ocultado a Rosario en alguna parte y no quiere decirlo. La guarda para él solo. Y Rosario no le quiere.

Miró a Calone.

—Hay que hacer algo, extranjero.

—¿Qué?

—Pancho tiene una casa de labor a unos kilómetros de aquí. Julio está seguro de que Rosario se encuentra allí. Y si el extranjero quisiera...

Calone se encogió de hombros.

—Sabes perfectamente que no puedo moverme de aquí...

—Entonces, tanto peor, Julio irá solo.

Echó a correr, gritando:

—¡Julio irá solo!

Calone quiso detenerle, le llamó:

—¡Julio!

Pero el otro dobló la esquina de la calle y desapareció.

Las últimas horas fueron interminables. Calone, vagando por las calles, se sentía atraído por el olor de las comidas y tenía que hacer un verdadero esfuerzo para expulsar de su cerebro las imágenes de los manjares que lo invadían con creciente frecuencia. Contra su voluntad, se detuvo delante de un puesto de frutas. La manzana de Julio no había hecho más que excitar su apetito. Resistió al deseo de entrar en la tienda, pistola en mano, y se alejó.

Dio la una, luego la una y media. Las calles estaban prácticamente vacías. Calone empezó a dirigirse hacia la salida del pueblo. A su hambre, se añadía ahora un deseo terrible de fumar.

Las dos menos cinco. El *jeep* estaba cerca. Calone lo distinguió bruscamente. Se detuvo, intrigado, y súbitamente echó a correr. Al llegar junto al vehículo se quedó unos instantes como petrificado; luego, martilleó la carrocería con su puño cerrado.

Los cuatro neumáticos estaban pinchados.

—¿Qué pasa?

Calone se volvió. Valey acababa de llegar.

—Mire —dijo.

Los hombros de Valey se hundieron todavía más al ver los neumáticos. Se había hecho a la idea de marchar, y el golpe resultaba mucho más duro.

—Estamos perdidos —murmuró—. Perdidos...

—No —dijo Calone entre dientes—, la cosa no ha hecho más que empezar... Venga.

Se alejó a grandes pasos, seguido de Valey. Cerca de allí había una estación de servicio. El empleado dormitaba en la penumbra de su despacho. Calone le despertó bruscamente y el hombre se puso en pie de un salto al ver al francés. Su mirada vaciló ligeramente. Tenía miedo.

—¿Qué... qué desea usted?

—Neumáticos —dijo Calone.

—¿Neu... neumáticos?

—Sí.

—No tengo.

—Ni siquiera le he dicho qué clase de neumáticos quiero...

—No tengo neumáticos.

—Se trata de un *jeep*. Y usted tiene un *jeep* y, por lo tanto, ha de tener neumáticos de recambio.

—No, precisamente los estoy esperando.

Calone vaciló. Consiguió dominarse. No había llegado aún el momento. El empleado empezó a gritar:

—¡Lárguense o llamo a la policía!

Calone salió, seguido de Valey. Dieron unos pasos en silencio. Finalmente, el suizo dijo:

—Será mejor que se vaya solo. A usted nadie le impedirá marcharse.

—Hemos hecho un trato —dijo Calone.

—No le reprocharé que no cumpla su parte.

—Más tarde hablaremos de eso. De momento, se trata de actuar.

Sonrió:

—El diálogo resulta agradable, pero también se puede pecar por exceso. Malinine ha cometido un error. Las personas que no tienen nada que perder son las más peligrosas.

—¿Qué va usted a hacer?

Se dirigían hacia el centro. Cuando llegaron a la plaza, Calone dijo:

—Espéreme aquí. Voy a ver a Pancho y a acelerar el movimiento. En caso de que suceda algo, no tenga miedo, grite.

Valey inclinó la cabeza, mientras Calone se dirigía a la posada. Entró.

Por primera vez, Calone encontró vacía la sala de la posada. Entró con desconfianza, esperando ver surgir a un policía. Fue hasta la cocina, pero Pancho no estaba allí.

Calone volvió a la sala, vaciló y terminó por dirigirse a la escalera. Subió al primer piso. La habitación de Pancho era la primera del pasillo, a la derecha. Calone empujó suavemente la puerta.

Pancho estaba allí. Pancho había iniciado una larga siesta, una siesta que no terminaría nunca. Estaba tendido en el suelo, boca abajo, y con el mango del cuchillo que surgía de su espalda parecía clavado al piso.

Calone se acercó con precaución, se inclinó. Pancho estaba muerto. Todavía caliente. Calone se incorporó súbitamente, tenso el oído. Había captado un leve ruido, una especie de silbido apenas perceptible. Calone miró a su alrededor, sin ver nada. Se esforzó en no moverse, mientras trataba de localizar el insólito ruido.

Una cortina cubría una especie de armario sin puerta. Calone se acercó a ella silenciosamente y la apartó a un lado con un gesto seco. Julio estaba allí, aplastado contra un rincón, con la mirada enloquecida. Levantó la cabeza hacia Calone. Respiraba de un modo entrecortado, con la boca abierta, lo cual provocaba aquel curioso silbido. Se observaron unos instantes. Luego, Julio se irguió ligeramente. Temblaba.

—Está muerta —murmuró—. Rosario está muerta. La encerró, y luego la golpeó, la golpeó... Y está muerta. Allá abajo, sola, en la casa de labor de Pancho. Entonces, Julio ha venido y ha matado a Pancho. El extranjero me comprende, ¿verdad?

Calone reflexionaba rápidamente. La situación había cambiado. El problema consistía en saber aprovechar al máximo la nueva situación. Julio se pegó a él.

—El extranjero me comprende, ¿verdad? —repitió—. También él quería a Rosario.

Cayó de rodillas y empezó a llorar silenciosamente. Era algo insoportable.

—¡Basta! —dijo Calone secamente—. ¡En pie!

Julio vaciló y luego se puso en pie. Se secó los ojos con el revés de una manga de color incierto.

—Pancho no era más que un instrumento —dijo Calone—. El verdadero responsable de la muerte de Rosario no es él.

Un tic hacía palpar un párpado del enano.

—¿Quién? —inquirió.

—Otro extranjero, que se aloja en la otra posada. Se llama Malinine. Es muy alto y muy moreno. Él es quien ha ordenado la muerte de Rosario. Él es el responsable. ¿Comprendes?

El enano parecía petrificado. Finalmente movió la cabeza.

Calone repitió:

—¿Comprendes?

—Julio ha comprendido.

No había ya huellas de lágrimas en sus ojos. Julio murmuró algo que Calone no entendió y se acercó al cadáver de Pancho. Poniéndole un pie encima, se inclinó ligeramente, cogió el mango del cuchillo y tiró de él. Sin secarlo siquiera, Julio salió de la habitación andando como un autómatas.

Calone se secó el rostro, recogió un paquete de cigarrillos caído en el suelo, encendió uno. Se acercó a la ventana: Julio estaba en la calle, andando como un sonámbulo, cortando camino para llegar antes a la otra posada.

Calone salió del cuarto después de haber cerrado cuidadosamente la puerta. Descendió. Valey estaba abajo, apoyado contra la pared, con los ojos semicerrados. Su rostro comido por la barba aparecía pálido y cubierto de sudor. Calone le encendió un cigarrillo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Valey.

—Esperar.

Fue mucho más espectacular de lo que hubiera creído. La cosa empezó con un gran grito, seguido de otros que turbaron la paz del pueblo.

—Venga —dijo Calone.

Echó a correr en dirección a la otra posada. Vio a Malinine que salía. El ruso trataba de correr, pero sus pasos eran titubeantes. Julio le seguía de cerca, perseguido a su vez por tres o cuatro hombres.

Todo sucedió con mucha rapidez. Julio, que conservaba aún su puñal en la mano, torció bruscamente a la derecha, metiéndose por una calle contigua. Dos policías se materializaron, uniéndose a los perseguidores del enano.

Malinine siguió andando, apretándose el vientre con las dos manos. Calone se dirigió hacia él. Estaba muy cerca cuando el ruso cayó de rodillas en el polvo. Su rostro estaba crispado, brillante de sudor. Miró a Calone.

—¿Se acuerda usted, Malinine? ¡Que gane el mejor!

El ruso no apartaba sus ojos del francés. Hacía un esfuerzo por mantener el busto erguido. Trató de incorporarse, pero le faltaron energías. La sangre brotaba por entre sus dedos.

Sus labios se movieron varias veces antes de que consiguiera articular unas palabras.

—Debí matarle a usted...

Cayó bruscamente de costado, volviendo la cabeza al oír los gritos que se aproximaban. Julio desembocó en la plaza, corriendo en zig-zag. Sus perseguidores le estaban dando alcance. Sintiendo perdido, el enano se volvió bruscamente, plantando cara, con el cuchillo en la mano. Los hombres se inmovilizaron. Uno de los policías apartó a los otros con un gesto seco. Sacó su pistola y apuntó al enano.

Calone llevó la mano a su Beretta, pero no pasó de ahí. Otros intereses exigían que Julio fuera sacrificado. Al oír los disparos, volvió la cabeza.

Julio acusaba cada uno de los proyectiles, pero no caía. Al quinto disparo, sus hombros se hundieron. Uno de los hombres se persignó. El enano se desplomó bruscamente hacia atrás, con los brazos en cruz.

Si existía un paraíso para los desheredados, tal vez Julio encontrara en él la paz en compañía de Rosario. Calone se inclinó sobre Malinine. El ruso murió en aquel preciso instante, tras haber intentado inútilmente incorporarse por última vez.

Valey le contemplaba, hipnotizado. Un *jeep* que llegaba le hizo sobresaltar. El jefe de la policía se apeó del vehículo antes de que éste se detuviera. Empuñó su pistola y avanzó hacia Calone. Echó una hojeada a Malinine, y luego miró a Calone.

—¿Le ha matado usted?

—No... Yo no habría cometido ese error.

El policía vaciló y miró a su alrededor. Vio al otro grupo a una veintena de metros. Uno de sus subordinados se presentó a él y le explicó en pocas palabras lo que había pasado. Calone dijo:

—Ha matado también a su hermano.

El jefe de la policía se sobresaltó. Miró a Calone con aire desconcertado.

—¿Por qué? —murmuró.

—Encontrará la explicación en la casa de labor de Pancho. Puede resumirse en una sola palabra, mejor dicho, en un solo nombre: Rosario. Julio estaba enamorado de ella...

Un silencio. Luego añadió:

—Ya le advertí que se había embarcado usted en un juego peligroso.

El policía le miró. Estaba sudando.

—Márchense, usted y su amigo —dijo—. Inmediatamente.

Capítulo XVI

Hacía un tiempo espantoso. Una lluvia fina y helada caía sobre Ginebra. Los hoteleros se frotaban las manos de gusto, ya que se anunciaba un invierno riguroso y precoz.

Calone se estremeció al hundirse en el asiento del taxi. El contraste entre el clima de Guatemala y el de Suiza era demasiado brutal. Se subió el cuello del abrigo y dio la dirección al chófer.

Un cuarto de hora más tarde penetraba en el inmueble de Marianne. Subió, llamó a la puerta. Unos segundos después, Marianne abrió.

Había adelgazado desde la última vez. Llevaba un Lewis de terciopelo color ceniza y un jersey negro que acentuaba su palidez.

—¿Usted! —exclamó la joven.

—¿Puedo pasar?

Marianne le dejó entrar, cerró la puerta y le acompañó hasta el *living*. Se olvidó de ofrecerle un asiento, hasta tal punto estaba ansiosa por conocer los motivos de su visita.

—¿Alguna novedad?

—Sí. Lo he visto.

—¿Dónde está? ¿Cómo se encuentra?

—Bien... Ahora, muy bien.

—¿Por qué se marchó? ¿Por qué no me envió noticias tuyas?

—No podía hacerlo.

—¿Dónde está?

—Se lo diré más tarde. La espera a usted.

Calone sacó una carta de su bolsillo y se la entregó. Marianne se apoderó de ella, desgarró el sobre. Se sentó y leyó las dos cuartillas llenas de una apretada escritura. Cuando hubo terminado, se secó una lágrima y dijo:

—He tenido tanto miedo...

Calone permaneció unos instantes en silencio. Encendió un cigarrillo. Luego se acercó a Marianne.

—Si quiere reunirse con él, no podemos perder tiempo.

Marianne asintió, se puso en pie e inquirió:

—¿Por qué toda esta historia?

—Sería demasiado largo de explicar. Si François lo cree oportuno, se lo contará todo.

Consultó su reloj y añadió:

—Vamos, o encontraremos cerradas las oficinas.

Marianne abandonó la habitación por unos instantes y volvió a aparecer envuelta en un abrigo de pieles. Salieron del apartamento, tomaron el ascensor y bajaron hasta el sótano donde se encontraba el automóvil de Marianne, un Austin-Cooper. Subieron.

Un poco más tarde, ante un disco rojo, Marianne preguntó:

—¿Cree usted que algún día podrá regresar a Suiza?

—No lo sé... Tal vez no resulte deseable, por motivos que no tienen nada que ver con la muerte de su tío.

—¿Por qué?

—Su aventura le ha marcado profundamente. Creo que la piel de banquero no le sentaría bien. Así será más duro al principio, pero preferible...

—Yo estaré allí —dijo Marianne.

Un nuevo silencio. Luego, ante otro disco rojo, la joven inquirió:

—Dígame, ¿es culpable?

—No. Puedo jurárselo.

—Entonces, ¿quién lo hizo? ¿Quién?

—Conozco su nombre. Ha muerto, y nunca podrá probarse que fue el asesino. Y como en materia criminal la prescripción dura veinte años...

Marianne detuvo su automóvil delante de un gran inmueble.

—La oficina de correos está un poco más arriba —dijo.

—Vamos allá.

En la lista de correos había una carta dirigida a Marianne Dumont. La joven la retiró y aguardó a estar de regreso en el automóvil para entregársela a Calone. Éste la abrió y sacó un pequeño boleto de una consigna. Lo agitó pensativamente.

—¿Quiere usted llevarme a la estación de Cornavin? —preguntó finalmente.

En la consigna de la estación, y a cambio del boleto, le entregaron un maletín. Calone volvió a subir al automóvil y abrió el maletín. En su interior había un portadocumentos de cuero negro. Y en el portadocumentos, un grueso fajo de cuartillas, por las cuales habían muerto varios hombres.

Calone volvió a cerrar el maletín.

—Gracias, señorita Dumont. Ahora, va a hacer lo siguiente: mañana saldrá para París. Llévase únicamente lo indispensable para un viaje de dos o tres días. Diríjase a esta dirección. —Le entregó una tarjeta—. Allí nos haremos cargo de usted y la conduciremos, con las precauciones debidas, al lugar donde se encuentra François Valey. Un poder que usted nos habrá firmado nos permitirá vender su apartamento y remitirle el dinero un poco más tarde.

Le tendió la mano.

—Buena suerte, señorita Dumont. François va a necesitarla a usted.

Marianne le dio las gracias con una sonrisa, la primera que Calone veía florecer en su rostro. Valey dejaba quizás una fortuna en Suiza, pero no perdía nada con el cambio...

Calone sólo disponía de una hora antes de la salida del avión para París. Encontró un taxi, se hizo conducir al aeropuerto y esperó que llamaran a los pasajeros.

Un momento después se encontraba instalado en el Caravelle, completamente relajado.

Cuando el avión remontó el vuelo, Calone abrió el maletín. Su madre era de origen georgiano, y Calone conocía el ruso perfectamente. Lo hablaba y lo leía como el más anciano de los moscovitas.

Cogió el manuscrito, lo hojeó, comprobó que, efectivamente, faltaba una página de cada dos. Empezó a leer, primero atento, luego incrédulo. Súbitamente, estalló en una formidable carcajada que sacudió a todos los pasajeros del avión. Una risa interminable que dejó a la azafata sin voz.

Y los pasajeros se preguntaron con cierta inquietud qué podía provocar tan exagerada hilaridad, a varios millares de metros de altura, en aquel caballero solitario y de aspecto más bien serio...

* * *

Costes pulsó la manecilla del interfono.

—¿Paule? ¿A qué hora ha dicho que estaría aquí?

—A las diez, señor.

—¡Ya son las diez! —estalló Costes.

—Bueno... ¡Ah! Aquí está...

Murmullo de voces, risa de Paule. Costes gritó:

—¡Señorita Blain! Le recuerdo que estoy esperando.

La puerta se abrió y Calone entró en el despacho, con el portadocumentos bajo el brazo.

—Está usted muy nervioso... Le presentaba mis respetos a la señorita Blain.

—¿Y eso ha provocado en ella esa risa histérica?

—Tendría usted que cambiar de interfono —replicó Calone tranquilamente.

Se dejó caer en su sillón favorito y añadió:

—La risa de la señorita Blain era sólo emocionada.

Costes cogió un lápiz y lo hizo girar entre sus dedos.

—Bueno, por lo visto ha regresado usted de Guatemala...

—Lo sabe perfectamente.

—Sí, lo sé. Y sé también que su presencia allí no pasó inadvertida. ¿Ha servido para algo, al menos?

—Según.

—Responda claramente. ¿Tiene o no tiene ese manuscrito?

Al mismo tiempo, miraba de un modo significativo el portadocumentos de Calone.

—Tengo la mitad.

—¿La mitad? No me diga que se ha visto obligado a compartirlo con alguien...

—No... En realidad, lo que yo tengo representa una página de cada dos.

—¿Y el resto?

Calone se inclinó ligeramente.

—Podrá usted encontrarlo en todas las buenas librerías. Se han editado varios millones de ejemplares.

—¿Qué significa eso?

Calone se puso en pie, abrió el portadocumentos y tiró el montón de cuartillas sobre la mesa.

—¿Lee usted el ruso?

—No...

Costes contemplaba el manuscrito con desconfianza.

—Lástima —dijo Calone—. Reconocería usted inmediatamente en ese relato la apasionante novela que se encuentra en todas partes bajo el título de «*Guerra y Paz*».

—¿Qué quiere usted decir?

Calone se apoyó en el escritorio.

—Quiero decir que el Presidente le tomó el pelo a todo el mundo. Nunca escribió sus Memorias, y lo que depositó en un banco suizo fue «eso».

—¡Es absurdo! ¿Por qué...?

—Tengo una teoría. El Presidente era un tipo listo y retorcido. Toda su carrera lo demuestra. ¿No le pareció un poco raro que corriera el riesgo de abandonar la URSS sabiendo que le vigilaban continuamente, para ir a depositar ese manuscrito en Suiza? ¿Y acompañado de testigos, por añadidura? Sabía perfectamente que su gobierno iba a reaccionar. Los testigos, o al menos uno de ellos, se dejaron atrapar y hablaron. Al cabo de veinticuatro horas, las autoridades soviéticas sabían que un peligroso manuscrito de Memorias estaba depositado en una caja fuerte de Suiza. Tal como esperaba el Presidente, desde luego. Había digerido mal su retiro obligado y quería recuperar su cargo. Medio de presión: sus Memorias. El Presidente estaba muy seguro de sí mismo, de su popularidad, de la invulnerabilidad de su persona. Aquel exceso de confianza fue su único error. No imaginó ni por un instante que le eliminarían definitivamente para recuperar el manuscrito. Y, sin embargo, eso fue lo que ocurrió. El viejo zorro quedó cogido en su propia trampa, a pesar de lo mucho que había cuidado los detalles. Durante semanas y semanas permaneció encerrado en su despacho, emborronando cuartillas y cuartillas, para hacer creer a los que le rodeaban que escribía sus Memorias, cuando en realidad se limitaba a copiar «*Guerra y Paz*». Un extraño sentido del humor. Llevó la comedia hasta el extremo de dividir el manuscrito en dos partes, para convencer al director del banco de su enorme valor. Imagino la cara del señor Valey si hubiese ido a llevar el manuscrito a un editor, dentro de diez años...

—Entonces, se hubiera dado cuenta.

Calone sacudió la cabeza.

—No. El Presidente estaba tan convencido de su retorno al poder, que no corría ningún peligro. Habría recuperado discretamente el manuscrito, unos meses más tarde.

Costes parecía haberse quedado sin voz. Calone sonrió, encendió un cigarrillo.

—Era un individuo más tortuoso que usted, que ya es decir.

Costes le miró y Calone se puso en guardia. Conocía muy bien aquella mirada de viejo astuto.

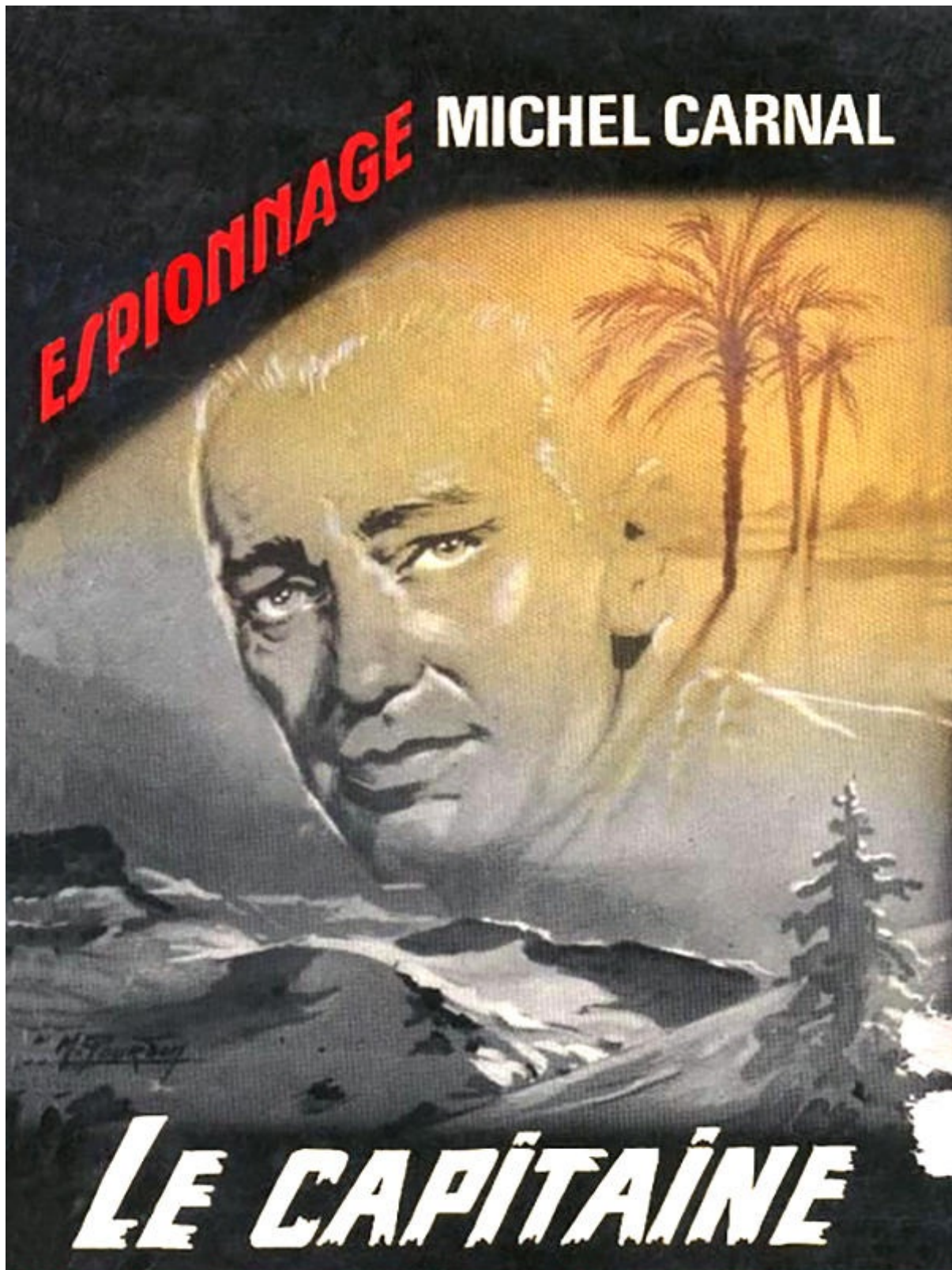
—¿Qué importancia tiene que ese manuscrito carezca de valor? —dijo Costes—. Lo esencial es que los rusos *crean* que nos hemos apoderado de esas Memorias...

Se retrepó en su asiento, soltó su lápiz y añadió:

—Y tengo la intención de hacérselo saber.

Calone suspiró. Era algo patológico en Costes: no soportaba el no poder pronunciar la última palabra.

ESPIONNAGE MICHEL CARNAL



LE CAPITAINE

Editions "FLEUVE NOIR"

EL CAPITÁN

Michel Carnal

Capítulo primero

Non, rien de rien...

Non, je ne regrette rien...

Enero, 1962

La niebla acolchaba los faroles y, en la calle, los escasos transeúntes no eran más que unas siluetas apresuradas apenas visibles. No habían dado las ocho, pero hacía largo rato que había oscurecido. Hacía frío.

El hombre, bajo el porche, levantó el cuello de su gabardina y contempló, por encima de los tejados, las luces de Fourvières parpadeando como cálidas y pequeñas estrellas.

No pensaba en nada, salvo quizás que era una perra noche para un plantón, pero que de todos modos era siempre así, y si por lo menos fuera la última vez...

Un leve ruido le hizo inclinar la mirada. Una sombra más negra se deslizaba debajo del alero.

—Llega usted un poco tarde, inspector...

El acento mediterráneo contribuía a la familiaridad del tono, y el interpelado inquirió casi con dureza:

—¿Y bien?

—Será esta noche, inspector. El paquete ya está en el saco, como quien dice.

—Si usted quiere, la Brigada puede...

—No, no, preferimos actuar solos. El Patrón dice que nos pagan para eso. No se lo tome a mal, ¿eh?, pero ustedes están más acostumbrados a los mangantes y a los chorizos que a esta clase de clientes.

El inspector principal Aujoulsert, de la 3.^a Región de Policía, pensó que vivía en una época realmente curiosa, por así decirlo, y que si bien la policía había utilizado siempre a unos individuos como aquel Robert-le-Tonkinois, no eran precisamente ellos los que daban las órdenes... Sin duda iban a entregarle su prisionero sin sentido o atiborrado de droga; era la moda, y en el fondo el inspector lo prefería así. Desde luego, no aprobaba las sublevaciones ni las conjuras, pero, de todos modos, a tres años de distancia de la jubilación, no le entusiasmaba la idea de colocar las esposas a un capitán en activo, con sus medallas y su Legión de Honor.

—¿Cómo ha de ir el asunto? —preguntó.

—Coser y cantar. Una furgoneta Renault matrícula 3175NL69 en el *parking* de los autocares. El paquete estará dentro, manso como un cordero. En principio, se ha enterado usted del asunto por una llamada anónima, pero será preferible esperar el disco verde del Patrón para informar a los plumíferos.

—¿Es todo?

—Sí, todo. ¿Acaso no le basta?

Más que la frase en sí, el tono con que fue pronunciada molestó, una vez más, al inspector. Se encogió de hombros. Evidentemente, para una detención ordinaria hubiera puesto a unos agentes de vigilancia, enviado al lugar un coche-patrulla, tal vez incluso una camioneta de guardias... Pero no se trataba de una detención ordinaria, y si los «paralelos» querían dar lecciones a la «policía de papá», que se las arreglaran ellos mismos, y buen provecho...

Se preguntó incluso por qué habían considerado útil advertir a la Brigada, y si aquella cortesía casi inusitada no ocultaba alguna de las «granujadas» habituales del régimen.

Volvió a encogerse de hombros. Estaba aquí por orden del comisario de la División, el cual, por su parte, recibía sus directrices de un comisario de informaciones generales. El resto no era de su incumbencia.

—De acuerdo —dijo—, estaremos allí a partir de las once y media.

Robert-le-Tonkinois le vio fundirse entre la niebla, una silueta rígida que, pensó, «olía a gallina a cien leguas». Luego se alejó a su vez, con el cigarrillo en los labios y las manos hundidas en los bolsillos.

El viento que bajaba con el Saône era glacial; y si caía, iba a nevar... Lyon era una ciudad asquerosa... Pero mañana, por la noche, París, *Maulen*... y tal vez el famoso carnet tricolor «*Direction de la Sûreté Nationale en Algérie*»... Las autoridades civiles y militares dejarán pasar y circular libremente a M...

Aquello sería lo bueno... Le permitiría trabajar a gusto y, al mismo tiempo, efectuar algunos pequeños negocios... Sin olvidar los diez años de prohibición de residencia...

Robert-le-Tonkinois escupió alegremente su colilla. Allí, no sería el único «polizonte»: estaban ya Jean-à-la-Jag, y Heinz, y Le Coënquet, sin hablar de algunos antiguos escapados de «La Carlingue»^[11], a los cuales los acontecimientos habían vuelto a poner en órbita... Un excelente equipo.

El Peugeot negro estaba aparcado más arriba, constelado de gotas de humedad y con los cristales empañados. El Tonkinois abrió la portezuela tras haber echado una mirada maquinal a su alrededor.

El hombre acodado al volante, una especie de coloso bigotudo, se irguió apenas cuando el Tonkinois se sentó junto a él, limitándose a volver la cabeza.

—No has tardado mucho —dijo.

Robert-le-Tonkinois se echó a reír.

—¡Desde luego! Temí que el pollo hiciera un drama, o que se pusiera tonto hablando de la «legalidad». ¡Nada! ¡Un corderito! Por lo visto, el Patrón les ha puesto en vereda, y bien...

El otro movió la cabeza.

—Hay que reconocer que el Patrón...

Se interrumpió. Aquello le bastaba como observación. No era muy locuaz y, por otra parte, nadie le había obligado a serlo. Tenía otros modos de expresarse: la porra cargada de plomo, la cadena de motocicleta forrada con cordel, o incluso los puños, simplemente.

El Tonkinois dijo:

—Irás en busca de Blache y de Roger. Cogeréis la camioneta. Tú conducirás. Te estacionarás en el callejón que hay detrás de la taberna de Emile, y me esperaréis allí. ¿Entendido?

—Entendido.

—Yo llegaré con el Peugeot y el pichón. Tal vez estará ya en el limbo, tal vez no... Depende.

—Depende... ¿de qué?

El bigotudo se inquietó un poco. No le gustaban las improvisaciones. No iban con él.

—De las oportunidades que se me presenten... Si no está en condiciones, le sacudiréis en cuanto baje del automóvil, sin hacer ruido.

—¿Irá armado?

Robert-le-Tonkinois se encogió imperceptiblemente de hombros.

—No. Al menos, no lo creo. De todos modos, viene a ser lo mismo. Esos tipos se han dejado cazar siempre sin hacer nada, armados o no. El ejército no les ha enseñado a reaccionar bruscamente. Además, en su ambiente no es de buen tono andar disparando a diestra y siniestra. ¡Existen el honor, los principios! ¡La línea azul de los Vosgos y el estandarte que ondea...! ¡Un asco!

El bigotudo asintió en silencio. Sin embargo, pensaba que, en cierto sentido, era una suerte que los tipos de enfrente fueran así, porque en caso contrario... Pero aquéllos eran unos pensamientos difíciles, que arrastraban muy lejos, y consideró inútil expresarlos.

—De acuerdo —dijo—, lo haremos así.

Dejó arrastrar la voz, porque tenía algo que decir y le fastidiaba un poco. Pero pensó en Blache y en Roger y se decidió.

—Oye, Robert, ¿qué hay de nuestro seguro de vida? Los compañeros quisieran saber algo, recibir un documento, un justificante, cualquier cosa... ¿Comprendes? No es que...

El Tonkinois no le dejó terminar. Estalló:

—¡Ya me tenéis hartos con esa historia! ¡Se os ha dicho que estáis asegurados, y eso debiera bastaros! ¡Cinco millones por cabeza! Un poco más de lo que valéis, ¿no te parece? La propia esposa del Patrón se ocupa de ello, ¿te enteras?

—No te lo tomes así, Robert, no he querido...

—¡Me lo tomo como me da la gana!

El tema le sacaba de sus casillas, porque tampoco él tenía aún su póliza... Por diez millones, la suya, suscrita a su nombre por la Société Fidensa, una empresa ficticia que organizaba el reclutamiento, la formación y la nómina de los «Especiales», lo mismo en Francia que en Argelia... Las primas eran espantosamente caras, al parecer, a causa de los riesgos excepcionales.

Echó una ojeada a su reloj, gruñó:

—Ya es la hora. Apéate, y anda a buscar la camioneta. Yo os traeré el paquete.

Se instaló al volante, ocupando el lugar del bigotudo, dio la vuelta a la llave de contacto y puso en marcha el limpiaparabrisas.

—... Chao...

El otro se alejaba. Un oso bonachón... Robert-le-Tonkinois arrancó, pensando que ahora le tocaba actuar a él. Sin ayuda de nadie.

* * *

La escalera no olía bien, era lo menos que podía decirse: col, bazofia, tabaco frío, orines de gato, humedad, y también aquel agrio olor a pobre que no resulta fácil de olvidar. Robert-le-Tonkinois se preguntó si aquella clase de olores podían molestar a un capitán...

A él no le molestaban, al menos por ahora. Le molestarían más tarde, cuando estuviera realmente al otro lado de la barrera, rico. No tenía la menor duda al respecto, ya que el Patrón no le había ocultado que, cuando hubiesen terminado todas aquellas historias, vendría el reparto de las recompensas. Los gordos tendrían embajadas, secretarías, y para los demás las buenas sinecuras más o menos oficiales, los enchufes espléndidamente retribuidos...

Entretanto, había que entregar el paquete.

Llamó a la puerta: tres golpecitos, y otros dos a continuación, con un breve intervalo de silencio. Al ver que la luz se apagaba se apresuró a encender de nuevo la bombilla del rellano, sabiendo que el capitán había practicado un diminuto agujero en la puerta para poder identificar a sus visitantes.

La espera duró poco, amenizada por una musiquilla radiofónica surgida de quién sabe dónde. La puerta se abrió lentamente, como a disgusto.

—No le esperaba ya...

El Tonkinois hizo un gesto de disculpa.

—Es cierto, mi capitán, llego un poco tarde, pero quería estar seguro de que no me seguían. Esta noche hay mucho jaleo.

—¿Jaleo?

—Sí, no puede imaginárselo. La policía descubrió anoche un depósito de armas de la Organización en Vaux-en-Velin. Es un pueblecito a orillas del Ródano, no muy lejos. Obuses, plástico, bombas de mano, en una casa en ruinas. Y están furiosos porque no pueden identificar a los dueños de la barraca... ¿Está usted enterado, mi capitán?

—Negativo...

Era verdad, y por otra parte el drama de la Organización. Demasiada buena voluntad, y poca «organización», precisamente. Y falta de preparación para aquella clase de lucha, sobre todo en la Metrópoli. La lucha clandestina no se improvisa.

Aquella era una verdad que resultaba inútil divulgar, y el ex capitán Pierre Leenhardt, llamado Lorrain, no sentía el menor deseo de hablar de ella, especialmente con un vulgar agente de enlace.

El Tonkinois captó perfectamente la reticencia y se apresuró a decir, para no dejar que se estableciera una molesta tensión:

—Para usted, en cambio, todo va bien. Podrá marchar esta misma noche. Le llevaré hasta dos de nuestros amigos de la «*red Flamberge*», los cuales le acompañarán a Marsella. Después...

—Después, no se preocupe por mí, amigo mío —le interrumpió el capitán—. En este oficio, cuanto menos se sabe, mejor. Sobre todo si la «*Schoumoune*» le lleva a uno a la Torre. Ya sabe... Quai des Orfèvres, 36, Policía Judicial, Brigada Criminal, tercer piso.

Robert-le-Tonkinois se echó a reír.

—¡No hay peligro, mi capitán!

—Tanto mejor.

La mirada de Lorrain giraba maquinalmente alrededor de la habitación, demorándose en los rincones mal iluminados por la luz de la lámpara. Se alojaba aquí desde hacía cinco días, sin apenas salir, y era ahora, en el momento de abandonarlo, cuando se daba cuenta de la tristeza del local. Todo en él era apagado, gris, polvoriento, sin edad, y la ebonita del teléfono, con su brillo, parecía casi incongruente.

Pensó que había conocido demasiados cuarteles, campamentos, fortines, para conceder la más mínima importancia al marco de su existencia. La única realidad era la fraternidad en la cual había vivido. Una hermandad de armas que echaba de menos en la clandestinidad. En el fondo, no había nacido para aquella clase de lucha subterránea... ¡Oh! Sus actuales compañeros no carecían de valor ni de cualidades, pero eran paisanos, con sus problemas de paisanos siempre tan complicados, su negligencia, su abandono.

Era evidente que todo un pasado dudoso se le pegaba a la piel... Naturalmente, las circunstancias prohibían el mostrarse exigente... A veces bastaba muy poco para sacar a un hombre de su rutina... Y Lorrain pensaba con nostalgia en sus muchachos del Batallón, llegados allí con sus defectos, sus desdichas, sus recuerdos, y convertidos por la antigua Legión en los mejores soldados del mundo... Unos soldados a los cuales estaban destrozando...

El Tonkinois se impacientó discretamente.

—Mi capitán... El tiempo pasa, tendría usted que preparar sus cosas...

No tenía más que una pequeña maleta de lona y un portadocumentos. Sonrió.

—No tardaré mucho. No tenga miedo.

Recogió una chaqueta de pijama tirada sobre el lecho, volvió a colocar un libro en su anaquel, vació un cenicero... La vivienda no conservaría apenas

huellas de su paso, no más de las que había conservado de sus anteriores ocupantes. Y el capitán, por su parte, la olvidaría rápidamente...

—Mi capitán... Si no le molesta, quisiera prepararme un poco de café...

Lorrain apenas volvió la cabeza.

—De acuerdo, amigo mío; prepáreme una taza para mí, al mismo tiempo.

—Desde luego, mi capitán.

Sin apresurarse, Robert-le-Tonkinois se dirigió a la cocina, cuya puerta entornó detrás de él: un movimiento que podía pasar por maquinal e incapaz de inquietar a nadie.

Sin embargo, por espacio de unos segundos tendió el oído. Del otro lado de la puerta le llegaron unos ruidos pausados, tranquilizadores. Se movió rápidamente: la cacerola de esmalte amarillento, el agua, el café soluble, el azúcar, las dos tazas desapareadas, treinta centigramos de Nembutal...

Ni siquiera estaba nervioso. Todo estaba resultando estúpidamente sencillo...

Robert-le-Tonkinois rió para sus adentros. Una buena taza de «*café malo*», y el fiero guerrero, dentro de un cuarto de hora, veinte minutos a lo sumo, caería dormido como un niño sobre el asiento trasero del automóvil. Algo rápido, limpio, sin necesidad de bloquear el barrio, sin C. R. S. con casco, sin ruido de botas claveteadas y sin burgueses asustados en las ventanas...

Desde luego, el sueño no sería muy prolongado, ya que los efectos de la droga, al parecer, eran breves. Pero suficientes, de todos modos, para que el fiero guerrero en cuestión fuese encontrado en el suelo de la caja de una camioneta, atado como un vulgar salchichón de Bologne.

El timbre del teléfono le sobresaltó, fijando en su rostro una expresión de sorpresa y anudando casi dolorosamente su garganta. Reaccionó muy aprisa, tras un breve encogimiento de hombros: debía tratarse de un error, o de una llamada para la antigua ocupante del apartamento, una enfermera jubilada. Lorrain no telefoneaba nunca ni recibía llamadas. Una lástima, por otra parte, ya que la línea estaba intervenida...

De todos modos, el Tonkinois no pudo evitar el echar una ojeada a la habitación contigua: el capitán, de pie junto a la mesa, vestido con su gabardina cuyo cinturón colgaba y con el auricular pegado al oído, le daba la espalda.

Permaneció así veinte segundos, tal vez treinta, murmuró «Nada de particular» con una voz completamente normal, y colgó.

Luego deslizó la mano en su bolsillo y se volvió lentamente.

* * *

... No, no acababa de digerirlo, y las palabras que resonaban en su cerebro no eran más que unos vocablos entrecortados, jadeantes, pero vacíos, que no habían adquirido aún todo su significado, su peso, su fuerza...

—... Lorrain... Aquí, «*Bastia*»... No hable... Alerta 12... La policía está cerca de usted. Huya, si es todavía posible. El Tonkinois es un *Barbouze*... ¿Entiende? Huya inmediatamente. Alerta 12. El Tonkinois le ha vendido...

Lorrain tragó su saliva penosamente. Una súbita lasitud le abrumaba después de aquel nuevo golpe, un desaliento sin nombre, una indecible decepción. De modo que todo era trampa, traición, podredumbre... No podía confiarse en nada, en nadie... ¿Sería cierto que le abandonaba la suerte? ¿Que el propio Dios, ahora, condenaba? ¡No era posible!

Y poco a poco la rabia, una rabia nacida de la desesperación, reemplazó al abatimiento, crispó sus rasgos y agitó sus músculos con leves estremecimientos. Los que corren por debajo de la suave piel del leopardo cuando se dispone a saltar.

Por la puerta entreabierta, Robert-le-Tonkinois observaba al capitán. No era particularmente inteligente ni especialmente psicólogo, y, sobre todo, nada, ningún motivo tangible, excepto un oscuro instinto de bajos fondos, una presciencia de maleante, le permitía sospechar de una comunicación tan anodina.

Sin embargo, adivinó que su traición estaba descubierta, su papel conocido, su trampa fracasada, y que el agua del «café malo» hervía inútilmente en la cacerola de esmalte.

Le pareció que algo cedía en sus resoluciones y vaciló un poco, buscando una argucia, una escapatoria, ya que el «fiero guerrero» del cual se burlaba hacía unos instantes, iba sin duda a plantarle cara. Y él estaba solo...

Por primera vez lamentó no haber aceptado la proposición del inspector Aujoulsert, lamentó la ausencia de los gendarmes móviles, molestos y ruidosos, desde luego, pero al mismo tiempo tranquilizadores, con sus cascos negros y sus mosquetones.

Luego pensó que tal vez no estaba todo perdido, y que incluso el zorro planta cara cuando se encuentra sorprendido en medio del gallinero.

Empuñó su automática, que llevaba bajo el sobaco, y empujó la puerta.

—¡Basta de comedia, Lorrain! ¡Arriba las manos!

El capitán volvió la cabeza y le miró. En la habitación se produjo un breve silencio, como si el tiempo vacilara en continuar su carrera. Luego, sin que un

músculo de su rostro se moviera, Lorrain, en el fondo de su bolsillo, apretó el gatillo de su pequeño revólver. Una vez... dos veces... tres veces...

Y mientras estallaban las detonaciones, mientras Robert-le-Tonkinois titubeaba, despedido hacia atrás por el impacto de los proyectiles que se hundían en su carne, Lorrain se asombró de no experimentar disgusto ni remordimiento.

Y al mismo tiempo, confusa y precisa a la vez, se le ocurrió la idea de que, ante un policía cualquiera, un simple funcionario obediente a las órdenes de sus superiores, como él mismo había hecho hacía mucho tiempo, se hubiera dejado detener sencillamente, sin pensar siquiera en defenderse.

Capítulo II

PHILIPPE LARSAN

Junio, 1966

En el Shepheard's Hotel se accedía al bar por una galería encristalada que daba al Nilo, o por una escalinata cubierta con una alfombra roja. Era una escalinata muy bella, tal y como las concebían los arquitectos a principios de siglo, a la vez majestuosa y suave, amplia y blandamente curvada. Yo descendía sus peldaños con todo el respeto que merecían, una sed espantosa (hay que ver el calor que puede hacer en El Cairo en el mes de junio) y cierta curiosidad.

Hacía unos instantes había hecho una pequeña apuesta conmigo mismo, y en cuanto hube dado la vuelta al bosquecillo de lotos en macetas quedé convencido de haberla ganado.

La «*Dama*» estaba allí, solitaria, al menos si no se considera el *whisky* doble, a las diez de la mañana, como una compañía.

Me detuve, con el pretexto de encender un cigarrillo. La miré: morena, rellenita, unos hermosos ojos, unos labios comestibles, unas caderas cimbreantes, unas rodillas provocadoras...

Ella no se movió, pero sabía que yo la miraba... Y yo sabía que ella lo sabía... La cosa no resultaba desagradable.

Naturalmente, no era una *lady*. Un observador desinteresado y moralista, por añadidura, le hubiese encontrado incluso un aire algo estúpido y bastante vulgar.

Personalmente, la cosa no me importaba. Al contrario.

Llevaba tres días en El Cairo. Lo único que tenía que hacer era esperar la convocatoria de un tal Paul Girard, del cual lo ignoraba todo, salvo que pertenecía al «*Servicio 7*» del Buzón. Había visitado la Pirámide, la Esfinge, la Mezquita El Hakim; me aburría y trataba de sacudirme el aburrimiento. Sin

ser adivino, presentía que la pequeña baronesa Vera von Horlinden-Marwitz, entre un divorcio y un proyecto de película italiana, se encontraba en el mismo caso. Son unas circunstancias que acercan.

Ella buscaba quizás también hacerse pagar la cuenta, pero eso no era tan seguro. En tal caso, o al menos yo así lo imaginaba, hubiese esgrimido sus encantos sobre uno de los diplomáticos orientales (grandes aficionados a las europeas) que se alojaban en el Shepherd's, más bien que sobre un jefe de misión de S. D. E. C. E., perdón, sobre un «reportero-cineasta», profesión inscrita en mi ficha, y mi «tapadera» del momento.

Ella podía ser también algo distinto de lo que quería aparecer. Los ojos de una muchacha (y el resto) son unos cepos tan viejos como el mundo. En mi profesión no hay que perderlo de vista, aunque a veces no halague el amor propio. También hay que saber olvidarlo. Y esto último no resulta siempre lo más fácil.

De todos modos, baronesa, *starlette*, aventurera o no importa qué, era una muchacha muy guapa.

Me había fijado en ella la víspera, cuando cenaba en compañía de un hombre bronceado, de edad incierta y muy cuidadoso de su persona. Al abandonar el comedor, ella había rozado mi mesa envolviéndome en aquella mirada a la vez concreta y llena de falso despegue que utilizan todas cuando tienen alguna idea en sus hermosas cabecitas.

Iban a bailar al «Semiramis»... Ella lo había dicho en voz alta para que yo me enterara.

Yo había vacilado, y luego me había quedado tranquilamente en el Shepherd's. No estaba en Egipto para buscarme complicaciones ni llamar la atención más de la cuenta, y una intriga de aquella clase despierta la atención, sobre todo en un hotel de lujo.

Sin embargo, ante mi lecho demasiado dorado, demasiado ancho y, sobre todo, demasiado vacío, no había tardado en lamentar mis buenas resoluciones. Y la noche, demasiado calurosa, había sido larga... ¡Lástima que aquella muchacha fuera acompañada!

Deslicé mi encendedor en mi bolsillo. Descendiendo la escalinata, un egipcio tripudo pasó junto a mí, me saludó inclinando levemente la cabeza y fue a reunirse con otro egipcio tripudo que ocupaba una mesa. Eran, con la pequeña baronesa, los únicos clientes del bar. Reinaba una calma absoluta, y el disco que giraba sobre el *pick-up* hacía tan poco ruido como el acondicionador de aire.

La señora von Horlinden se bebió la mitad de su *whisky* de un solo trago. Yo avancé despacio. «El gato y la ratita...». Pero las ratitas de nuestros días ya no se asustan de los gatos. Aquélla me dedicó inmediatamente una amplia sonrisa.

—No me diga que es malo beber solo —murmuró—. Y siéntese.

Acerqué una silla. Ella llevaba un vestido blanco muy juvenil, con un escote que lo era menos. Incluso debía resultar particularmente indiscreto, a poco que ella se inclinase.

Ella se inclinó.

Bueno, no era materia para un drama. Un vestido juvenil, y nada debajo. En fin, yo me entiendo.

La baronesa estaba muy bronceada. Unas finas gotitas de sudor brillaban sobre su piel, pero ésta permanecía fresca y tersa.

Un camarero que llevaba una faja roja vino a tomar nota de mi encargo. Una mano pequeña y bronceada rozó la mía.

—¿De veras es usted tan tímido? Anoche pensé que le vería en el *dancing*...

Sus ojos reían, tachonados de oro. Sonreí, y ella continuó:

—... O tal vez le gustan las dificultades. También sé mantenerme a distancia, ¿sabe?

—Lo que más detesto son las complicaciones —dije—. Su marido...

Ella se asombró.

—¿Mi marido?

—Bueno... El caballero que la acompañaba ayer.

—No era mi marido.

Hizo una mueca.

—Es usted muy mal fisonomista, señor cineasta.

¡La muy tuna! También ella se había informado... Continuó, con el tono que se utiliza para hablar a un niño:

—Era Pedralini, el escenógrafo. Es pederasta. También mi marido, por otra parte, era pederasta.

—¿Ya no lo es?

La baronesa me dio un golpecito en la nariz y se echó a reír. Tenía unos dientes muy bonitos.

—¡Claro que sí! Pero ya no es mi marido. Bueno, *casi* no lo es. Estoy esperando la notificación de mi divorcio.

—¿Pacientemente?

Mi voz debió tener una inflexión más bien sorda. Ella clavó sus ojos en los míos.

—No creo que la paciencia sea realmente mi fuerte. ¿Y usted?

No se podía ser más directo. Ahora, todas son así. Quieren escoger, decidir. Eso debe compensarlas de viajar de pie en el metro, de trabajar en las fábricas o de conducir camiones.

La invité a almorzar.

Aplaudió alegremente.

—¡Oh, sí! En Gizeh, ¿quiere? Conozco un rincón...

Quise. No tenía otra cosa que hacer.

* * *

El cielo resplandecía entre las palmeras. Olía a cordero asado, a brasas y a mantequilla rancia. Ruido de címbalos y chasquidos de los matamoscas. Un África que era ya Oriente. El Oriente del Islam, más gastado que el de Buda. Un viento seco evaporaba el sudor de mi frente. Yo soñaba.

Vera von Horlinden-Marwitz tocó mi pie por debajo de la mesa.

—¿Regresamos?

Me puse en pie.

El almuerzo había sido lo que debía ser.

Mientras saboreábamos los langostinos, habíamos proyectado un paseo por el río. En el *Kebab*, nos habíamos dado cuenta de que nos alojábamos en el mismo piso y bendecido aquella casualidad; chupando los huesos del «pichón Mulukhia» nos llamábamos Philippe y Vera, y llegado el *yoghourt* a la menta, el paseo por el Nilo había sido abandonado (suponiendo que hubiésemos creído en él) por una «siesta», con champaña helado y los postigos cerrados.

En el camino de regreso nos besamos apasionadamente. En el *hall* del Shepherd's...

En el *hall* del Shepherd's el conserje de día me hizo una discreta seña.

—Señor Larsan...

Me acerqué al despacho, dejando a Vera junto a una vitrina llena de estatuillas falsificadas, azuladas y gesticulantes.

El hombre, un levantino de frente huidiza, me tendió un pliego con la seriedad de un asno al que le están pasando la almohaza, pero su mirada lasciva, por encima de mi hombro, ojeó elocuentemente las caderas de mi pequeña baronesa.

—Ha llegado un mensaje telefónico para usted, hace unos instantes. Muy urgente. Pero usted acababa de marcharse, y yo no sabía dónde encontrarle.

¡El muy bestia! Yo hubiese sabido localizar a un cliente. ¡Él y su pliego! De todos modos, abrí el mensaje y leí el texto antes de metérmelo en el bolsillo, hecho una bola.

—¿Algo grave? —me preguntó Vera.

—Fastidioso, simplemente. Mi director que llega de París y quiere verme.

No era del todo una mentira. Paul Girard manifestaba (con muy poca oportunidad) su presencia, y me citaba para la una y media en el número 9 de la calle Tahar, en su despacho de la Sociedad de los Trabajos Técnicos...

Vera tendió hacia mí su pequeño rostro decepcionado.

—¿Ahora?

Me encogí de hombros.

—Lo siento, pero ya llevo algún retraso.

La baronesa no insistió. Estaba bien educada. Se limitó a morderse el labio inferior y a acompañarme hasta la puerta, a pesar de las miradas algo irónicas del personal.

—Hasta la noche, entonces —me dijo, en voz baja.

Tomé el primer taxi que pasó por delante del hotel y le di la dirección al conductor, un joven árabe de rasgos regulares pero de semblante a la vez arrogante y burlón, lo cual parece ser una característica de la nueva generación. Al mirarle, le reconocí: era el mismo que poco antes nos había llevado al hotel a Vera y a mí.

Él también me reconoció y me dirigió una mirada desprovista de simpatía. Mientras luchaba con su cambio de velocidades, empezó a farfullar en voz más bien alta.

El árabe egipcio me resulta casi ininteligible, aparte las escasas palabras indispensables para el vivir cotidiano, y también (es lo que se aprende más aprisa en un idioma extranjero) cierto número de insultos y de expresiones soeces.

Lo cual hizo que, sin comprenderlo del todo, intuyera el sentido de lo que farfullaba el conductor. Según aquel joven, todos los europeos, y los «*Françaoui*» en particular, eran unos pobres tipos, unos impotentes completamente incapaces de satisfacer a una dama...

No le contesté. Mi vocabulario era insuficiente para hacerlo. Pero el incidente no mejoró mi estado de ánimo, precisamente.

De ahí el escaso interés que presté al trayecto.

El Cairo, por otra parte, la «capital de los califas», la «ciudad mágica» de las guías turísticas, es una población decepcionante. El centro: un gran Bruselas o un pequeño Broadway, con su asfalto pegajoso, sus edificios, sus automóviles, sus luces de neón, sus agresivos reclamos y sus coca-colas. El resto: un estercolero, una sucesión de barrios sórdidos, barracas y barracas destartaladas donde centenares de miles de desheredados se amontonan en medio de la indiferencia general.

El Nilo atraviesa todo aquello: un agua burbujeante y rojiza, con reflejos de pizarra, sobrevolada por los milanos.

El conductor continuaba gruñendo. Yo estaba sudando y había terminado los cigarrillos... Hay días en que todo sale al revés...

Capítulo III

Shari Tahar describía una amplia curva entre la vía del tren y un antiguo fuerte encaramado sobre una colina desprovista de vegetación. Había jardines detrás de los muros blancos y casas detrás de los jardines. Casas con ventanas enrejadas. Detrás de aquellas ventanas podían imaginarse perfectamente unas hermosas y lánguidas muchachas, con los ojos alargados con *kohl*. Pero sin duda no había más que unas mujeres gordas y sucias, atiborradas de confituras, o nadie...

En todo caso, era una extraña calle para una empresa comercial. Pero la Sociedad de los Trabajos Técnicos debía ser asimismo una extraña sociedad.

Hice detener el taxi cerca de un callejón empinado con escalones de piedra. El sol caía a plomo sobre las aceras. Un borrico atado a una estaca sacudía sus orejas para espantar las moscas. Era, hasta donde alcanzaba la vista, el único ser viviente del lugar.

Aquello me convenía perfectamente.

Pagué a mi chófer demasiado locuaz sin discutir el precio de la carrera. Incluso conté el cambio para darle una propina. Me miró, sonriendo, y tendió la mano a través del marco de la portezuela.

Disparé mi puño contra su rostro.

No estaba muy bien situado, pero de todos modos fue un hermoso puñetazo.

Se desplomó sobre su asiento, con un poco de sangre en la comisura de los labios.

Le dejé allí y me marché, frotándome las falanges. Me las había despellejado contra sus dientes. Naturalmente, había pegado demasiado fuerte. Pero su estúpida cháchara no me había gustado. Y aquella tarde no me sentía particularmente paciente.

Remonté, pues, la calle a grandes pasos en vez de seguir lentamente la delgada línea de sombra proyectada por las paredes y el follaje, como aconsejaba la prudencia. Naturalmente, tras haber recorrido veinte metros, tenía la camisa pegada a la piel, y cuando llegué al número 9 mi pantalón había adquirido, a la altura del cinturón, un aspecto de arpillera.

A pesar de ello continué hasta el callejón más próximo, no por simple masoquismo, sino para estudiar un poco la fisonomía del barrio. No vi más que una escarpada calleja parcialmente abovedada, y dos viejos barbudos, agachados sobre las piedras, desgranando sus rosarios.

Volví sobre mis pasos.

Una discreta placa de mármol con el nombre de la firma. Llamé. La puerta se abrió. Crucé un jardín y subí dos peldaños. Después de la cruda luz del exterior, la casa parecía oscura y tan fresca que estornudé. Una flecha indicaba «despacho» y de la dirección señalada me llegaba un leve tecleto de máquina de escribir. Seguí la flecha. Sobre una puerta color chocolate un letrero invitaba a entrar sin llamar. Obedecí.

La estancia estaba amueblada con un escritorio y un archivador y olía a polvos de arroz. En el escritorio, una mujer de mediana edad, morena, rolliza y muy maquillada: no debía ser egipcia, sino libanesa o siria. En todo caso, hablaba perfectamente el francés.

Sí, el señor Girard estaba allí... Seguramente debía esperarme... Si quería aguardar unos minutos, irían a avisarle.

Aguardé. El silencio era absoluto y el lugar estaba tan vivo como un panteón. Fui a echar una ojeada al archivador. Estaba casi vacío. Me pregunté cómo era posible que las autoridades locales se hubiesen dejado engañar por aquella escenografía... si es que se habían dejado engañar en algún momento.

La secretaria —al menos imaginé que tal debía ser su cometido— regresó al cabo de unos instantes y me precedió por un pasillo tapizado de linoleum de color oscuro. Sus caderas ondeaban como un mar encrespado.

—El señor Girard —me susurró con una atractiva sonrisa, abriendo sin llamar una puerta desprovista de toda indicación.

Él, al menos, no fingía trabajar. Estaba instalado en un sillón, con una pierna a horcajadas sobre el respaldo lateral y un vaso lleno en la mano. Otro vaso esperaba sobre una mesita, junto a una botella, un sifón y un recipiente con cubitos de hielo. Una visión reconfortante.

—¿Cómo lo toma usted? —me preguntó Girard, antes incluso de tenderme la mano.

Me sequé la frente.

—Con mucho hielo. Toneladas de hielo.

Me sirvió. Era un hombre joven, quizás un poco más joven que yo, de estatura mediana y unos modales muy afables, al parecer. Llevaba gafas, y tenía aquel aire de intelectual que está de moda en el Centro desde hace algún tiempo. Al menos en las oficinas...

Su despacho era muy distinto al de la recepción. Cuando se llegaba del exterior, se experimentaba una sensación de placer. Había en él dos amplios canapés griegos uno al lado del otro, delante de unas mesas japonesas. Una alfombra de nilón, unos sillones profundos como pozos. En el techo, un gran ventilador. Aquello resultaba un poco proletario. Podía haber habido aire acondicionado. Girard había seguido mi mirada.

—Sí —dijo, con una gran modestia—, no está mal del todo. Pero durante el verano, en principio, suelo residir en Alejandría. No es que sea más alegre, pero el clima es mejor...

Asentí. Luego empecé a disculparme por mi retraso. Me interrumpió con un gesto comprensivo.

—No tiene importancia, amigo mío... ¿Estaba usted ocupado? Haberme telefoneado... Pero pensé que estaría usted impaciente por saber por qué le han enviado aquí...

Me bebí de un trago la mitad de mi *whisky*. Llevaba demasiado tiempo en el oficio para no haber aprendido a dominar mis impacencias.

Girard continuó:

—¿No le ha puesto París en antecedentes?

—Sólo me dijeron que iba destinado al Servicio 7.

Girard me guiñó un ojo.

—Bueno, ya es algo... El secreto de los Dioses, hasta cierto punto.

Tenía razón. El Servicio 7 era una creación relativamente joven, un Organismo del cual un magistrado había podido decir un día, en plena audiencia, que «ignoraba su naturaleza y prefería continuar ignorándola...» Una especie de «*Servicio extra-Servicios*», destinado principalmente a la intercepción de los documentos confidenciales y también al arreglo de los asuntos llamados «*políticos*». Su jefe era un funcionario civil, a pesar de que se hacía llamar «*Comandante*», y no tenía por así decirlo ninguna relación de trabajo con sus colegas de la sección «*Documentación*» ni con los de la sección «*Acción*». En principio, sólo dependía del director general. Pero todo el mundo, bueno, casi todo el mundo, sabía que en realidad estaba en contacto directo con las más altas autoridades del régimen, de aquellas que tienen un despacho en el Elíseo al lado mismo del de... Bueno.

Girard me miró. En aquel momento, esgrimía una sonrisa de muchacho bien educado.

—Naturalmente, no ignora de dónde procede este... ascenso.

Era una pregunta que yo me había formulado ya sin poder contestarla. En la Casa, el Servicio Acción está considerado más bien como «antigua ola», y

hay en él personas con las cuales me trato y otras con las cuales no me relaciono. Da la casualidad de que los del Servicio 7 pertenecen a esta última categoría. Por lo tanto...

Pero Girard continuó:

—¡Singapur, amigo mío! Sí. Su trabajo allí fue excelente. Sí, sí, se lo aseguro. Satisfizo a mucha gente. Personalidades financieras estrechamente relacionadas con el poder. Y sin perjudicar a nadie, que es lo más raro. M. Forestier le aprecia muchísimo, y por mi parte estoy convencido de que es usted un muchacho capaz de comprender todas las situaciones... Esto es un cumplido, ¿sabe?

Me incorporé un poco, a fin de poder pescar un cigarrillo en el cofre de madera, estilo sarcófago, y concederme así unos segundos de reflexión. Un cumplido... ¡Sí, evidentemente! De aquellos que por regla general nos precipitan a un avispero.

Murmuré una frase de gratitud, y a continuación Girard volvió a llenar mi vaso, sin duda para celebrarlo. Luego hablamos de Egipto, de El Cairo, de las Pirámides, del coronel Nasser, el cual no tiene en Francia muy buena reputación y, sin embargo... Hablamos del «Sporting Club», que ha cambiado tanto, pero donde no resulta difícil pescar un par de chicas, aunque ahora, desde luego, debido a las vacaciones...

Suspiró.

Al cabo de unos instantes, a pesar de todo, la conversación derivó inevitablemente a las cosas serias.

—Somos unas personas muy raras, mi querido amigo, o, mejor dicho, los occidentales son unas personas muy raras. Unos disparos en Santo Domingo movilizan toda la prensa, y una guerra que dura desde hace cuatro años no consigue... ¿Cómo lo diría yo?... salir a escena. Una guerra árida, sangrienta, que envenena las relaciones entre los países árabes y decide la suerte del Oriente Medio.

Yo había comprendido.

—El Yemen —dije.

—Naturalmente, el Yemen. ¿Conoce usted el problema?

Me encogí de hombros.

—Menos que usted, sin duda.

* * *

A pesar de su aspecto exterior, Girard era un muchacho serio, de formación universitaria y dotado de una memoria excelente. Su exposición

fue un modelo de claridad. Teniendo en cuenta lo embrollado de la situación, la cosa tenía su mérito.

Empezó por evocar la historia del Yemen y del Imán Yaya que reinó por espacio de cuarenta años. Uno de los más bellos (Girard decía «escandalosos») sátrapas que ha conocido el siglo xx. Luego, su asesinato y el reinado de su sucesor Ahmed, la muerte de éste y la ascensión al trono de su hijo, el Imán El Badr...

Desde luego, aquello no era más que el preámbulo. El asunto empezaba realmente el 27 de septiembre de 1962, cuando el Imán El Badr fue derrocado a los ocho días de su reinado y se proclamó la República en Sanaa, su capital.

De ahí derivaba toda una cascada de acontecimientos: la reaparición en las montañas del Imán que había escapado, no se sabía cómo, de las balas de los asesinos, el bombardeo de su refugio, el levantamiento de las tribus ordenado por sus jefes tradicionales, el comienzo de la guerrilla... ¡Una bendición para los beduinos!

Aquél era el aspecto interior de la cosa. Pero había también el aspecto internacional, la papeleta de la ONU... El reconocimiento y el no-reconocimiento de la República. Los antiguos rencores y las nuevas enemistades...

Luego, la intervención egipcia, ordenada por el Presidente Nasser...

Resumiendo, tres mil soldados egipcios (ahora eran 70 000) desembarcaron con tanques y aviones soviéticos en Hodeidah, en el Mar Rojo... Lo cual provocó la intervención Saudita, la división «*de facto*» del país, los bombardeos con napalm, las protestas de Washington, los portazos en la ONU.

Y aquello duraba desde hacía cuatro años.

* * *

—... En nuestro país no se dan cuenta exacta de la situación —continuó Girard, en tono de profundo convencimiento—. Ni de lo que hay en juego... A raíz de la intervención egipcia en el Yemen se habló de panarabismo, de panislamismo... Seamos serios. El objetivo del Presidente Nasser, inconfesado, desde luego, es el dominio de los emiratos del Golfo Pérsico, al otro lado de la Península, y el petróleo. Creyó poder alcanzarlo instalando en el Yemen un régimen de su devoción. El Yemen no tiene fronteras reconocidas del lado del Este, del lado de los desiertos. Pero allí topó de frente con los sauditas, provocando la guerra actual. Y hay que reconocer que Egipto se la ha tomado en serio. Ha perdido más de 25 000 hombres y mucho

material, sin alcanzar ningún resultado positivo. El gobierno republicano de Sanaa se ha hundido en la anarquía, los sauditas se obstinan, el Imán El Badr ha conseguido unir a las tribus... Un semifracaso, por no decir más.

»Pero la coyuntura acaba de cambiar. Inglaterra, o, mejor dicho, el gobierno laborista, ha anunciado su intención de abandonar Aden, por economía, y de proclamar la independencia de la Federación de la Arabia del Sur, una serie de minúsculos sultanatos que se apresurarán a reanudar las antiguas luchas tribales y familiares.

»Esto ha de provocar un clima permanente de inseguridad, del cual espera aprovecharse Egipto para instalarse en Aden y dominar la Federación. Pero, antes de eso, tiene que liquidar su aventura yemenita sin perder la cara. Sólo puede hacerlo por medio de la negociación. Y hasta ahora, no ha obtenido ningún resultado en ese sentido. La comisión de los notables de Harrad no ha conducido a nada. Los ingleses, divididos sobre el problema, se desinteresan oficialmente de la cuestión, mientras ayudan de un modo oficioso a los rebeldes realistas. En cuanto a los norteamericanos... ¡No hablemos de los norteamericanos! Bueno, ¿ve usted la solución?

Yo no veía absolutamente nada. La política, en aquel momento, no era mi fuerte. Mi expresión debió ser incluso particularmente obtusa, ya que Girard me miró con aire compasivo.

—¡El General, diablo! El General, con su reputación de descolonizador, su prestigio indiscutible de hombre de Estado, su aureola de gran soldado, de liberador...

Asentí en silencio. ¡Evidentemente! ¡Qué estúpido era! Debía ser cosa del calor. En Asia tienen el bálsamo del Tigre, panacea soberana para todos los males.

—El General debe actuar de árbitro en ese conflicto —continuó Girard—. ¿Se da cuenta de la espléndida carta a jugar por nuestro país? ¡El Presidente Nasser controlando la producción de los petróleos de Arabia! ¡Francia en Djibuti (piense en el viaje del General), Egipto en Aden! ¡El canal! ¡Todo el Mar Rojo, la ruta de los petroleros! La hegemonía norteamericana sobre una de las fuentes de energía actual más esenciales, en peligro. Qué golpe para los yanquis, ¿verdad? Sin contar con que la mediación, la paz, es la profunda vocación de Francia. Y que debemos recuperar la confianza de los países árabes, que, después de lo de Suez, de lo de Port-Said, tenemos una deuda moral con el pueblo egipcio.

Se llenó el vaso y lo vació de un trago. Debía necesitarlo. En cuanto a mí... Bueno, yo pensé que quizás tuviéramos también una deuda con el

pueblo norteamericano desde cierto mes de junio de 1944. Pero aquello había quedado muy lejos. Estaba olvidado. *U. S. go home!* ¡Paz en el Vietnam! ¡Un guitarrazo *folk-song* por encima y a otra cosa! Pero hay momentos en que es preferible reservarse la opinión.

Sin embargo, la mirada de Girard, posada sobre mí, me hacía sentir la urgencia de que yo diera mi opinión sobre aquel grave problema.

—Naturalmente —dije, sin comprometerme—. Pero imagino que esa clase de mediación corresponde a la diplomacia, tradicional o de tipo personal, da lo mismo.

—Desde luego, mi querido amigo. No traiciono ningún secreto diciéndole que el Quai d'Orsay ha tanteado ya el terreno, ni revelándole que esas aperturas han sido favorablemente acogidas, lo mismo en El Cairo que en Ryad y en Sanaa...

Su voz continuaba siendo precisa, aunque ahora me pareció advertir en ella cierta indecisión. Tal vez no me mostré demasiado cortés, pero me consideré obligado a precipitar las cosas.

—Bueno, ¿qué diablos pinto yo en ese asunto, sin ser diplomático?

Girard no podía sentirse sorprendido por aquella clase de pregunta. No obstante, tardó unos segundos en contestarla. Ahí debía dolerle.

—En realidad —dijo finalmente—, la situación no es tan sencilla como acabo de exponerle... Hay que solucionar un delicado problema. Liquidar un... pasivo. No ignora usted que las grandes opciones políticas se encuentran a veces condicionadas por cosas que al parecer carecen de importancia. Hay que considerar siempre los hechos con un espíritu realista... En el caso presente, la tarea a realizar exige mucha mano izquierda, y también unas capacidades de orden físico que no poseen inexorablemente los funcionarios de la Sección. En consecuencia, y vistos sus antecedentes...

Se interrumpió, pero no necesitaba continuar. Esta vez, yo había comprendido perfectamente. Si los miembros del Servicio 7 no habían querido encargarse ellos mismos del trabajo, debía tratarse de una tarea especialmente, muy especialmente fastidiosa...

Capítulo IV

Tal debía ser también la opinión de Girard, ya que me pareció imperceptiblemente molesto. Pero, debía equivocarme. Girard no era un muchacho que se atreviera a permitirse el tener una opinión, sobre todo cuando esa opinión podía diferir de la de sus jefes. Vaciló, pero sin duda buscaba el modo de presentarme la píldora.

Lo hizo con la mayor sencillez.

—El *hic* del programa —dijo— son los mercenarios. Los mercenarios franceses al servicio del Imán. ¡Oh! Evidentemente, la mayoría de la gente ignora su existencia, y la prensa se abstiene de hablar de ellos. Pero, por desgracia, existen.

Confieso que aquello me cogió desprevenido y no pude evitar un gesto de sorpresa.

—¿Quién tiene la culpa de que existan? ¿La responsabilidad, mejor dicho? Veamos si me equivoco, y estoy seguro de no equivocarme: el comandante F... jefe de los mercenarios, era oficial en activo, e incluso con algunas permanencias en el Servicio. Nunca ha ocultado su actividad: reclutamiento para un ejército extranjero, y ello sobre territorio nacional. Es más que inadmisibles que haya podido hacerlo sin el consentimiento del Gobierno, e incluso sin sus directrices. Sus hombres son todos militares, cobran un sueldo de un régimen no reconocido por Francia y en rebelión abierta contra el que puede ser considerado, si se quiere, como un gobierno legítimo. Además, ha sido preciso el acuerdo...

Me estaba embalandando. No es frecuente en mí, pero a veces sucede. Girard me interrumpió con un gesto cortés.

—No tan aprisa, mi querido amigo. En primer lugar, las cosas no han ocurrido exactamente así. Gato escaldado...

Se echó a reír. Era la primera vez. Hasta entonces, se había limitado a exhibir su semisonrisa distinguida.

—La lección del Congo no ha sido desaprovechada, ¿sabe? Todo era distinto. Por otra parte, Francia no tenía que reconocer el nuevo régimen, puesto que en realidad sólo reconoce los Estados. Además, el Imán continúa

siendo el rey, a pesar de todo, y controla la mayor parte del país. No es un rebelde. El reclutamiento se ha efectuado discretamente, los sueldos no son entregados en Francia, sino en Londres, por la Embajada de la Arabia Saudita y por mediación de un banco inglés. También hay que tener en cuenta el contexto interior francés. El comandante F... no ha sido nunca un faccioso, propiamente dicho, pero ha hecho mucho ruido en Argelia. Es posible que haya sido considerado... ¿cómo diría yo?... engorroso... ¡En el Yemen lo era mucho menos!

Insistí en mi idea.

—Existían también sus relaciones con el Servicio... Girard alzó la cabeza.

—¿Y qué? —inquirió, con cierta petulancia—. Supongamos que el comandante F... estuviera teledirigido... Es una simple suposición, desde luego. Supongamos que la presencia de mercenarios allí hubiese parecido útil, en un determinado momento... ¿Y qué? Tenemos una representación oficial en El Cairo, unos representantes oficiosos en el Yemen. ¡Esa es la gran política, mi querido amigo! ¿Quién le dice a usted que no se había pensado en una eventualidad como la que hoy se presenta? ¿Eh? ¿Que un día podría pesarse sobre uno de los platillos de la balanza?

Yo tenía hormigas en las piernas. Me puse en pie.

—Todo es perfecto, pues. ¡Pese, amigo mío, pese!

Se sobresaltó, y vi encenderse un breve resplandor en sus pupilas. Enrojeció y tragó saliva con un gran movimiento de su nuez de Adán. Debió imaginar que le tomaba el pelo.

A duras penas consiguió recuperar su sonrisa.

—Eso ya no es posible —dijo, en un tono menos lírico—. A pesar de nuestras advertencias, esa gente no quiere escuchar nada. Y resulta muy difícil actuar sobre ellos. No atienden a razones. Se han dejado embaucar por el Intelligence Service, el cual facilita las armas, por la CIA, que paga, por los príncipes que rodean al Imán...

Le dejé hablar, convencido de que exageraba. Cuando alguien quiere librarse de su perro, dice que está rabioso. Sin duda, aquellos famosos mercenarios no eran ni muy numerosos ni muy influyentes. Y nada más lejos de sus intenciones que el propósito de sabotear las palancas ocultas de una «Gran Política»... Pero es posible que en las altas esferas estuvieran convencidos de lo contrario. Es algo que ocurre con frecuencia en las altas esferas, sobre todo cuando se trata de las dos bestias negras del momento: el I.

S. y la CIA. A aquellos muchachos debía de gustarles aquella vida, sencillamente. Yo les comprendía, porque era como ellos.

Por eso, mi respuesta careció de entusiasmo:

—Entonces, ¿qué debo hacer allí? ¿Ir a buscarles uno por uno y llevarles a casa cogidos de la mano?

A Girard no le gustaron mis palabras, pero de todos modos sonrió; un esfuerzo meritorio.

—Evidentemente, esa sería la mejor solución. Pero no hemos llegado todavía a ese punto. En primer lugar, necesitamos unos informes serios acerca de la situación, de un modo especial acerca del estado de ánimo. Hemos tratado de introducir agentes entre ellos, pero resulta casi imposible. Todos esos individuos se conocen, más o menos, forman parte del mismo clan...

Se interrumpió. Comprendí perfectamente a qué clan se refería. No al del Servicio 7, desde luego. De todos modos, Girard concretó:

—¡Oh! El comandante F... ha escogido bien a sus hombres. Los que más se le parecían: unos agitadores, unos revoltosos...

También él se embalaba.

—¡La defensa del Occidente cristiano! ¡Permítame que me ría! Una pandilla de fracasados, unos...

Mucho menos distinguido, de repente. Lo prefería así. No me había equivocado al juzgarle. Una vez rascado el barniz quedaba el hombre, el verdadero Girard. Un arribista que se abría camino adoptando los rencores de sus amos.

Le miré.

Al cabo de unos instantes inclinó los ojos. Debía sentirse vejado por haberse dejado descubrir. Se produjo un breve silencio. El ventilador batía el aire con una especie de estremecimiento líquido. Cogí un cigarrillo y lo encendí con unos gestos minuciosos que, teóricamente, debían significar que estaba reflexionando. Nada de eso; esperaba la continuación. Volví a sentarme.

Girard recobró su expresión mundana.

—Además del comandante F... —dijo—, hay otro individuo muy influyente allí. Tiene una influencia... oculta. Es un aventurero. Fue suboficial en Indochina, al parecer. Desertor. Se hace llamar capitán Pierre. Sin él, el problema sería más simple.

—¿Desertor en Indochina, de veras?

Girard volvió los ojos hacia la ventana. Molesto o sorprendido, no lo sé.

—Eso creo —dijo—, aunque no podría asegurarlo. De todos modos, el detalle no tiene demasiada importancia.

Pensé que en todo aquel asunto existía una lamentable falta de información y numerosas contradicciones.

Nos miramos en silencio, tratando de adivinar los pensamientos del otro. No llegamos muy lejos por aquel camino. Y éramos demasiado viejos para creer en los milagros.

Girard terminó por encogerse de hombros, como si la cuestión hubiese quedado arreglada entre nosotros.

—Ese individuo resulta fastidioso por toda clase de motivos —dijo—, el más nimio de los cuales es que debe trabajar para el I. S. o para la CIA... O para los dos. En todo caso, contra nosotros... Lo ideal, evidentemente, sería una bala perdida disparada por un beduino, un cólico miserere o el escorpión... Como último recurso, que abandone el Yemen y vaya a hacerse colgar en otra parte.

Tono de la conversación. No me ponían la punta del cuchillo en la garganta. Me dejaban escoger...

No dije nada. Si hubiese escogido la bala perdida o el escorpión, hubiera dicho algo. Girard lo comprendió perfectamente. Volvió a encogerse de hombros, pero su movimiento fue un poco distinto al de antes. Yo había descendido en su estima.

—Bueno, como usted quiera... Dispondrá de una cuenta en un banco de Koweit. El dinero continúa siendo el mejor argumento para convencer a esa clase de individuos.

Alcé los ojos.

—¿No podría prometerle la remisión de sus pecados? —me aventuré a preguntar—. Una medida de gracia, tratándose de un desertor, tal vez facilitara las cosas.

Girard sacudió violentamente la cabeza.

—¡Ni hablar! —replicó secamente.

Debí suponerlo. Se produjo un silencio. Suspiré.

—En fin, tendré que arreglarme con eso. Pero no resultará fácil.

Girard me miró con aire de sorpresa.

—¡Si fuera fácil, no le necesitaríamos a usted!

Lógico. Decididamente, no estaba fino.

Girard continuó:

—Para su cobertura entre los realistas del Yemen, no hay problema. Será usted periodista *freelance*, trabajando sobre todo para los semanarios norteamericanos. La cuestión del viaje ha sido más difícil de resolver. No podíamos hacerle entrar allí por Djeddah, o por Riad, o por Najram, o por

cualquier otro punto de la Arabia Saudita. La CIA le habría localizado y sometido a vigilancia inmediatamente. En cuanto a llegar directamente a Sanaa, con los republicanos, también resultaba difícil... He podido resolverlo gracias a las autoridades egipcias.

Girard hizo una breve pausa y luego explicó, en tono de complicidad:

—Sí... en muchas cosas, actúo de acuerdo con el Servicio de Información Egipcio. Eso hace ganar tiempo. Y los egipcios están muy bien situados con respecto al Tercer Mundo... De todos modos, casi no podíamos obrar de otra manera.

Empezaba a comprender el mediocre enmascaramiento de la Agencia. En mi profesión siempre hay algo de qué asombrarse.

—¿Hasta qué punto está de acuerdo con ellos? —pregunté—. Me refiero a nuestro asunto, claro...

Girard hizo un gesto vago y tranquilizador.

—Lo indispensable, no se preocupe... Misión de estudio con vistas a un posible arbitraje. Dicho sea entre nosotros, los egipcios están metidos en un berenjenal en el Yemen. De modo que no llevarán más lejos sus investigaciones.

Si él lo creía así, por mí, de acuerdo.

Girard continuó:

—El ejército egipcio, pues, se hará cargo de usted. Un avión militar le conducirá a Sanaa. Allí se unirá a una columna de refuerzo que se dirigirá hacia el norte y las zonas de operaciones. Le dejarán en el sector que ocupan los mercenarios. Como no hay un frente definido, le resultará fácil pasar al otro lado. Unos beduinos, por otra parte, le conducirán hasta un campamento realista. Todo el mundo creerá que llega usted de Najram y no le preguntarán nada. Tendrá, además, un salvoconducto completamente nuevo. A partir de entonces tendrá usted carta blanca... dentro del marco de lo que hemos convenido hace unos instantes.

Me quedaban un par de preguntas por hacer. Pero lo pensé mejor.

—¿Tiene usted mi orden de misión y mis «instrucciones detalladas»? —le pregunté únicamente.

—Desde luego.

Todo estaba contenido en el sobre de papel manila que me entregó. Eché una ojeada a las «Instrucciones». Tal como esperaba, se referían más a la situación de los mercenarios, a las tropas del Imán, a las variaciones climatológicas, a las carreteras y a los puntos de agua que al capitán Leenhardt.

Girard interpretó perfectamente la mirada que le dirigió.

—Es posible que reciba usted consignas complementarias, sea antes de su marcha, sea en Sanaa, donde un hindú de la Misr Air trabaja para mí. Llegado el caso, establecerá contacto con usted. Encontrará los detalles en sus instrucciones... ¡Ah, otra cosa! Desconfíe de los beduinos, sobre todo de los bakils, una parte de los cuales se inclina por el Imán, y la otra por la República. De todos modos, pese a sus aires de nobleza, sólo conocen una cosa: su interés. Son falsos como Judas. Lo tienen todo a ganar en una guerra interminable, no lo olvide... y no olvide tampoco que si no llega a convencer al capitán en cuestión, él, por su parte, no vacilará en hacer que le liquide un salvaje cualquiera, el cual venderá sus orejas al Imán por dos táleros.

—¿Cada una?

Girard se sobresaltó.

—¿Perdón?

—Nada —dije—. Estaba bromeando.

Sin embargo, teniendo en cuenta la situación, era una de las últimas cosas que sentía deseos de hacer.

Capítulo V

Febrero de 1962

*Il y a des pays,
Où les hommes aux creux des lits
Font des rêves...*

Después de la Chévrerie, el pasillo se estrechaba. La carretera se hacía más empinada, encajada entre los abetos y la doble pared blanca levantada por el quitanieves. El autocar rodaba lentamente, de curva en curva, de charco helado en charco helado. La claridad disminuía.

El hombre consultó su reloj. Había subido en Tanninges y había tomado un billete para Champez, el final de la línea. Se había instalado cerca de la portezuela trasera, su maleta en la red encima de él. Desde entonces, apenas se había movido.

En el vehículo, le miraban. Un turista de invierno se hubiera apeado en Morzines y habría llevado otra ropa, otro equipaje. Aquél llevaba una chaqueta de cuero gris-negra con un cuello de piel de cordero bastante raído; una vieja chaqueta de motorista alemán, cuyos botones con el Águila grabada habían sido reemplazados por unos círculos de madera. Su rostro era rudo, sin afeitar: un obrero, sin duda, pero al que nadie había visto nunca en la región. ¿De dónde venía? ¿Y a dónde iba, sobre todo en aquella estación muerta?

El forastero tenía conciencia de aquella curiosidad. No miraba a nadie.

El autocar se había ido vaciando de sus ocupantes en Plainay, en Fond de Combe, en Châtelard, en aquellas pequeñas aldeas escalonadas a lo largo de la carretera, apretadas alrededor del tejado bulboso de su capilla, lo mismo que unas ovejas en torno a su pastor. Los que quedaban ahora en el vehículo debían ser de Champez o de las casas de labor esparcidas cerca del pueblo, y que en su mayor parte llevaban el nombre de su propietario. Eran cinco, sin contar el chófer y el forastero, siempre inmóvil. Estaban retrepados en los desfondados asientos, teniendo junto a ellos unos paquetes que el hielo no había permitido amarrar al techo. Todos se conocían y su aspecto era muy

semejante, con sus anchas espaldas, sus pómulos altos de saboyanos, sus recios zapatos y sus ropas de tela burda. Eran montañeses, unos hombres de ordinario bastante taciturnos, y ahora todavía más circunspectos debido a aquella presencia insólita.

El forastero se daba cuenta, pero ya era demasiado tarde para enhebrar una conversación. Tal vez debió de hacerlo antes, en la parada de la Rochère, por ejemplo, cuando había ayudado a aquella anciana a bajar por la ventanilla abierta un saco demasiado pesado para ella; o con aquel permisionario que se había apeado antes de la Grande Côte y al que todos tuteaban. Pero, en el fondo, ¿tenía aquello tanta importancia?

Volvió la mirada.

El bosque se aclaraba, devorado por la rocalla. Muy lejos, pero cerrando el horizonte, la montaña se fundía en la grisalla del cielo.

—Va a nevar sobre Suiza... Lo ha dicho la radio este mediodía.

—Sí... Y luego nos tocará a nosotros... El Sageron se ha puesto la gorra... Es probable que quedemos bloqueados como el año pasado... No será fácil subir o bajar...

El forastero dirigió una mirada distraída al hombre que acababa de hablar. Naturalmente, hablaban a su intención, resultaba fácil adivinarlo por el tono impreciso, por las palabras un poco distintas de las de la conversación corriente, pero era lógico que ocurriera así y nunca había sido lo bastante ingenuo como para creer que pasaría inadvertido en una región donde todo el mundo estaba emparentado.

La carretera cruzó una breve llanura con la nieve pisoteada por un rebaño de pequeños cuadrúpedos. Era como un pequeño respiro antes de la última ascensión...

El forastero limpió el cristal de la ventanilla. El rastro de una avalancha reciente condujo su mirada hasta un espolón rocoso, negro y acuchillado.

—Oiga, chófer, ¿le molestaría parar en el Biot?

Notó que su pregunta, o por lo menos el tono con que había sido formulada, sorprendió a todo el mundo, pero fingió no darse cuenta. El conductor se volvió ligeramente. La visera de su gorra, muy caída sobre sus ojos, oscurecía su rostro del cual sólo se distinguían la forma de los labios y la cuadrada barbilla.

—¿En qué lugar del Biot?

—En casa de Vorlaz.

—¿Cuál? ¿El viejo o el chino?

El hombre sonrió ligeramente. Así era como los de su pueblo habían rebautizado a Lucien Vorlaz. Su invalidez había dejado menos huella en la región que el recuerdo de sus viajes, de sus ausencias y de sus campañas. También los bibelots, que debió traerse de allí, como todos los demás, habían hablado por él. Aquí debían resultar insólitos aquellos pebeteros, aquellas pipas de opio adquiridas tras prolongados regateos en las tiendas de Cho-Len. Más de una noche, aquellos objetos debieron pasar de mano en mano, mientras los aldeanos movían la cabeza.

—Sí —dijo—. En casa de Lucien. El chino.

En realidad, no imaginaba a Lucien en aquella comarca, tras haberle conocido en las llanuras del Delta, chapoteando en los arrozales infestados de viets y de mosquitos, o en aquella jofaina del país Thai que había contemplado su gloria y su derrota. ¿Cómo se comportaba en esta región tan distinta, tan difícil también, sin duda, para un hombre mutilado? Y el aserradero, ¿cómo lo dirigiría, él que tenía más la costumbre de obedecer que la de mandar?

Volvió a abotonarse el cuello de su chaqueta, con los ojos clavados en el cristal que, de nuevo, se empañó. Adivinó que continuaban observándole, pero que las miradas habían cambiado de expresión, haciéndose distintas, a la vez satisfechas y más curiosas todavía. Ahora sabían que iba al Biot, a casa de Vorlaz hijo. Era ya un punto de partida, y tranquilizador. Pero ¿qué iba a hacer allí?

Al otro lado del pasillo central, un viejo bigotudo volvió a encender una colilla húmeda, haciendo chocar ruidosamente la tapadera de su mechero.

—Por lo visto, el chino se ha decidido a contratar a alguien... Mala época ésta para el aserradero, incluso con los motores de ahora...

Hablaba despacio, sin dirigirse a nadie en particular, pero sus ojos roídos por la oftalmía de las nieves no se apartaban del forastero, o, mejor dicho, de su maleta nueva, que ahora estaba bajando de la red como si supiera que la parada se aproximaba.

En el fondo del autocar, alguien encadenó, en un tono igualmente despacioso y tranquilo:

—Esta época del año es tan buena como cualquier otra... Y allí, para un hombre que quiera trabajar...

—El último que estuvo en el aserradero tenía otras cosas en la cabeza, probablemente. En todo caso, no duró mucho.

—Era de Bionnay...

El viejo bigotudo dejó oír una especie de risa chirriante.

—No es de extrañar —dijo—. Los de Bionnay son todos unos vagos.

Se produjo un silencio, pero el viejo estaba lanzado.

—Disculpe, *m'sieu* —dijo—, pero ¿no vendrá usted por casualidad del túnel? Parece ser que la mina está terminada y que ya no necesitan más peones...

Por un instante, el forastero se preguntó qué podía haber hecho creer a aquel hombre que venía de las canteras del Mont-Blanc. La maleta nueva, quizás, que era de un modelo muy apreciado por los obreros italianos. O el hecho de que hubiera subido en Tanninges. O alguna extraña idea de aquel viejo cerebro, cuyos meandros se sentía completamente incapaz de desenredar. Respondió cortésmente, pero sin comprometerse.

—Es cierto. Los contratos se están acabando.

—Había unas máquinas muy raras, ¿eh?

—Sí.

El viejo escupió su colilla.

—¿Es usted de la región?

—No. Soy del Norte.

—¡Ah, sí, del Norte! Esto debe resultar duro, cuando se viene de la ciudad...

El hombre estaba ahora en el pasillo, con la maleta en la mano y las piernas ligeramente separadas para equilibrar los traqueteos del vehículo.

Volvió ligeramente la cabeza.

—La ciudad y yo no hemos sido nunca buenos amigos.

Para pronunciar aquella frase, su voz había vuelto a encontrar instintivamente un acento perdido, que impresionó a aquellos campesinos, los cuales lo reconocieron. Aquel hombre había sido uno de los suyos en otro momento y en otra región. Y volvía a ellos.

El autocar inició un rápido descenso. El forastero se agarró a la correa de cuero que colgaba del techo mientras el conductor se inclinaba sobre su volante, atento a las sinuosidades de la carretera. Un pequeño puente vibró bajo las ruedas y luego quedó atrás.

El vehículo se detuvo, patinando un poco sobre la helada carretera.

—Estamos en el Biot, *m'sieu*. ¿Le dejo en el camino?

—Sí, gracias.

A un lado de la carretera se abría un camino vecinal, marcado por las huellas de unos neumáticos que el forastero reconoció inmediatamente. Pensó: un *jeep*... y alzó los ojos. Unos cables eléctricos surgían del bosque y rayaban el cielo gris.

El chófer abrió la portezuela.

—Adiós, muchachos. Hasta la vista.

Le respondió un murmullo casi amable. Un joven le pasó la maleta.

—Soy de la Clarisse... Tal vez volvamos a vernos.

—Desde luego. ¿Por qué no?

—Me llamo Emile Payot.

El forastero le miró.

—Y yo, Lorrain —dijo—. Pierre Lorrain.

Capítulo VI

Julio de 1966

La entrevista con Girard me había dejado un poco preocupado. Lo que se tramaba en el Servicio 7 no era de mi gusto, y tampoco me agradaba demasiado «trabajar» a los compatriotas. Pero en la vida no se hace siempre exactamente lo que se quiere. Lo importante era causar el menor daño posible.

No, aquel asunto no iba conmigo. Tenía la sensación de ser un intruso al cual se ha considerado oportuno dar todas las consignas. Y eso me fastidiaba.

Por ello estaba en el pequeño balcón de mi cuarto, en actitud desganada, fumando, contemplando el Nilo y esperando la hora de la cena.

Pero el tabaco era áspero, el río fangoso, y los rumores de la ciudad que ascendían hasta mí como el murmullo de un mar tenían algo de equívoco y hostil.

Sin embargo, el atardecer era normalmente la mejor hora en El Cairo. Desaparecido el sol, el ambiente refrescaba y la penumbra devolvía al paisaje un poco de su romanticismo. No costaba nada creerse en otra parte...

Yo no iba a tardar en estar en otra parte, puesto que dentro de dos días me trasladaría al Yemen, la ex Arabia Feliz, en un Ilyushin del ejército...

Aquella colaboración, que no era única, con los S. I. egipcios me preocupaba también. Evidentemente, Girard parecía muy seguro de sí mismo. Yo lo estaba menos. Tal vez soy de una naturaleza más desconfiada, después de todo.

Tiré mi colilla por encima de la barandilla del balcón. Por encima de mi cabeza, los milanos planeaban en el cielo verde. Pensé en la baronesa, pero no lo suficientemente como para sentir el deseo de llamarla por teléfono.

* * *

La baronesa se presentó en el comedor muy tarde, cuando los comensales —poco numerosos, por otra parte— empezaban a abandonar sus mesas.

Yo había liquidado mi pollo al *demi-deuil*, mi ensalada silvestre y mi pastel Saint-Hubert en mi sitio de costumbre, a lo largo de una pared donde evolucionaban unas bailarinas jovencísimas. Cerca de mí, una pareja de egipcios —él tripudo y con gafas ahumadas, ella envejecida y enjoyada— devoraban unos *backhlavas* sin intercambiar una sola palabra. Más lejos, un negro fumaba un cigarro tan ensortijado como sus gruesos dedos. En el estrado de la orquesta, los atriles dormían bajo sus fundas. No era un lugar muy alegre, pero no conozco ningún hotel de lujo que lo sea más.

Distinguí en un espejo el reflejo de la reverencia de un *maître*. Volví la cabeza.

Vera von Horlinden-Marwitz avanzaba directamente hacia mi mesa.

Llevaba un extraordinario tocado de noche compuesto esencialmente de un sujetador de lamé de oro y un pantalón de seda brillante, también dorado. Adornaba sus orejas con dos aros resplandecientes, e iba descalza. El pantalón y el sujetador estaban separados por quince centímetros de piel bronceada. Y nada más.

El egipcio de los *backhlavas* se quedó con el tenedor en el aire. Era evidente que experimentaba el deseo de silbar, pero no lo hizo. Tal vez estaba bien educado... O tal vez se lo impedía su dentadura artificial...

Un camarero se precipitó para apartar la silla vacía en frente de mí. Me puse en pie; la baronesa se sentó. Llevaba los párpados orlados de azul claro. Exactamente el mismo azul claro de sus uñas. Sonrió.

—¿Le gusto? ¿Cómo me encuentra?

—¡Terrible! ¡Cleopatra! ¿Ha cenado usted?

Hizo una mueca.

—Sí. En mi habitación. Sola. Esperaba que usted me llamaría.

—He tenido que hacer un montón de cosas.

—¡Naturalmente! Los hombres siempre tienen un montón de cosas que hacer. ¡Es usted un antipático, y le detesto!

Tomamos juntos un café, turco y luego un coñac. Las lentejuelas de su sujetador brillaban a la luz de la lámpara, pero no tanto como sus ojos. Vacío su coñac de un trago y observé que su mano temblaba un poco. No debía de ser la primera copa de la noche...

—¿Y esa cita urgente? —me preguntó—. ¿Ha ido bien?

Se lo aseguré. Ella me miró con una sonrisita muy provocativa.

—Yo he dormido. Quería estar guapa esta noche. Guapa... y descansada. Supongo que mis palabras le escandalizan...

No me escandalizaban. Desde hacía mucho tiempo, estaba acostumbrado a todo. Además, la baronesa y yo no éramos dos desconocidos. Nos habíamos besado, y esto nos dispensaba de todo preámbulo. Lo prefería así. No tenía muchas ganas de hablar.

De modo que nos encontramos en el ascensor, sin decirnos nada más, y luego en el pasillo. Estaba desierto. Vera aprovechó aquella circunstancia para colgarse a mi cuello. La llevé así hasta la puerta de su habitación, delante de la cual me detuve.

Vera me miró, casi sorprendida.

—¿Estás loco? ¡Aquí no! ¿Y mi reputación?

Tal vez debió haber pensado antes en ella... Tal vez yo debí mostrarme más galante... Pero la cosa no tenía demasiada importancia: mi propia habitación se encontraba a veinte pasos. Fuimos allí.

* * *

La luna palidecía con las primicias del alba. El silencio de la noche dormida hasta el desierto, con su olor a limón, cubría nuestros cuerpos. Venía el sueño con su indeciso sortilegio, su calma...

Yo luchaba, con los párpados cerrados, contra aquella tierna invasión. Mis músculos y mis nervios dormían, pero algo velaba aún en las profundidades de mi subconsciente. Sabía de mi sueño, pero conocía también aquella vigilancia. Rara vez me había traicionado.

Vera también dormía. Su respiración regular y la lasitud hinchaban sus labios de dulzura. Era bella e inocente...

Esperé.

Vera se removió. Su rostro se volvió lentamente hacia mí, arrastrando la masa de sus cabellos como un paquete de algas claras. Luego, su mano rozó mi frente, acarició mi pecho... No me moví.

Contemplé a Vera por entre mis pestañas. También ella me contempló: sus rasgos se habían transformado, preocupados y serios, vigilantes y hostiles.

Se deslizó fuera de la cama, desplazando suavemente el peso de una pierna. Al contraluz de la ventana, continuaba siendo tan bella como antes.

Pero había perdido su inocencia.

Capítulo VII

El resto no tenía ya gran importancia. Me había despedido de mi amor propio masculino y de mi incógnito de agente secreto.

Esperé a que Vera hubiese terminado de registrar mi maleta. Tenía tiempo. Tenía todo el tiempo necesario desde ayer; desde que al regreso de mi visita a Girard había depositado, en presencia del director del hotel, y en una caja fuerte particular a mi nombre, el gran sobre sellado con mi orden de misión, mis «instrucciones detalladas», mis registros, mis documentos falsos y mi visado Saudita.

Vera estaba inclinada sobre mi chaqueta, la cual, en mi prisa de la noche anterior, había tirado sobre la alfombra, cuando encendí la lámpara del techo.

Vera lanzó un grito y se petrificó, plenamente iluminada por la luz de una docena de bombillas. Desnuda y erguida. La sorpresa me entregó su rostro: desnudo también y despojado de su máscara. Leí en él un terror indecible, pero al mismo tiempo la humillación y una especie de desesperación.

Su mano temblorosa ascendió hasta su boca. A pesar de sus uñas azules de vampiresa de teatro, tenía el aire de una chiquilla cogida en flagrante delito. Extrañamente, me sentí avergonzado. No era una sensación agradable, y hubiera dado cualquier cosa por no experimentarla.

Sin embargo, no pronuncié la frase grosera que su actitud me sugería. Pero la abofeteé: una vez, dos veces. Unas bofetadas fuertes, que a pesar de su codo levantado sacudieron su cabeza a derecha e izquierda. Unas bofetadas demasiado fuertes... Pero los golpes, lo sabía perfectamente, hacen a menudo menos daño que las palabras.

Sus mejillas estaban rojas y ardientes, pero no gritó. Unas lágrimas asomaron a sus párpados. Retrocedió, siempre agachada. Parecía un dibujo de la *Vie Parisienne*, aunque mucho más erótico. Imaginé, por otra parte, que aquello le tenía sin cuidado.

—No me pegues más —dijo, mientras yo tendía la mano hacia ella.

No sentía el menor deseo de hacerlo. Quería simplemente ayudarla a incorporarse, pero ella había interpretado mal mi gesto. Lo comprendí.

Me eché a reír.

Mi risa la asustó casi tanto como mis golpes. Empezó a llorar.

—¿Qué vas a... qué va usted a hacerme?

Me encogí de hombros.

—Nada, salvo encargarme que te suban el desayuno. Un café fuerte, unos panecillos, mantequilla y mermelada... Y un zumo de naranja, tal vez... Dicen que es muy bueno para el cutis...

Vera fijó en mí sus grandes ojos incrédulos, desarmada. Hacía unos instantes, me había equivocado. Me equivoco a menudo. Vera era una chiquilla inocente, y a pesar, o tal vez a causa, de sus revueltos cabellos, de su aire extenuado, de su palidez, mucho más guapa que bajo su dorado arnés.

—Debo de estar espantosa —murmuró, alisándose los mechones de pelo con la mano.

No la golpeé más. Vera ya no tenía miedo. Lógica femenina...

Aquello me demostraba también su ingenuidad. De haber pertenecido al oficio, o de haber sido una aventurera con experiencia, sencillamente, hubiese sabido que era precisamente en aquel momento cuando debía empezar a temer lo peor.

—De todos modos, vas a tener que darme una pequeña explicación —dije.

Vera me miró. Ya no tenía miedo y, en consecuencia, intentaría mentirme.

Se apelotonó en un rincón del lecho, pero sin taparse con la sábana. Incluyó los ojos.

—Bueno —empezó, con un hilo de voz—. No... no sé lo que me ha pasado. No soy una ladrona, ¿sabes? Tengo... tengo dificultades monetarias.

La abofeteé de nuevo. No me divertía hacerlo. Pero tampoco me divertía que me mintiera.

Se quedó con la boca abierta. Sus labios temblaban. Yo estaba de pie muy cerca de ella. A pesar de mi atuendo, mi aspecto debía resultar bastante desagradable. Desagradable y obstinado. Siempre me sucede eso cuando he dormido mal.

Entonces, Vera me contó su pequeña historia.

* * *

No era ni demasiado original ni completamente desprovista de interés. Esa clase de interés que aprovecha la prensa sensacionalista para doblar su tirada...

Miss no sé qué en Austria a los dieciséis años, pero no *Miss Austria*. Un poco bailarina, un poco *cover-girl*, un poco actriz, pero sólo un poco. Un matrimonio fracasado con un heredero noble y rico, pero demasiado pederasta

para el buen nombre de una antigua familia. Un lío con un *play-boy*, pero un *play-boy* pobre. Un escándalo. Un divorcio en curso. Un papel en Roma, pero no para aquella temporada. Una cuenta del hotel Hilton. Un cheque... sin fondos. La policía.

En Egipto, como en casi todas partes ahora, apenas existen fronteras entre la policía y los Servicios Especiales. Y si existen son mínimas, frágiles. Lo que hubiese interesado a una modistilla aficionada a los semanarios sensacionalistas, interesó a un jefe cualquiera de la «*Moukhaberat El Amma*». ¡Por motivos muy distintos!

La baronesa Vera von Horlinden-Marwitz, que arrastraba su esplín por los hoteles de lujo, era una persona muy indicada para vigilar a los extranjeros de paso. En uno de los despachos del hermoso edificio nuevo de la plaza Zokhereyah, en frente del hotel Hilton, precisamente, la habían colocado entre la espada y la pared: presa, o confidente. Sin su pasaporte, que le habían confiscado, sin dinero, amenazada con una condena, Vera había aceptado. Y ésta era su tercera misión, que terminaba delante de un café muy cargado y unos panecillos crujientes...

—¿Comprendes? Me dijeron: «En el Shepherd's va a alojarse un hombre, un francés. Estará allí probablemente más de ocho días. Esperará algo. Se aburrirá. Usted se convertirá en su amante...»

Yo escuchaba, mientras untaba mis panecillos. No estaba mal razonado. No podría desconfiar de Vera, puesto que la habría conocido antes de saber en qué consistiría mi misión. No estaba mal razonado, pero era un poco simplista, de todos modos.

—Entonces, vino lo de tu cita, ayer —continuó Vera—. Antes de lo previsto. Yo no era aún tu... Bueno, resumiendo: por la tarde me dieron unas órdenes. Tú ibas a traer unos documentos y a ocultarlos. Sin duda en tu maleta. Me habían dicho que desconfiara de los dobles fondos.

Como en las películas... Bueno, la cosa no dejaba de resultar curiosa. A pesar de las seguridades de Girard, a los egipcios debía preocuparles mi misión en el Yemen. Al menos tanto como a mí. Querían saber de qué se trataba, exactamente: si «*Alguien*» se servía de ellos para hacerles una jugarreta, en las cuales aquel mismo «*Alguien*» era especialista; si yo tenía consignas muy secretas y muy confidenciales. Tanto más por cuanto el Presidente Nasser no había conseguido la unanimidad en su propio país. A todos los dictadores les ocurre lo mismo. Y las rivalidades de los Servicios Secretos existen en todas partes... Y los norteamericanos quizás tenían

también unas antenas... Bueno, dejémonos de suposiciones. En su lugar, yo hubiera hecho lo mismo.

—Bien —dije—. Una vez robados mis documentos, si es que había documentos, ¿qué tenías que hacer con ellos?

Vera pareció sorprendida.

—Nada. En primer lugar, no tenía que robarlos. Sólo tenía que decirles si había documentos, y dónde estaban. Nada más.

Evidentemente... No debían de estar muy convencidos de la capacidad de su auxiliar. Entre acostarse con un hombre y abrir un sobre lacrado, hay una diferencia de técnica. La operación debería realizarse en dos tiempos. Tendría que desconfiar.

Me levanté y fui a echar una ojeada por la ventana. El Nilo continuaba allí, y el ruido de la circulación empezaba a ascender del bulevar. Sin saber por qué, experimentaba una sensación de frustración. No debí hacerlo, pero me volví.

—Y, ahora —dije—, ¿qué vas a hacer? ¿Qué vas a decirles a tus amiguitos de la policía?

Vera me miró. Imagino que no había pensado aún en aquel aspecto del problema y que ahora lo estaba rumiando. Había atrapado el labio inferior entre sus dientes y lo mantuvo apretado un buen rato. Finalmente lo soltó y me sonrió con aire ingenuo.

—¡Oh! Les contaré lo que tú quieras. Entiendes más que yo de estas cosas. Eres un espía, ¿no?

Me encogí de hombros y me instalé delante del pequeño escritorio. Cogí un papel de cartas con el membrete del hotel, lo corté cuidadosamente por la mitad, y sobre la parte virgen escribí unas líneas de números agrupados de cinco en cinco, al azar. Aquello no haría ningún daño. Un bonito mensaje en clave que haría sudar a los expertos de los S. I. egipcios. Para darle más verosimilitud, añadí la dirección de la Sociedad de los Trabajos Técnicos, sin clave, y otra línea de números.

Doblé el papel en cuatro y se lo entregué a Vera, la cual seguía mis gestos con ojos interrogadores.

—Les darás eso. Lo has encontrado en mi cartera. Les demostrarás al menos que has estado buscando.

Vera sonrió.

—¡Qué amable eres, querido! ¡Parece increíble que puedas ser tan bruto y tan gentil!

Se vistió rápidamente. Después de besarme, se deslizó por el pasillo como una serpiente dorada. Me quedé solo. Como no tenía nada que hacer, volví a acostarme y, naturalmente, dormí hasta el mediodía...

* * *

Una vez bien despierto, duchado y afeitado, pasé revista a la situación. No era demasiado complicada. Por una parte, las autoridades egipcias sospechaban de mí: ¿efectuarían o no otras tentativas para informarse acerca de mi trabajo? *Inch Allah!* Por otra parte, en mi misión había una gran oscuridad que Girard no parecía dispuesto a querer despejar. Bueno, no disponía de mucho tiempo, pero trataría de paliar todo aquello. Lo único que cuenta es el espíritu de iniciativa.

En primer lugar, pues, redacté una hermosa petición de informes dirigida a Jacques Duèze, mi director del Servicio Acción, del cual, en definitiva, continuaba dependiendo. La petición se refería a un tal capitán Pierre Leenhardt. Pedía principalmente un resumen de sus antiguas actividades y una copia de su hoja de servicios. Pensaba cursarla por medio de la Embajada del Líbano en Sanaa, la cual aseguraba nuestra representación allí.

A continuación fui a retirar mi sobre de la caja fuerte del hotel. Saqué mis documentos de identidad y mi pasaporte falso, y traté de grabar en mi memoria los datos de mis instrucciones detalladas que iban a resultarme indispensables. Luego, hice trocitos las instrucciones y los envié al Nilo a través de los desagües del hotel.

Vacilé un poco en lo que respecta a mi orden de misión. Por regla general, no es un documento que se lleve encima, pero de todos modos constituye una cierta salvaguardia. Para uso interno, quiero decir. Finalmente, siguió el mismo camino que mis instrucciones.

Capítulo VIII

Febrero de 1962

*Si tu crois en ton destin,
Si tu crois ou lendemain...*

«No se ve la carretera, ¿sabes? Sólo el comienzo del camino y la “bodega” donde el viejo ahumaba sus jamones. Después viene el prado, el prado mazorril, nadie ha sabido nunca por qué, luego el torrente y el bosque de alerces, con el atajo. El aserradero está detrás mismo, al borde del agua, con la casa del hermano. Yo vivo en frente, cerca del desagüe. Una hermosa barraca, ya verás. Por la mañana se oye el agua que se desliza sobre los guijarros, luego los pájaros. No puedes imaginar, Pierre, la de pájaros que hay en mi casa, en el Biot... Pero eso es en verano. El invierno es casi más bonito. La nieve lo cubre todo. Todo es blanco y puro, ¿sabes? Se sienten deseos de revolcarse por ella como en los felices días de la infancia. Hace frío, y el viento helado muerde las orejas, y luego se entra en el bosque y ya no hace viento. Entonces, el aire es tibio...»

Y era cierto. En el bosque, que detenía el cierzo del norte, el aire tenía una especie de dulzor. Lorrain respiró con más desahogo. Era la primera vez que venía aquí y, sin embargo, tenía la impresión de conocer aquella comarca, de reencontrarlo todo... La cosa no resultaba sorprendente. Vorlaz le había hablado tanto de su comarca mientras chapoteaban juntos en las pistas de la jungla o durante las noches infernales de Dien-Bien-Phu, cuando velaban codo a codo sobre Huguette 4... Era el final. Sobre Junon y Claudine estallaban los morteros y los obuses... Mañana, pasado mañana, quedarían sumergidos por aquellos pequeños demonios amarillos, aquel ejército del arrozal y del fango que iba a vencer a una de las mejores tropas combatientes del mundo. Y ellos lo sabían. De la tierra desgarrada por las explosiones ascendía, insidioso, el olor de la muerte.

Lucien Vorlaz, herido en la pantorrilla tres días antes, había pedido volver a su puesto, y la penuria de hombres era tal que su petición fue atendida. Allí

estaba, tumbado sobre su P. M., sucio de polvo y de sudor. La fiebre le arrastraba muy lejos de la trinchera mortal, hasta los recuerdos de su tierra.

«Verás las flores que crecen en el prado, detrás de mi casa, Pierre... No son flores como las de aquí, que parecen carne o animales... No, flores, verdaderas flores».

Y él, siguiendo el juego y embromándole como había hecho siempre, pero sin perder de vista el agujero de sombra del cual, a cada segundo, podía surgir el ataque, una multitud aullante de viets...

«Bueno, Lucien, ya está bien... No vas a hacerme creer que vivías en un paraíso... En tu pueblo, la gente anda aún a cuatro patas. ¿Acaso te hablo yo de Roubaix? ¿Y del gran castillo donde nací? Ya sabes, los grandes castillos que los propietarios hacen construir ex profeso para los obreros de las fábricas de hilados...»

Pero el montañés continuaba soñando.

—Tú no puedes comprenderlo, siempre has vivido en una ciudad. Pero en verano, en las dehesas, se organizan corridas de vacas. Las muchachas se suben a los tejados y miran. Llevan unas faldas de todos los colores, y cuando se levanta la cabeza se les ven las piernas.

—Pero ¿y en invierno, compadre, cuando nieva?

—En invierno, los hombres se quedan junto al fuego, o se dedican a los pequeños remiendos de la casa, o cogen los esquíes y las pieles de foca y se van a Suiza. Suiza está detrás mismo de mi casa, ¿sabes?, y yo conozco los rincones. Se traen relojes, o pulseras, sólo para fastidiar a los carabineros... Cuando salgamos de este agujero, tienes que venir a mi casa.

Él se burlaba.

—No digas tonterías. Tu montaña es un asco... Preferiría quedarme por aquí, o en Laos. Montaría una agencia de transportes con unos veteranos. Tendría una gran barraca cerca del Mekong...

—¡No me hagas reír! Cuando esto termine, irás en busca de jaleo a otra parte. Te conozco. Y no te faltarán ocasiones, créeme... Esta guerra no ha hecho más que empezar. ¡Y tal vez no tenga final!

—Bueno, es posible que tengas razón. Pero antes tendremos que regresar a Hanoi, pasando por los campos del tío Ho. Y la cosa no será divertida, desde luego...

De la compañía quedaban doce individuos ilesos o levemente heridos. Los otros estaban muertos o agonizaban en unos agujeros. Y lo mismo ocurría en todas partes. «*Beatrice*» había caído en la noche del 13 al 14 de marzo.

«*Gabrielle*» en la noche del 14 al 15. «*Anne-Marie*» perdida por la deserción del batallón Thai el 16 y 17...

Alguien se arrastraba silenciosamente detrás de ellos.

Se volvieron al mismo tiempo, rodando sobre sí mismos, el arma apuntando.

—Soy yo, Rivière, mi ayudante. Indigo le llama.

Ahora distinguía la silueta, el PCR 10 sobre la espalda del radio, con su antena erguida como un gran escarabajo. El hombre se acercó a él y le tendió el auricular.

—... Indigo. Aquí, Diadème. Escucho.

—Diadème. Aquí, Indigo. Tengo unos viets a muy poca distancia que nos fríen a bombazos. Sólo me quedan quince muchachos y no tengo ninguna granada de mortero. ¿Puede hacer algo con sus P. V. D.? Hable, Diadème.

—Voy a tratar de avanzar un poco y de pasarle una caja de D. F. Corto.

El radio retrocedía ya, fundiéndose en la noche. Vorlaz preguntó:

—¿Y bien?

—Hay que ir allí, amigo mío, aunque ahora sea una estupidez. Sobre todo, teniendo en cuenta que hemos de escalar toda una cuesta... ¡M...! Preferiría estar en el *barrio* de Hanoi.

Lorrain se encogió de hombros. Había vuelto a ver el *barrio* de Hanoi y sus prostitutas con los vestidos floreados. Y había visto otras muchas cosas desde entonces. Pero ahora había terminado. Al menos para él. ¡Y de qué modo!

Por eso había recordado la frase de Lucien: «Suiza está muy cerca, ¿sabes? Al otro lado de las crestas... Conozco los rincones... Tienes que venir...»

Hoy, había venido.

* * *

Bajo sus suelas, la corteza de nieve endurecida crujía, se astillaba, revelando el colchón de agujas de pino casi secas y elásticas. Unos conejos habían pasado por allí antes que él: reconoció sus curiosas huellas: dos patas, una contra la otra, tocándose, luego otras dos delante, plantadas oblicuamente. Un conejo tranquilo al que nadie molesta, ni perro, ni zorro, y que descansa sentado sobre su blanco trasero...

Él no tendría tiempo de descansar, en aquella aldea. Todo se derrumbaba. La metrópoli era hostil, los jefes de la organización estaban dispersos, acosados. Las redes se descomponían. Había que hacer algo, pasar al otro

lado, volver a reunir a los hombres. Tal vez pudiera aún forzarse la suerte. Forzar la suerte...

Suspiró. El silencio del bosque, la calma, actuaban sobre él sin que se diera cuenta. Le invadía una paz extraña que no había conocido desde hacía mucho tiempo...

Los árboles se aclaraban un poco antes del lugar donde el sendero se unía al camino, cerca del transformador. Unas planchas se amontonaban en altos cubos manchados de nieve. El aire olía a resina, a madera cortada en verano, a humo...

Lorrain se detuvo y respiró profundamente, el pecho ensanchado en una especie de felicidad intensa y melancólica. Aquella aldea cerca de la frontera era un refugio y, si quisiera, podría vivir tranquilo en ella. Sí. Si quisiera...

* * *

Cruzó el torrente sobre su pequeño puente de piedra, sin una mirada siquiera para su superficie helada, ampulosa, veteada de largos rastros amarillentos. A su derecha, bastante lejos aún y disimulados a medias por los montones de madera, estaban los cobertizos, el tejado del aserradero, el chalet de paredes recién revocadas. Delante de él la otra casa, más pequeña, menos fresca también a pesar de las cortinillas de colores vivos.

El camino trazaba una curva. Un camino de nieve dura, pisoteada, que seguía maquinalmente, indiferente al paisaje, a los grandes montones de serrín fangoso, a la casa silenciosa cada vez más próxima.

Bruscamente, volvió la cabeza.

De un sendero oculto por los árboles acababan de surgir dos chiquillas y se habían inmovilizado casi a su altura. La mayor llevaba cogida de la mano a la más joven, el rostro alzado y roído por el viento.

—Buenos días señor.

—Buenos días...

Estaba sin duda tan asombrado como ellas, y su voz vaciló un poco. Las miró, lleno de curiosidad. Eran casi unas niñas aún. Diecisiete años, quizás, y doce... Las dos rubias y con los mismos ojos claros, transparentes... Dos hermanas, cuyo parecido no podía engañar.

Se había detenido también y se cambió la maleta de mano, consciente de su asombro. Sus miradas se mezclaron.

La mayor tiene unos ojos azul genciana, casi del mismo tono que el pañuelo que ha anudado a su cabeza al estilo de las campesinas de la

Basilicate o de las Sardes. Sus cabellos se escapan del pañuelo y vuelan sobre su frente, rozando unos párpados tersos y ligeramente almendrados.

El rostro de la pequeña es imperceptiblemente menos lleno; lleva un gorro de lana, redondo, que le tapa las orejas. Las pupilas son redondas y dilatadas, y la niña aprieta su cuello contra su barbilla.

—¿Busca usted a alguien? —pregunta la mayor.

—Voy a casa de Lucien Vorlaz.

La pequeña se apresura a decir:

—Es nuestro tío, pero vive más allá. Aquí vivimos nosotras, con papá.

—Tío Lucien está en la otra casa, señor —explica la mayor—. ¿Quiere usted que le acompañe?

Él sonríe.

—Muchas gracias, guapa...

Lo recuerda. Las dos sobrinas de Lucien, dos niñas a las cuales su tío enviaba de cuando en cuando unos juguetes chinos maravillosos y frágiles.

—Tú eres Bernadette —dice bruscamente, en un imprevisto sobresalto de la memoria.

Ella levanta hacia él unos ojos sorprendidos, curiosos y un poco alarmados.

—¿Sabe usted cómo me llamo?

—Sí, ya lo ves. Soy un amigo de tu tío.

—¿Un amigo de la guerra?

—Un amigo.

La pequeña golpea uno contra otro sus mitones sucios de nieve.

—Es el señor que tío Lucien esperaba, Nadette, el señor de la ciudad... Yo soy Suzanne y tengo once años... Di, ¿has conocido a tío Lucien con sus dos piernas?

La mayor la empuja por los hombros.

—No digas tonterías y vete a casa en seguida. Yo voy a acompañar al señor. ¡Vamos!

Echaron a andar uno al lado del otro, mientras detrás de ellos resonaban los zuecos de la pequeña. Hasta el puente no hablaron. Luego, la muchacha alzó la cabeza.

—¿Ha llegado usted en el coche de línea?

—Desde luego.

—Muy a tiempo. Dentro de tres o cuatro días, los coches no podrán circular.

—¿Tú crees?

—Estoy segura. Aquí, todos los inviernos son iguales.

La muchacha hablaba en un tono serio, reflexivo, que le asombró un poco en una persona tan joven. El contacto con los adultos, sin duda, y una vida más dura, unas responsabilidades que se ignoran en los grandes centros. Ella le miró, primero a hurtadillas, luego con más descaro, y se echó a reír.

—¿De qué te ríes?

—De nada. No es usted viejo.

—Según como lo mires. Tengo treinta y ocho años.

—Mi tío también. Pero no es lo mismo. En la montaña se envejece más aprisa. Las chicas, sobre todo.

—A ti te quedan aún muchos años para envejecer.

—Sí, es posible. Pero María Payot, de la Clarisse, sólo tiene seis meses más que yo y ya es madre de un niño.

—¿Te refieres a la hermana de Emile Payot?

De nuevo el mismo asombro.

—¿Emile? ¿Le conoce usted?

—Le he conocido en el coche de línea. ¿Está lejos la Clarisse?

Bernadette tendió el brazo hacia una colina velada de niebla.

—No. Ahí detrás.

Le pareció que su voz había cambiado. Le preguntó, más por juego que por curiosidad:

—¿Es tu novio?

Ella le miró fijamente.

—No tengo novio. ¡Y el día que tenga uno, no será Emile!

Él la miró con más atención. Bernadette tenía un rostro ovalado y moreno, unos ojos reflexivos, unos gestos bruscos, llenos aún de una desmaña infantil, pero también unas agradables formas que se adivinaban bajo la recia tela del vestido.

Pierre sonrió. Sí, la chiquilla estaba ya en la edad de pensar en los muchachos.

Bernadette no hablaba ahora y andaba delante de él a lo largo del declive, apartando de sus rostros unas ramas que se distendían detrás de ellos y cubrían sus hombros de fina nieve. Resonaron unos golpes, regulares y apagados.

Rodearon la casa tras haber acertado camino a través de la nieve virgen. Delante de ellos, pero volviéndoles la espalda, un hombre robusto astillaba unos troncos. No les había oído acercarse, y nada turbaba su quietud ni el movimiento equilibrado del hacha.

Bernadette le llamó.

—¡Padrino! ¡Ha llegado tu amigo!

Lucien Vorlaz se volvió lentamente, abandonando su herramienta.

—¡Pierre!

Avanzó hacia ellos. Cojeaba, pero muy ligeramente, y resultaba difícil darse cuenta, de buenas a primeras, que no tenía más que una pierna y que la otra, cortada muy arriba por el muslo, había sido reemplazada por una prótesis.

—¡Pierre! ¡No te esperaba ya!

Se golpeaban mutuamente en la espalda, en una especie de abrazo desmañado, y sus ojos reían.

—Me he retrasado algo, desde luego.

—¿Te ha sido fácil encontrar esto?

—Sí. Gracias a tu sobrina.

—Es Bernadette.

—Lo sé. Ya hemos trabado conocimiento.

—¡Viejo verde! ¿Te has portado bien, al menos? No ha cumplido los dieciocho años... ¡La edad más hermosa! ¿Recuerdas aquella chiquilla de Hanoi que perdiste al siete y medio con Moktar? Si supieras, Nadette, lo que este granuja...

—¡Padrino!

Bernadette había enrojecido un poco y miraba a su tío con cierta timidez reprobatoria, como si estuviera acostumbrada a sus licencias de lenguaje y éstas la avergonzaran.

Capítulo IX

Junio de 1966

Habíamos salido de Sanaa la víspera por la puerta del norte, en convoy.

Era un pequeño convoy: un autoametrallador de fabricación soviética, tres camiones transportando medio centenar de soldados egipcios y dos Power Wagon Dodge. En el primer Dodge iba el comandante El Hoshani. En el otro, el teniente Raschid y yo.

Rodábamos sobre una vasta llanura sembrada de pendientes rocosas que cerraban las agudas aristas de un *djebel*: una absurda confusión de crestas y de volcanes apagados cuyas antiguas proyecciones habían cubierto la roca de un gran manto de polvo negro sobre el cual patinaban las ruedas. La carretera atravesaba aquel desierto incongruente sembrado de espinos y de euforbios, resecaos por un viento cálido.

Los camiones avanzaban bajo un cielo de soledad a través de los valles, las perspectivas apenas entrevistas quedaban inmediatamente borradas por otras perspectivas, y los soldados, que al principio del viaje cantaban, se habían callado.

Transcurrían las horas. Las nubes de plomo se convertían en cobre. El paisaje se ensanchaba sobre lejanas aldeas perdidas en la cumbre de picos descoloridos.

El autoametrallador que iba en cabeza se detuvo bruscamente, y uno a uno los camiones se pararon con un chirrido de frenos y un hipar de motores. El Dodge dio un bandazo que me precipitó contra la portezuela. El soldado egipcio sentado detrás del teniente Raschid saltó a la carretera, fusil en mano. Resonó un disparo. El teniente abrió la portezuela. Yo me incliné.

A doscientos metros de distancia, unas siluetas armadas aparecieron sobre la cresta de una duna.

—¿Qué es esto? —le pregunté al teniente—. ¿Una emboscada?

—No lo creo. Son unos beduinos, simplemente. Aunque aquí nunca se puede estar seguro de nada.

Me encogí en mi asiento. Aquello no me afectaba. Un simple contratiempo, un retraso... Para un verdugo, la palabra retraso apenas tiene sentido. Toda la vida se extiende delante de él. La suya...

* * *

Estaba en el Yemen desde hacía ocho días.

Había llegado allí tras un viaje fatigoso pero, a fin de cuentas, sin historia: El Cairo-Hodeidah, hornaza a orillas del Mar Rojo, en un Ilyushin atestado de paracaidistas y pilotado por dos caballeros taciturnos y egipcios. Luego, Hodeidah-Sanaa en un helicóptero nuevo flamante pilotado por un peligroso demente cuyo mayor placer parecía consistir en el vuelo acrobático, el menos indicado para un autogiro.

En Sanaa, un oficial egipcio se había hecho cargo de mí. Era un hombre joven y robusto, muy británico en su aspecto: Desde el uniforme color caqui claro, las hombreras de rosetas, las cintas del gorro, pasando por recortado bigote, la fusta y la manera rígida de presentarse.

—Teniente Geimal Raschid. Estoy encargado de escoltarle hasta el... final de su viaje. Es posible que nos quedemos aquí algunos días, y he tomado las medidas oportunas para su comodidad. Espero que le satisfarán.

Se lo aseguré por anticipado. Me dio las gracias con una voz oficial y neutra, indicando claramente cuál iba a ser el tono de nuestras relaciones. Era un oficial, y si los Servicios Especiales de su país le habían confiado una misión en lo que a mí respecta, deseaba darme a entender que la misión no era de su agrado. ¡El recuerdo de Port-Said y de los paracaidistas!

Aquello no me molestaba en absoluto; por el contrario, le agradecía su actitud, prefiriéndola con mucho a aquella otra, levantina, que habría consistido en querer forzar mi simpatía... El recuerdo del Shephard's y de las maniobras de Vera... ¡Estábamos en paz!

Me había acompañado, pues, a mi residencia, en *jeep* y por un itinerario complicado que pasaba por una de las siete puertas de la ciudad, un arco triunfal taladrado en la muralla almenada. Era una vivienda muy parecida a las circundantes, aunque menos alta, con una especie de cuerpo de guardia y un patio con un surtidor.

Mi apartamento se encontraba en el primer piso: dos amplias habitaciones amuebladas únicamente con almohadones, con unas pieles de cabra sobre un «*angareb*» que es —al parecer— un lecho. Además, una gran bandeja de cobre, un *narguileh* y unas escupideras. En un cuartito, una jofaina llena de

agua para las abluciones, y una soberbia taza sanitaria cerca de un orificio practicado en la misma pared...

No era más que un detalle de pintoresquismo oriental, pero tomé buena nota de él: si debía pasearme por Sanaa, procuraría no rozar demasiado las fachadas.

Pero tuve la impresión de que no iba a pasearme mucho, al menos en solitario. El teniente Raschid me lo había concretado perfectamente: los occidentales no abundan en Sanaa, y mi seguridad, así como «mi rango», reclamaban una escolta.

La escolta estaba allí, en el patio. Desde «mi» balcón podía ver a «mi» sargento-intérprete partiendo una sandía y, cerca de él, dos *askars* ferozmente yemenitas masticando *Khat*.

En Sanaa no estaba prisionero, pero...

Crucé la habitación distraídamente, acercándome a la otra ventana. Allí, vi una plaza que era una calle, un mercado, un *souk*, y mi mirada se perdió siguiendo a tal o cual personaje: aquel mulero y sus asnos cargados de jarras, aquel viejo de turbante verde, antiguo peregrino de La Meca, aquel *Sayid* a caballo cuyos criados apartaban a la plebe a golpes de culata de Mauser...

El ruido ascendía, resonando en la vacía habitación, aquel ruido de Oriente tan distinto de los rumores de Asia y que mordía los nervios por su inquietante bestialidad.

Permanecí allí, fascinado y un poco embriagado por aquel bárbaro desorden. Había viajado mucho en el espacio. Ahora viajaba en el tiempo. Los autoametralladores checos no cambiaban nada. Vivía los primeros años de la Hégira y los de las Cruzadas, un pasado más desconcertante ahora que el de las ciudades muertas que se exhuman de las arenas. La República se había instalado sobre aquel mundo feudal, pero de un modo tan artificial que cuatro años de guerra no habían conseguido imponerla. Aquí, el viento de la historia soplaba de otro modo...

Bostecé. Los vientos podían soplar de donde quisieran. Yo estaba agotado; la altitud, a la cual no me había acostumbrado aún, me deprimía del mismo modo que me deprimía la garrafa de agua pura que, sobre la bandeja, acompañaba mi colación de la noche...

Eché una ojeada a la piel de cabra que cubría el angareb, dispuesto a apostar con mi sombra que hormigueaba de parásitos.

Pero, aquella noche, se necesitaba algo más que las pulgas yemenitas para impedirme dormir...

Por la mañana, mi escolta continuaba en el patio, fiel e inamovible.

* * *

Sin embargo, me libré de ella, y lo más fácilmente del mundo, con un puñado de táleros, aquellas antiguas monedas de plata que, teóricamente, no son de curso legal, pero que aquí continúan siendo «el más apreciado de los vehículos fiduciarios» (Girard *dixit*). Me las había procurado en El Cairo, a un precio capaz de asegurar una vejez dichosa al cambista.

La iniciativa, por cierto, partió de mi sargento-intérprete, mientras yo me paseaba por delante de la puerta prohibida.

—Tú quieres salir —me susurró—. El teniente ha dicho: «El *Françaoui* no moverse», pero tú me das un buen *backschich* y yo no veo nada...

De momento imaginé una tortuosa maquinación, pero me equivocaba. Había olvidado el Oriente y las componendas con su cielo.

Salí, pues, enfilando la primera calle abierta delante de mí y confiando en mi sentido de la orientación para descubrir en aquel dédalo el consulado libanés donde debía esperarme, si Dios lo quería, la respuesta de los Archivos a mi pequeño cuestionario.

Desde luego, me extravié. Las casas parecían todas iguales, con las mismas fachadas ciegas, con los mismos recintos dominados por las copas de los árboles, en las mismas callejas llenas del chirrido de las norias, y los minaretes como dedos de Alá —¡glorificado sea!— apuntados hacia el cielo.

La multitud me atraía con su exotismo de bazar. No se mostraba curiosa ni hostil, sino indiferente. Yo era el *giaoui*, el Infiel perdido en el reducto de la Fe. Algo menos que un perro, esos flacos perros amarillos que uno no se molesta en ahuyentar a pedradas. Volví a orientarme gracias a los buenos oficios de un *Herr Doktor* de la representación comercial de la República Democrática alemana, al cual encontré oportunamente en un *souk*. Me tomó, ignoro por qué, por un piloto ruso, obstinándose en hablarme en polaco, idioma que desconozco por completo.

En resumen, aquel amable teutón me acompañó finalmente a mí objetivo, un viejo palacio turco en cuya blanca fachada ondeaba la bandera del cedro.

Me recibió un secretario asmático, el cual, después de haberme entregado mi pliego, un voluminoso sobre lacrado con las armas de la República, me ofreció el café «masbout», me habló durante una hora de París, suspiró por el cierre del Tabarin y puso a mi disposición uno de los automóviles del consulado, por si tenía que efectuar alguna gestión en la ciudad.

Así, pues, un Cadillac del Cuerpo Diplomático me condujo a la sede de la Miss Air, donde pregunté por el señor Durgha Paghahani, el hindú que, según Girard, debía servirme de contacto aquí.

Era un muchacho muy joven, de piel muy oscura, que se asombró de mi visita, ya que precisamente estaba elaborando un complicado plan para llegar hasta mí.

También él tenía un pliego para mí. Me lo entregó, tras haber cerrado todas las puertas y con grandes demostraciones de misterio, sin dejar de repetirme que desconfiara de los egipcios, de los yemenitas y de los ingleses, que sólo deseaban su perdición. Según él.

Luego regresé a mi residencia, haciendo detener el lujoso Cadillac en cuanto reconocí los arabescos de la fachada. A decir verdad, estaba un poco preocupado por las posibles consecuencias de mi escapatoria. Una simple ojeada al patio me tranquilizó.

A juzgar por las cortezas de sandía que flotaban en el estanque del surtidor, los huesos roídos y los restos de arroz blanco esparcidos por el suelo, mis carceleros habían dado a mis táleros el mejor empleo posible. Ellos mismos dormitaban: los dos *asker*, desembarazados de sus cartucheras y semidesnudos, en una pausa que no dejaba ninguna duda acerca del postre que debió epilogar su festín. Además, debían de estar borrachos de Khat^[12]. En cuanto al sargento egipcio, tumbado a la sombra sobre una estera sacada, sin duda, de mi apartamento, roncaba.

Sin embargo, cuando me acerqué a él se incorporó vagamente e inició en árabe lo que me pareció una furiosa diatriba contra las costumbres de sus dos compañeros, que acabó eructándome en plenas narices una sólida tufarada a alcohol. Quedé maravillado. ¡El muy granuja! ¿Cómo había podido procurarse, en la antigua ciudad de los Imanes, una bebida tan proscrita? Tendría que interrogarle acerca de aquel extremo.

Entretanto, y para ganarme sus favores futuros, deslicé dos táleros en el bolsillo de su uniforme desabotonado, atención que me agradeció llevándose a la frente y a los labios una mano temblorosa. Yo era su padre y su madre, de acuerdo. Lo cual me hizo desear, por él, que al teniente Raschid no se le ocurriera la idea de efectuar una visita de inspección.

Dejándole entregado a sus sueños, subí a mi apartamento, hice girar en la enorme cerradura la llave de madera *ad hoc* y me dediqué a abrir mi «correo».

Empecé por el voluminoso sobre que me dirigía Jacques Duèze. Contenía dos cosas distintas. En primer lugar, la hoja de servicios del capitán Pierre Leenhardt, cuyos datos correspondían, más o menos, a lo que yo había imaginado: Alistado muy joven en la Legión Extranjera-Campaña de Indochina en el 2.º B. E. P.-Dien-Bien-Phu sobre Huguette 4, alcanza las líneas después de la caída del campo atrincherado. Desembarcado en Suez-

Campaña de Argelia-Batalla de las fronteras frente a Túnez. Legión de Honor-medalla militar, cruz de guerra T. O. E.-Cruz al valor militar, 6 citaciones...

Desertado el 21 de abril de 1961, víspera del «*Putsch*». Condenado a muerte en rebeldía el 17 de julio de 1961 por el Alto Tribunal Militar.

Reaparecido en la clandestinidad bajo el nombre de «*Capitán Lorrain*»...

Al llegar a este punto me mordí los labios, ya que aquél era un nombre que, cuatro años antes, había hecho correr mucha tinta.

Y empecé a comprender las reticencias de Girard y también el objetivo final de una misión que, aparentemente, tenía muy poco de misión.

El segundo documento contenido en el sobre era muy distinto. Se trataba del número 29, fecha 26 de mayo de 1963, de *Jeunesse-Révolution*, el semanario clandestino de más tirada y mayor difusión. Los titulares decían: «Llamamiento del capitán Lorrain». En su día lo leí en la prensa extranjera, pero ahora, tomadas en su aislamiento, algunas frases me impresionaron más.

«Ha llegado el momento en que debo asumir mis responsabilidades... En nombre de mis camaradas y de mis jefes fuera de combate, proclamo la continuación de la lucha...» «Deserté en el mes de abril de 1961 para participar en la última tentativa militar... El combate no ha terminado. Seguimos deseando derrocar el Régimen, lo desearemos siempre...»

«Los que conducen el país a su perdición son, a partir de este momento, responsables ante mí: asumo el compromiso personal...»

Esta última frase estaba subrayada por un grueso trazo a lápiz rojo...

Al escribirla, el 14 de abril de 1963, aquel hombre había sellado para siempre su destino. Le habían perseguido por ello en todas las capitales de Europa, perdiendo y volviendo a encontrar su rastro fugitivo. Le habían acosado, separado de las amistades que le quedaban, rodeado de una barrera de desconfianza, de calumnias; aquella clase de amenaza, a la vez formal e inconcreta en el tiempo no puede perdonarse; ni olvidarse, puesto que vivir en la incertidumbre no es vivir, propiamente...

Contemplé largo rato aquel trazo rojo como un rastro de sangre, y todo el buen humor de mi escapatoria de hacía unas horas se evaporó.

Hay situaciones que sobrepasan nuestras posibilidades, y a pesar mío levanté los ojos hasta la ventana, como para sorprender en ella el mentís tranquilizador de los bienes comunes a todos los hombres: una nube cargada de sol, el balanceo de una rama, el chillido de un pájaro. Pero el mundo de los vivos se me escapaba, porque sabía ya que había entrado en el de los verdugos.

El segundo mensaje, el transmitido por mediación del hindú, era lacónico.

En él no se hacía la menor alusión a mi misión mediadora, ya que los grandes designios políticos están subordinados a menudo a los antiguos rencores y al temor.

La condena a muerte del ex capitán Leenhardt, alias Lorrain, continuaba en vigor. Yo debía ejecutarla.

Era una orden...

Capítulo X

Los disparos seguían restallando, pero apuntando al cielo y al ritmo alegre de las fantasías.

En la cabeza del convoy, una treintena de hombres de torsos desnudos rodeaban el blindado, se mezclaban con los soldados, arrojaban sus fusiles al aire y disparaban, volvían a disparar, porque el ruido de la pólvora es el más bello de los que pueden herir el oído de un hombre.

Yo había encendido un cigarrillo y, solo en mi Dodge, pensaba que aquella guerra tenía de bueno para aquellos fanáticos del tiroteo que les permitía satisfacer su afición. Los cartuchos, ayer escasos y caros en los desiertos, llegaban ahora por cajas. Una ganga que había que aprovechar.

Y aquellos individuos la aprovecharon durante media hora larga, en lo que me parecía ser la dicha de un hallazgo inesperado.

Todo se calmó por fin, poco a poco, como a disgusto, y el teniente Raschid volvió a instalarse a mi lado.

No necesité mirarle dos veces para darme cuenta de que no participaba de la alegría general. Se apresuró a contestar a mi muda pregunta.

—Son beduinos. Bakils, con el Sheik Brahim Metafer. Se ha unido a la República hace poco tiempo, con una parte de su tribu. Dicen que es un buen guerrero...

Hizo una pausa significativa.

—¿Pero?

El teniente se encogió de hombros.

—Es un aliado poco seguro. Y peligroso.

—La guerra suele ser peligrosa, teniente.

No replicó, lo cual me dio a entender, dada su ordinaria susceptibilidad, que su preocupación era seria. Al mismo tiempo recordé la advertencia de Girard a propósito de los bakils, precisamente. Pregunté:

—¿Modifica esto en algo nuestros proyectos?

El teniente vaciló.

—No —dijo finalmente—. Al menos en lo absoluto. Pero el Sheik Metafer ha informado al comandante Hoshani que hay una concentración

realista a una jornada de marcha de aquí. El comandante ha decidido cambiar el itinerario.

—¿O sea?

—Bueno, no pasaremos por Huth ni por Fakam...

Enarqué las cejas.

—Y en Fakam tenía que encontrar los guías que han de conducirme... al otro lado.

—Precisamente...

Las cejas de Raschid se aproximaron la una a la otra, arrugando su frente.

—... Precisamente. El comandante ha decidido, para remediar la ausencia de guías, que acompañe usted a una partida de beduinos, los cuales le conducirán hacia el Este, en la dirección aproximativa de las Row Lands. Le he hecho observar al comandante que esa... combinación retrasaba el programa de usted, y he sugerido, suponiendo que usted estuviera de acuerdo, que podía acompañarle a Fakam. Hay una antigua pista de caravanas olvidada. Un vehículo aislado en el desierto pasa fácilmente. El comandante se ha negado.

Le miré.

—Le ruego que me disculpe, teniente. Pero me ha parecido que usted ejercía aquí otras funciones... Menos estrictamente militares. Imagino que el comandante no las ignora...

—Es cierto, señor. En El Cairo. Pero aquí estamos en zona militar y el comandante Hoshani tiene la responsabilidad de su convoy. Y de sus hombres. A él, pues, y sólo a él, le corresponde decidir si debe exponerlos o no al fuego eventual del enemigo.

A pesar de que había asumido su actitud más británica, en su voz vibraba cierta reticencia. Y quedé convencido de que el teniente Raschid no tenía la menor confianza en las capacidades bélicas de su jefe. Así germinan las revoluciones, cuando el inferior se siente superior al superior inferior...

El convoy maniobró para abandonar la carretera, adentrándose en la llanura montuosa erizada de azufaifas, de mimosas secas, sacudida por las depresiones y las piedras. Los beduinos se colgaron de los camiones por racimos en tanto que otros seguían a los vehículos balanceándose al trote de los dromedarios, con sus gallardetes flotando al viento de la tarde. Extraño espectáculo el de aquellos diablos delgados, con los torsos desnudos y los cuchillos corvos colgando de sus cintos, que se interpelaban a grandes voces y reían por entre sus hirsutas barbas...

—¿Cuál es la próxima etapa? —le pregunté a Raschid.

Tendió el brazo hacia uno de los picos que acuchillaban el horizonte rojo con el sol poniente, y coronado por una especie de aldea.

—Souk el Hakmis —dijo—. Un pequeño fortín que ocupaban, al parecer, unos realistas. El Sheik Metafer se apoderó de él hace unos días. El grueso de sus hombres acampa allí, de momento. Esta noche dormiremos en el fortín.

—Si Dios quiere —dije, mientras una sacudida más fuerte que las otras me lanzaba contra la portezuela.

En realidad, era noche cerrada cuando llegamos a aquella ciudadela inaccesible, tras unas horas de una pista fantástica y de un frío glacial. La luna petrificaba cada matorral, aislaba cada roquedal, rodeados de sombra por la luz de los faros.

Ya que rodábamos con los faros encendidos, lo cual era, lo confieso, un modo bastante curioso de evitar las emboscadas realistas.

La aldea estaba apiñada alrededor de una fortaleza en ruinas. Los beduinos acampaban bajo sus tiendas negras, desdeñando las casas saqueadas, algunas de las cuales, extrañamente, parecían bastante bellas.

Raschid hizo abrir una de ellas al azar y allí nos instalamos, mientras en el exterior resonaban los gritos de los soldados mercadeando a los beduinos su más valioso botín: las escasas mujeres abandonadas por la huida de los hombres.

Y mañana, o más tarde, regresarían los montañeses, o los realistas del Imán, u otros beduinos, u otros soldados. Las muchachas de Souk el Hakmis cambiarían de manos. Estaba escrito.

Me dormí.

El día siguiente no trajo más que un día nuevo y una apariencia de orden en el campamento. En los campamentos, mejor dicho, ya que los soldados y los beduinos, tras su confraternización de la víspera, habían restablecido sus distancias, e incluso su hostilidad, según me pareció.

Hostilidad que los jefes ignoraban. El comandante El Hoshani y el Sheik Metafer «popoteaban» juntos en la casa más espaciosa de la aldea.

Yo no tenía nada que hacer. No hice nada. Transcurrió el día.

La jornada siguiente fue más animada. Después de la primera plegaria matinal, Raschid recibió la orden de presentarse al comandante. Luego, los sargentos reunieron a los hombres, los conductores revisaron los motores de los camiones y los depósitos de carburante: el convoy iba a reemprender la marcha.

Nadie se preocupó de mí. Estaba solo en medio de aquella agitación. Contemplé el vuelo de las águilas por encima del valle; una distracción como

otra.

Raschid se presentó poco antes de mediodía, más serio que de costumbre, el rostro desprovisto de toda expresión.

—Nos separamos aquí, señor —dijo—. El comandante Hoshani me ha confiado la responsabilidad del convoy hasta Saada. Saldremos en seguida. El comandante se queda en la aldea. Se encargará personalmente de adiestrar a los mejores elementos de la tropa del Sheik Metafer.

Enarqué las cejas. Aquélla era una tarea de suboficial. No pude evitar el decírselo a Raschid.

—Lo sé, señor...

Su voz no se había alterado.

—El comandante le hará acompañar a territorio rebelde por unos beduinos, tal como estaba previsto. Lamento no haber podido cumplir la misión que me había sido confiada cerca de usted. Pero tengo que obedecer. Le deseo buena suerte.

No dije nada. En toda aquella historia debía de haber una lucha de influencia o una animosidad personal que no iban conmigo. El teniente saludó, muy protocolario. Asumí el riesgo de tenderle la mano: no tenía nada que reprocharle. Incluso empezaba a acostumbrarme a sus modales. En el fondo, el teniente me agradaba.

Tras estrecharme la mano dio una media vuelta reglamentaria y luego volvió sobre sus pasos. Alzó los ojos hacia mí, luego volvió a bajarlos. Era evidente que deseaba hacer algo que no estaba previsto por las ordenanzas y no sabía cómo arreglárselas. Falta de costumbre...

—Escuche —dijo—. Yo... El comandante Hoshani tiene una posición un poco especial en el ejército. Representa una facción de la Liga Árabe... Una facción reaccionaria...

Estábamos cara a cara, inmóviles. Raschid se calló, pero aún tenía algo en el buche. Me pregunté si iba a soltarlo o no.

—Este es un país podrido —soltó de golpe—. No se fíe de nadie. Y recuerde que al Sheik Metafer le resulta más fácil traicionar que respirar...

Se marchó sin añadir nada más. Le contemplé mientras se alejaba, preguntándome lo que había querido decirme, lo que no había podido decirme. Me había advertido de un peligro, pero yo era completamente incapaz de adivinar cuál. Tanto peor para mí, sin duda...

El convoy abandonó la aldea a la caída de la tarde, sin que se me presentara la ocasión de ver de nuevo al teniente. Y me sentí un poco más solo que antes.

Cené a base de unas raciones de campaña soviéticas, enlatadas, que sabían a rancio. Luego tuve una visita: la del comandante Hoshani, con el cual no había intercambiado más de diez palabras desde el comienzo del viaje, y que se presentó en mi alojamiento con la mano tendida.

—Mi querido amigo... Perdona que le haya descuidado tanto... Pero el trabajo, ¿no es cierto?

Era un hombre de estatura mediana, rechoncho, de brazos y piernas muy cortos. Tenía el rostro grasiento del oriental que deja el ascetismo coránico para los *fellahs*. Su uniforme llevaba dos hileras de condecoraciones, como el de un general mejicano. Su gloriosa campaña del Sinaí, sin duda...

Continuó, amable:

—Mi amigo el Sheik Metafer desea ardientemente conocerle. Le he hablado de usted, de su país. Es el jefe de una tribu poderosa, muy abierto a las cosas del Occidente, aunque sin renegar del pasado. Un guerrero. Estoy seguro de que le interesará.

No me cabía la menor duda, sobre todo después de la advertencia de Raschid. Pero no aludí para nada a aquella última intervención.

El comandante contempló mi instalación con mirada de asombro.

—¡Mi querido amigo! ¿Cómo es posible que se aloje usted? —inquirió, en tono de reproche—. Esto es una pocilga. No comprendo el proceder del teniente Raschid. Le había dado órdenes concretas... Hágame el honor de instalarse bajo mi techo... bajo el del Sheik Metafer, mejor dicho, que él me permite utilizar y que se sentirá dichoso, respondo de ello, de ofrecérselo también a usted. ¡Oh! No es más que una vivienda campesina... pero siempre resultará más cómoda que esto. La vida del soldado es muy dura, desde luego...

Hizo un amplio gesto, englobando en él la ruda condición del soldado y lo azaroso de la guerra en el desierto.

—Se lo agradezco mucho, comandante —dije—. Pero no creo que deba permanecer mucho tiempo aquí.

—Naturalmente, naturalmente... Partirá usted mañana. Pero insisto...

Insistió. Tal vez tenía sus motivos. Yo también tenía los míos para vacilar, pero también para no demostrárselo. No hay que demostrar nunca la desconfianza que se experimenta, sobre todo si existen posibilidades de que esté justificada. Sobre todo en Oriente.

En consecuencia, acepté.

Capítulo XI

La tormenta estalló bruscamente con un fragor de truenos que me hizo despertar sobresaltado, interrumpido mi primer sueño.

La lluvia crepitaba sobre el tejado de pizarra con aquella violencia que sólo conocen las regiones áridas. Los relámpagos llenaban la habitación con sus resplandores malva.

Eché una mirada a mi reloj. No hacía un cuarto de hora que me había dormido. En el exterior resonaron unos gritos. Me levanté.

En los patios, los beduinos reían bajo el aguacero, chapoteando en los torrentes que no podía absorber con la rapidez suficiente la tierra endurecida, disparando hacia el cielo con sus fusiles. La tormenta es algo que impresiona siempre a las gentes sencillas, sobre todo en aquel país sediento: una bendición de Dios, un presagio que hay que celebrar.

La lluvia cesó por otra parte tan brutalmente como había empezado, con un último tronar lejano; y los rumores se reabsorbieron en el silencio.

Me quedé en pie, estremeciéndome a causa del frescor de la noche.

El malestar de mi sueño demasiado breve no acababa de disiparse, como si las pesadillas vacilaran en desaparecer de aquella habitación mal protegida.

La llama de la lámpara de aceite hacía danzar mi sombra sobre las paredes desnudas, y experimentaba en mis nervios, de un modo casi material, aquella vibración de vigilia, una especie de enigmática premonición.

Me encogí de hombros: era la fatiga... o las amabilidades del Sheik Metafer... o el Oriente...

En aquella casa no corría ningún peligro. Yo era el huésped. Mientras permaneciera bajo aquel techo, no tenía nada que temer. La hospitalidad árabe es sagrada, todo el mundo lo sabe... ¡Quizás incluso los árabes!

El Sheik Metafer me había recibido cordialmente. Un hombre muy guapo, a fe mía: la tez apenas bronceada del nómada que se niega a mezclar su sangre, una barba corta, unos ojos negros que miraban a la cara. Simpático.

Hablaba en inglés, incluso con el comandante, lo cual me había parecido una cortesía hacia mí antes de que comprendiera el verdadero motivo. El árabe yemenita y el árabe egipcio, aunque surgidos de las mismas raíces,

resultan incomprensibles para la una o la otra raza. Y el idioma del invasor común se había convertido en vehicular. Un hecho bastante curioso, pensándolo bien.

La conversación había sido amable, fijándose para el día siguiente mi partida y previendo mi itinerario. Accedieron a todas mis peticiones, incluso cuando reclamé, pretextando mi desconocimiento del árabe y sobre todo de las costumbres locales, que la escolta que debía acompañarme incluyera algunos soldados egipcios y al menos un suboficial que hablara el inglés. A decir verdad, Metafer frunció el ceño ante aquella exigencia, pero en vista de que el comandante accedía inmediatamente no dijo nada. Más aún, cuando después del té a la menta y de las cortesías rituales me acompañó personalmente a la habitación que me destinaba, el Sheik Metafer me advirtió amablemente que todos los egipcios eran unos bastardos, y que yo cometía un grave error al confiar demasiado en ellos, lo mismo si eran soldados, que suboficiales, o incluso comandantes. Y tras aquella advertencia me había abandonado en aquella estancia casi cómoda con una ventana que daba a los *djebels* y una salida particular al exterior. Mi libertad, pues, era absoluta.

En resumen, a pesar de mi desconfianza, de las advertencias que me habían hecho, de mi mala fe y de mi carácter suspicaz, resultaba imposible olfatear las menores primicias de traición, el más leve síntoma de conjura. En realidad, tal vez lo que me fastidiaba era precisamente aquello.

Al día siguiente me esperaba un largo viaje. En consecuencia, lo mejor que podía hacer era volverme a acostar. Pero las últimas palabras del Sheik Metafer me preocupaban...

Me puse la chaqueta y apagué la lámpara. Luego escuché sin oír nada más que el silencio.

El viento de la llanura penetraba en la habitación introduciendo en ella un leve olor a barro y a brasas mal apagadas. Estornudé. Si continuaba allí, no tardaría en atrapar una bronquitis.

Abrí la puerta silenciosamente y salí al jardín.

La tormenta había ahuyentado la luna y necesité cinco minutos largos para acostumbrarme a la oscuridad. ¡Las noches de Arabia!

Lentamente, seguí la muralla. Iba descalzo. Chapoteé en algo viscoso que hedía a cloaca. No sabía por qué estaba allí, en vez de roncar en mi cama. Únicamente sabía que era preciso que estuviera allí. Esa clase de impresión suele experimentarse en todas las profesiones un poco peligrosas.

Continué. El viento me cortaba la cara...

Avancé hasta el porche del patio y luego me detuve, escrutando las masas de sombras. Lo más lógico era la presencia de algún centinela.

No había ninguno.

Aquella negligencia era habitual, quizás, pero no me gustó.

Continué sin moverme, aplastado contra el negro ángulo de un contrafuerte. Transcurrieron los segundos. Un perro ladró. Mis ojos se esforzaron en taladrar la oscuridad: no había nadie y, sin embargo, experimentaba la vaga sensación de que me espiaban.

Crucé la puerta, deslizándome sobre las húmedas losas. En el patio reinaba la misma oscuridad pero, en la muralla, delante de mí, parpadeó una lucecita.

Procedía del cuerpo principal del edificio, sin duda de la sala donde el Sheik y el comandante me habían recibido, al menos si mi memoria de los lugares continuaba siendo fiel. Me inmovilicé para contemplarla. Me atraía, aquella luz brillaba para mí. Era mi pequeña estrella personal...

Avancé hacia ella con infinitas precauciones. Pegado a las asperezas del muro e izado sobre la punta de los pies, podía arriesgar una ojeada a la base de la ventana.

No era una postura muy cómoda, pero me reveló a Metafer y a Hoshani conversando animadamente. Una charla vulgar de dos amigos insomnes... Había que ser muy suspicaz para suponer que aquella conversación me interesaba. Pero yo era suspicaz por naturaleza.

Permanecí allí unos instantes, despellejándome los dedos en las piedras, hasta el momento en que un muchacho se presentó a los dos hombres con un servicio de té sobre una bandeja de cobre. Aquella nueva presencia y el hecho de que no podía oír una sola palabra de la conversación me hizo abandonar mi puesto.

Desandé el camino que había seguido al venir, pegado a la pared, pero sobrepasé el porche y alcancé la puerta que daba al patio interior. Era una pesada puerta de madera forrada de hierro, pero las culatas de los beduinos habían destrozado la cerradura. Estaba abierta, lo cual me asombró un poco.

Me encogí de hombros. Al fin y al cabo, no iba a quejarme de que la desposada fuese demasiado hermosa...

El pasillo abovedado estaba iluminado por una lamparilla de aceite colocada en un nicho, y desembocaba en una habitación vacía que olía a madera podrida. A su vez, la habitación daba a una galería, en medio de la cual un surtidor susurraba suavemente.

Reconocí el terreno que pisaba. Fui hasta el extremo de la galería, subí dos peldaños. Hasta mí llegó el rumor de voces, atenuado por la gruesa alfombra que servía de portezuela.

Me inmovilicé. Hacía unos instantes veía sin oír; ahora oía sin ver. Pero supe que el que hablaba era el Sheik Metafer.

—... Escucha, amigo mío. Ninguno de nosotros conoce el futuro ni los designios de Dios. El Imán puede triunfar todavía. De todos modos, pagará bien, y tú necesitas dinero, lo sé.

—Desde luego, Brahim. ¿Quién no lo necesita?

—Entonces, ¿por qué vacilar? Sólo tienes que pronunciar una palabra.

—Lo sé, Brahim, lo sé. Eres listo. Pero ya has visto que he alejado a Raschid.

—¡Ese espía! Has hecho bien. Ahora, el *Françaoui* está en nuestras manos. El Imán es generoso. Piensa en el precio que pagará por ese hombre que viene del otro lado del mar para matar a sus soldados...

La frase me petrificó, y hundí mis uñas en las palmas de mis manos. De modo que mi presentimiento no me había engañado, ni tampoco el teniente Raschid... Pero lo que más me asombraba era que los dos compinches discutieran de aquel modo acerca de mis órdenes secretas. ¿Quién diablos había podido revelárselas?

Oí que el comandante Hoshani murmuraba:

—El *Françaoui* es peligroso...

—En el desierto, ningún hombre es peligroso, si no ha nacido en él. ¿Y no me has dicho que en El Cairo se dejó engatusar como un niño?

Oí la risa del comandante.

—Es cierto. Dios y la charla de una mujer infiel le adormecieron. Incluso su malicia se volvió contra él. Le robamos sus secretos cuando creía tenerlos más seguros... Y, en Sanaa, me bastaron algunos dólares...

Bruscamente, todo se iluminó. La cosa había ocurrido en el Shepheard's, desde luego. Me habían cerrado los ojos con el señuelo de la baronesa, sabiendo que yo desconfiaría de ella. Creyéndome muy listo, había depositado mis documentos en la caja fuerte. Como si una caja fuerte de un hotel fuese inviolable para la policía... El propio director les habría dado la llave, mientras yo «confesaba» a Vera. ¡Pobrecilla! También ella creía en su «misión», sin sospechar que a los que la utilizaban les tenía sin cuidado que la sorprendieran o que la apalearan...

En cuanto al hindú de Sanaa, era un agente doble, o triple, o cuádruple... No valía la pena encolerizarse. Quedaba por saber el papel que pintaba

Hoshani en todo aquello, determinado sin duda por los misteriosos arcanos de política egipcia, conocidos por Raschid, probablemente, pero que yo tenía pocas posibilidades de penetrar.

De todos modos, no iba a ser manco el informe que presentaría sobre la antena Girard en Egipto, a mi regreso.

Lo malo era que no había regresado aún a París. Y a juzgar por las intenciones del Sheik Metafer, era muy problemático que volviera a pisar la hermosa capital de Francia.

—No tienes nada que temer del *Françaoui*. No tiene ningún amigo aquí y su país está lejos. Si hacemos lo que te propongo y lo vendemos al Imán, le matarán o le encerrarán en la cárcel de Rob el Kali con treinta libras de cadenas en los pies y en las manos. Se pudrirá en un agujero y todo el mundo le olvidará.

—Lo sé...

—Y sabes también que soy tu amigo... Hubiese podido aprovecharme de tus confianzas para apoderarme del *Françaoui* sin decírtelo y entregarlo yo mismo a los hombres del Imán. El profeta ha dicho: «El amigo que duerme bajo tu techo es igual que tu hermano». Pero también ha dicho: «Si tu amigo te da con que aplacar tu hambre, no le regatees tu ayuda».

La cosa resultaba un poco sibilina, pero creí comprender sobre todo que mi reclamación acerca de la composición de la escolta había desbaratado los planes primitivos del Sheik, el cual se había visto obligado a sincerarse con su «amigo». Y el comandante vacilaba un poco ante el hecho de venderme como esclavo... Un poco, pero no demasiado. Sin duda se dejaría convencer.

Comprendí también que la conversación entre los dos hombres podía durar una buena parte de la noche y, sobre todo, que me había demorado demasiado tiempo allí. Pero esto último lo comprendí demasiado tarde. De todos modos, debía de hacer un buen rato que era demasiado tarde para mí. Exactamente, desde que el muchacho había entrado en la habitación con el servicio de té. Son cosas en las cuales se piensa después...

En aquel momento no pensé en nada. Noté una pequeña corriente de aire más frío y un fuerte olor animal. Un olor a macho cabrío... Di un salto de costado, pero no pude evitar que me cayeran encima.

Debían de ser cinco o seis, unos beduinos salvajes, con los cuerpos untados de grasa. Distinguí fugazmente un rostro barbudo, gesticulante, unos dientes blancos... Descargué mi puño sin preocuparme por mis falanges... Fue el único golpe razonado que propiné.

Después... Después todo se hizo confuso, y continúa siéndolo, por otra parte, en mi memoria. Algo me golpeó en medio de la espalda, pero no experimenté ningún dolor. Un furor demencial se apoderó de mí. ¡No era posible! ¡Demasiado absurdo, demasiado grotesco! ¡Haber salido indemne de mil acechanzas en todos los rincones del planeta, y acabar cazado por una pandilla de macacos a las órdenes de un par de truhanes! Ni siquiera unos adversarios: unos especuladores. ¡Traficantes en pieles de conejo! El destino no podía gastarme aquella siniestra broma...

Proyecté mi rodilla contra un vientre, al azar, no importa cómo. En circunstancias como aquella no se piensa ya en las llaves, en los *atemis*, en los consejos de los monitores, ni en las «formas fundamentales». Sólo se piensa en permanecer de pie y en dar el mayor número posible de golpes. Y también en abrirse paso, en huir sin abochornarse, si se presenta la ocasión.

No tenía ninguna arma. He aprendido a luchar sin ellas, y el furor, literalmente, decuplicaba mis fuerzas.

Pero allí, en aquel espacio cerrado, oscuro, nada servía de nada, ninguna fuerza, ninguna técnica. Estaba atrapado, como un jabalí en medio de una jauría. Sólo podía pensar en resistir bajo aquella avalancha de cuerpos escurridizos como culebras aceitosas.

Luego, un golpe me alcanzó detrás de la rodilla derecha, en el hueco poplíteo, que es uno de los puntos más vulnerables del cuerpo humano. Me derrumbé. Todo había terminado. Los brazos que me sujetaban tenían estremecimientos asesinos. Jadeé sin recobrar mi aliento... Una cuerda se enrolló alrededor de mi cuello, otra ató mis muñecas, mis codos, mis tobillos. Me retorcí como un gusano, a fin de complicarles un poco la tarea. Entonces me machacaron a puntapiés, a puñetazos, a golpes de culata. La cosa no debió durar mucho tiempo. Poco más de un siglo...

Una niebla rojiza flotó delante de mis ojos y a través de aquella niebla vi levantarse la alfombra y aparecer al comandante Hoshani y al Sheik Metafer. El comandante tenía la boca abierta y el aire sorprendido de un chiquillo ladrón de mermelada.

El aspecto del Sheik, en cambio, era triunfal, más simpático que nunca.

—Ese perro nos espiaba —dijo.

A pesar de encontrarme medio atontado por los golpes, comprendí que acababa de cometer una estupidez mayúscula, de aquellas que no tienen perdón. Había caído en una trampa, sencillamente. Hoshani, que hasta entonces había vacilado en entregarme, no podía ya retroceder. Yo le había

sorprendido, y estaba lo bastante comprometido a mis ojos para temerlo todo de mi parte si conseguía escapar con vida.

Pero, en aquel momento, mis posibilidades de escapar eran prácticamente nulas.

Algo chocó contra mi cráneo. Me hundí en una profunda oscuridad.

Capítulo XII

Febrero de 1962

... *Partout où le combat fait signe...*

Habían entrado en la casa por el lavadero, Lorrain precediendo a Lucien Vorlaz, que había claudicado. Una corriente de aire pasaba entre el suelo y los bajos de las planchas de madera, pero, comparada con la del exterior, la temperatura era alta. Una bombilla iluminaba las hileras de troncos, todos de la misma medida. En un rincón había una cuba de madera, cuyos bordes habían sido redondeados por el lento roce de la ropa y de las manos.

—La vieja nos bañaba ahí, a Lèonce y a mí, cuando éramos unos críos — dijo Vorlaz—. Era muy divertido.

Con un movimiento de la cadera hizo girar la rótula artificial de su pierna mecánica y se quedó de pie, con la mirada indecisa.

—¿Te molesta mucho? —preguntó Lorrain con un gesto de la barbilla.

—No, ahora no, y menos aquí que cuando iba al pueblo. Uno se acostumbra. Además, conozco todos los agujeros. Incluso me sostengo en la pendiente, como una mosca...

Su risa un poco forzada se diluyó en un silencio que no tardó en hacerse molesto. Lorrain dejó su maleta en el suelo y se frotó las manos. Tampoco él sabía qué decir, y esperó. Vorlaz alzó la cabeza.

—¿Por qué hiciste eso, Pierre, por qué?

* * *

¿Cómo podía decirle lo que había experimentado cuando había comprendido que iban a pedirle que abandonara una tierra que durante tanto tiempo había tenido que defender? Desde luego, no ignoraba cuál iba a ser el resultado final de la lucha, y tal vez comprendía el problema mucho mejor que la mayoría de sus camaradas. Pero hay circunstancias que escapan a todo

razonamiento y a toda lógica. A la vergüenza de la derrota se unía la angustia y la cólera de los paisanos, de los que habían hecho aquella tierra, el miedo de los otros, de los que iban a ser entregados al cuchillo de los degolladores, como los católicos de Tonkin, a pesar de las solemnes promesas y de los juramentos...

Vorlaz, operado en un hospital de Marsella, no había asistido a la caída de Hanoi, a la muerte de una ciudad, al éxodo de una población que había tenido confianza.

¿Cómo explicar, pues, ciertas cosas, ciertos sentimientos, sobre todo a alguien que vivía en aquella montaña perdida, unida al acontecimiento por las voces oficiales, la prensa o los discursos del jefe?

Se encogió de hombros.

—No hablemos de eso, Lucien. ¿De qué serviría?

—Pero tú desertaste, Pierre, según dicen. ¡Tú! No puedo creerlo.

—¡No! ¡Me quedé en la Legión! ¡Es el país el que ha desertado, no yo!

Casi gritaba, poseído por una cólera contenida durante demasiado tiempo y que ya no podía dominar.

—¡Evidentemente, me han condenado en rebeldía! ¡Evidentemente, soy un fuera de la ley! Y, ¿quieres saberlo? He matado a un individuo en Lyon. Era un cerdo. Pero, ahora, cualquier agente de la ley puede liquidarme sin darme el alto siquiera. Me persiguen como lobos. Me ha costado mucho trabajo despistarles, entre Lyon y aquí. Casi tanto como para despistar a los viets, ¿te acuerdas?, en aquellas malditas montañas Thai, después de Dien-Bien-Phu.

—¡Pierre!

—Por eso he venido, y sólo por eso. ¿Estás contento, ahora? Por otra parte, no tengo la intención de molestarte mucho tiempo...

Vorlaz inclinó la cabeza.

—Perdona, Pierre. No quería... ¿Comprendes?

—Desde luego que comprendo.

—Todo eso no cambia nada. Aquí estás en tu casa, lo sabes perfectamente.

—Ya no tengo casa en ninguna parte... Lo único que te pido es que me hagas pasar a Suiza. ¿Puedes hacerlo?

Vorlaz se apoyó en la pared con la punta de los dedos.

—Desde luego que puedo.

Volvió la cabeza.

—De todos modos, habrá que esperar un poco. La gente hablaría y, además, así podrás rehacerte, lo necesitas. ¿Tienes... tienes suficiente dinero?

Lorrain se irguió bruscamente.

—Sí, gracias. Sólo quiero pasar al otro lado y lo antes posible. Debo regresar allí...

—Y... ¿qué vas a hacer? Me refiero a después, cuando todo haya terminado...

Lorrain se encogió de hombros.

—¿Cuándo hayamos perdido, quieres decir? Continuaré en otra parte. Porque esto continuará en otra parte, ¿sabes?

La mirada de Vorlaz flotó, súbitamente lejana. Murmuró:

—Entonces, tu antigua idea de montar una agencia de transportes en Indochina... Claro, las cosas van mal por allí. Sin embargo, Saigón... la calle de los Marineros... Era muy divertido...

—Ahora, ¿sabes?, tu calle de los Marineros lleva un nombre viet... ¡En fin! ¿Cuándo puedes hacerme pasar?

—Dentro de unos días. Hablaremos de ello después de cenar.

Lorrain no respondió. Pensó que Lucien había cambiado mucho. O tal vez no: había vuelto a convertirse en lo que siempre había sido. Un campesino, con todas sus virtudes y todos sus defectos.

Capítulo XIII

Junio de 1966

PHILIPPE LARSAN

El desierto... Yo veía únicamente un arenal color de polvo, donde el viento borraba las huellas de los neumáticos, las piedras grises y, a veces, un matorral espinoso. Estaba acostado boca abajo sobre el suelo de la caja, manchado de aceite. Cada bache me sacudía contra la rugosa madera, o contra un cajón, o contra no sabía qué. Cada músculo de mi cuerpo destilaba su propio pequeño dolor, y el olor a gasolina quemada me revolvía el estómago. La sangre resonaba en mis sienes. Y tenía sed, una sed espantosa... Accesoriamente, mis tobillos y mis muñecas estaban apretados por unas ataduras de cuero. Pero esto no era más que un detalle, no siendo la primera vez que la cosa me ocurría.

El camión rodaba desde hacía horas bajo un sol implacable. No sabía dónde me encontraba. Sabía únicamente que rodaba hacia el Este, hacia los calabozos del Imán de los yemenitas, protector de la fe, bajo la guardia de dos docenas de beduinos a los cuales oía a veces bramar los meharas. No me prestaban más atención que la que concedían a los cajones o a los equipajes. Yo era una mercancía como otra cualquiera: una mercancía para vender.

La idea ni siquiera me sublevaba. Había traspuesto ya el umbral de la rebeldía y de la rabia. No había aceptado mi destino, pero era incapaz de imaginar nada, de hacer nada para modificar su curso. Había tratado de roer mis ataduras, de frotarlas contra una piedra, contra una arista de madera, pero eran de cuero tierno e inatacables. E incluso liberado... incluso saltando de aquel camión... incluso escapando de mis guardianes... Estaba en pleno desierto, sin víveres, sin agua, sin brújula, agotado...

La suerte me había acompañado durante años enteros; ahora me abandonaba, como había abandonado a otros antes que a mí. Ya no tenía nada que esperar. Este era el país del fatalismo. No el de la esperanza.

* * *

Hacía cuatro días que estaba cautivo, pero la noción del tiempo se me escapaba ya. Tal vez era preferible así, después de todo...

En Souk-el-Hakmis había recobrado el sentido bajo una tienda de piel de cabra en el centro del campamento salvaje. Por la mañana, un beduino había entrado en ella trayéndome un puñado de dátiles y una taza de agua pestilente. Tenía el rostro tumefacto por un golpe recientemente encajado: era el hombre al que yo había golpeado durante la pelea de la noche anterior. Ahora estaba atado y a su merced, pero él no me golpeó. Se limitó a escupir en la taza de agua antes de empujarla hacia mí, riendo. Luego se agachó, sentándose sobre sus talones. Esperaba pacientemente. Sabría que mi sed sería más fuerte que mi repugnancia. Tenía razón. Luché hasta el mediodía. Luego...

Al día siguiente, al amanecer, percibí el ruido de unas detonaciones lejanas, el eco de un combate librado en alguna parte del desierto y que el aire rarificado de la meseta transmitía fielmente. Pensé en la columna del teniente Raschid y en los soldados realistas, en la carretera de Sanaa... Más tarde, el cielo fue desgarrado por los rugidos de los Mig egipcios, saludados con grandes gritos por los beduinos.

Cuarenta y ocho horas después me montaron en el camión. No había vuelto a ver a Metafer, ni al comandante Hoshani, ni al vengativo beduino. Mi barba había crecido. Soñaba en una cerveza fresca como nunca había soñado en una mujer...

Habíamos rodado todo el día, y cuando el sol hubo desaparecido del horizonte nos detuvimos para la acampada nocturna. Dos beduinos me metieron bajo una tienda y el aire se llenó del aroma sutil de la carne asada. Pero yo tenía la garganta demasiado seca y la lengua demasiado espesa para poder salivar...

Más tarde, un beduino muy joven, casi un niño, vino a traerme una galleta de mijo y un tazón de agua. Era muy guapo, con una dulzura de rasgos que hubiera encantado al coronel Lawrence, un especialista...

Aquella dulzura y aquellos ojos aterciopelados por el *Khat* me impulsaron a mostrarle mis muñecas rodeadas e hinchadas por las cuerdas, del mismo modo que un mendigo tiende la mano, perdida toda vergüenza.

El joven beduino me sonrió y empezó a excavar el suelo, profundamente, con su puñal; luego hundió una estaca en el fondo del agujero. Yo le miraba sin comprender... Sólo cuando hubo rodeado mi codo con una trenza de cuero supe lo que se proponía. Ató el extremo de la trenza a la estaca y rellenó el agujero, apretando las piedras con el pie. A continuación me dijo unas palabras, cortó mis ataduras y salió.

Permanecí algún tiempo sin poder mover mis entumecidos dedos. Tenía las manos libres, pero no podía hacer nada. La cuerda era demasiado corta para que pudiera rascar el suelo con las uñas. De todos modos, lo intenté, sin otro resultado que el de magullarme el hombro. Maldije en voz baja. Mi situación me parecía peor de lo que había sido antes, ya que por unos instantes había tenido un asomo de esperanza. Me dormí. Era la única posibilidad que tenía de olvidar mi suerte.

* * *

Cuando uno sueña, ¿tiene consciencia de que está soñando? Yo soñaba. No sabía en qué. Soñaba. Un sueño gris. Un sueño neutro, en el cual no me encontraba ni bien ni mal. Un sueño de prisionero.

Una ráfaga de disparos me despertó. Proferí una maldición. Ni siquiera le dejaban a uno soñar en paz... Hice un movimiento para dar media vuelta sobre mí mismo. El movimiento de todo ciudadano libre que quiere volver a dormirse. Pero yo no era ya un ciudadano libre. Me desperté del todo.

El estrépito continuaba, pero a un ritmo muy distinto del de unos beduinos tiroteando a la luna. Un ritmo que no me era desconocido: las salvas cortas y precisas de un arma automática servida por un militar entrenado, a las cuales respondía mal que bien el tumulto desordenado y más cercano de los árabes. Unos resplandores fugitivos pasaron sobre mi tienda, resonaron unos gritos. Una explosión hizo vibrar el suelo, otra... ¡Bombas de mano!

El campamento era atacado. No podía ser otra cosa. Todo mi cuerpo fue sacudido por un estremecimiento de alegría. Me contuve para no gritar también a mi vez. Lo ignoraba todo acerca de los atacantes, pero hacía fervientes votos por su victoria. En la situación en que me encontraba, cualquier cambio resultaba beneficioso, deseable. ¡Ah, los valientes! Hubiese deseado unirme a ellos. Ayudarles. Piafaba, por así decirlo, como el corcel de guerra del Evangelio al oír las trompetas...

Resonó otra explosión y toda una pared de lona de mi tienda quedó arrancada. El camión ardía con un infecto olor a caucho calcinado. Unas sombras enloquecidas pasaron por mi campo visual. La oscuridad desapareció de golpe, borrada por el estallido de las bengalas luminosas que lanzaba el agresor. El fuego se intensificó: armas automáticas y chasquidos secos de los fusiles beduinos. El olor a pólvora llenaba mis fosas nasales y oía silbar, no demasiado lejos de mi cabeza, unas balas que tal vez no resultaran perdidas para todo el mundo.

La resistencia de mis carceleros se debilitaba, suponiendo que hubiera existido una verdadera resistencia. El campamento, por otra parte, era indefendible, situado en una especie de hondonada que atravesaba la pista.

Yo tiraba inútilmente de mis ataduras. Aquello me infundía la sensación de que estaba haciendo algo útil. El viento hacía remolinear el humo del camión, irritándome los ojos y la garganta. Las llamas hacían danzar unos fantasmas...

No era un fantasma el que se irguió delante de mí, sino un beduino alto e hirsuto. Vociferaba blandiendo su puñal, de hoja encorvada y ancha como la palma de la mano. No comprendía sus palabras pero sí sus intenciones, sobre todo cuando pasó el filo de su mano izquierda por su garganta al tiempo que se relamía los labios, como si percibiera ya el sabor de la sangre. De mi sangre...

Toda mi exultación cayó de golpe. Evidentemente... No podían dejarme detrás de ellos. Ahora, no era ya una mercancía de precio, sino un molesto paquete del cual había que librarse.

Giré sobre mi espalda como un gran escarabajo boca arriba y doblé mis piernas, con los pies al aire. Tenía aún una pequeña posibilidad, incluso atado como estaba, si no perdía mi sangre fría.

No es tan sencillo como parece golpear a un hombre caído en el suelo. Hay técnicas para ello, muy concretas, que mi beduino debía ignorar.

Las ignoraba. Se arrojó sobre mí con la hoja por delante, en la peor, o en la mejor posición posible. Podría disculpársele. El tiempo debía hacerle muy largo en aquel campamento sorprendido, y yo no era más que un infiel atado. Poca cosa para un verdadero creyente... ¡*Bis millah!*

Desde luego, todo se jugó en una fracción de segundo, pero así es como a menudo se juegan la vida o la muerte. El instante del falso equilibrio. El instante abandonado...

Distendí mis piernas salvajemente. No con el impulso del *sutemi*, que se practica sobre el tapiz de las salas, sino con una rabiosa violencia, vaciando el pecho con un «¡ja!» de leñador.

El golpe le proyectó hacia atrás, dando vueltas como un muñeco. Le había alcanzado donde quería: en el bajo vientre, un poco de lado. El pliegue inguinal...

Se desplomó sobre la caída lona de la tienda, con las manos apretadas entre las piernas y aullando. Su puñal había caído al suelo, pero lejos del alcance de mi mano. Tiré de mis ataduras hasta hacer crujir mi hombro...

La ráfaga estalló muy próxima. Vi exactamente cómo las balas se incrustaban en su cuerpo, retorciéndolo sobre la lona. Una piedra reventó en mil pedazos, y uno de ellos, minúsculo, se clavó en el dorso de mi mano.

No me moví. De todos modos, estaba vacío, aniquilado. Pero no hubo una segunda ráfaga.

Los disparos, por otra parte, se iban espaciando, hasta que cesaron por completo. Los beduinos habían huido para refugiarse en el desierto. Un refugio del cual no les sacaría nadie. El vientre de su madre.

La sangre latía bajo mi cráneo. ¿Cuánto tiempo había durado la refriega? Diez minutos, quizás menos... Bajo mi espalda, sentía el suelo como el lomo rugoso de una pesada bestia. Me ahogaba a causa del humo nauseabundo que continuaba arrastrándose por él...

Entonces oí la voz. Y me di cuenta de que se expresaba en francés.

La sorpresa me impidió gritar. Percibí al hombre, luego le vi claramente: un *short* demasiado ancho bajo una *djellaba* echada hacia atrás. Avanzó lentamente, precedido por el cañón de su metralleta.

Vio primero el cadáver, sobre el cual se inclinó un segundo. Luego a mí. Recobré mi voz. El hombre se sobresaltó. Vi claramente su rostro juvenil, contraído en una mueca de estupor.

—¿Francés?

—Sí... y prisionero.

—¡Ah! ¡M...!

Me eché a reír. Había vuelto a casa...

* * *

El que llegó a continuación, balanceando su Bren, era un coloso con los cabellos cortados al rape y rostro de granito: de granito ablandado y jovial.

Gritó.

—¡Paul! ¡Sainte-Helene! ¡Venid, por todos los diablos, venid!

Ahora eran cuatro inclinados a mi alrededor, hablando todos a la vez, dándose puñetazos en la espalda y aullando «¡yupée!» como unos vaqueros en día de paga. Uno de ellos, finalmente, empezó a cortar mis ataduras. Quise ponerme en pie, pero las piernas se negaron a sostenerme. Falta de costumbre. Me cogieron por debajo de los sobacos, me palmearon la espalda.

—¡Bueno, amigo! Esto va mejor...

—Tengo sed —dije.

Me tendieron unas cantimploras. Bebí ávidamente. Luego recordé que en aquella comarca escaseaba más el agua que el oro. Pero me obligaron.

—¡Bebe sin miedo! No te preocupes, hay más... Aquí no es precisamente agua lo que falta, sino *whisky*...

Reían como unos chiquillos.

Uno de ellos se acercó, delgado y moreno.

—Tanguy de Kerfoët, alias Sainte-Helene. Actualmente, al igual que mis camaradas, *condottiero* al servicio del Imán El Badr. ¡Mercenario, vaya!

No me preguntó nada, pero leí la curiosidad en sus ojos. Permanecí unos segundos sin hablar. Tenía la garganta seca, pero no a causa de la sed... El azar... En nuestra profesión no existe el azar. Puede ser, simplemente, una docilidad especial de los acontecimientos. Mejor dicho, son nuestros actos los que nos arrastran, los que nos encadenan. La fatalidad no tiene nada que ver. Aquellos muchachos acababan de salvarme la vida, sin duda. Y yo tenía que actuar contra ellos, contra uno de ellos. Aquel encuentro debía facilitar mi tarea. Para ellos, yo era un pobre hombre sediento e incapaz de sostenerse sobre sus piernas. Se equivocaban. Yo era el lobo que ellos mismos iban a introducir en su redil. Podía darles las gracias.

Esboqué un asomo de sonrisa. Resulta difícil sonreír con los labios agrietados.

—Philippe Larsan —dije—. Corresponsal de prensa. Los beduinos me raptaron, hace cuatro días. Mi guía huyó. Empezaba a perder las esperanzas.

En esto no mentía.

—¿Acaso ha sido él quien os ha enviado tras mis huellas? Se miraron.

—No. Estamos dando escolta a un convoy de armas y de sal. Una caravana de dromedarios y de asnos. Esta noche, a Sainte-Helene se le ocurrió salir de patrulla, para matar el aburrimiento... ¡Una verdadera suerte para usted!

Kerfoët, alias Sainte-Helene, asumió un aire de modestia.

—Encontramos también a ese nómada que dijo haberse cruzado con unas huellas.

—Los nómadas siempre dicen eso, para ganarse un *backschich*.

—Bueno, como quieras. Es posible que tú seas más listo que los demás...

Empezaban a discutir. Les interrumpí:

—Nómadas o no, me habéis sacado de un grave apuro. No lo olvidaré.

Se deshicieron en explicaciones. En el desierto, era una cosa normal. Sobre todo tratándose de un «paisano». Casi se disculparon por haber disparado tanto. Nunca se habrían perdonado que una bala me hubiese liquidado como al beduino que se disponía a degollarme.

—A propósito —dijo uno de ellos—. Ese tipo que han liquidado, con su *djemba*... ¿lo hizo usted?

Tuve que admitirlo. Quedaron asombrados. No era una cosa propia de un plumífero.

—¿Viene usted de Najram?

Su voz era ya un poco distinta. No suspicaz, sino distinta. Tragué saliva. Tenía que jugármelo todo a cara o cruz.

—Sí, de Najram —dije—, desde luego.

—Entonces, pasó usted por allí después que nosotros. Una caravana no va muy aprisa. Afortunadamente para usted, en cierto sentido.

—La escolta del convoy, ¿la formáis los cuatro, únicamente?

—Sí. Pero no hay peligro. Esto no es Verdún. Los macacos de aquí echan a correr en cuanto oyen un petardo. ¡Son peores que los *fellouzes*!

Se presentaron uno después del otro, ceremoniosamente, tras un nuevo principio de disputa y otras gansadas. Paul... Jacques... André... Este último llevaba un gran apellido que figura en los libros de Historia... Cachorro de aventurero...

—Sí, amigo, así es. Vamos a las Row Sands, el Cuartel General de los Príncipes. Un sitio estupendo. Ven con nosotros, si quieres. Allí tendrás un artículo de primera mano.

—No vamos a las Row Sands, sino a Omarha...

—Es lo mismo, estúpido.

Vuelta a empezar. Debían pasarse el tiempo discutiendo, cuando no escoltaban caravanas, ni jugaban a los San Bernardo salvando a periodistas en apuros.

—Hemos dejado el *jeep* más arriba... Jacques y André te llevarán hasta allí, mientras yo registro un poco todo esto. No puedes tenerte en pie...

Era cierto, aunque lo que más me acuciaba era el sueño. Pero, de todos modos, me quedaban los nervios suficientes para acompañarles hasta su carroza. Se hacen muchas cosas, pero hay cosas que no se hacen.

Capítulo XIV

Todo el barracón resonaba con la *Gloria al 17*:

*No se debe matar a los progenitores
por los Grandes que están en el poder...*

bramado por media docena de muchachos ferozmente alegres. Habían cantado todo el repertorio, por otra parte: *El Cerro Rojo* y la *Huelga de las Madres*, la *Joven Guardia* y *Craonne*... Como para creer que sólo los soldados profesionales conocían aún las viejas majaderías pacifistas.

* * *

Aquella noche era fiesta en el campamento de las montañas del Norte, puesto avanzado de la «Djeich el Malik», el ejército del Rey. La caravana había llegado a buen puerto a pesar de la aviación egipcia, y unos refuerzos habían llegado del sur: unos mercenarios ingleses, maravillosamente equipados, con algunas cajas de *whisky* «contrabandeadas» desde Aden.

Era fiesta, y yo su atracción principal, el huésped sagrado, el hermano mayor sacado del desierto, Moisés salvado de las aguas. Mis cuatro nuevos compañeros me habían llevado a todas partes, me habían contado sus historias: manos cortadas en la plaza de Najram, los prisioneros egipcios arrastrándose con unos grilletos en los pies, los Mig blindados rusos contra los cuales rebotan los proyectiles del 12,7, y los príncipes, y el emir, un hueso, viejo, puedes decirlo en tu artículo, que despierta en plena noche a los mercenarios para hacerles reparar su vaporizador; anota eso, viejo... A tu salud, viejo...

Ahora, los ingleses cantaban para mí «*Rosa de Picardía*» golpeando sus vasos contra las mesas de madera.

Yo no podía ser menos. Sé vivir. La emprendí, por mi parte, con *Lison la lavandera que cruza el patio del cuartel*, y con las *Rosas Blancas*, y con el *Puente de Billancourt*, canciones populares con los trémolos de costumbre en la voz.

En lo que a trémolos respecta, no necesitaba forzarme mucho. ¡Aquel estupendo *whisky*! Era la civilización reencontrada de golpe. La misma botella en Nueva York, en Tokio o en Moscú. ¡Al diablo el exotismo, los *choums* y los vinos de palmera, los *kwas* y los aguardientes! El *whisky* es lo internacional de la borrachera cómoda, conveniente y seria. Unos vasos, y con hielo, por añadidura... Sobre un estómago bastante estropeado, y ya está. Pocas veces me embriago, pero en esas raras ocasiones lo hago a conciencia. Y aquella noche no resultaba desagradable. Todos éramos compañeros, aquella noche, y olvidábamos los pequeños asuntos. ¡*Hip*! No pensaba que estaba allí para liquidar a un individuo. Un individuo al cual no había visto nunca. Un individuo que estorba a otro individuo al cual tampoco había visto nunca, salvo en la televisión. Un viejo rencoroso, y con mucha influencia, todo hay que decirlo...

—¡A tu salud, Paul! ¡Por tus amores, André! ¡Por mis amores, también, desperdigados por los cuatro rincones del mundo! ¡Y vivan los chicos de Cayena! ¡Y m... para la Sûreté!

—... Oye, viejo. ¿Veremos esta noche al capitán Pierre?

* * *

No resultó muy difícil hacerles hablar, sobre todo después de que Kerfoët hubo descubierto mis documentos, mi pasaporte y mi salvoconducto saudita en una tienda de beduinos, «con otras pijadas en árabe que haremos traducir más tarde».

El capitán Pierre... Era un mercenario como otro... Aquí, viejo, nadie tiene graduación, excepto el gran jefe, ¿sabes? Y el gran jefe no parecía ser muy comunicativo, ni mezclarse con sus hombres cuando celebraban algo, como esta noche. Debían experimentar más respeto que cariño hacia él. Era más viejo que ellos... Se sabía que había estado en Indochina y en Suez... Y que había tenido dificultades.

¿Quién no había tenido dificultades?

—Pero, Pierre... ¿Es un nombre de pila? ¿Un apodo?

—Aquí, todos tenemos un apodo, ¿sabes? Mira a Jacques, la mitad le llaman Mazamet, porque ha sido jugador de *rugby*. Y a mí, Sainte-Helene, porque he sido cabo. El pequeño *Caporal*... Austerlitz... y luego Santa Helena. Una deducción lógica, ¿no?

Evidentemente. Por otra parte, todo resultaba lógico, aquella noche: el *whisky* y las palmadas en la espalda, las canciones y la amistad. Se tenía el cielo del desierto encima de la cabeza. Se estaba en casa. Todos juntos.

Dispuestos a contarse sus primeros amores. Las fiestas siempre terminan así, viejo...

* * *

Al día siguiente no me desperté con la mente despejada. Tenía la impresión de llevar un casco demasiado estrecho hundido en la cabeza. Hundido a martillazos. Y un gusto a bota de gendarme en la boca.

Pensé que un cigarrillo mentolado podría arreglar aquello. Un error, indudablemente. Me miré al espejo: los ojos amarillos, una tez macilenta bajo una barba de *beatnik*... Me lavé con agua tibia, me afeité... La cosa iba un poco mejor.

Salí de la pequeña tienda individual que me habían asignado y en la que empezaba a ahogarme, y fui a ver qué aspecto tenía el campamento a la luz del día. Se parecía a todos los campamentos, con guerreros barbudos y varios camellos poniendo la nota de exotismo. Algunos autoametralladores apuntaban, bajo su camuflaje de arbustos espinosos, los tubos cuádruples de sus cañones. De debajo del chasis de un camión asomaban dos piernas desnudas y bronceadas. El motor giraba, esparciendo por el aire un olor a aceite caliente. Sin embargo, el olor dominante era el de los camellos. En un parque zoológico no se tiene idea de lo que hiede un camello... Y los camelleros también, por otra parte. Pero a estos últimos no se les ve en los parques zoológicos...

Vagué un poco al azar, con la boca siempre pastosa, alrededor de los vehículos. Un soldado yemenita, con la *djembia* sobre el vientre y el Garrand en la mano, me hizo una seña para que me apartara. Me alejé. Los límites del campamento estaban igualmente vigilados, lo cual me asombró un poco. No había observado aquella abundancia de centinelas la víspera por la noche, cuando llegamos.

Regresé hacia los barracones. Decididamente, me encontraba mal. Tenía náuseas y me dolía el estómago. Había hecho mal en beber tanto. Ya no tengo veinte años, y mi organismo debía resentirse de mi cautiverio.

Me encogí de hombros. Era un motivo, pero no el único motivo. Tenía que confesarme que mi malestar obedecía a otra causa, menos física. No me detuve a hacerlo. No quise detenerme a hacerlo. Había aceptado los contratiempos como una prórroga. Ahora estaba sobre el terreno de operaciones: tenía que mirar las cosas cara a cara.

Estaba encargado de una misión que no me había sido posible rechazar. No me gustaba. Ni me gustaban los medios que me vería obligado a utilizar,

fatalmente, si quería llevarla a buen término.

Pasé por delante de una tienda yemenita sobre la cual flotaba el estandarte verde con la cimitarra y las cinco estrellas blancas. Cerca de la entrada, Kerfoët hablaba con algunos oficiales enturbantados y armados hasta los ojos. Le hice una seña con la mano, pero no pareció darse cuenta.

Me alejé, consciente de sentirme importuno, y ligeramente asombrado de serlo después de la euforia de la víspera. Como no tenía otra cosa que hacer, fui hasta el barracón que, si mis recuerdos no estaban demasiado embrollados, servía de comedor a los mercenarios. Aquella mañana me sentía solo. Necesitaba un poco de calor humano.

La sala estaba casi vacía, a excepción de dos ingleses nostálgicos y de Jacques, el ex jugador de *rugby*. Jacques estaba en el bar, solitario delante de una botella de cerveza. Era el interlocutor que me hacía falta: siempre de buen humor y lleno de anécdotas, sin fanfarronería, como todos los hombres realmente fuertes.

Me acerqué, dispuesto a palmearle la espalda como ayer palmeaba él la mía. Con un poco menos de fuerza, quizás. Jacques no se volvió, pero debió percibir mi reflejo en un trozo de espejo. Y cuando le llamé, se limitó a gruñir:

—¡Fuera!

Me sobresalté, creyendo haber oído mal, pero él repitió:

—¡Sal de aquí, cerdo! Sal de aquí, o si no...

Debí preguntarle si no se encontraba bien del todo, o qué mosca le había picado, pero no me dio tiempo a hacerlo.

Ignoro cómo pude evitar su puñetazo... bueno... evitar que me alcanzara en pleno rostro.

Lo recibí en el brazo, cerca del hombro. Un golpe cargado de dinamita, que me hizo retroceder un paso. Gruñí:

—No andan bien las cosas, ¿eh? Tú...

Aquella frase debí callármela, con el convencimiento de que «debía suceder algo», y no de signo favorable para mí, precisamente. Me hubiera gustado poder reflexionar en la cuestión, pero no era el momento más indicado. Jacques insistió en golpearme. Esquivé, traté de replicar, pero el ex jugador de *rugby* cerró demasiado bien su guardia...

Inesperadamente, encajé una serie de «*uppercuts*» de los cuales apenas pude bloquear la mitad. Acusé los otros. No estaba en mi mejor forma, y resoplaba como una foca. De todos modos, Jacques tenía más envergadura

que yo y boxeaba como un profesional. Además, debía experimentar un vehemente deseo o tener motivos muy serios para romperme la cara.

—¡Explícate, cabeza de mula! —le grité.

—¡Cállate, cerdo!

No había posibilidad de hablar con aquel tipo. Paré un golpe al hígado, retrocedí otro paso. En el otro extremo del comedor, los dos ingleses no se habían movido. El más joven había vuelto la cabeza hacia nosotros y nos miraba distraídamente: un pequeño curioso...

Me dolían los riñones, me dolía la cabeza. Si aquello continuaba, no tardaría en enervarme. Aquel pitecántropo boxeaba mejor que yo... ¿Y qué? El pugilismo no es mi oficio, pero conozco algunos trucos. En nuestra profesión conocemos algunos trucos.

Lo malo es que no podemos utilizarlos sin más ni más. Pueden resultar peligrosos. No pueden emplearse contra un individuo que nos ha salvado la vida recientemente.

Sin embargo, tenía que hacer algo más que esquivar y retroceder, porque no iba a tardar en encontrarme con el mostrador del bar en los riñones... Y Jacques tenía prisa por acabar conmigo, lo leía en sus ojos. Unos ojos que continuaban siendo azules, pero que habían dejado de ser infantiles. Los ojos de un individuo que cumple tranquilamente con su deber, con lo que su alma y su conciencia le dicen que es su deber...

Gancho de derecha, directo de izquierda. Me dejé caer de costado como un saco... Cuando Jacques avanzó el pie, extendí mi pierna derecha...

De todos modos, le sujeté por la manga: no quería que se rompiera una vértebra al caer en mala posición. Continuaba sin saber a qué obedecía la extraña actitud del ex boxeador.

Naturalmente, aquel buen movimiento fue una estupidez, como todos los buenos movimientos. Nos encontramos los dos en el suelo, rodando uno sobre el otro. Agarrados como estábamos, no podíamos causarnos un gran daño, aparte de arrancarnos las orejas y reventarnos los ojos. A continuación nos retorcimos por el polvo durante cinco largos minutos, chocando contra las mesas y los taburetes. Algo grotesco.

La voz estalló bruscamente y me sorprendió tanto como sorprendió a mi adversario. Lo noté en la contracción de sus músculos.

—¿Ha terminado la función?

Nos levantamos juntos como dos escolares díscolos, sacudiendo el polvo de nuestras ropas con el mismo gesto maquinal. En el umbral se agrupaban una docena de personas, mercenarios y oficiales yemenitas galoneados de

plata como unos caballos de carroza fúnebre, con la *djambia* extraída a medias de la vaina o la Parabellum en la mano.

Les vi como en una niebla a través del halo de calor que les aureolaba. Pero no les miraba a ellos. Miraba al que había hablado. Estaba un par de pasos delante de los otros: un hombre de cabellos grises, alto y delgado. Había cambiado mucho comparándolo con las fotografías que le habían tomado después del 13 de mayo de 1958. Más delgado, los ojos más hundidos, las sienes menos pobladas. A pesar de todo, le reconocí. En aquel momento se me escapaba su verdadero nombre, pero el detalle carecía de importancia. Aquí le llamaban el «capitán Pierre»... En otros lugares le habían llamado capitán Lorrain.

Bajo este último nombre estaba condenado a muerte.

Mi adversario se había apartado y yo permanecía allí, solo en medio del espacio vacío. Nadie hablaba, y el runruneo lejano de un motor diésel me hacía percibir, por así decirlo, la calidad del silencio. Un bloque tan compacto que apretaba las sienes, oprimía los pulmones. Mis sienes... Mis pulmones...

Era incapaz de comprender cómo y por qué, pero tenía la súbita certeza de que aquel hombre de mirada cansada conocía los verdaderos motivos de mi presencia aquí. Y que sabía que yo lo sabía.

La impresión de haber sido sorprendido in fraganti era tan clara que mis reacciones no podían dejar de encontrarse mediatizadas por ella. Me mordí los labios. Sólo tenía un pensamiento coherente: el de no ridiculizarme delante de aquella gente con explicaciones untuosas, con distingos, con sutilidades... El capitán tenía ya sobre mí la ventaja de la situación y de la actitud. No iba a ofrecerle, además, la de mis reflejos sin elegancia. El vino había sido sacado por otros, quizás, pero yo debía beberlo sin una mueca.

Me pregunté, por otra parte, si Lorrain no me había adivinado cuando avanzó hacia mí sin pronunciar una sola palabra, hurgando en el bolsillo de su camisa. Pero creo que también él debía de tener prisa por terminar.

Me tendió unos papeles que cogí maquinalmente con aquellos gestos un poco entrecortados que se ven en las antiguas películas mudas.

Al leer las primeras líneas parpadeé y las palabras se nublaron ante mis ojos. Alcé la cabeza.

El capitán me miraba, y su rostro ofrecido sin rodeos a mi curiosidad no era triunfante ni siquiera irónico.

—¡Sí, caballero! —dijo—. Cuando se ejerce una profesión como la suya, hay que escoger mejor a los cómplices.

Tragué saliva penosamente, ya que lo que tenía en las manos era el texto, escrito a mano en las hojas arrancadas de un bloc, de mis «Instrucciones Detalladas». Y también el de la segunda orden que había recibido en Sanaa, en el sentido de que debía suprimir al capitán Lorrain utilizando cualquier medio. El resto de los papeles estaba mecanografiado en caracteres cúficos y con manchas de dedos grasientos.

Había comprendido sin necesidad de explicaciones. Hay momentos en la vida en que se comprenden con mucha rapidez las cosas más complicadas. Aquellas páginas grasientas y arrugadas eran «las pijadas en árabe» que Kerfoët había encontrado, con mis documentos personales, en una de las tiendas abandonadas por mis carceleros beduinos. La traducción árabe de mis órdenes de misión que se habían procurado los S. I. egipcios y que poseía el comandante Hoshani. Los había confiado al Sheik Metafer, el cual los entregó a los beduinos encargados de venderme al Imán... Era lógico. Sin aquellos papeles, yo era un cristiano como otro. Con ellos adquiriría todo mi verdadero valor. El *pedigree* de un caniche para el ladrón de perros...

Kerfoët y sus compañeros no leían el egipcio. No habían podido, pues, desenmascaramme inmediatamente. Pero en el campamento habían hecho traducir el texto para una «explotación» eventual de su «botín».

Los dados echados en El Cairo en los brazos de la pequeña baronesa habían rodado hasta aquí, marcando un punto fatal para mí. No tenía nada que decir, nada que intentar. Mi causa no tenía defensa posible y ya había sido fallada. La suerte se me negaba, del mismo modo que el viento se niega a veces a la maniobra demasiado aventurada de un navegante temerario. Tenía que sucederme, tarde o temprano. No experimentaba ninguna cólera, ninguna amargura, ningún pesar. Sólo un gran cansancio.

Lorrain continuaba callado. Probablemente quería dejarme el tiempo necesario para que asimilara bien la situación, o incluso para explicarme. Yo no tenía nada que explicar. El silencio se hizo insoportable. Finalmente, Lorrain se decidió a romperlo.

—Estamos en guerra —dijo—, en una zona de combates. Se ha introducido usted en ella con un objetivo evidente de desmoralización y de espionaje. En este país, los traidores y los espías suelen ser lapidados, castigo tradicional, o a veces decapitados al sable. Esa gente —señaló con la barbilla al grupo yemenita— adora hacer saltar las cabezas...

Lo sabía. En cierta ocasión había asistido a una ejecución de aquella clase en Ryad. Un espectáculo que no se olvida... El resplandor de la hoja al sol, y la cabeza que salta y rueda por la arena. Un cuerpo decapitado que permanece

allí, erguido, sin vacilar siquiera, con un chorro de sangre rígido como un brazo que se dispara hacia el cielo, inundando los hombros, deslizándose sobre la arena... Unos músculos doloridos que se estremecen y se retuercen en las ataduras... Justicia de Oriente, expeditiva e inmutable.

El sudor heló mi espalda, y debí palidecer.

Lorrain se acercó y bajó el tono de su voz.

—Tenía usted también la orden de asesinarme, no lo niegue. Por lo tanto, podría liquidarle. Nadie me discutiría el derecho a hacerlo.

Frunció los párpados y su rostro adquirió una expresión aguda y casi dolorosa.

—Pero no lo haré. En cierta ocasión me vi obligado a hacerlo... No lo haré más.

Se encogió de hombros.

—Su vida o su muerte... Es una responsabilidad con la que no quiero cargar.

Se interrumpió, como si hubiese tropezado con un vocablo, con una idea o con un remordimiento, pero se recobró rápidamente.

Repitió su frase casi palabra por palabra, y en un tono neutro.

—Una responsabilidad con la que no tengo por qué cargar, por otra parte. El Imán ha ordenado que los prisioneros que tengan alguna importancia sean trasladados a Mareb o a Safir, para ser interrogados y juzgados de acuerdo con las leyes. Será usted conducido allí. Eso es todo.

Me volvió la espalda y salió del barracón. En el umbral, el grupo se escindió para dejarle paso. Luego, dos soldados yemenitas me empujaron hacia fuera.

Mi cabeza estaba vacía y el implacable sol del mediodía me hirió como un golpe.

Mis guardianes me condujeron a una especie de calabozo excavado en la roca.

Una celda de unos veinte pies cuadrados de superficie, cuya puerta de madera fue cuidadosamente acerrojada detrás de mí.

Me quedé solo. Tan solo como Judas en el fondo de su tumba.

Capítulo XV

Febrero de 1962

*Nous n'avons pas seulement des armes
Mais le diable marche avec nous...*

Pierre Lorrain vivió el resto de la velada sin tener verdadera conciencia de cómo había transcurrido. El calor, la pesada cena y el vino, todo aquel confort del cual había perdido la costumbre, se aliaban a su fatiga para aislarle en una especie de debilidad relajada, dichosa.

—Vivo solo aquí —decía Lucien—. Es una ventaja y una desventaja... ¡Oh! Hubiera podido casarme a pesar de mi pata. Conocí a una pequeña en Grenoble... Pero las muchachas de la ciudad no sirven para vivir en la montaña.

Me guiñó un ojo.

—Pero no por eso soy un salvaje, ¿sabes? Tengo una mujer que se encarga de limpiar la casa: la Céline del Biot, que está casada con un infeliz. Y, de cuando en cuando, me hace un favor. Bueno, no sería la primera vez que hemos compartido un buen bocado, ¿verdad? Te sobrará tiempo, con la tormenta de nieve que se avecina.

Lucien Vorlaz había bebido bastante. Era su debilidad, y la soledad no era el mejor remedio para ella, precisamente. Había hablado mucho, también, feliz por tener un interlocutor: había evocado, mezclándolos, los recuerdos de combates y de aventuras en Hanoi o en Cho-Len, bastante escabrosas...

Alrededor de las nueve llegaron Bernadette y Lèonce Vorlaz. Los dos hermanos se parecían a pesar de la gran diferencia de edad: Lèonce era alto y ancho, un poco encorvado. Una antigua cicatriz señalaba su mejilla y aparecía entre los pelos grises de la barba. Parecía más reflexivo que su hermano menor, más taciturno también. Su esposa había muerto hacía muchos años, y se había visto obligado a criar a sus dos hijas. Aquella desgracia y aquella responsabilidad, añadidas a preocupaciones de otro orden, le habían

convertido en un hombre melancólico y receloso. Su hija Bernadette había heredado sus ojos claros y también, sin duda, lo serio de su carácter.

Fue servido el café, y luego el aguardiente, que los hombres mezclaron en sus tazas con azúcar tibio y medio derretido. Lucien Vorlaz anunció entonces que su «amigo Pierre» había cometido unas tonterías, que eso sólo le afectaba a él y que tenía que pasar a Suiza lo más rápidamente posible. Para los curiosos del lugar, que no dejarían de formular preguntas más o menos discretas, «*monsieur* Lorrain» sería un pariente lejano de los Vorlaz, un muchacho al cual los médicos habrían recomendado el clima de altura y que Lucien habría contratado para ayudar a su hermano en el aserradero. Mientras esperaba que le arreglaran un alojamiento encima del taller, viviría en el chalet.

Lucien Vorlaz no se extendió más. A pesar de ser el menor, parecía tener sobre su hermano y su familia un ascendiente que tal vez procedía de su mutilación o de una mayor capacidad. No recomendó la discreción, y sin duda era inútil: en aquellas regiones contrabandistas la gente solía ser discreta.

—Yo cuidaré de mi hermana —aseguró Bernadette—. Es tan pequeña...

Lorrain aparta los ojos. Desde hace unos instantes contempla el hogar como fascinado por el torbellino de las llamas. Las frases que acaban de intercambiarse no han provocado en él ninguna reacción, dejándole casi indiferente, como si se tratara de problemas que afectaran a otra persona.

Los dos hermanos charlan.

—El viejo Meynet se ha decidido por la tala —dice Lucien.

—Lo sé. Mañana voy a bajar al pueblo.

—Podrías subir más conservas. Si quedáramos bloqueados...

—Ya había pensado en ello —dice Lèonce—. Si quieres hacerme una lista...

Lucien llena de nuevo su taza.

—¿Un chorrito de aguardiente, Lèonce? ¿Y tú, Pierre?

—Gracias —responde Lorrain—, ya he bebido bastante. Creo que voy a acostarme. Estoy un poco cansado, ¿sabes? Disculpadme los dos.

Estrecha la mano de los dos hombres. Se siente un poco ebrio, pero más de seguridad y de bienestar que de vino.

Bernadette va a abrirle la puerta del pasillo. Durante toda la velada no ha apartado los ojos de él.

—Entonces, es usted soldado —dice.

El tono de su voz es afirmativo, revelando la certeza profunda de los seres sencillos y de las muchachas muy jóvenes. La frase coge de sorpresa a

Lorrain. Responde, casi bruscamente:

—¿En qué lo has notado?

Ha vacilado un poco en tutearla, sin saber exactamente por qué.

Ella le mira.

—Tiene usted la figura de un soldado. Y, además...

—¿Y además?

Ella responde de un tirón:

—Hay su retrato en un edicto. Un edicto amarillo pegado al transformador. ¿No lo ha visto al venir? Tiene usted los cabellos más cortos, pero yo le he reconocido inmediatamente, ¿sabe?

* * *

Muchos meses antes de aquella velada, un automóvil negro procedente de Bonneville se había detenido en la pequeña encrucijada. Era un día de abril, uno de esos días soleados de primavera. Dos muchachos habían descendido del vehículo, unos muchachos de la ciudad, en tanto que el tercero permanecía al volante, manteniendo el ralenti del motor por medio de nerviosos golpecitos de acelerador. Los dos muchachos se habían dirigido hacia la torre del transformador. Uno de ellos llevaba bajo el brazo un largo rollo de papel, el otro portaba en la mano un cubo del cual sobresalía una brocha y, rápidamente, con una economía de gestos que demostraba que aquella operación les era familiar, habían pegado el edicto sobre la puerta pintada de gris, debajo mismo de la siniestra placa que advertía del «peligro de muerte».

Luego se habían vuelto a marchar.

Lèonce, el mayor de los Vorlaz, que regresaba del lago por el camino de tierra, se había cruzado con el vehículo. Aquella presencia insólita le había asombrado. Luego había visto el edicto. Era un cartel de los que sólo se ven durante los períodos de dificultades y de guerra, un llamamiento al odio y a la denuncia que reproducía los rasgos de una treintena de jóvenes a los cuales un clisado prematuro daba un aire de culpabilidad. Tal vez, en otros tiempos, algunos de aquellos rostros hubieran podido encontrarse volviendo las páginas de los libros de historia. Aquí, un texto en grandes letras negras les señalaba a la vindicta pública.

Lèonce había sacudido la cabeza y se había encogido de hombros. El edicto quedó allí, resistiendo al sol de agosto y a las lluvias del otoño, a las nieves precoces y a las uñas de los chiquillos. Sólo el papel, de mala calidad, había palidecido...

* * *

El rostro de Lorrain se crispó.

—¿Han llegado hasta aquí? —murmuró.

Suspiró, y aquel suspiro llenó a Bernadette de una inmensa angustia que la desconcertó. ¡Aquel hombre tan fuerte, tan amable y tan desdichado! Ella sintió la necesidad de defenderle.

—Iré a arrancarlo esta noche, al regresar —decidió.

Pero Lorrain se encogió de hombros.

—¿De qué serviría? Ahora, todo el mundo lo ha visto.

—La gente no le ha prestado atención. Aquí, nadie se ocupa de eso.

—Tú me has reconocido...

—No es lo mismo.

La muchacha vaciló, enrojeció súbitamente y dijo muy aprisa antes de dar media vuelta precipitadamente:

—¡Usted era el más guapo!

Lorrain la contempló un poco asombrado mientras ella desaparecía en la sombra del pasillo, y el ruido de sus zapatones para la nieve resonando sobre las tablas le llenó el pecho de una extraña dulzura.

Capítulo XVI

—Mire a su izquierda, *old boy*, aquella especie de colina achatada y aquella depresión calcárea. ¿Ve? Allí empezaba la pista del incienso...

Yo no veía más que la meseta carcomida tapizada de guijarros negros sobre la cual se arrastraba penosamente el *jeep* desde hacía horas. El sol llameaba en aquel paisaje fúnebre. Un estallido de luz inmóvil, sin vibración, sin matices. Un bloque compacto de piedras quemadas y de claridad cegadora donde todos los detalles se perdían.

—... los romanos pasaron por aquí con Aetius Gallus. La ruta de los perfumes y del oro... ¡La ruta de Saba! En aquella época había agua y bosques en aquellas montañas, y enterradas debajo de la arena hay ciudades muertas.

Y mi guía-carcelero suspiró.

Era un inglés de Rhodesia, seco y bigotudo, con unos ojos de cazador debajo de unos cabellos que empezaban a encanecer. Soldado de oficio, erudito y arqueólogo de corazón, autodidacta que citaba a Plinio, a Lippmann, al profeta Ezequiel y la *Sourate 71*, llamada «del arrepentimiento». Aquel país perdido le fascinaba y quedé convencido de que sólo se había comprometido en aquella aventura mercenaria para comparar la realidad con los recuerdos de sus lecturas. Un curioso personaje.

Se llamaba Nicholson y había sido encargado de mi custodia hasta el cuartel general del Imán. Me trataba como un inglés bien educado suele tratar a un hombre de su clase que le ha sido presentado: cortesía e indiferencia. El hecho de que yo fuese prisionero no cambiaba las cosas. «No le pido su palabra de honor de que permanecerá tranquilo, boy, pero sería preferible hacerlo, ¿verdad? Esa gente —señaló a los guerreros yemenitas de la escolta—, esa gente le partiría la cabeza, y yo lo sentiría mucho. Sin contar con las dificultades que se me plantearían.»

Por las noches dormíamos bajo la misma tienda. Él me hablaba de Salisbury, su ciudad natal, que yo conocía, y de la reina de Saba, para la cual parecía cultivar un pequeño jardín secreto y aceptablemente anacrónico, cosa

que no le impedía acostarse sobre su Colt, con el brazo rodeado por la correa de su carabina.

Sin embargo, yo sabía que me odiaba en secreto, aunque no lo dejara traslucir. Yo representaba para él una modestia que le impedía formar parte de una expedición que debían efectuar Kerfoët y una docena de mercenarios hacia el Rob el Khali, desierto muy misterioso según él y cargado de historia, «donde los beduinos hacen cubrir sus dromedarios hembras por unos machos salvajes hijos del viento y de los demonios, lo cual les proporciona las monturas más rápidas de Arabia». Y enumeraba con pesar las etapas que no conocería, gargarizando unos nombres bárbaros articulados con grandes movimientos de glotis y sobresaltos de la nuez: Ma'in y el Wadi Djof, Makr'at donde se encuentran unas estatuas de albatros y unos leones de bronce... Al Dhna'a y Shabwala...

—Cuando pienso, amigo, que pasaremos a menos de dos jornadas de Makr'at... Es una verdadera desgracia no poder visitar esos lugares antiguos, ¿no le parece?

* * *

Hacía ocho días que me había dejado atrapar. El de prisionero es un estado que se pega a la piel, y si bien mi situación material no podía compararse con mi cautiverio entre los beduinos, mi futuro no parecía más brillante. Al contrario, ateniéndome al estricto cálculo de las probabilidades...

Iba a encontrarme en la ciudadela perdida de una ciudad olvidada de Arabia, en compañía, al parecer, de una docena de oficiales egipcios que esperaban en la cárcel un proceso público por crímenes de guerra... Sin duda iba a tener derecho, también yo, a mi pequeño Nuremberg para subdesarrollados, y la cosa no era para hacerme sonreír.

Tendría que hacer algo. Y sin tardanza, antes de quedar atrapado en el fondo de la jaula. Pensaba en ello. No había pensado en otra cosa desde mi última desventura. Me había sobrado tiempo en mi gruta-calabozo y en aquel *jeep* lanzado a veinte kilómetros por hora. La mala suerte a dosis demasiado fuertes suele ser de efectos contraproducentes. En el primer momento, yo había cedido a la fatalidad de la desesperación; pero aquella nueva jugarreta de la adversidad había tendido más bien a galvanizarme. *Sic transit...*

En consecuencia, había efectuado mi pequeño balance.

Lado positivo: había tenido la posibilidad de recuperarme físicamente. Comiendo hasta saciar mi apetito y no demasiado deshidratado, podía realizar algo más que un pequeño esfuerzo, sobre todo empujado por la adversidad,

como suele decirse. Por otra parte, no me costaba mucho trabajo hacer hablar al buen Nicholson. Dadle cuerda a un hombre y siempre quedará algo. En mi caso, ese algo era cierto número de detalles sobre la ruta que íbamos a seguir. Aparte de las pistas para burlar la vigilancia de la aviación egipcia, estábamos «condicionados» por los puntos de agua: los *ueds*, que aquí recibían el nombre de Wadi... Wadi Kharid, Wadi Akhaf, frecuentados episódicamente por los nómadas, «unos hombres extraordinarios, amigo, los descendientes de los aditas, los primeros habitantes de esta comarca, mucho antes que los mineanos... Se dice que eran unos escapados de Sodoma y Gomorra, a pesar de la Biblia».

Aquellos individuos recorrían el país con su pequeña familia sin preocuparse lo más mínimo de la frontera, la cual no estaba lejos a vuelo de pájaro, con el Beihan, ni bien delimitada. El Beihan es posible que no le diga gran cosa al *vulgum pecus*: un pequeño sultanato insignificante, un cuadrado de desierto sin una gota de petróleo siquiera. Para mí era la puerta de Aden... *Western Aden Protectorate*... Los *Gouvernement Guards*, con sus «shorts» demasiado largos y sus turbantes negros. Aden y la civilización, las líneas aéreas regulares... Europa...

Estaba más que harto del Yemen, de los árabes y de los mercenarios... Con un poco de suerte, podría sacar mis huesos de aquel avispero, una vez más. Misión no cumplida. ¿Y qué? Eso puede sucederle a todo el mundo, ¿no?

Había también el lado negativo. Importante en mi caso el lado negativo. En primer lugar, el Colt y la carabina de Nicholson, y todos los colts, los puñales y las carabinas de la escolta yemenita... La imposibilidad casi absoluta de procurarme una reserva de agua, víveres y una brújula... La eventualidad muy problemática de encontrarme con unos nómadas y la más aleatoria todavía de su hospitalidad. La relativa proximidad de Kerfoët y de sus mercenarios que, según Nicholson, seguían una ruta casi paralela a la nuestra, pero del lado de la frontera, con la misión de controlar a los citados nómadas, precisamente...

Entre los dos: otro elemento, todavía desconocido: el conductor del *jeep*. Era un joven Issa musulmán de la Costa de los Somalís que chapurreaba el francés aprendido en los muelles de Djibuti. Se decía hijo de un jefe de Tadjura mercader de esclavos, enviado al Yemen por su padre para concluir una operación comercial y «movilizado» sobre el terreno por los realistas. Me parecía bastante deseoso de abandonar el estado militar, glorioso quizás, pero

difícilmente conciliable con su vocación mercantil. Tal vez me sería posible abrirme una complicidad por aquel lado...

Quedaba la presencia del capitán Lorrain. Ya que era él quien mandaba el pequeño convoy con un «homólogo» yemenita, interesado sin duda en presentarme personalmente al «diván de justicia» de los príncipes. Él mismo conducía el 4-4 que yo veía delante de nosotros sacudido por los baches y las piedras del camino.

No había vuelto a dirigirme la palabra desde la escena del comedor, pero, cuando acampábamos por la noche, sorprendía a veces su mirada posada sobre mí. Una mirada en la cual yo percibía una expresión de curiosidad a la vez intensa y casi tímida. ¿Sería posible que esperara una explicación por parte mía? ¿Una justificación, quizás? Yo no tenía nada que decirle. O demasiadas cosas. La misma potencia que nos había reunido, a él, rebelde por pasión, a mí, fiel por deber, nos separaba. Y, sin embargo, se había creado entre nosotros una complicidad muda, extraña. La que une a la víctima con su asesino. Pero no había comunicación posible. Cada uno de nosotros tenía un papel a desempeñar, y el destino nos aprisionaba en nuestros personajes...

Un círculo fatal que necesitaba romper a toda costa.

* * *

Las horas se estiran. El sol nos aplasta. El aire recalentado parpadea. El paisaje cambia. La arena reemplaza a la piedra. Un espacio leonado se riza hasta el infinito, sin frontera entre la tierra y el cielo. Petrificado, calcinado de ocre y de oro, el suelo devuelve al sol la luz que lo inunda.

Es el desierto.

El gran desierto arábigo. La mancha blanca del mapa. Una prisión vacía. Una jaula abierta a todos los vientos, pero más segura, más desesperante todavía que un calabozo perfectamente cerrado.

El *jeep* masuja las dunas, suavemente, muy suavemente. Las ruedas patinan. Djema, el Issa-conductor, canturrea. Una especie de melopea sobre tres notas, siempre las mismas: *nai, nai, nai*. El motor se calienta, el aire huele a gasolina. Hay que ver la de gasolina que he llegado a respirar en este maldito desierto sin petróleo... Bostezo... *Nai, nai, nai*... Bostezo, y vuelvo a bostezar...

* * *

—*Terminal stop! Old boy! People get down!*

Mi sobresalto es tan violento que mi cabeza choca contra la armazón de hierro de la cabina. Me froto el cráneo, con los ojos sin abrir del todo y la boca pastosa. Debe ser el calor, o la cantilena de Djema —que quiere decir viernes en árabe—, o el runruneo del motor, o no importa qué. En resumen, me había dormido.

—Se ha dormido usted, ¿verdad? —me dice amablemente Nicholson—. Muy bien. Yo no tengo nunca sueño yendo en automóvil, excepto cuando conduzco...

Cae la noche. Un largo crepúsculo muy suave que envuelve el paisaje en una bruma plateada. A lo lejos, hacia el oeste, el cielo enrojece. Un abrazo insólito de ciudad incendiada detrás de la pantalla de las dunas.

Me encojo de hombros. Si hubiera realmente una ciudad, incendiada o no... Pero aquello no era más que una depresión, un pozo de desierto rodeado de una docena de raquílicas palmeras.

—El Wadi Hakma —me explica Nicholson—. Un antiguo río, en la época de la Arabia verde. Las aguas pluviales se reunían en él en el substrato. Mire esa hierba...

Señalaba orgullosamente una especie de plumón grisáceo, un líquen. Pero lo que yo miraba no era aquello.

Bajo las palmeras, unos camellos —hembras sin duda, dados los «clarinazos» de los *meharas* de mi escolta yemenita— se pegaban a unas tiendas de color oscuro, y sobre los labios del pozo agrietados de barro seco, unas mujeres en harapos, pero sin velo, acarreaban unos odres. Experimenté una gran sensación de vacío en la boca del estómago, e imagino que mi corazón dejó de latir durante dos o tres segundos. Eran unos simples dromedarios y unas mujeres harapientas, pero yo veía en ellos el primer giro favorable de la suerte. Resultaba inverosímil, inesperado, pero los nómadas, los famosos escapados de Gomorra del buen Nicholson, habían acudido a la cita que ni siquiera mi más descabellada esperanza se había atrevido a asignarles. Debía ser ridículo, pero tenía la intención de que, súbitamente, mis sueños de evasión adquirirían cuerpo.

—Tiene usted suerte, ¿eh? —dijo Nicholson.

Le miré. ¿Era posible que aquel granuja hubiera podido adivinar? Pero me equivocaba: Nicholson se limitaba a sumergirse en su tema favorito.

—Tiene usted suerte. Son unos El Hamman... Se encargan de cuidar de esos pozos de generación en generación, pero rara vez se les encuentra. Son feroces y un poco ladrones. Trate de sacarles una fotografía a esas muchachas

del pozo, y ya verá lo que la *Life* va a pagarle por ella cuando... ¡Oh! *sorry, boy...* Perdóneme.

Estaba muy confuso por haber olvidado por un instante mi condición de prisionero. Enrojeció. Pero yo tenía otras cosas en la cabeza.

En el palmeral se establecía contacto. Un contacto bastante reticente, me pareció, al menos en lo que respecta a los nómadas. Lo comprendí. Ante los yemenitas bien armados, aquellos vagabundos debían temer por sus bestias y sus mujeres. Y tal vez con motivo justificado.

El capitán Lorrain se había apeado de su 4-4 y parlamentaba entre los dos grupos. Yo le veía gesticular, sacudir la cabeza para tratar de tranquilizar a su pequeño mundo. Pero el vocabulario debía fallarle. Llamó a Nicholson.

Y yo me encontré solo con Djema, el chófer somalí, por primera vez desde el comienzo del viaje. Era mi segunda suerte, tan inesperada como la primera.

El Djema en cuestión preparaba su pequeño hornillo para la colación de la noche. Era el momento. No anduve con rodeos. Aquel muchacho había frecuentado la escuela de los misioneros y yo confiaba que éstos, entre otras piadosas lecciones, le hubieran enseñado a odiar la hipocresía.

—Mil dólares —dije.

Dio un respingo y me miró fijamente con los ojos muy abiertos.

—Y mil dólares más para ti cuando tú y yo estemos en Djibuti.

Y apreté dos dedos, uno contra el otro, para hacerle captar bien el fondo de mi pensamiento. Pero fue una mímica inútil: Djema había comprendido perfectamente. Sus ojos se iluminaron. La palabra «dólar» suele producir ese efecto en las capas desheredadas de una población.

—No es fácil largarse, patrón, sobre todo con esos individuos...

Señaló a Lorrain y a Nicholson con una barbilla elocuente.

Concreté:

—Tienes que tratar de arreglarte con los nómadas.

Sacudió la cabeza y frotó vigorosamente su pulgar contra su índice.

—¿*Flus?*

No tenía más que mi reloj; un excelente reloj suizo automático y extraplano. Djema hizo una mueca.

—Ellos querer mucha moneda... ¡*Chuff!*

Me volvió la espalda. Nicholson regresaba. Tenía un aire preocupado y no ocultó sus dificultades.

—¡Todo un caso! Imagine que esos subproductos han colocado unas minas en el oasis y en la carretera.

—¡Minas!

Mi expresión de asombro provocó las confidencias del inglés.

—Sí —dijo—. ¡Oh! No es una cosa nueva aquí. En la frontera hay un regimiento del *Royal Engineers* que abastece de explosivos a todos los guerrilleros de la región y, además, ofrece unas primas por cada vehículo enemigo destruido o averiado. De ahí deriva un tráfico inverosímil en cualquier otra parte que no sea este país. La mina anticarro se ha convertido en un objeto de intercambio, de trato. Se venden y revenden de beduino en beduino. También se intercambian restos de camiones, como prueba, para cobrar la prima.

Hizo una breve pausa.

—Nuestros vehículos eran una bendición del cielo para esos salvajes. Cuando nos han visto han minado la pista, pero los soldados les han asustado y lo han contado todo.

—¿Y qué?

Nicholson se encogió de hombros.

—¿Y qué? Bueno, hemos tenido mucha suerte, muchacho. Tenían dos minas, y hemos pasado al menos sobre una de ellas. Debieron olvidarse de cebarla, esos estúpidos.

El insulto me pareció un poco fuerte e incluso fuera de lugar. Personalmente no podía reprochárselo a pesar de que, a fin de cuentas, su exceso de celo amenazaba con estropear mis proyectos.

Nicholson hurgó en los cofres del *jeep*. Sacó dos palas-azada que se cargó al hombro.

—Vamos a confiscarles esas porquerías —dijo—. Entretanto, ayude a Djema a montar la tienda.

Djema se alejaba hacia la hondonada del oasis silbando una melodía en la cual, Dios me perdone, creí reconocer una historia poco edificante, indudable aportación de los mercenarios franceses al folklore local.

Eché una ojeada a mi alrededor. El capitán Lorrain no se veía por parte alguna y los soldados yemenitas tomaban sus habituales disposiciones vespertinas, consistentes básicamente en descansar alrededor de las tiendas, en preparar la pipa de agua y en desenrollarse el turbante... Nadie se preocupaba de mí.

En tres pasos me uní a Djema. Este me dedicó una amplia sonrisa e inmediatamente reanudó la conversación en el punto en que la habíamos interrumpido.

—Ya he encontrado el medio de largarnos, jefe —dijo—. ¿Ves? He montado la tienda al otro lado del *jeep*. Esta noche te daré mi *djembia* y le cortarás el cuello al inglés que duerme contigo. Yo cogeré la ametralladora del coche del capitán. Los El Hamman son muy aficionados a las armas. Por la ametralladora nos darán dos *meharas* muy veloces, dátiles y agua. Correremos como diablos... Mañana...

No pude acabar de enterarme de aquel proyecto delirante. Un intenso resplandor rojizo iluminó el palmeral al mismo tiempo que el aire vibraba con una detonación profunda, un despliegue de ondas sonoras que me hizo agachar la cabeza instintivamente. Unos granos de arena crepitaron sobre la tienda, sobre las lonas del *jeep*.

Luego se hizo el silencio. Me quedé inmóvil, sacudido aún por la onda explosiva, y tardé un minuto largo en darme cuenta de su origen...

Capítulo XVII

Hay momentos como ése en la existencia, momentos en los cuales un hecho imprevisible, por su misma brusquedad, tuerce el rumbo de un futuro perfectamente trazado. Pero no siempre se da uno cuenta inmediatamente. Al contrario. Muy a menudo, el acontecimiento adquiere, con la percepción humana, una retracción, un aumento de distancia que lo hacen, si no incomprensible, al menos no aprehensible. Y si el acontecimiento en cuestión os sorprende en medio de un vacío cerebral, de un vagabundaje de la mente o de una profunda preocupación, os deja en general incómodos y desorientados.

En resumen, yo estaba demasiado aturdido para reflexionar. Carecía de los reflejos elementales, lo cual, en mi profesión, no es precisamente un timbre de gloria... Pero tenía la disculpa del calor, de la fatiga, de una situación sin salida y, sobre todo, de que estaba pensando en otra cosa.

Una mina acababa de estallar, y que me cuelguen si lo que había visto revolotear en el humo de la explosión no eran unos restos humanos... Por lo demás... bueno, tenía la impresión de encontrarme en el cine y todo lo desinteresado que se puede estar por una mala película.

Naturalmente, aquello no duró mucho tiempo.

La onda de silencio refluyó ante los aullidos y la agitación general. Los soldados yemenitas, creyendo quizás en un ataque aéreo, corrían como locos hacia el desierto, alzando los brazos al cielo antes de aplastarse entre las dunas. Los camellos bramaban desesperadamente. Únicamente los nómadas parecían conservar un poco de sangre fría. Habían colocado una mina, la mina estallaba: lógico, ¿no?

Djema tampoco se había movido. Estaba a mi lado, y el hecho no dejó de asombrarme, ya que sus dientes castañeteaban y su tez había adquirido un tinte grisáceo. Debía temer el desmerecer a mis ojos cediendo al pánico general, lo cual es ya el principio del valor. Por otra parte, era un Issa e hijo de jefe, de origen claramente superior —así lo creía él— al de aquellos perros bastardos de yemenitas, surgidos de un pedo de demonio y de una caca de dromedario.

—Vamos a ver lo que ha ocurrido —le dije, aprovechando su buena disposición aparente.

Uno detrás del otro descendimos hacia el fondo del Wadi y el pequeño palmeral. La sangre latía en mis sienes y me parecía avanzar en medio de una pesada inmovilidad llena del punzante olor del T. N. T.

A medida que nos acercábamos al lugar de la explosión, el terreno aparecía arañado, ondulado como por un huracán en amplias zonas de remolinos. Percibí un mango de pala ennegrecido y clavado en el suelo. Más lejos, diríase que colocado cuidadosamente sobre la arena, había un antebrazo humano, cortado limpiamente por encima del codo. La piel pegada al hueso había adquirido ya un tinte marfileño, y los dedos apartados tenían un extraño parecido con esas raíces de árbol que se encuentran en las playas cuando baja la marea. Una cosa muy limpia y tan desprovista de poder emotivo como una lata de conservas vacía.

Djema se echó a reír.

—Alá está con nosotros —dijo.

Un último rayo de sol de Oriente enrojecía, sobre una falange crispada, una pequeña sortija de plata. De modo que aquel guijarro sangriento y aquella pieza anatómica para un museo de horrores era todo lo que quedaba del mercenario Nicholson, dispersado a los cuatro vientos del desierto por una mina perdida y británica, por añadidura. La suerte tiene a veces esas crueles ironías. En aquel momento se me ocurrió un epitafio muy propio para él y que sin duda le hubiera gustado: «Aquí yacen los restos del que fue aventurero bondadoso, etnólogo sin diploma y carcelero sin vocación, muerto a la hora del té por el amor póstumo de una Sabeana». Pero nadie lo transcribiría, y aquella misma noche los buitres del desierto darían cuenta de aquel irrisorio resto.

Sobre la pendiente reseca del Wadi, el lugar mismo de la deflagración era poco visible. Una depresión apenas marcada, de labios calcinados, como si la explosión, en su brevedad, no hubiese tenido la oportunidad de horadar el suelo. Tanteé con el pie la negra arena. Me pregunté qué había podido ocurrir. Una mina de aquella clase no estalla así como así. Hace falta el peso de un vehículo, normalmente, para accionar sus detonadores a presión. Tal vez Nicholson había efectuado una falsa maniobra al desencebarla. También era posible...

Djema tiró de mi manga, interrumpiendo mis reflexiones.

—Mira —dijo—. Allí hay otro macabeo...

Siguiendo la dirección de su dedo extendido, y a una distancia de veinte metros, vi un cuerpo aplastado contra el delgado tronco de una palmera. La reverberación del aire recalentado me impedía distinguirlo bien. Sin embargo, resultaba imposible no reconocer la mezcolanza de colores de la chaqueta de camuflaje del capitán Lorrain...

Experimenté una extraña pesadez, casi una confusión. Más que un egoísta sentimiento de liberación —ya que estaba completamente seguro de evitar lo peor, ahora que Lorrain no existía ya—, sentí un alivio inexpresable: el alivio de saberme relevado de una misión inhumana. Y, al mismo tiempo, un profundo pesar ante la estúpida gratuidad de aquel final.

Trepé por la pendiente, impulsado por una curiosidad que no podía dominar.

El capitán debió ser proyectado hasta allí por la onda explosiva, pero parecía intacto y sin heridas visibles. La pólvora tiene estos caprichos. Me acordé de dos soldados venezolanos a los que había visto completamente desvestidos por la explosión de una bomba, sin un rasguño, pero muertos del todo.

Aquí, sin embargo, el caso era distinto. Djema se había equivocado, y también yo. El capitán Lorrain vivía aún.

Me di cuenta, cuando llegué junto a él, por el leve movimiento de su pecho y por el latido de una vena en su sien. Yacía de costado en una postura que parecía más la del reposo que la del sufrimiento. Y, sin embargo, no debía encontrarse sobre un lecho de rosas.

Su chaqueta leopardo estaba presa debajo de él, desgarrada, como si hubiera rodado en su caída. Tenía una pernera del pantalón arrancada. Un hilillo de sangre se secaba sobre su tórax, pero el desgarramiento del cual procedía no parecía muy grave: un trocito de metralla que no había penetrado demasiado profundamente. En cambio, su muslo tenía muy mal aspecto. Desde la rodilla hasta la ingle había estallado como una fruta demasiado madura. Era una extraña herida. El hueso, a simple vista, estaba intacto, pero la carne aparecía aplastada, magullada... Naturalmente, no me daba cuenta exacta, ya que todo estaba recubierto de una corteza de arena y de trozos de tela pegados. Un espectáculo poco agradable...

Me incliné.

Muy a menudo, la misma violencia de esta clase de impresión impide a la víctima el perder el conocimiento en el sentido literal de la palabra, pero la conmoción es tal que produce una especie de atontamiento, de embrutecimiento saludable, como si la naturaleza misericordiosa quisiera

proporcionar un último respiro. El sufrimiento sólo viene después de esos minutos.

Lorrain, indudablemente, tenía conciencia de mi presencia, pero todavía no se daba cuenta de ella.

Permanecí unos instantes inmóvil. Lorrain me miró, y su mirada cambió imperceptiblemente, se transformó, pasó del vacío absoluto a la fijeza, de la incomprensión a la angustia, a la desesperación...

La destrucción de un hombre es un espectáculo poco agradable, y, sin embargo, permanecí allí fascinado, sin saber qué hacer. Sin atreverme a hacer nada. Y mi aliento, a pesar mío, se adaptó al ritmo del suyo.

Lorrain removió los labios.

—Mal asunto, ¿eh? No puedo moverme...

Luego, una contracción pasó sobre su rostro. La primera ola de dolor. Ahogó un leve gemido. No quería lamentarse delante de mí. Pero era demasiado tarde. No era ya dueño de sus rasgos. Unas muecas de sufrimiento le retorcían los labios, y en sus órbitas cercadas de negro sus pupilas zozobraban.

Apretaba los dientes, pero sus ojos fijos en mí me hablaban sin necesidad de palabras.

Aquello duró dos minutos, quizás, dos minutos durante los cuales el viento nocturno acarició mi rostro silenciosamente.

Tenía que ser muy duro para él. Se apreciaba en su rostro, perlado de sudor, en una región demasiado seca donde no se suda nunca. Y aquello era sólo el comienzo, lo sabía. Y Lorrain lo sabía también.

A sus labios asomó una especie de sonrisa crispada, y luego sus ojos se orientaron con insistencia de tal modo que adiviné que deseaba hacerme comprender algo, señalarme algo.

Traté de captar la dirección de su mirada... ¿Su pierna herida? No. Era su Colt que continuaba pegado a su cintura contra su vientre desnudo lo que me mostraba. Por la expresión de su rostro supe que no me había equivocado. Una expresión de complicidad, casi amistosa. Murmuró:

—Sí, sí... Está usted aquí para eso, ¿no? Entonces... Antes que... Antes que duela demasiado...

Tragué mi saliva de golpe. Podía cumplir mi misión. Lorrain no me lo reprocharía. Al contrario, le haría un favor. Un modo de redimirme a sus ojos. Y también a los míos, quizás...

Me incorporé. Alrededor de nosotros, los soldados yemenitas se habían agrupado sin que yo me diera cuenta. Un círculo amorfo, ni indiferente, ni

interesado, ni curioso, por lo menos a simple vista. Sólo presente. Pero yo veía el resplandor de las pupilas. Esperaban. Las hienas esperan así cuando un hombre agoniza.

No sé lo que me ocurrió, exactamente. El caso es que llamé a Djema y le aullé, literalmente, que viniera en seguida, con tres o cuatro soldados, y que transportaran al capitán a su tienda. ¡Despacio, diablo! Que pusieran agua a hervir y buscara en el *jeep* el maletín del «*First Aid*». Ya sabes a qué me refiero, ¿no, muchacho? Un maletín verde, con una cruz roja en un círculo blanco... ¿Sabes reconocer una cruz roja?

Lorrain clavó sus ojos en mí. Murmuró:

—¿Por qué?

Me encogí de hombros. No podía explicarle que ya no se trataba, que no podía tratarse ya de un oficial rebelde y de un asesino a sueldo oficial, que sólo éramos dos blancos perdidos en el otro extremo del mundo, que el cielo sobre nuestras cabezas no era nuestro cielo, que los primitivos del desierto no eran nuestros hermanos, ni su Dios nuestro Dios. Y que los rencores de algunos no eran mis rencores... Y que seguramente él hubiera hecho por mí lo que yo hacía por él... Y que... Bueno, las cosas se habían presentado así...

* * *

Lo primero que hice cuando Lorrain estuvo bajo la tienda fue darle una inyección de morfina (había cinco «*syrettes*» en el botiquín) y limpiar la herida. No era de las más fáciles, ya que la arena se había incrustado en la carne. La arena y también unos jirones de uniforme. De todos modos, era una herida bastante sorprendente a la vista. No la carnicería sangrienta que hubiera podido producir un trozo de metralla, sino una larga grieta debida a la descompresión de la onda explosiva.

—Acerca la lámpara —le dije a Djema, que me había acompañado, arrastrando los pies y de muy mal humor.

Alrededor de la hendidura la carne había adquirido un tinte vinoso en el cual destacaba el trazado más claro de las venas. En el fondo de la herida se formaba ya el pus. Lo rocié todo de sulfamidas, confiando que bastaría para detener la infección. Era la única cosa que podía hacer, con una inyección de suero antitetánico.

Lorrain me miraba. La morfina debía empezar a actuar, ya que su rostro estaba menos contraído. Cuando bajé su manga después de haber retirado la aguja hipodérmica, esbozó una sonrisa vagamente irónica.

—Bueno, doctor, ¿cuál es el diagnóstico?

—Podría ser peor. Ha tenido usted suerte. La herida no ha afectado ni al hueso ni a la arteria. No tardará en recuperarse.

No lo creía del todo, pero tampoco resultaba descabellado pensarlo. Lorrain era robusto y debía tener una gran vitalidad. Aparte de la gravedad del traumatismo general, le quedaba una posibilidad. Siempre queda una posibilidad cuando no se está a tres palmos bajo tierra.

Salí de la tienda. La noche había caído, dividiendo los dos campamentos: el de los nómadas y el de los yemenitas. Distinguí a los hombres agachados, con el fusil entre las rodillas. Charlaban como cada noche. Hoy debían tener algo más que sus eternas historias de demonios y sus hechos de armas pasados que contarse.

Djema se plantó delante de mí con aire mohíno.

—Bueno, patrón, ¿nos largamos esta noche?

No sé por qué vacilé. Naturalmente, las circunstancias no podían ser más favorables para la proyectada fuga... Por otra parte... Bueno, por otra parte, había aquel muchacho en su tienda, con todas las porquerías que no había conseguido retirarle de debajo de la piel, sin nadie para cambiarle el vendaje, limpiar la herida, darle las inyecciones... Lo cual significaba la gangrena.

Estaba convencido de que cometía una estupidez, pero ya había cometido una al aceptar aquella misión.

—Esta noche, nada. Mañana ya veremos.

Djema se encogió de hombros y me volvió la espalda. Creo incluso que escupió en mi dirección, pero no me importaba. Me tenían sin cuidado él y sus semejantes.

Abrí una lata de conservas y me tragué su contenido, sin calentarlo, sentado con la espalda apoyada en la rueda delantera del *jeep*. El agua de mi bidón estaba tibia. La del Wadi, a pesar de los comprimidos, olía a huevos podridos.

Encendí un cigarrillo. No quedaban más que tres en el paquete que Nicholson me había dado. Contemplé las estrellas pensando en el inglés, algunos de cuyos huesos iba a blanquear el desierto. Él me hubiera contado la mitología sideral, la personalización de los astros en las divinidades masculinas y femeninas, y que en Quataban la luna se llamaba Amm en lugar de Sin en Hadramaut... Siempre ha impresionado a los hombres, aquel globo de polvo sucio.

Tiré mi colilla y regresé al lado de Lorrain.

Tal como cabía esperar, la fiebre había subido y el capitán deliraba un poco. Me senté junto a él. Hablaba de montañas, de abetos y de nieve.

Escuché. No tenía la impresión de ser indiscreto... «Todo lo que diga a partir de este momento podrá ser utilizado contra usted».

Estaba agotado y, sin darme cuenta, me quedé dormido.

Capítulo XVIII

A la mañana siguiente estábamos solos.

Por la noche, los regulares yemenitas, Djema y los nómadas se habían marchado del campamento tras haberlo saqueado concienzudamente. Debía ser aquello lo que tramaban bajo la luna...

Habían dejado los dos vehículos, nuestra tienda y la bandera del Emir. En el palmeral no quedaban más que unas boñigas de camello y unas huellas sobre la arena. Ni un arma, ni un cartucho, ni una ración completa, nada, salvo nuestros vestidos y los objetos que guardábamos cerca de nosotros. Tratándose de aquel país, la cosa era normal. Moribundo su jefe, aquellos valientes no se sentían ya atados y el viejo instinto de rapiña había hecho el resto. Desaparecieron como sombras en el desierto cómplice, la región del sol y del viento que era la suya desde los primeros días del mundo. Mañana, o más tarde, los El Hamman asesinarían a los soldados, o viceversa. *Ins Allah!*... Los supervivientes serían unos hombres ricos. Se dispersarían en Beihan, en Nessab, en Yeshbum. Los más prudentes se establecerían allí, cambiando sus fusiles por una choza y unas mujeres. Los otros regresarían a la pista, si ésa era la voluntad de Dios.

Nos habían abandonado, pero haciéndonos limosna de la vida. Tal vez porque éramos, hasta cierto punto, sus huéspedes. O porque el gran capitán, incluso ardiendo de fiebre, continuaba dominándoles, o sencillamente porque aquello no tenía ninguna importancia.

Nuestras existencias de infieles no valían ni medio tálero.

* * *

—No hablará usted en serio...

—Sí, capitán, e incluso he meditado en el problema, si quiere usted saberlo. Esos granujas nos han abandonado. Bien. Entre paréntesis, Lorrain, permítame decirle que sus «cómplices» no son de mejor calidad que los míos. Nos han abandonado, pero han dejado gasolina en los depósitos.

Escuchaba el sonido de mi voz. Me parecía casi normal. Era un resultado meritorio. Tenía ya calor. También tenía la impresión de estar seco como un

sarmiento. Y la cosa no había hecho más que empezar. El sol estaba aún muy bajo. Golpeaba la tienda oblicuamente, tiñendo de ocre su tela verdácea. Pero iba a trepar rápidamente y aquello se convertiría en un horno.

—Han dejado gasolina en los coches y también la brújula de usted y otras tonterías.

Lorrain fijaba en mí sus brillantes pupilas y el esfuerzo que hacía por escuchar daba a su rostro una expresión tensa, dolorosa. Yo sabía que aquello le fatigaba, pero hay momentos en que se siente la necesidad de hablar con alguien, simplemente porque la soledad nos llena el corazón y el sonido de las palabras presta una apariencia de realidad a las quimeras. Pero me daba perfecta cuenta de que su atención era puramente cortés, y que sufría lo que no podía evitar. Estaba demasiado lejos, mis frases apenas le rozaban.

De todos modos, desde que le habían herido su pasividad y su calma resultaban impresionantes. No era fatalismo, sino una aceptación, en el sentido cristiano del vocablo. En la vida de aquel hombre se había producido, hacía tiempo, una rotura irreparable. Desde entonces no vivía, sobrevivía.

Era su delirio de anoche el que me había hecho comprender aquello, y comprender también la futilidad de la misión que me habían confiado. El mercenario de hoy no era ya el capitán Lorrain de la proclama vengativa. Resultaba absurdo perseguirle hasta los confines del mundo. Tal vez no había olvidado sus rencores ni su odio, pero había comprendido su inutilidad. Había renunciado a aquella lucha y los jefes de Estado podían dormir tranquilos detrás de sus guardianes, en el fondo de sus palacios.

La fiebre me había entregado sus nostalgias. No eran las de los combates de la gloria o del poder, sino la de una aldea perdida cerca de un torrente, de una vida sin problemas que él no conocería jamás.

Que tampoco yo conocería jamás. Hubiéramos podido ser camaradas.

Acababa de cambiarle el vendaje. Su pierna, hasta el punto en que yo era capaz de juzgar, no se portaba ni mejor ni peor que ayer, pero los ganglios de la ingle se habían hinchado terriblemente. Aquello significaba que la infección continuaba su avance. Trabajaba en profundidad, solapadamente. Precisábamos otros medicamentos, otros cuidados, más frescor, para detener aquella insidiosa podredumbre. Estaba perdido si se declaraba una septicemia. Yo había vaciado una bolsita de sulfamidas sobre la herida. Lorrain no había reclamado la morfina. Era mejor así. Sólo quedaban cuatro ampollas... Poca cosa.

En cuanto a la situación, ni siquiera había intentado ocultársela. Hubiese sido inútil. Tenía demasiada experiencia de la vida de campamento para no

asombrarse del silencio que nos rodeaba. Lo ocurrido no pareció sorprenderle demasiado. Desde que estaba en el Yemen, había tenido ocasión de trabar conocimiento con las costumbres locales.

De todos modos, yo necesitaba sacarle de su sopor.

—Para los coches —continué— hay el agua del pozo. No me parece demasiado buena. ¿Cree usted que podrá conservarse?

—No, no vale nada. El pozo no es bastante profundo. De todos modos, aquí el agua se corrompe muy aprisa. Al cabo de tres días hay más bichos que líquido.

Me encogí de hombros.

—Dentro de tres días, amigo mío, estaremos en Makr'at o en F'jof... O bien...

* * *

La idea se me ocurrió súbitamente, cuando mi desaliento era más profundo, mientras recorría el campamento abandonado. Ni siquiera fue una idea, sino un recuerdo. El recuerdo de las charlas del difunto Nicholson. ¡El pobre! Si nunca conseguía sacar mis huesos de aquel país perdido podría beberme un par de vasos para el descanso de su alma. Se lo habría merecido. Pero aún no habíamos llegado ahí... De momento, mi situación no ofrecía perspectivas agradables, precisamente...

No cabía pensar en regresar hacia las Row Lands, ni tampoco en continuar hacia Mareb o Safir con la poca gasolina de que disponía. En cuanto a quedarnos allí esperando el paso eventual de unos beduinos, no era un plan recomendable. Sobre todo, teniendo en cuenta la opinión que me había formado ya de los beduinos.

Por mucho que daba vueltas al problema en todos los sentidos, no se me ocurría ninguna solución. Y fue entonces cuando recordé las historias de Nicholson, de sus ciudades muertas, de sus estatuas de albatros, y de aquella columna de mercenarios que debía seguir, al mismo tiempo que nosotros, una ruta casi paralela a la nuestra.

En el desierto las etapas son fáciles de señalar: las fijan los puntos de agua. Me parecía oír a Nicholson repitiendo su letanía gutural: Ma'in... el ued D'jof... Makr'at... Al Dhana'a...

La columna debía salir después que nosotros. Con un poco de suerte tal vez pudiéramos alcanzarla atajando a través del desierto. Medio centenar de quilómetros, quizás un poco más. Una minucia en una autopista... Pero entre las dunas errantes por las que nunca se había aventurado ningún vehículo, la

cosa era distinta. Sin hablar del problema del carburante. ¡Hum! No había demasiado margen... Mucho menos que en la ruleta rusa. Cara o cruz... ¿Y qué? En el curso de mi vida me había arriesgado más de una vez con muy escasas posibilidades de éxito.

Lorrain confirmó lo de los mercenarios. Estábamos a miércoles. Dentro de dos días, es decir, el viernes, Kerfoët y sus muchachos acamparían en el *ued* D'jof. Era el último lugar donde podía esperárseles antes de que se hundieran en las soledades del este... Por lo demás... Por lo demás el capitán no creía demasiado en aquella expedición, ni en su éxito. No tenía confianza en mi proyecto, ni en mí, de un modo especial. Desde luego, admitía que yo intentara el golpe, pero solo. Lo que no comprendía era que cargara con él.

No lo comprendía. Los servidores del régimen (yo no era otra cosa a sus ojos) que había conocido no le habían acostumbrado a aquella clase de altruismo. Se formulaba preguntas. O yo era todavía más cerdo que los otros, o representaba un fallo en el sistema. Y como era un hombre honrado no sabía qué pensar. Sobre todo, teniendo en cuenta que al desvestirle le había dejado su Colt al alcance de la mano.

El sol trepaba por la lona de la tienda. Bebí un trago de agua salobre. Incluso el contacto del aluminio sobre los labios infundía una sensación de calor.

—Tendremos que intentarlo —dije—. No hay otra posibilidad. Será duro. Sobre todo para usted. Pero no más duro que para su compañero Vorlaz cuando le sacó usted del hoyo de Dien-Bien-Phu...

Lorrain se sobresaltó. A su rostro asomó una mueca de sufrimiento, una expresión de indecible asombro, una sorpresa amarga. Murmuró:

—Entonces, ¿también sabe usted eso?

De momento no me di cuenta pero, cuando hube comprendido, no pude evitar el echarme a reír, a pesar de mis labios agrietados.

—No, mi capitán. En eso es usted víctima de la propaganda. La policía no tiene tanto poder. De todos modos, yo no soy policía... Pero anoche, la morfina, la fiebre...

Lorrain tragó penosamente su saliva.

—¿Hablé? ¿Mucho?

—Bastante. La montaña... Lucien, su hermano y sus sobrinas... El aserradero y el bosquecillo de alerces junto a la carretera...

Lorrain me miró. Él no tenía conciencia de ello, pero su fisonomía se había transformado. Algo, una ternura olvidada, endulzaba sus rasgos de guerrero vencido. Se calló, abstraído en su ensueño. Le comprendí. Las

palabras, en determinadas circunstancias, tienen un extraño poder. Y que el diablo me lleve si yo no tenía en el paladar el áspero sabor del vino de Seyssel...

—Sí —dijo—. Y la nieve... ¿Cree usted que la nieve existe todavía en alguna parte?

* * *

Después de aquello le di una inyección de aceite alcanforado para sostener el corazón ya que el pobre iba a necesitar de todas sus reservas, en el *jeep*, con el sol y los baches. Y preparé la marcha. No había gran cosa que hacer: sacar agua del pozo, vaciar el depósito del 4-4 en unas latas. ¡*Puah!* El olor de la gasolina revuelve el estómago cuando se succiona la goma para cebar. Comprobar la presión de los neumáticos del *jeep*, instalar a Lorrain lo mejor posible sobre los asientos traseros...

Hacía unos instantes, cuando me había separado de él, me había mirado de un modo muy extraño y me había dicho gracias.

Pensaba en ello mientras desmontaba la tienda con el sol golpeando mi cabeza. Hubiera preferido que se abstuviera de hacerlo. Aquella mirada y aquella palabra de gratitud no las merecía.

¡Oh! Evidentemente, para mi historia, sería preferible hablar de lo épico, de la abnegación y de los bellos sentimientos. La solidaridad humana frente al egoísmo universal. La sana camaradería viril. La mano tendida al adversario en desgracia por encima de la barricada humeante...

La realidad era algo distinta. Este maldito oficio os pudre hasta la médula. No hay modo de realizar un hermoso gesto sin una segunda intención sórdida, sin una alegre máscara de hipocresía.

Lo había meditado bien. No podía hacer otra cosa que cargar con Lorrain. No por él. Por mí.

Evidentemente, habría tenido más posibilidades marchándome solo. Arrastrar aquella clase de herido es un motivo de retraso y tal vez de fracaso. Era algo inútil. La infección avanzando a pesar de los antibióticos. Lorrain estaba perdido, de todos modos. Inútil, e incluso cruel en cierto sentido.

Pero... Si llegaba a unirme a los mercenarios e iba solo, ¿qué podría decirles? Inmediatamente imaginarían que yo había liquidado a su compañero, y ellos me liquidarían a su vez.

Pero si llegaba con Lorrain, con un Lorrain vivo, todo cambiaría. No contaría ya mi versión del caso, sino la suya. Yo le había cuidado, transportado sobre mi espalda, salvado de una muerte cierta. Confiaba en

Lorrain. Lo menos que podía hacer, por gratitud, era enviarme a que me colgaran en otra parte. Y yo no pedía más.

Luego, si Lorrain moría, como era probable, podía dar por cumplida mi misión.

Había pensado en todo. Yo era un fino psicólogo. Podía estar orgulloso de mí mismo.

* * *

Cuatro horas más tarde, lo estaba menos.

El viento se había levantado. ¡Oh! No ese simún sahariano que se ve barrer el desierto en las películas en cinemascope y technicolor. No. Un viento simple, que debía ser normal en aquel desierto. Nicholson me hubiera dado su nombre, sin duda, por poco que Estrabón hubiese hablado de él en el capítulo 8 de su libro XVI... Procedía de todas partes y de ninguna. Tan seco que retiraba, literalmente, toda la humedad del cuerpo, y soplaba fuego a la cara.

Naturalmente, la arena tomaba parte en el juego. Remolineaba, rascaba el toldo del *jeep*. La tenía bajo mis párpados, a pesar del parabrisas y de las gafas. La tenía en las orejas. La respiraba. Crujía bajo mis dientes, se infiltraba debajo de mi camisa, se amontonaba en mi cintura, entre mis muslos.

Proferí un juramento. Me agarré al volante con más fuerza. Lo había rodeado con un pañuelo, hasta tal punto quemaba. La barba me picaba en las mejillas. Tenía calambres. Alrededor, nada. El vacío. Nadie había pasado por allí desde el Génesis. Nada de pista camellera, o de montón de piedras para señalar una ruta cualquiera.

Ningún punto de referencia. Sólo la saeta de la brújula oscilando: Norte-Nordeste...

No podía hacer otra cosa que apretar los dientes y rodar. Franquear aquel océano de arena. No era fácil. Todavía menos fácil de lo que había creído tragarse aquella sucesión de dunas una a una. No sé si era el bueno, pero había encontrado un truco: apretar el acelerador a fondo y trepar perpendicularmente a la línea de la cresta, pero girar el volante antes de llegar a la cumbre, para evitar el vuelco en los diez o veinte metros de cráter del otro lado... franquear la cresta oblicuamente y descender despacio la pendiente, siempre en oblicuo. Y volver a empezar.

Eso es la técnica. Pero hay veces en que al motor le da por hacer el tonto, o los neumáticos se encallan en la arena al iniciar la subida, y el *jeep* se niega

a subir.

Entonces hay que apearse, empuñar la pala, colocar unas cuerdas a propósito debajo de las ruedas y embragar suavemente, con el pie ligero, ligero... Con el sol sobre el cráneo, el calor que vibra ante los ojos, el embotamiento de los músculos, la garganta seca y el bidón que se vacía.

Se avanza, de todos modos. Penosamente. En zigzag. Despacio. Siete kilómetros por hora y el pensamiento puesto en el depósito de la gasolina.

Detrás, Lorrain aprieta los dientes, gime. Le he instalado lo mejor posible, pero sé que cada bache, cada detención, es para él un suplicio. Evito el mirarle ya que en su rostro, en las contracciones de su cuerpo, en su torso desnudo, puede leerse la progresión del dolor. Su cabeza oscila, y jadea con la boca abierta, las órbitas azuladas.

De cuando en cuando habla, con voz monótona. Un largo monólogo en el cual unas palabras surgen con más claridad que las otras. El aserradero cerca del transformador, el olor de la resina, la nieve...

Capítulo XIX

Marzo de 1962.

*... L'heure a sonné, adieu belle fille.
Nous repartons vers d'autres destins.*

La nieve caía desde hacía tres días.

No era una tormenta como las que se ven a veces en la llanura con remolinos de viento furiosos y ramas rotas, sino una muralla acolchada que se derramaba incansablemente del cielo gris. Sin ruido, blandamente.

—¿Te das cuenta? —gruñía Lucien—. En las cosas del tiempo, hay que creer a los viejos.

Lorrain tendía las palmas de sus manos hacia la llama y no decía nada. Se encontraba bien... La primera mañana, no obstante, cuando había visto a través de los cristales empañados el paisaje nivelado por la nieve caída durante la noche, y los apresurados copos, había experimentado una momentánea sensación de pánico. Estaba bloqueado, una impresión que le producía horror después de unos meses de huida. Bloqueado muy cerca del objetivo...

Se encogió de hombros. Aquella idea era ridícula. La nieve, por el contrario, le protegía cerrando los caminos detrás de él. Volvió a acostarse en el amplio y tibio lecho, tirando las mantas sobre su rostro. Por una vez que podía aprovecharse un poco del reposo y de la seguridad...

* * *

—¿Va a durar mucho tiempo? —preguntó Lorrain.

—Dos, tres días más, quizás. Ya has oído la radio. Han enviado el quitanieves de Châtelard, pero no puede subir más arriba. No te preocupes, Pierre.

No es que se preocupara demasiado. Ahora que la impaciencia de los primeros días le había abandonado, se acostumbraba a aquella vida de

reclusión. Lucien le había hablado de sus asuntos, de sus proyectos. La madera se vendía bien. Había encontrado una salida para el serrín, y ahora proyectaba la construcción de chalets prefabricados. Era un buen negocio, pero necesitaría ayuda. Y Lèonce, ya sabes... Tú, Pierre, tenías conocimientos de dibujo... Antes de ingresar en el ejército querías ser arquitecto, ¿no?

Y Lorrain se había puesto a la tarea, encontrando más placer del que hubiera imaginado en hacer bocetos, en trazar planos. Se asombraba un poco de su facilidad para manejar el tiralíneas, cuando sus instrumentos de trabajo eran ahora la ametralladora y la bomba de mano.

—Tendríamos que asociarnos, Pierre.

Lucien reía, pero el tono de su voz era serio. Lorrain se encogió de hombros.

—Sabes perfectamente que no es posible.

—¿Por qué? Con el tiempo, la gente olvidará. ¿Qué es lo que te impide quedarte aquí?

A mediodía y a las siete de la tarde iban a comer a casa de Lèonce, hundiéndose hasta las rodillas en la nieve blanda... Ya lo ves, Pierre, no puedes marcharte aún...

Bernadette preparaba la comida y servía a los hombres. Se reunía con ellos a la hora del café, la vajilla limpia y la hermanita ocupada en algún juego tranquilo.

—Tendré un gran disgusto cuando se case —decía Lèonce—, no quisiera perderla...

Lucien se echaba a reír.

—Tendremos que buscarle un marido que valga la pena...

Todo aquello tenía un olor de conjura familiar que Lorrain era completamente incapaz de olfatear, preocupado como estaba por el paso de los días, la ignorancia de los acontecimientos, y sobre todo por aquella dulzura, aquel reposo obligado, aquella debilidad que le iba ganando y que se sentía culpable de aceptar tan fácilmente. A veces, al atardecer, cuando los dos hermanos discutían de las talas y del trabajo ante un vaso de aguardiente, él se dedicaba a contarle a Bernadette los recuerdos de sus viajes, divertido por la curiosidad, el interés y la atención que leía en los maravillados ojos de la muchacha.

Suavizaba las cosas, desde luego, evitando hablar de la guerra y del sufrimiento de los hombres. Se refería a los paisajes, a las costumbres, a las personas, a las plantas y a los animales. También a las leyendas.

—... En la bahía de Along hay tantos roquedales como días tiene el año, y un dragón que sale las noches de luna llena...

Ella repetía, fascinada, los dedos detenidos sobre la aguja y los calcetines del padre:

—... ¡Las noches de luna llena!

—Sí. Vive en una gruta tan negra como tus ojos, tan brillante como tus cabellos...

Reía, pasando la punta de los dedos sobre la cola de caballo, rígida y un poco ridícula. Sentía amistad y cierta ternura hacia aquella chiquilla. Un poco de lástima, también, por la vida que llevaba. Le faltaba muy poco para ser realmente bonita: un peinado distinto, un hermoso vestido, unos zapatos finos... Tan poco... Vivir en la ciudad...

—¡Oh, Pierre! Me gustaría tanto ver aquello... Y los peces voladores que caen sobre el puente de los barcos...

—Bueno, prometido: cuando vuelva allí con tu tío, te llevaremos con nosotros.

Continuaba riendo, sin darse cuenta de que su actitud y sus relatos habrían sido muy distintos si hubiesen ido dirigidos a un muchacho de la misma edad. Pero ¿qué importancia tenía aquello?

Para ella... Para ella todo era distinto. Ella le amaba...

La nieve cesó de caer.

—Pronto podré marcharme, Lucien, libraros de mi presencia.

—Si insistes... Pero no tengas prisa. Tienes que dejar pasar unos días. La nieve está aún demasiado blanda. No conseguirías pasar. Hay que esperar que cuaje... Además, ¿tan mal estás aquí? Podrías dejar pasar la tormenta. ¿No has oído la radio?

Lorrain se encogía de hombros. ¡Como si uno pudiera fiarse de la radio! Ni siquiera de la radio suiza, que en aquellas regiones fronterizas se escuchaba con más facilidad. La falta de informaciones veraces le tenía preocupado. ¿Qué ocurría en París después del fracaso del comando en el Val-de-Grâce? Las condiciones políticas y la opinión pública se modificaban, comprometiendo cada vez más el resultado del combate. Desde luego «Albatros» había conseguido huir a España. Pero ¿qué hacían los otros? ¿«Soleil» y «Compagnon», «Métro» y «Delta»? ¿Y todos aquellos que esperaban desesperadamente sus órdenes?

—Vamos, Pierre, no te hagas mala sangre. Tres o cuatro días no significan nada en la vida de un hombre...

Era enorme, precisamente en aquella época crucial.

Lorrain pegaba su frente al frío cristal y contemplaba la nieve. Un rayo de sol la acariciaba con un tierno reflejo y los vidrios de hielo de las ramas brillaban como diamantes. Había casi un sabor de primavera en el aire.

—No hay que fiarse, Pierre. Este tiempo es muy traidor...

De todos modos quiso comprobarlo por sí mismo y fue hasta el Grapier, detrás del bosque. Pero los Vorlaz tenían razón. Estaba impracticable. La nieve no «aguantaba», y por doquier se percibían los rastros de avalanchas. Intentar el paso en aquel momento sería una locura. Había que esperar. Lorrain no sabía ya si estaba satisfecho o desesperado por ello.

Ahora, por la noche, después de la cena, Bernadette llenaba dos veces la taza de aguardiente de su tío, y Lucien hablaba en tono más fuerte y titubeaba un poco. Entonces ella insistía en acompañar al tío al chalet, con el farol grande. Aquello le permitía estar cerca de Lorrain un rato más, rozar su chaqueta o su mano. Una vez, él pasó el brazo alrededor de su cuello, sobre los hombros, bromeando, y Bernadette creyó desfallecer de dicha.

La novena noche Lorrain se despertó sobresaltado. Se hallaba hundido en su primer sueño, pero el combatiente de los *djebels* estaba acostumbrado a aquellos alertas bruscos. Inmediatamente se dio cuenta de que llevaba muy poco tiempo durmiendo y de que Bernadette estaba junto a su cama, equipada para andar por la montaña, el rostro azulado de frío.

—Pierre...

Hablaba en voz baja, pero con una intensidad que Lorrain no conocía en ella.

—Pierre... Aprisa, tiene que marcharse... Marcharse inmediatamente...

Lorrain había saltado del lecho por puro reflejo y sin comprender aún. Ella murmuró:

—Los gendarmes...

Lorrain empezó a vestirse sin formular ninguna pregunta, la mirada dura y los labios apretados, mientras Bernadette explicaba:

—Hay muchos gendarmes y policías que han llegado esta noche a Fonds-de-Combe. Los ha visto Megevet el del Châtelard. Mañana subirán aquí, seguro. Pero papá y tío Lucien no querían decírselo a usted para no asustarle. Dicen que es posible que no vengán en busca suya, que ha habido una riña en el pueblo, y que, en el peor de los casos, podrían ocultarle perfectamente aquí... Que nadie le encontraría.

Lorrain recordó la cena y la extraña actitud de los dos hermanos. Pero había pensado en una disputa familiar, en un mal humor, y no se había preocupado.

No podía reprocharles su silencio: los amigos son egoístas, incluso los mejores... sobre todo los mejores. Afortunadamente, tenía a Bernadette.

Palmeó la mejilla de la muchacha y bromeó para ocultar su angustia y su emoción.

—Gracias, cariño... ¡Ah! Si siempre hubiese tenido un pequeño guardaespaldas como tú...

Bernadette estuvo a punto de estallar en sollozos. ¡Él no comprendía! No comprendía que ella moriría si le encarcelaban... No comprendía el sufrimiento que experimentaría con su separación.

—Aprisa, Pierre, aprisa. Por la noche es muy difícil pasar.

Lo que siguió a continuación fue como una pesadilla. Las raquetas, primero, en la nieve crujiente y el viento que muerde las orejas bajo el gorro, luego las pieles de foca... Subir, subir, siempre, con los pálidos reflejos y el negro de los abetos como únicos puntos de referencia... La fatiga... Los músculos que duelen... Bernadette delante de él, más ágil, más valerosa que él.

¿Por qué ha hecho lo que ha hecho? Lorrain piensa en un libro que leyó hace mucho tiempo y del cual no recuerda ni el título ni el autor: en el Gran Norte, una joven india salva al héroe de la historia a través de la nieve y la ventisca. Pero la india era una mujer y no una niña. Una mujer enamorada...

Le arden los ojos, le pesan las piernas. Bernadette tiene que esperarle cada vez con más frecuencia, sosteniendo las ramas que azotan el rostro... Ven, Pierre, ven... Se avergüenza un poco de dejarse guiar de aquel modo por una niña, él, cuyo oficio es el de conductor de hombres. Pero desconoce la comarca y se encuentra perdido, sin mapa y sin informes de patrulla...

El viento sopla con más intensidad. El terreno es traidor, lleno de agujeros en los cuales los bastones se hunden bruscamente. ¡Y pensar que hay personas que esquían por placer!

El *col*. Un portillo de oscuridad más sombría, o más clara si se inclinan los ojos hacia el valle... ¡Un esfuerzo más!

—Ahora ya estamos en Suiza, Pierre. ¿Ves?

Su voz está quemada por el frío y su rostro descompuesto por la fatiga, pero Bernadette sonrío un poco porque hay que sonreír y porque él está salvado. Su soldado... Su hombre...

Tiende el brazo hacia el abismo brumoso.

—Ahora es fácil... Solo hay que dejarse ir. Abajo hay una aldea. De día, se ve el campanario desde aquí. Solo tienes que ir a ver al párroco. Es un amigo de papá... Te ayudará sin que se lo pidas.

Lorrain había recobrado su aliento con la exaltación de la libertad. Se sentía lleno de gratitud hacia aquella chiquilla, y de una ternura que no sabía cómo expresar.

—¿Me dejas que te bese?

Lo hizo torpemente, incomodado por el pasamontañas, y no demasiado sorprendido al encontrar unos labios bajo su boca.

Bernadette desliza algo en el interior de su mitón, contra su palma, algo suave, aterciopelado.

—Toma, Pierre, es un «*edelweis*». Una flor de aquí, que no se marchita nunca. Guárdala. Y si regresas... ¡Oh! Me gustaría tanto, tanto, que regresaras...

Era el último recuerdo que tendría de él, aquel asombro...

—Date prisa, Pierre... No tardará en hacerse de día.

Y Bernadette se quedó allí mirándole, silueta negra que se perdía entre los negros abetos.

Ahora podía llorar.

Capítulo XX

PHILIPPE LARSAN

Junio de 1966.

Alrededor de las seis el paisaje cambió.

Ocurrió poco a poco, insensiblemente, hasta el punto de que en el primer momento no observé la menor transformación en el panorama infernal de arena y de polvo donde nada se distinguía de nada. Las sombras se hacían un poco más largas con el sol más bajo. Pero las dunas se espaciaban, los valles de arena se extendían más, las pendientes eran más suaves, más accesibles a la mordedura de los neumáticos, el volante menos duro, el suelo más firme, más unido...

Y tuve delante de mí, bajo mis ruedas, una superficie bruscamente abierta, un espacio libre de obstáculos hasta el cielo violeta. No era un espejismo. No estaba soñando. Mi mente tenía una gran lucidez, liberada del sopor paralizante que producen el calor, el cansancio, los gestos siempre parecidos... ¡El bueno de Nicholson! Ya me había dicho que el Rob el Khali era un verdadero tapete de billar.

En principio, estaba ganado. Había dejado detrás de mí el mar de arena y la trampa de las dunas. Sobre aquel terreno nada impedía rodar más aprisa. Tenía deseos de reír. El cansancio se esfumaba y mi corazón latía a otro ritmo: el de la esperanza.

Eché una ojeada a la aguja del depósito de gasolina... Si la naturaleza del suelo no cambiaba quedaba bastante carburante para alcanzar el Ued D'jof.

—Hemos pasado lo más difícil —le dije a Lorrain.

Resistía bien. Tenía la tez terrosa y los ojos llenos de fiebre. Su barba había crecido, extrañamente gris, haciendo que sus mejillas parecieran todavía más hundidas, pero no se quejaba. Rechazaba en bloque el presente, la

temperatura y el dolor. Se había refugiado en sus recuerdos: la montaña, la nieve y el olor de los abetos. Tal vez el estoicismo consista en eso.

Apreté el acelerador. El motor rugió suavemente. Después de todas aquellas malditas dunas tenía la impresión de rodar sobre asfalto. Unas agradables imágenes danzaban ante mis ojos. Sí. Ahora, la cosa marcharía. D'jof... viernes... no habría problema. Y si no caíamos exactamente sobre el Ued, cortaríamos la pista, fatalmente. Un poco al este, un poco al oeste, ¿qué importancia tenía? Sí, habíamos pasado lo más difícil... Terminado el viaje, terminado el desierto, terminados el miedo y la sed... Me sentía en plena forma. Podría rodar toda la noche. ¡Sí!

Pero había cantado victoria demasiado pronto. Diez minutos más tarde el puente trasero se rompió.

Se rompió porque sí, sin motivo aparente. En medio de un gran ruido de engranajes y de rotura de acero. El *jeep* se inmovilizó.

Definitivamente.

Tardé un buen rato en comprenderlo. El tiempo de salir de mis ensueños, también yo. Y cuando lo hube comprendido, maldije a todos los diablos del infierno y la emprendí a puntapiés con el *jeep* como un chiquillo furioso.

—No marches nunca por el desierto con un solo camello —murmuró Lorrain—. Es la ley, aquí.

Su despegó me exasperó. Le dije que se guardara sus proverbios para él, que se callara, que cerrara el pico de una vez.

Mis nervios se rompían. Mi razón cedía. Estaba loco. Loco de rabia y de desilusión. Temblaba. Sentía deseos asesinos.

Me calmé muy aprisa. El maldecir está muy bien, alivia, pero la mejor de las maldiciones no ha reparado nunca un puente trasero ni transformado una doble pareja y una sota en una escalera real.

Lorrain me miró sin sorpresa ni resentimiento.

—Creo que no hay muchas soluciones —dijo—, salvo la de que usted continúe a pie. No debemos estar muy lejos de la pista, ahora.

Me encogí de hombros.

—¿Y le dejo a usted aquí?

A su rostro asomó una especie de sonrisa.

—No veo qué otra cosa podría usted hacer... Cuando encuentre a alguien puede enviar a buscarme.

—Es una estupidez.

—No. Al contrario, es la única cosa razonable, y usted lo sabe perfectamente.

—Y si me pierdo, si llego demasiado tarde, si...

—Llegará usted.

—¿Y si no regreso?

—Regresaré. Empiezo a conocerle, amigo mío.

Odiaba la lucecita divertida que danzaba en el fondo de sus ojos, y al mismo tiempo le agradecía la confianza que ella revelaba. Había muchas cosas en aquella lucecita: comedia y seguridad, farsa y decisión. Un truco de conductor de hombres.

Ahora decidía él, como si el mando revirtiera sobre sus hombros, a pesar de su cuerpo inerte y de su fiebre.

—Tendrá que dormir esta noche y marchar antes de que amanezca para aprovechar un poco el fresco de la mañana. Andar de noche es inútil. Se gira en círculo... Y no olvide los comprimidos de sal. Nos repartiremos el agua. ¿Quiere usted un cigarrillo? He encontrado uno sobre el asiento.

Nos fumamos el cigarrillo como en la cárcel, dando unas pequeñas pipadas alternativamente. Luego me dediqué a montar la tienda.

Esperaba lo peor al deshacer su vendaje, pero, extrañamente, la herida no tenía un aspecto más desagradable que la víspera. Al contrario. La inflamación tendía incluso a disminuir. Debían ser las sulfamidas, o su robusta constitución, o la sequedad de un aire sin microbios... O simplemente el espíritu de contradicción.

No es que sintiera ganas de hacerlo, pero aquello casi me infundió el deseo de reír. Porque, en materia de contradicción, nada mejor que aquella historia que me conducía a cuidar a la persona a la cual debía ejecutar. Estaba robando el dinero del contribuyente, palabra...

* * *

Ahora ando. Ando desde hace horas. El sol trepa por el cielo y noto su quemadura en la piel. He enrollado una toalla alrededor de mi cabeza, como un turbante. Es la mejor protección, al parecer.

Esta noche he pasado mucho frío. ¡Maldito país! Uno se duerme sobre la arena ardiente y se despierta helado tres horas después. Viernes... D'jof... Tengo que llegar antes de la noche. Esta noche he oído «cantar» la arena. Es un ruido extraño, irreal, fantasmagórico, capaz de hacer creer en los espíritus. Pero yo no creo en los espíritus. Soy un ser civilizado. Sé que bajo el frío nocturno la arena se reduce y se concentra. Que miles de millones de partículas silicosas se ponen en movimiento, frotándose unas contra otras.

Pero sé también que no podría pasar otra noche en el desierto. He dejado mi saco de dormir en el campamento.

«El frío te mataría», me ha dicho Lorrain.

Ahora nos tuteamos. No sé cómo ha ocurrido, ni cuál de los dos ha empezado. Esta noche hemos hablado mucho: de unas cosas y otras, exceptuando la guerra y la conjura. He notado que Lorrain temía molestarme, rozar las convicciones que me atribuye. ¡El pobre! ¡Como si no fuera yo el más mercenario de los dos!

Tengo sed. En mi cantimplora hay dos litros de agua. Un poco menos, ya que he debido beber más de medio litro. No me atrevo a comprobarlo. Si miro mi cantimplora, voy a beber. Y no tengo que beber aún.

Miro delante de mí. Ando. Andar es sencillo. Se pone un pie delante del otro, y vuelta a empezar. Yo cantaba eso cuando era niño.

D'jof... Tengo el mapa y la brújula. D'jof está en alguna parte delante de mí. Ando, pero no tengo la impresión de avanzar. El aire es tan seco que hace imposible toda apreciación de las distancias. Pensándolo bien, resulta curioso ese horizonte inmutable que retrocede a cada paso.

A cada paso, mi cantimplora me golpea los riñones y el Colt me golpea el muslo. Lorrain me lo había dado por la mañana, cuando emprendí la marcha.

—Toma, llévatelo. Nunca se sabe lo que puede pasar.

De momento no había sabido qué decir. Resulta difícil expresar ciertas cosas.

—¿No... no prefieres quedártelo?

—¿Para qué? Aquí no puede vivir nada. Ni bestia ni pájaro. No hay aves de rapiña, ni hienas... Y, además, siempre me queda esto...

Me había mostrado las tres últimas ampollas de morfina. ¿Acaso había querido conservarlas para aquella clase de ocasión?

Incluso había reído.

—No tengo la intención de utilizarlas, ¿sabes? Esta mañana tengo la impresión de que la cosa va mejor.

Era cierto. Casi no tenía fiebre y la infección parecía yugulada.

... Ando. Ahora el sol está alto. El sol... Hay varios: cuatro, diez, veinte, que remolinean por encima de mi cabeza. Y un gran velo rojo que cae del cielo. Tendré que ponerme a la sombra... Pero aquí no hay sombra... Sin embargo, tienen que existir en alguna parte unos grandes árboles verdes, unas hojas que susurran acariciadas por un viento fresco, cerca de un arroyo, sobre una hierba suave en la cual se puede dormir.

Tengo sueño. Tengo ganas de acostarme sobre la arena y dormir. Pero no debo dormir. Debo avanzar, continuar avanzando. Avanzo.

Hay unos ruidos en este desierto. Un carillón. Un tañido de campanas que desgranar una especie de melodía. El día desgrana sus segundos. ¿Acaso no terminará nunca este día?

D'jof... viernes...

He caído. Me pregunto cómo he caído. Tendría que pensar en otra cosa que no fuera todos esos soles. En algo agradable: en una muchacha en un cuarto de baño, por ejemplo. La ducha mana. El agua fresca cae en la bañera, crepita sobre la cortina, salpica la pared. Hay unas gotitas que brillan al sol. Una verdadera cascada con un pequeño arco iris mojado... Un chapoteo de fuente, muy claro y muy fresco...

Pensar en otra cosa, no en eso. Hacer como Lorrain: refugiarme en alguna parte. En mi pequeña montaña mágica. Pero no encuentro ninguna montaña. Yo no tengo un jardín secreto. Mi vida es demasiado sucia para eso. Una vida llena de miedo no es una verdadera vida. Es absurda. Uno acaba por odiar su propia vida... ¡Todavía más absurdo!

Tengo fuego en la garganta.

El sol. La arena. El sol.

Algo mana sobre mi mentón, gotea sobre mi chaqueta. Algo rojo. Me sangra la nariz. Se desliza también por mi garganta. Es raro. Pienso que no he orinado desde esta mañana. Estoy demasiado seco.

He vuelto a caer.

La arena huele a gasolina. Hay huellas sobre la arena. Huellas de neumáticos, muy recientes. Estoy sobre la pista. D'jof... viernes...

* * *

He seguido la pista como he podido, acompañado por el delirio de la fatiga, la sed y el sueño. Había alcanzado un estado secundario en el límite de la pesadilla y de lo real, ese umbral de agobio después del cual no hay nada más que el abandono y el hundimiento. Había olvidado desde hacía mucho tiempo por qué andaba, pero sabía que no tenía derecho a detenerme. En alguna parte, en una hondonada del desierto se encontraban el Ued y el pozo. Tal vez unas palmeras, sombra...

Delante de mí había una mancha de color violeta sobre el cielo violeta. Una mancha que retrocedía en la vibración de calor. El sol descendía.

La alcancé, aquella mancha. Había unos papeles sobre el suelo pisoteado, unas colillas de cigarrillos ingleses, unas latas de conserva abiertas, unas

huellas recientes. Pero el Ued estaba vacío.

La columna de Kerfoët llevaba un día de ventaja. Había pasado y reanudado la marcha.

Estallé en una carcajada. Hay momentos como ése en que todo se derrumba. Cerré los ojos.

Cuando volví a abrirlos, percibí a lo lejos, en una bruma rojiza, una columna de polvo que flotaba hacia el norte: los mercenarios. Habían pasado el día en el Ued y viajaban de noche para escapar a los aviones. Pensé en el Colt de Lorrain. Las detonaciones alcanzan hasta muy lejos en el desierto.

Alcé el revólver. Conté los disparos: cuatro, cinco, seis...

Quería conservar una bala, la última, pero me equivoqué. Contemplé, desconcertado, el tambor vacío.

A continuación me arrastré hasta el pozo, pero el agua se encontraba a mucha profundidad y no había cuerda ni cubo para subirla.

Volví a cerrar los ojos.

* * *

—¡Eh! El capitán quiere verte. ¡Despierta!

Me sobresalté. La tienda, por encima de mi cabeza, tendía su cúpula verdácea, y Jacques, el gran mercenario rubio, el ex jugador de *rugby* con el cual me había pegado en las Row Lands, me sacudía sin demasiada rudeza.

Hice un esfuerzo para arrancarme del lecho Picot. La cabeza me daba vueltas y una niebla flotaba delante de mis ojos.

El coloso me cogió por el brazo.

—No puedes tenerte en pie. Espera, voy a ayudarte. ¡Apóyate en mí, Judas!

El insulto estaba allí, pero el tono era amistoso y los ojos claros reían. Me puse en pie sin su ayuda. Jacques me miró.

—¡Vaya con el tipo! Siempre tiene que ser distinto de los demás...

Las detonaciones alcanzan hasta muy lejos en el desierto... Habían llegado hasta la columna de polvo. Los mercenarios habían regresado. Yo no había oído siquiera roncar los motores ni chirriar los neumáticos que mordían la pista, únicamente había experimentado la sensación de que me estaba ahogando... La ducha... Mi ensueño continuaba... Era simplemente Kerfoët que me inundaba de agua tibia.

Después de aquello; debí hablarles de Lorrain. Sur, sudoeste, y las huellas de mis pasos sobre la arena. Pero apenas lo recordaba. Me había hundido en la nada. Había dormido durante treinta y seis horas.

—Venga, señor, el capitán quiere hablarle —me repitió Kerfoët en el umbral de la tienda.

Era cortés, pero distante, con cierta altivez. Me precedió hasta la otra tienda. En el Ued, los vehículos se habían detenido uno detrás del otro y los mercenarios me contemplaron con evidente curiosidad. Reconocí a André por la vieja boina de color amaranto que llevaba siempre.

Kerfoët se inmovilizó delante de la puerta de lona de la tienda.

—Está muy débil. No le fatigue demasiado...

Lorrain estaba tendido sobre unos sacos de dormir, con el torso desnudo, y unas antiguas cicatrices rayaban su bronceada piel. Su aspecto era de cansancio, pero no más que cuando yo le había dejado, y su mirada tenía una expresión apacible.

Me sentía feliz al volver a verle, y a él debía ocurrirle lo mismo, pero permanecimos un buen rato en silencio, sin saber qué decir.

Finalmente murmuré, un poco estúpidamente:

—¿Cómo va eso?

—Casi bien. ¿Y usted?

—También.

—¿No ha sido demasiado duro?

—Un poco. Y para usted, ¿no ha sido demasiado largo? —Un poco.

Instintivamente, habíamos vuelto al «usted» con cierto pudor. La intimidad fugitiva del abandono no podía sobrevivir a la liberación. Él había recobrado su casta. La barrera, de nuevo, se alzaba. Era normal.

Hizo un pequeño gesto, de todos modos, como si me absolviera, pero su voz se había convertido de nuevo en impersonal.

—Kerfoët ha establecido contacto por radio con el Cuartel General. Mañana por la mañana vendrá un helicóptero y me evacuará a Najram. Usted vendrá conmigo. A partir de ahora, en lo que a mí respecta, es usted libre... Desde Najram podrá llegar fácilmente a Djeddah. Allí hay un avión cada dos horas.

Incliné la cabeza afirmativamente, sin contestar. Lorrain continuó:

—¿Cómo va usted a explicar su... fracaso?

—Ya me las arreglaré.

Sonrió. Una sonrisa que le rejuvenecía, aunque teñida de tristeza.

—Sí. Seguro que sabrá arreglárselas. No se desenvuelve usted mal del todo... Bueno...

Se encogió de hombros. No teníamos nada más que decirnos.

Sin embargo, cuando me disponía a franquear el umbral de la tienda, me llamó.

—¡Un momento, espera!

Me volví bruscamente, impresionado por el tono pero, sobre todo, por el reencontrado tuteo. Lorrain había vuelto hacia mí su rostro demacrado; un rostro que me pareció ver por primera vez.

—Escucha... Has hecho ya mucho por mí. No quiero saber los motivos que has tenido para obrar de ese modo, pero lo has hecho. Quisiera... pedirte otro favor.

Me quedé inmóvil. Murmuré.

—Sí, desde luego...

—¿Recuerdas lo que te conté cuando deliraba? La aldea en los Alpes... La pequeña Bernadette y el «edelweis» que me dio...

—Sí.

—No sé si voy a salir de esta, ¿comprendes? Es posible, pero no estoy seguro. Pero, de todos modos, no puedo pensar en volver a la patria. Y me gustaría que le llevaras su «edelweis» a la pequeña. Lo he conservado. Toma...

Sacó su mano abierta de debajo de la manta colocada sobre sus piernas. La flor estaba en su palma, pequeña estrella de mar aterciopelada, abarquillada, pero flor todavía.

—Le dirás que...

Se encogió de hombros.

—... Lo que quieras... Que no la he olvidado. Que fui un imbécil... Eso es. Que la quería mucho y que no la he olvidado. ¿Me lo prometes, Philippe?

Le miré.

—Sí, Pierre. Te lo prometo.

* * *

Murió aquella misma noche. Embolia. Después de una herida como la suya, los casos de embolia gaseosa son frecuentes antes del décimo día, a pesar de la mejoría aparente. Todos los médicos militares lo saben.

Por lo demás... Bueno, por lo demás, los mercenarios del Yemen mantuvieron su palabra. El helicóptero me trasladó a Najram. Cuatro días después estaba en Londres. Al día siguiente, en mi casa...

* * *

A veces, cuando abro un cajón, encuentro el «edelweis» entre los mecheros rotos, los viejos cortaplumas y los trozos de cordel. Continúa pareciendo una estrella de mar aterciopelada, un poco más seca, un poco más pálida. Entonces recuerdo mi promesa y también al hombre al cual se la hice. Me digo: «Tendré que...»

Pero sé muy bien que nunca iré allí. ¿De qué serviría?

FIN

Notas

[1] Parece un hecho admitido que Pugwash hizo retroceder definitivamente la amenaza de guerra en el momento de los incidentes de Cuba. Los sabios ingleses ejercieron un arbitraje eficaz entre sus colegas de Nueva York y los de Moscú (*L'Événement*, número de enero de 1966) (N. del A.). <<

[2] Parece un hecho admitido que Pugwash hizo retroceder definitivamente la amenaza de guerra en el momento de los incidentes de Cuba. Los sabios ingleses ejercieron un arbitraje eficaz entre sus colegas de Nueva York y los de Moscú (*L'Événement*, número de enero de 1966) (N. del A.). <<

[3] Lo cual, pensándolo bien, no deja de ser un formidable resultado (Nota del Autor). <<

[4] Bridge de competición (N. del A.). <<

[5] Los biólogos modernos se dividen en dos campos decididamente opuestos en lo que toca a este importante punto: el de saber si los caracteres adquiridos se convierten en hereditarios. La escuela francesa, siguiendo a Jean Rostand, está convencida de que lo adquirido es intransmisible. De ello se deduce que la práctica del deporte, por ejemplo, puede desarrollar al individuo pero no mejorará la raza... (N. del A.). <<

[6] El braquidáctilo tiene los dedos mucho más cortos de lo que es normal en la especie humana. A veces le falta una falange. Un famoso proceso, en Noruega, fue perdido por el padre, braquidáctilo, porque los jueces encontraron aquella misma particularidad en el niño, cuya paternidad rechazaba (N. del A.). <<

[7] Universidad de Iowa, 1949 (N. del A.). <<

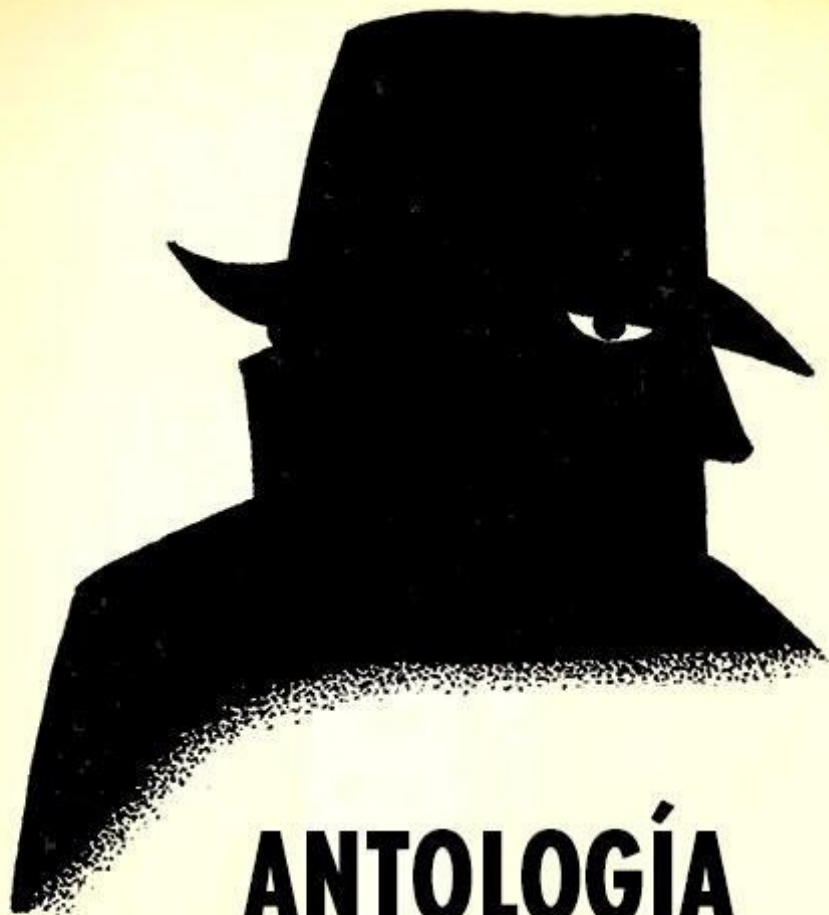
[8] Experimento corrientemente practicado sobre el conejo con un porcentaje de éxito comparable al de las fecundaciones naturales (Cf. Jean Rostand: L'Homme). Recordemos que la abeja se reproduce con la ayuda de huevos sin fecundar (N. del A.). <<

[9] Si se calcula la vida de la Tierra en una jornada completa de nuestro tiempo, desde mediodía a medianoche, la aparición del hombre sobreviene a las doce menos cinco de la noche (N. del A.). <<

[10] 1 quetzal: 1 dólar U. S. A. <<

[11] La Gestapo. <<

[12] Planta yemenita, ligeramente estupefaciente, al menos para el europeo habituado al alcohol y al tabaco, pero que embrutece a los indígenas menos «evolucionados»... (N. del A.) <<



ANTOLOGÍA DE NOVELAS DE ESPIONAJE

TERCERA SELECCIÓN

* * *



J. B. CAYEUX. — El agente especial en las antípodas.

ALAIN PAGE. — Y Calone venció...

MICHAEL CARNAL. — El Capitán.

Lectulandia